

BRISAS

de

JUNIO



Mariangel Blanco

Brisas de junio

Mariangel Blanco

Copyright © 2019 Mariangel Blanco
Todos los derechos reservados

Este libro está dedicado a Daniela y Alexis, sin ellos este libro no hubiera estado aquí, también a los gemelos que vinieron a endulzarme la vida y a animarme.

Encuentros agradables

La noche fue oscura, muy oscura, lo suficiente para que Nadia tuviera que prender la luz de su teléfono para poder abrir la puerta de su apartamento, la tormenta era fuerte, pareciera que el cielo fuera un niño pequeño y malcriado que su madre no pudiera controlar, y este hiciera un fuerte berrinche, las gotas salían tan rabiosas que pegaban fuerte en las ventanas y el viento tan caprichoso que dejaba la puerta del edificio en una especie de “Abre y cierra” justo como en una película de terror ,además los habían dejado sin luz y por ende tuvo que subir los doce pisos por las escaleras ella sola mientras cargaba toda esa montaña de papeles que su "magnifico" jefe le había dejado como recado. Tuvo que hacer malabares para sacar el teléfono, alumbrar, sacar las llaves y por fin entrar a su apartamento pero igual no se salvó de la inevitable caída de todos los papeles que llevaba encima. Si, admito que esa parte si fue culpa mía pero me conocen más por cruel que por justo.

La pobre de Nadia solo pudo resoplar ante su suerte, algunas veces pensaba que su historia era vista por otros seres que se reían de su desgracia y si, ese ser (O sea yo, era lo más obvio) si se reía de su desgracia pero no era algo personal, empezó a recoger todos los papeles que se le habían caído, por si no fuera poco cada papel se había puesto de acuerdo para esparcirse en todos los lugares del piso, incluyendo debajo de la puerta de su vecino de al frente que por casualidad mía ella le parecía lindo desde el primer día que lo vio cuando se mudó.

Repito, me conocen más por cruel que por justo.

Nadia volvió a maldecir su suerte y esta vez se insultó a ella misma por estar más pendiente de sus pensamientos que de los papeles que tenía que entregar al día siguiente por el señor gruñón.

—*Nadia ¿Al menos has leído un trabajo del señor Carrizal?*

—N-no señor—miro hacia el piso, no quería verlo a la cara, sabía que lo que estaba haciendo era humillante pero no le quedaba de otra.

El señor gruñón la miro con desdén.

— ¿Me estás diciendo que no has leído ningún trabajo de Alberto Carrizal pero igual vienes a mi oficina para que te asigne trabajar con él?—empezó a reírse como si le estuvieran contando un buen chiste aunque para el eso era. — ¿Te volviste loca Nadia?

—Señor puede que no me haya leído ninguno de los trabajos del señor Carrizal pero tengo suficiente tiempo en la carrera para saber lo valioso que es como escritor.

—No respondiste mi pregunta ¿Acaso te volviste loca? Sería una completa falta de respeto para un escritor que lleva más de diez años escribiendo libros asignarle a alguien que además de no ser capaz de editar bien un libro no ha leído ninguna de sus historias.

—Perdóneme pero me siento lo suficientemente capaz...

—Te perdono Nadia—dijo interrumpiéndola. —Mar de estrellas, Un beso en Italia, Adiós mi amada Noelia, todos esos libros fueron la gran caída de los escritores más fuertes en nuestra editorial y tienen algo en común, que tú fuiste la editora encargada—se miró las manos viendo a ver que no tenían rastro de mugre— ¿Sabes cómo te dicen en los pasillos? La mata escritores, no voy a arriesgarme a ponerte como editora de lo único bueno que tiene esta editorial.

A Nadia le entraron unas inmensas ganas de llorar y no se atrevía a verle la cara a su jefe.

—Por los momentos te dejare con trabajos de escritores nuevos, toma este manuscrito y corrígelo...

—Señor he trabajado en esta editorial por cinco años, sé que últimamente mis trabajos han dado mucho que desear pero si me da esta oportunidad le juro que no le voy a fallar—esta vez había sido ella quien lo había interrumpido.

El solo sonrió sarcásticamente.

—El señor Carrizal viene mañana para terminar detalles del contrato, si me das los análisis y criticas de todas sus obras para el día de mañana pensare en asignártelo, mientras tanto no te hagas muchas ilusiones, te repito no voy a sacrificar a un gran escritor por tu culpa.

Hubiera sido un poco fácil, Nadia leía y entendía rápidamente por eso decidió ser editora pero Alberto Carrizal tenía un total de veinte libros publicado, por si no fuera poco el bus se atrasó más de lo normal, se paraba en todos lados y la gente entraba como si no vieran que ya no había más espacio para ellas y el bus de manera mágica se hiciera más grande por solo ellas entrar además no tenía luz en su apartamento, todos los manuscritos que había pedido del señor Carrizal estaban esparcidos en el piso y por si no fuera poco uno de esos papeles estaban debajo de la puerta de su vecino.

El día no podía ser peor para ella, pero por supuesto estaba yo para ponerlo más interesante.

Nadia solo podía ver con la poca luz que le proporcionaba su teléfono los pedazos de papeles esparcidos en el piso cada uno más lejos del otro se habían puesto de acuerdo para molestar a Nadia un rato, la chica que le dio los manuscritos le recomendó que los engrapara todos pero ella de terca dijo que no debido a que así sería más fácil leerlo.

Y ahí estaba puesta de rodillas en el piso recogiendo los papeles y su dignidad hasta que una voz bastante conocida para ella iba subiendo las escaleras también.

—Paula ya te dije que no puedes poner eso en la historia, arruinaría toda la trama—su voz estaba cansada, a él también le había tocado subir doce pisos pero a diferencia de ella no tenía nada en la mano.

No lo podía ver por la oscuridad pero se lo imagino cuando ella se había mudado aquí hace ya

dos años, con su cabello medio despelucado color café, unos lentes de pasta gruesa que medio escondían una fuerte mirada color verde pasto con motas amarillas, unos hombros anchos y bien parecido.

Ese hombre sí que era guapo.

Mientras soñaba despierta no tuvo tiempo de decirle "Hey, estoy aquí abajo" y él estaba tan ocupado en su conversación que andaba muy apurado para llegar a su casa que en cuestión de segundos estaba en el suelo junto con Nadia.

Definitivamente eso podía ir mas peor de lo que era.

— ¿Qué demonios?—dijo aturdido.

—Lo siento, de verdad lo siento tanto, estaba muy ocupada pensando en otra cosa que no note que estabas aquí... Bueno si note que estabas aquí pero... Me quede pensando otra cosa digo tu voz es muy grave para no notarla... ¡Pero ese no es el caso!... lo siento tanto.

Tonta, tonta y más tonta, era lo único que pensaba Nadia mientras trataba de levantarse torpemente pero eso no me era suficiente necesitaba más diversión, el teléfono se la había caído y no veía tampoco nada, se resbalo con lo que ella supone que fue por culpa de un papel (Claro, un papel) y cayó sobre algo suave, que también gruñó y cuando las luces prendieron, ese algo se volvió alguien, ese alguien se convirtió en su hermoso vecino del frente.

Oh si, ese era el drama que necesitaba.

Estaba ya resignada quería que la tierra la tragara en ese mismo momento, quería llegar a su casa y llorar por toda la humillación de hoy su jefe y el señor Carrizal se pueden ir al infierno ya nada le importaba después de hacer el ridículo frente a la persona que nunca se atrevió a hablarle por verlo inalcanzable y antes de que pudiera hacer algo una lagrima rebelde bajaba por su mejilla.

— ¿Estas bien?—su vecino a pesar de ser golpeado muchas veces por parte de Nadia aún se preocupaba por ella.

—Si... Estoy bien gracias... Aunque este llorando estoy bien, en serio—aunque lo hizo de manera torpe pudo limpiarse la lagrima que le bajaba por la mejilla.

Su vecino fue tan amable que la ayudo a recoger todos los papeles tirados en el piso incluso la ayudo a organizarlos.

— ¿Alberto Carrizal?—silbó de asombro. —No es mal escritor pero es un poco terco en la hora de escuchar sugerencias.

A Nadia se le iluminaron los ojos de la esperanza.

— ¿Conoces a Alberto Carrizal?

—Algo así, fui su editor encargado cuando publico "Cuando lloran las rosas"

Ese tipo definitivamente iba a ser su salvación, explotaron fuegos artificiales en la cabeza y más mariposas revoloteaban en su estómago ese hombre era como un príncipe... ¿Editor?

—Sé que suena algo rápido porque nos conocemos hace poco... Bueno hace poco no, digo somos vecinos desde hace dos años, ¡Aunque claramente eso no tiene importancia ahora! pero verás...Quiero trabajar con él pero no conozco nada de él me sería de mucha ayuda si me hablas un poco sobre sus novelas. —La vergüenza la había invadido otra vez que ni siquiera podía verlo otra vez a la cara, otra vez bajando la cabeza desde hace mucho no sabía cómo era mirar alguien a la cara.

—Por supuesto ¿Quieres pasar?

¿Así sin más? El tipo literalmente se olvidó de todo lo que había hecho Nadia hace rato pero ella decidió que si él no le daba importancia ella tampoco (Aunque tanto ella como yo éramos conscientes de que eso no iba a suceder) Y como si le hubieran ofrecido el cielo acepto muy

entusiasmada a algo que hace dos años nunca se imaginó que haría, abriendo la puerta casi pisaba una de las hojas que quedo debajo de su puerta, mientras ella solo pensaba en lo avergonzada y feliz que estaba.

—Mi nombre es Julio. —Oh Dios que sonrisa más bella tenía— ¿Cuál es el tuyo?—le dijo dándole la hoja.

—Nadia...—le dijo sonriendo y todavía atontada por la sonrisa, pensó que cuando terminara todo eso se iba a reprender por parecer una adolescente de quince años.

Aunque me conozcan por cruel, algunas veces puedo ser justo.

Por otro lado mientras Nadia vivía su pequeña historia de amor, Salvatore estaba en un bar tomándose un trago, por casualidad mía también maldiciendo su suerte pero por una manera diferente, no conseguía una buena caza para ese día y eso que había dicho que lo iba a pasar muy bien por celebrar su bienvenida. En sus treinta y dos años no se había casado ni había tenido hijos pero no porque no podía, él simplemente quería pasar el rato y ya, como si el tiempo para él se hubiera detenido porque con su encanto había frenado al reloj de la vida.

A él no le iba tan mal, tenía un empleo estable, una familia que a pesar de estar distante lo quería y el gran sueño de su padre que siempre fue el poder ver su hijo teniendo un empleo importante, pero no lo llenaba sentía que le faltaba algo y suponía que ese algo fue el amor si, amor ese sentimiento que veía como jugar con la cometa al aire libre, tenía control sobre ella pero estaba muy lejos de su alcance, no propio estaba muy seguro que se tenía mucho estima pero ya con el tiempo se había acostumbrado a ser un pequeño picaflor que siempre buscaba a las flores más bellas.

Porque ese siempre fue su lema, “busca de flor en flor pero no te quedes con una sola” Aunque todo eso se le estaba saliendo de las manos cuando se mudó para ese lugar, el trabajo no le dejaba ni siquiera salir a tomar un trago y eso que solo estaba comenzando, no estaba molesto con el trabajo que tenía quería seguir con su nuevo puesto y si se seguía esforzando podía subir un poco más de nivel pero ya lo estaba asfixiando.

Trabajo, trabajo, trabajo, en lo único que podía pensar ahorita, ni siquiera tenía la mente para una camarera que le había guiñado el ojo hace rato, al día siguiente tenía una reunión importante con Alberto Carrizal uno de los autores más conocidos en la época y con más de diez libros publicados en su carrera, ese sería el pez gordo de toda la editorial no podía echarlo a perder, mejor dicho ELLA no podía echarlo a perder.

—*Señor he trabajado en esta editorial por cinco años, sé que últimamente mis trabajos han dado mucho que desear pero si me da esta oportunidad le juro que no le voy a fallar—esta vez había sido ella quien lo había interrumpido.*

Apenas tenía dos semanas con el cargo pero ya sospechaba que esa muchacha le sería un gran dolor de cabeza, había escuchado sus rumores la habían nombrado la mata escritores por ser la culpable de las grandes caídas de muchos escritores en la editorial.

Libros con mala calificación, bajas en ventas, incluso muy malas reseñas en internet, ella definitivamente era un virus en la editorial y sinceramente no sabía cómo seguía ahí, pero con él las cosas serían diferentes en el más mínimo descuido la iba a despedir de eso estaba seguro. Sabía perfectamente que ella no podía cumplir con la tarea que le mando por eso no se preocupó tanto de que fuera a echarlo a perder con el señor Carrizal, y tanto que le había costado conseguir un contrato con él.

— *¿Sabes Tore? Me dan ganas de estrangular a ese maldito viejo. —*

“Siempre el siendo simpático” Pensó Salvatore.

— *¿De qué hablas Julio? Es uno de los mejores escritores de la época.*

—Será muy buen escritor, pero sigue siendo un maldito viejo—dijo su primo terminándose su café.

Julio era uno de los mejores editores que alguna vez haya conocido, lo habían ofrecido miles de veces el cargo de editor en jefe pero los rechazaba diciendo que su lugar estaba trabajando no mandando.

—Sería estupendo si yo trabajara con Carrizal.

—Créeme sería mejor tirarse del barranco.

Algunas veces se preguntaba cómo estaba su primo, no hablaba con él desde hace cinco años ni siquiera sabía dónde vivía en esos momentos, de seguro el sí tenía esposa e hijos, personas tan pasionales como el no podían vivir mucho tiempo solas estaba en su naturaleza amar con locura, de pequeños admiraba a Julio y ya mayores lo admiraba más, se fue al extranjero para buscar inspiración vocacional y regreso mejor de lo que ya estaba, algunas veces lo envidiaba.

—Me das un Cuba Libre por favor. —Una voz femenina lo sacó de sus pensamientos y lo hizo mirar a su lugar de origen, la chica estaba justo al lado de él tenía el cabello rojizo como una llama con un liso que se veía sospechosamente planchado, unas pecas que se notaban incluso con el poco maquillaje que llevaba puesto y unos ojos color ámbar que podían verte con la máxima ternura que te podían dar.

Estaba muy seguro de que esa preciosa muchacha sería la presa de la noche pero por estar distraído viendo a la hermosa chica no notó que la bebida había caído encima de ella.

—Mierda...—dijo para sí mismo—.Lo siento tanto.

Le había arruinado el hermoso vestido de flores que llevaba puesto (Ese ser no debería tener perdón), esta solo chilló por el asombro pero solo se ríó y empezó a limpiarse con unas servilletas cerca.

—Lo siento tanto te arruine el vestido. —Mala idea para causar una buena impresión. —De seguro te arruine la cita...

—No te preocupes, no hay ningún chico al cual impresionar solo vengo a celebrar.

Bingo, soltera, sin cita y además era una sensual pelirroja, la noche para él no podía ser mejor.

—¿Celebrar?

—Sí, me acabo de mudar aquí por trabajo entonces vine a celebrar.

—Que gracioso, yo también me acabo de mudar por trabajo—

“Buen trabajo Tore” Pensó “Las cosas en común siempre ayudan”

La chica le sonrió y pudo ver esos tiernos hoyuelos que le salieron en las mejillas.

—Entonces no fue un error que me mancharas el vestido—sonrió arrugando su nariz. — Soy Melinda ¿Y tú...?

—Salvatore, mi nombre es Salvatore.

Y así comenzó, hablaron unos minutos pero Salvatore ya había podido sacar información, se acababa de mudar porque la contrataron como fotógrafa en una revista ecologista, le dio más confianza diciéndole que él se había mudado porque lo contrataron en como editor en jefe en una editorial que estaba a punto de caer en la ruina, todo pasó perfecto, de repente ya no hablaron de sus vidas si no intercambiaron teléfonos para volverse a ver y así seguir charlando, por lo menos salió victorioso de la noche que pensó que solo sería embriagándose con alcohol por la mala racha que tenía últimamente.

Y cuando se despidieron, Salvatore pensó que quizá, que solo quizá lo que tenía preparado el destino no era tan malo al fin y al cabo había conseguido una flor linda y la iba a disfrutar hasta conseguirse con otra linda flor, aunque todo dependía de cómo él viera la situación.

Melinda no era una mujer que se podía olvidar tan fácil, y le podía preguntar a su primo Julio

sobre ello.

Nuestra historia nunca comenzó aquí, comenzó hace catorce años en una provincia en Francia llamado Hautot-sur-Mer, Julio se había mudado hace dos años para buscar una inspiración o al menos una musa que le diera inspiración para crear un libro.

Ese siempre fue su fantasía de pequeño, escribir un libro donde plasmara una gran historia de amor y la gente se enterneciera con ellos, pero nunca llegó maldita inspiración que necesitaba y cuando cumplió dieciocho decidió alejarse de todo para así poder escribir la gran historia de amor que imagino que algún día iba a escribir.

Aunque la maldita inspiración todavía no llegaba a él.

Mientras tanto estudiaba literatura en una universidad que quedaba a una hora donde vivía y tenía un trabajo de medio tiempo en una cafetería donde la dueña era tan tierna que le daban ganas de tirarles flores todos los días, incluso le daba comida y habitación que encanto de señora así pagaba solamente la universidad con el trabajo.

Julio miraba en su ventana aburrido de la vida pensando en maneras de empezar a escribir, era veinte de Junio el calor del verano se estaba galopando en su habitación, solo quería estar detrás del ventilador y cuando pensó que su fin de semana iba a ser como todos sus fines de semana, esperar a que la santa inspiración llegara rompiendo su ventana diciendo ¡Aquí llegue yo, espero que te prepares para la mejor historia de tu vida! Hasta que le llegara la hora de ir al trabajo. Vio que en el anexo del frente se estaban mudando y como la curiosidad lo estaba matando bajo a ver quién era el afortunado en venir a ese hermoso pueblo.

Los trabajadores iban de arriba abajo subiendo cajas y cuando buscó quien era la persona se encontró con una hermosa pelirroja con unos rizos que le caían en toda la cara, absorta en un libro que parecía que se iba a deshacer de lo viejo que estaba una chica muy bonita para su parecer, una cara nueva para una historia nueva que estaba a punto de escribirse, no fue amor a primera vista, fue la emoción de entrar a una nueva aventura. Definitivamente ya había encontrado la inspiración que necesitaba.

Y así fue como cuatro personas se cruzaron sin conocerse realmente ¿Qué te puedo decir? Las mejores historias de amor no son buenas sin drama y yo no me iba a permitir que la historia de esas personas fuera una excepción.

Líneas Cruzadas

7:00 am

El jefe de Nadia leía cada palabra impresa en el blanco papel que ella le había entregado, sus ojos bailaban de izquierda a derecha que de manera discreta buscaban el más mínimo error que este tuviera pero no encontró nada, absolutamente nada era completamente perfecto el análisis que había hecho, sus palabras eran concisas y precisas no había error, era detallado, objetivo pero a la vez no era tan largo. Esa mujer pareciera haber sido cambiada de la noche a la mañana por alguien mejor pero igual a ella.

Algo que él no sabía era que Nadia había recibido un poco de ayuda, y no divina exactamente.

—No puedo negar que estoy impresionado con su trabajo—dijo tratando de no atragantarse con sus palabras. —.Le debo unas disculpas por lo que le dije ayer.

A Nadia se le formó una sonrisa capaz de hacerle doler las mejillas por el estirón, pero en realidad no le importaba nada, ni tampoco le importaba la cara de amargura que llevaba su jefe en ese momento, el mundo podía caerse, todo podía desvanecerse y le daría igual. De eso solo le importaba que hubiera logrado lo que por mucho tiempo no pensó que pasaría; después de tanto tiempo había hecho algo bien sin tener que tropezarse de manera metafórica y literal o al menos no tanto de lo que se esperó.

—No se emocione mucho, todavía tengo mis dudas sobre usted por eso estaré muy pendiente sobre su trabajo y yo seré el que se lo corrija—.El señor gruñón se acercó de una manera muy depredadora a su escritorio—Recuerde que para mí sigue en periodo de prueba.

Los ojos de su jefe eran muy abrumadores, eran del mismo verde que el de Julio pero no intensos como los de él si no cautelosos pero peligrosos al igual que una fiera a punto de atacar a su presa, algo muy intimidante para su gusto. Pero a Nadia no le había impresionado el comentario, sabía que el señor gruñón era alguien terco y muy cuidadoso en su trabajo, en el más mínimo descuido la primera cabeza en rodar sería la de ella pero eso tampoco le importaba, incluso estaba segura de darle un beso si le era posible, en un mundo donde su jefe fuera agradable con ella y no quisiera despedirla con tanto afán.

Lamentablemente los ojos de la fiera que tenía al frente la abrumaron y empezó a decir cosas sin sentido.

—Señor, le agradezco que haya depositado su confianza en mí ¡Le juro que no le voy a fallar!... Perdón no era mi intención en gritarle, digo es la emoción de que haya tenido al señor Carrizal ¡Pero eso no significa que me vaya a nublar el juicio del trabajo por eso!—hizo una pequeña pausa y luego dijo para sí misma — ¿Así se decía la frase?... ¡Perdón eso no tenía que ver!

Incluso yo sentía pena por Nadia, debo confesar que hubo un momento en el que trate de ayudarla pero para mí también era difícil callarla.

Bajó la cabeza otra vez, deseaba que su boca tuviera vida para que la misma se impidiera abrirse cuando presentía que ella diría algo estúpido, ahora Salvatore la miraba como un bicho raro de nuevo, genial iba a perder todo el esfuerzo de una noche solo por no saber callarse.

—Perdóneme...—dijo aun con la cabeza agachada y muerta de la vergüenza algún día se iba a coser los labios voluntariamente.

La mirada de fiera no se había inmutado, Nadia los sentía más abrumadores que antes. De los nervios ya empezaba a sudar frio y le rogó a cualquier ser que la salvara de ese momento.

—Voy a olvidar el acto infantil que acabo de presenciar en estos momentos, y le pediré que no se comporte de esa manera frente al señor Carrizal—le respondió indiferente acomodando sus papeles aunque en sus adentros Nadia agradecía que no la estaba mirando más —.Queremos darle una buena imagen sobre esta editorial.

Perfecto, la había llamado inmadura de manera subliminal (O bueno, no tan subliminal) la había humillado otra vez y no podía decirle algo, por lo menos responderle de la manera que ella hubiera querido (Aunque sabía que si tuviera la oportunidad tampoco lo haría por lo cobarde que era), pero esta vez no le afectó, solo quería salir de esa oficina, agarrar su poca valentía y no tratar de mostrársela a su jefe, porque a ese paso sería ahogada en su propia inseguridad de nuevo.

—Por supuesto señor. —Estaba dispuesta a irse, de dejarlo todo tirado y escapar cada segundo que seguía con su jefe y esos ojos le hacían poner los pelos de punta, antes de su huida se acordó de algo — ¿El señor Carrizal no venía hoy para terminar algunas cosas con su contrato?

Y eso para ella fue mala idea, el señor gruñón volvía a encararla y ella se sentía pequeña de nuevo, su jefe sonrió divertido ante el comentario.

—Me llamaron ayer en la noche para notificarme que cancelaron la reunión para la próxima semana.

Nadia se puso roja de la rabia, él pudo fácilmente llamarla para decirle que podía hacer su análisis con más calma, no tenía excusa; el primer día pidió el número de todo el departamento para llamarlos para ese tipo de situación, él solamente quería retarla.

El señor gruñón esperó un comentario de ella pero solo le sonrió y dijo “*Esta bien*” de la mejor manera que pudo, no podía encararlo, la mejor manera de hacerlo era teniendo un buen trabajo con el señor Carrizal, tenía que repetirse que podía hacerlo. Cuando salió de su oficina solo suspiró y se recordó a si misma que al menos todo eso valió la pena.

Y si, había valido cada segundo de su tiempo ayer en la noche, aprendió muchas cosas con Julio, él tenía ese don de poner las palabras correctas en el lugar que deberían estar algo que al parecer ella carecía, fue amable y paciente incluso bromeó un poco con ella diciéndole que si estaba segura de trabajar con un maldito viejo como era el señor Carrizal.

Nadia parecía no creer que había pasado un noche con el (Aunque no de la manera que se imaginaba claro está) todo fue muy irreal, sacado de uno de sus mejores sueños y perfeccionado un poco más para que se viera mejor de lo que se imaginaba, estaba feliz por su hazaña el día de ayer.

Y Nadia sabía que solo había una manera de celebrarlo.

5:10 pm

Hace media hora y diez minutos que había salido del trabajo, pero antes de ir a su lugar favorito tenía que hacer unas cuantas paradas técnicas, como ir a su heladería favorita que quedaba a diez minutos y esperar otros veinte minutos para que la atendieran debido a toda la gente que había en el lugar, además de otros diez minutos para llegar hasta su destino caminando, Nadia tenía que admitir que esos helados era muy buenos y se merecían tanta clientela aunque eso la hiciera esperar.

Lo bueno es ya había llegado a donde quería. El parque Luna Menguante, un hermoso lugar reclamado por la madre naturaleza; solo habían dos bancas en todo el pasto ni siquiera un pequeño puesto donde los niños podrían jugar y en todo el medio una gran roca en forma de Luna Menguante haciéndole honor al nombre, el propósito de eso era respetar la leyes naturales y vaya que lo habían conseguido.

Cuando lo visitó por primera vez le pareció curioso el parque en sí, hasta que con el tiempo se acostumbró e iba las veces en las que necesitaba relajarse o solamente quería reflexionar un poco,

algo que últimamente no pasaba mucho.

Se sentó en el verde pasto con cuidado tratando no botar su cono de helado sabor fresa (El cual era su preferido) y cuando se puso a observar todo a su alrededor sintió calma, se atrevió a cerrar por un momento los ojos y pensar en Julio, ese tipo era como un héroe para ella, había llegado a su vida como un milagro de eso le estaría profundamente agradecida pero también le entristecía saber que no era alguien digno para el...

Clic

Algo la sacó de transe, un sonido mejor dicho, siendo más específicos el disparo de una cámara no era que le molestaba si no que la desconcertó un poco porque había sonado muy cerca de ella, buscó de donde provenían los sonidos y a dos pies estaba una muchacha con una cámara profesional captando una imagen que suponía que era la de la roca, volvió a cerrar los ojos restándole importancia de seguro era una fotografía profesional no era la primera vez que alguien así iba para el parque pero Nadia percibió algo de esa mujer, los volvió a abrir y se puso a detallar más a la fotógrafa, era pelirroja su cara no se veía bien porque la tapaba la cámara que estaba usando pero usaba una camisa sin mangas que le dejaban los brazos descubiertos y podía reconocer esa marca de nacimiento en forma de estrella en su hombro izquierdo a kilómetros.

— ¿Melinda?—se aventuró a decir.

La fotógrafa se desconcertó un poco al escuchar su nombre y al bajar la cámara, Nadia vio esos ojos ámbar difícil de no reconocer. Ella la miro un poco confundida sus ojos la examinaban de manera interrogativa sin todavía saber por qué sabía su nombre pero después la reconoció a ella también.

— ¿Nadia?

Ay no en serio era Melinda, Iba a cavar un hueco para esconderse de toda la vergüenza que la estaba persiguiendo desde hace días.

¿Necesitan clases de karma? Vengan y disfruten, yo se las enseñare en su máximo esplendor.

— *Awww—dijo Nadia divertida. — ¿Melinda quiere llorar?*

Junto con su grupo de amigas habían acorralado a Melinda en el baño de mujeres.

— *¡Ya déjame Nadia!—se le había ido eso como un ataque de rabia aunque después se arrepintió al sentirse pequeña al frente de todas esa mujeres.*

— *¿Pero cómo voy a dejarte?—soltó una carcajada divertida. —Si eres nuestra mascota favorita Melifea.*

— *¡Melifea, Melifea, Melifea!—gritaron su grupo de amigas.*

— *Por favor déjenme—se había puesto a llorar de nuevo, Melinda no quería llorar quería ser fuerte pero cuando estaba al frente de ellas solo bajaba la cabeza ante sus humillaciones.*

— *Pobre, Melifea está llorando—le decía Nadia con lastima fingida y se dirigió a su grupo de amigas entretenida por lo sucedido. — ¿Qué tal si le lavamos la cara?*

Melinda abrió los ojos con pánico.

— *¡No por favor!*

Pero ya era tarde, entre tres personas ya le estaban sujetando mientras ella pataleaba desesperada aunque eso no la salvó de que su cara terminara en el retrete.

Esperen, mi clase de karma no ha terminado.

Nadia no pudo soportar la vergüenza al recordar ese momento que trató de olvidarse cada día después de la graduación; pero ya era tiempo de que la única persona que podía juzgarla le dijera toda la verdad en la cara, se lo merecía y Melinda necesitaba justicia.

Aunque claro primero tenía que ser yo quien le aplicara justicia. Con su torpeza hizo que el helado cayera en toda su camisa que por si no fuera poco era blanca.

—Oh no...—todo podía salir peor en la vida de Nadia de eso ella estaba segura.

—Oh no...—repitió la testigo de su idiotez. —Ven, te ayudo.

Buscó en la mochila que tenía puesta unas toallas para poder limpiarla.

Ya en esos momentos Nadia estaba roja de la vergüenza que miraba para el otro lado para no tener que verle la cara a su ayudante. Quería agradecerle pero las palabras no salían de su boca, su pasado era algo al cual no estaba muy orgullosa de contar y estaba muy segura que había pagado todo lo que hizo en su juventud incluso lo había pagado doble.

Pero Melinda necesitaba una disculpa.

—Listo—le dijo Mel sonriente. —Como si nada hubiera pasado.

—Gracias...

—Te ves diferente a como te recuerdo—la interrumpió y dejó a Nadia un poco confundida.

Si, había cambiado físicamente a como era antes; su cabello negro de la juventud se lo había pintado de un castaño claro, su atlético cuerpo por ser la capitana del equipo de voleibol ya no estaba incluso tenía unos kilos de más por todas las veces que había descuidado su figura, pero ella... sí que estaba bien,

De lo que recordaba era que su pelo era rizado ahora lo cargaba liso, se había puesto en forma incluso podía decir que tenía un brillo nuevo en los ojos. Era como ver a una princesa esa clase de princesas que se van con héroes como Julio, el sí merecía estar con ella, no con la bruja mala del cuento.

—Tú también... te ves diferente... Te ves más bonita.—Lo decía en serio, sin nada de sarcasmo e ironía en sus palabras por lo menos ella si había podido salir adelante a pesar de todos las estupideces que hizo Nadia en el pasado.

—Gracias. —La sonrisa que le había regalado Mel era sincera, no había ni odio ni hipocresía, pareciera que la persona que tuviera al frente fuera una amiga de la adolescencia.

Hubiera deseado que Mel fuera su amiga en esa época.

—*Me estás diciendo Melifea que tu no le dijiste nada a la profesora gorda lo del lunes.—A Nadia la habían suspendido del colegio casi por una semana porque le habían llegado unos rumores a la profesora que más odiaba que ella agredía a una de sus compañeras.*

—No...

—*¡Dime la verdad, sucia perra fuiste tú!*

—*¡Te juro que yo no fui!*

Si Melinda iba a decir otra palabra no le alcanzó el tiempo, una mano ya le estaba impactando en la mejilla y el golpe había sido tan fuerte que la había dejado en el suelo.

—*¿Te crees muy valiente al ir de chismosa con la profesora?—Nadia se le acerco a darle una patada. —Vamos a ver si eres valiente cuando te pongamos al lugar donde perteneces... Basura.*

Nadia la escupió con mucho odio y con la ayuda de sus amigas llevaron a Melinda al basurero.

—*Espero que nunca olvides la basura que eres—le dijo Nadia entre risas mientras se alejaba de ella, dejándola sola, llorando en un asqueroso basurero.*

Nadia había bajado la cabeza otra vez, sabía que se lo merecía la basura nunca fue Melinda si no ella.

—Melinda yo... Sé que te hice mucho daño cuando éramos jóvenes... Y lo siento tanto.... De verdad lo siento, no sabes cuantas noches llore arrepentida de lo que te hice ¡Si te hace sentir bien te diré que he pagado todos mis pecados a lo largo de estos años! Y sé que lo seguiré pagando digo... ¡En serio estas muy bonita! Yo me termine convirtiendo en alguien que no puede hacer

nada bien...

Cuando estuvo a punto de continuar con su discurso Melinda la paró poniéndole una mano en la boca, su rostro era serio no quería escuchar ni una sola palabra de ese estúpido discurso, la juzgadora notó que Nadia tenía deseos de llorar ¿Qué más patética se podía ver? Le apartó la mano con suavidad y empezó a hablar ella.

—Nadia, eso sucedió hace más de diez años.

—Pero te marcó... Y también me marcó a mí, te tuve que haber tratado mejor antes.

—Lo pasado, pasado está.

—No Melinda eso no está bien... Pégame si quieres, para que te sientas mejor.

Mel abrió los ojos confundida por un gran rato.

— ¿Qué?

—Lo que escuchaste, pégame todo lo que quieras, así las dos estaremos bien.

—No creo que sea lo más maduro...

— ¡Sabes que quieres pegarme!

— ¡Nadia ya basta!—la interrumpió ya desesperada por callarla. —Sabemos que a las dos no nos hará ningún bien que te pegue, yo no quiero lastimarte por algo que me hiciste hace ya mucho y lo que menos quieres es que te humille en un lugar público.

—Pero te hice un mal...

—Un mal que me llevo a hacer muchas cosas interesantes...—le sonrió divertida, maldita sea el hecho de que Mel sonriera todo el tiempo no le hacía sentir bien en absoluto. — ¿Sabes Nadia? Te perdona hace mucho tiempo, tu deberías perdonarte también.

Melinda llegó literalmente como un ángel ese día, al igual que Julio el día anterior, los dos de manera voluntaria o involuntaria le dieron una pizca de esperanza en su vida ¿Las personas cambian? Si, podría decirse que sí, pero también cambiarían su vida.

Hablaron un poco sobre ellas, la verdad no tenía mucho que decirse nunca fueron amigas pero el hecho de hablar con ella le dejó un sabor dulce en la boca, estaba feliz de por fin poder salir de todo lo malo que había hecho en el pasado y le agradecía a Mel que la haya perdonado por todas sus atrocidades.

Nadia decidió irse caminando a su apartamento, ese día quería darse el lujo de ver como el sol se ocultaba poco a poco, eran las siete cuando por fin llegó y cuando admiró el oscuro cielo no vio ninguna estrella, todo estaba despejado y se sintió algo decepcionada al principio, desde hace rato no admiraba el cielo de esa manera y pensó que podía encontrarse con tan magnifico paisaje pero se calmó se dijo a si misma que tuviera esperanza pronto vería a las estrellas de nuevo.

Cuando su pequeño momento de reflexión se fue, se encontró con Julio esperando el ascensor un poco apurado por llegar Nadia no sabía qué hacer, si saludarle o subir las escaleras como si nunca lo hubiera visto se veía muy estresado para hablar y lo que menos quería Nadia era estresarlo más luego se acordó que le prometió contarle como le fue con el señor Carrizal y se acercó un poco dudosa a él.

— ¡Hola!—dijo con un ánimo un tanto fingido, de verdad no estaba segura de acercarse.

Pero este al verla le cambio la cara rápidamente.

— ¡Nadia! ¿Cómo estás?—Y ahí estaba otra vez, esa sonrisa que Nadia empezaba a gustarle verle en su cara.

—Eh... Bien, yo... digo a mi... me fue bien con el trabajo.

—Me alegra escuchar eso, espero que todavía pienses lo de trabajar con ese viejo.

Nadia le sonrió tímidamente, cual niña de nueve años le sonreía a su amor platónico.

—Bueno... El señor Carrizal es un buen escritor, digo es uno de los mejores en la época.

Julio se rio ante el comentario, la miró con diversión.

— ¿Sabes? Sé que sonara extraño pero creo que tuve esta conversación antes.

—Deja vú... creo que es la palabra correcta.

Nadia en ese momento se prometió que si ese hombre sonreía otra vez como lo estaba haciendo no volvería a mirarlo a la cara de la vergüenza, al pensar que quería que esos labios se unieran con los suyos y esa mirada... muy diferente a la de su jefe aunque era igual de penetrante este no le causaba miedo o la intimidaba todo lo contrario le daba calma, una calma el cual se aferraba desesperadamente.

Necesitaba cambiar de tema se había quedado como una boba viendo la sonrisa de Julio y él lo tenía que notar en algún momento.

—Qué raro, el ascensor no ha llegado. —Cambió la cara rápidamente mirando hacia el ascensor, ya no podía verle la cara de nuevo no se sentía preparada para ver esa maldita sonrisa.

—Si...—La cara de Julio se había vuelto de estrés de nuevo de seguro ese era el estrés que cargaba.

— ¿Qué tal si subimos...?

—No—dijo un Julio tajante y serio tanto Nadia se asustó y prefirió callarse, lo que menos quería era molestarlo pero este notó su actitud temerosa y se relajó. —Perdón por mi actitud, es solo que no me agradan mucho las escaleras.

— ¿No te agradan?—sintió un poco de curiosidad, el cambio de actitud fue muy repentino y drástico.

—Sí, tengo malos recuerdos con ellas.

—Oh...

Los dos se quedaron en silencio, pero les pareció que estaban esperando más de lo normal, el apartamento solo tiene doce pisos ¿Cómo puede tardar tanto? Una señora que bajaba por las escaleras les avisó que el ascensor se había dañado hasta nuevo aviso.

—Oh...—volvió a repetir Nadia con un tono diferente y miro expectante a Julio, este solo suspiro y sonrió.

¿Cuántas veces ese tipo le iba a sonreír?

—Hay cosas que no podre evitar al parecer, vamos hablemos un rato.

Nadia fue arrastrada por Julio sin poder dar una opinión al respecto y así los dos terminaron hablando mientras subían las escaleras, supo un poco más de él; vivió en Francia hace diez años pero se fue porque quería dar otro paso y empezó a trabajar en una editorial poco famosa hasta que llegó a la editorial donde estaba ahorita, su sueño aunque fuese desde la adolescencia era escribir un gran libro.

—Creo que hemos hablado mucho sobre mi ¿Qué hay de ti?—le dijo Julio ya cansado de ser el único que hablaba.

Nadia no supo responderle, su vida no era ni interesante ni buena ni bonita, cuando empezó a replantearse la pregunta de su acompañante se dio cuenta de que su vida era más mierda de lo que ella recordaba claro que eso él no lo tenía que saber, por lo menos no ese día .

—Mi vida no es tan interesante como la tuya. —Tuvo el atrevimiento de decirle. —Preferiría hablar más de mi presente que de mi pasado. —Aunque en eso también tenía algo de duda, en esos momentos Julio era lo único bueno que le estaba pasando en la vida.

Este se le quedó viendo un pequeño rato como si estuviera analizándola, y Nadia apartó la vista otra vez, todo eso la incomodaba, luego Julio dijo para sorpresa de ella dijo algo contra todo pronóstico.

—Tratas de reescribir tu historia, te entiendo, todos tenemos pecado con los que cargar y heridas que no han sanado.— No creía que Julio era alguien con pecados en su espalda, era muy simple y feliz en la vida pero sabía que tampoco lo conocía demasiado para juzgarlo de esa manera, menos cuando él no lo hizo con ella. — Siempre recuerda esto, aunque te sientas perdida todos los caminos te van a llevar a casa.

Nadia no supo si esa frase motivadora era para ella o era para él, debido a que él se quedó mirando al vacío con una mirada de nostalgia y anhelo, nostalgia por lo vivido y anhelo por lo perdido pero después reaccionó y le dijo.

—Oh también te pueden llevar a un café ¿Quieres ir por uno el sábado?

Nadia sonrió y asintió alegremente, ya cuando se habían dado cuenta estaban en su piso y cada uno tuvo que despedirse para entrar a su apartamento, esta al entrar al suyo se tiró al pequeño sofá que tenía y escondió su grito como una niña pequeña. Últimamente pensaba que ella era una mancha en el universo, todo le salía mal y siempre terminaba haciendo cosas diferentes a las que pensaba hacer pero por un momento pensó que todo esto era irreal porque sintió que por primera vez esto lo estaba haciendo bien.

Sí, todos los caminos la iban a llevar a casa.

De eso yo me iba a asegurar.

7:00 am

El jefe de Nadia estaba impresionado con lo que había leído, sus ojos iban de un lado al otro viendo el análisis que pensó que no iba a poder entregar ese día. Salvatore la miro un poco dudoso, tal trabajo no era digno de alguien a quien le habían apodado la mata escritores, ese trabajo le recordó un poco a su primo Julio, ese don de buscar las palabras correctas solo lo había conocido de él pero tenía que ser una coincidencia hace mucho tiempo que no lo había visto.

En ese momento Salvatore también cometió un error de novato, conmigo las coincidencias no existían y su primo tenía mucho que ver en ese trabajo.

Aunque para Nadia ese pequeño detalle era muy irrelevante para decírselo a su jefe.

Se tuvo que disculpar con ella no le quedaba de otra, quería tragarse la lengua de verdad quería hacerlo pero se repetía a si mismo que como persona madura que era tenía que disculparse por sus errores, incluso con su empleada menos favorita, claro que ella sola se ganaba los malos comentarios de Salvatore, esa mujer tenía algo que lo estresaba de una manera increíble incluso cuando desde pequeño él mismo se había considerado alguien paciente.

Además quería que se fuera estaba apurado, dentro de poco tenía la reunión con el señor Carrizal y eso Nadia no lo sabía, tampoco tenía que saberlo.

¿Les dije que me cae bien ese tipo?

Le dijo que lo habían cancelado porque no quería que se encontrara con él, al menos no antes de prepararla y entrenarla como se debía porque Nadia era lo suficientemente capaz de echarlo todo a perder, de esa mujer se podía esperar cualquier cosa y ese mismo día lo había demostrado.

Cuando ella se fue, suspiro cansado y eso que apenas su día estaba empezando.

La reunión fue muy rápida para el gusto de Tore, solo intercambió dos palabras con el famoso escritor antes de volverle a leer las pautas de su contrato y ofrecerle algún acuerdo por si él no estaba del todo seguro con alguna parte, todo el estúpido protocolo que se debía hacer pero ese señor no se le veía otra emoción que aburrimiento en su rostro. A pesar de ser un escritor destacado y considerado uno de los mejores en la época este no tenía ni una pizca de amabilidad y buenos modales, era un maldito viejo.

Su primo Julio tenía razón.

4:30 pm

Cuando salió del trabajo, Tore se sintió decepcionado no podía dejar de pensar que todo ese tiempo se había idealizado a alguien increíble en su mente cuando en realidad era todo lo contrario.

Después de la reunión su día se hizo más largo aún, montañas de papeles y manuscritos descansaban en su escritorio, todo eso apestaba ¿Quién le había recomendado ser editor cuando fuera grande? Apostaba que con otro trabajo el estaría menos estresado.

¿Trabajos difíciles dice? Desearía que tuviera el mío.

Tore decidió despejar su mente ese día después de salir del trabajo no iba a pensar más en eso, necesitaba relajarse antes de que le salieran canas antes de tiempo y eso era algo que no quería, cuando terminó de trabajar en vez de ir a su casa empezó a caminar sin rumbo fijo si existía un ente divino en algún lugar entonces que este lo llevara al lugar que quisiera.

Pero yo ya sabía exactamente a donde lo iba a llevar.

Llegó a parar en el parque Luna Menguante o eso era lo que decía el letrero al principio.

“¿Esto es un parque?”, pensó para sí.

Se replanteó todas las veces que había visto parques y este no era uno, ni siquiera tenía un lugar donde los niños podían jugar ,solo pasto y una roca deforme en el centro que no tenía sentido en absoluto. No se iba a quedar a ver esa estupidez ese ente divino tenía un mal gusto.

Y claro que yo le iba a dar una cachetada divina.

Se iba a ir, ya había dado su media vuelta para irse pero algo lo detuvo más bien alguien lo detuvo. Ese alguien hablaba por teléfono muy estresado con una persona llamada Paula y este la regañaba varias veces repitiéndole que eso destruiría la trama de su novela. Su primo Julio nunca iba a cambiar, su estrés en el trabajo era algo que lo caracterizaba siempre y Tore se preguntó si eso era de familia.

Se acercó lentamente, Julio en ese momento se veía molesto pero si se ponía a pensar cual era la imagen que tenía de su primo era la de alguien muy serio a la hora del trabajo y algunas veces podía llegar a ser mucho más terco que él.

Trancó su teléfono con molestia y soltó un largo suspiro, por lo menos él también tenía un día malo en el trabajo.

— ¡Julio!—soltó Tore emocionado, desde hace mucho que no veía a su primo.

El anterior nombrado volteo confundido a ver quién lo llamaba pero al ver de qué se trataba esbozo una sonrisa enorme.

—No puede ser... ¡Tore! —corrió a abrazarlo de manera cariñosa y le dio una palmada en la espalda. —Cuanto tiempo... ¿Cinco años ya?

—Si... Cinco años.

Julio volvió a abrazarlo, de verdad extrañaba a su primo, cada vez que hablaba con Julio siempre se sentía tranquilo, pensaba que con él todo iba a estar bien.

— ¿Y eso que estas aquí?—le preguntó su primo emocionado.

—Por cosas de trabajo...—bajó la cabeza estresado, cada vez que pensaba en eso se molestaba.

— ¿Viniste al parque Luna Menguante por cosas de trabajo? —Julio levantó una ceja divertido, había entendido su aura de mi-trabajo-apesta, algo que Tore agradeció con todo su corazón.

—De hecho vine para desestresarme pero este parque es una mierda—dijo con un tono irritado.

— ¿Por qué lo dices?

— ¿Cómo que porque lo digo? Se nota que no han podado en meses y además hay una roca

deforme en todo el medio.

—Tore... Tiene forma de Luna Menguante.

—Veas como lo veas es una maldita roca deforme.

Julio se echó a reír divertido y lo invito a sentarse en el pasto.

—Estás loco, mi época de universidad donde me sentaba en pasto se fue.

—Deja de pensar las cosas por un momento Tore y tranquilízate.

Aunque Tore lo hizo de mala gana trató de tranquilizarse, no veía a Julio desde hace mucho tiempo y no quería desperdiciar ese tiempo peleando por una tontería.

—Entonces Tore, ¿Cómo está la tía Elena?

—Supongo que está bien, desde hace rato que no la llamo pensé que tu hablabas con ella ya sabes, siento que te quiere más a ti que a mí.

La historia de Julio con su familia era interesante. Su tía Margarita, la madre de Julio era la menor de tres hermanas y esta lo tuvo cuando apenas tenía diecisiete años, según su madre fue una gran sorpresa pero igual la ayudaron llegando al punto de criar entre las tres a Julio.

Elena su madre, era la mayor de las tres y tuvo a Tore un año después de nacer Julio y los criaron como si fueran hermanos, pero Julio fue la adoración de sus tías y madre. Él tenía un pedacito de cada una y las enorgullecía de una manera difícil de explicar.

—No digas eso Tore... Es tu madre.

—Sabes que de alguna u otra manera también es la tuya.

Julio le sonrió y miro hacia la roca como si se hubiera perdido en sus pensamientos.

—Las extraño... A la tres.

—Lo sé, yo también las extraño.

Iba a decirle algo, tenía muchas ganas de hacerlo pero Julio lo interrumpió de manera abrupta.

—Tienes que darle una segunda oportunidad a este parque, es uno de mis favoritos.

—Siento que tienes malos gustos primo, es una mierda.

—Se nota que no conoces la calma todavía Tore, este parque te da toda la calma que necesitas.

Tore estuvo a punto de decirle que con solo abrir la boca el ya transmitía la calma que necesitaba pero decidió omitirlo.

—No necesito calma necesito un milagro...—antes de volver a hablar su teléfono sonó de improvisto, era un mensaje y de la persona que menos pensó que le iba a escribir.

La hermosa pelirroja de la noche anterior.

¡Hola! Espero que hayas guardado mi número jajaja, ¿Ya saliste? Yo acabo de salir de trabajar y me preguntaba si estabas libre.

Las cosas no podían salir mejor para él.

Por supuesto, estoy en el parque Luna Menguante ¿Lo conoces?

Sí, creo que si dame media hora.

Su primo Julio silbó divertido al leer los mensajes junto con Tore.

—Pelirroja sensual ¿No?—le dijo burlándose al ver el nombre que le había puesto a la mujer.

—Es jodidamente ardiente, tienes que verla es todo una belleza.

—Creo en lo que dices, las pelirrojas causan ese efecto

Esa pelirroja en especial diría yo.

Tore le iba a seguir hablando sobre ella pero esta vez le toco a Julio contestar el teléfono.

—Hola ¿Paula, ya cambiaste lo que te dije?—este calló un momento para luego rodar los ojos.

—Primo lo siento tengo que irme, te veo después. —Le guiño el ojo antes de pararse e irse del lugar.

No le dio tiempo de decirle que la hermosa pelirroja se llamaba igual que su tía Melinda, ni

tampoco para decirle que el señor Carrizal era un maldito viejo como este le había dicho que era hace ya mucho años, la próxima vez que se encontraran se lo iba a decir.

Si había una próxima vez, ni siquiera le dejó su número telefónico para poder llamarlo.

5:00 pm

Esperó a Melinda media hora exacta a lo que ella le había dicho, durante ese tiempo empezó a tratar de verle algo bonito a ese estúpido parque pero igual no veía nada, hubiera preferido verla en otro lugar, en su apartamento le hubiera encantado con unas copas de vino y algo de música de fondo después todo se daría solo. Pero no, el de estúpido tuvo que invitarla a ese lugar para que su primo la viera y él también se había ido.

Esa era mi cachetada divina.

Volvió a sacar su teléfono para escribirle que la iba a esperar en otro lugar pero ella ya estaba parada al frente de él.

— ¿Salvatore?—Era increíble, Melinda tenía su edad y no lo parecía, con esa cara y esa sonrisa cualquiera pensaba que tenía diez años menos.

—Me descubriste. —Alzó las manos como si lo hubieran atrapado de un crimen cometido.

O que estaba a punto de cometer.

Quería irse ya de ese lugar, llevar a Melinda a su apartamento de una vez por todas pero esta se sentó a su lado y empezó a mirar a su alrededor.

—Este parque es muy bonito—dijo para sí misma.

¿Qué?

¿Era una broma verdad?

—Melinda, no tiene nada de bonito, tiene una enorme roca deforme como atracción. —Ya se estaba empezando a irritar con el tema.

— ¿Qué dices? Tiene forma de luna menguante.

—No me jodas, sigue siendo una maldita roca deforme.

¿En serio iba a tener esa pelea por segunda vez en el día?

Lo que le pareció irónico es que Melinda hiciera el mismo gesto con la roca, mirarla y quedarse perdida en sus pensamientos, no se podía imaginar todos los recuerdos que podía tener una roca deforme.

—La luna menguante significa cambios, cambios importantes. —le dijo todavía perdida.

Tore se iba a tomar un curso de romanticismo, a él le faltaba captar todas esas cosas bellas que al parecer no veía en ningún lugar. Pero no le iba a discutir eso lo iba a dejar como el aburrido de la historia.

— ¿Qué tal si planeamos cual será nuestra primera cita?

Ese era el plan original, un restaurante, hacerla reír, darle un poco de vino y después llevarla a su apartamento.

—Vaya, eres algo apurado.

—Me gusta más el término de no perder el tiempo.

—El tiempo nunca se pierde, créeme todo sucederá cuando tenga que suceder.

— ¿Eso significa que no quieres una cita?

—Si quiero una cita, pero primero quiero hablar contigo de cómo te fue hoy. — ¿Era en serio? Era la primera vez que una mujer se interesaba en eso, y por eso no sabía que responderle.

—Bien...—dijo algo dudoso, muy bien no le había ido pero eso no se lo iba a decir, aunque igual esta lo dedujo.

—Que bien tan convincente—se echó a reír y este la siguió. — ¿Tu trabajo es muy duro?

—Si algo así, los escritores piensan que son los reyes del mundo, creen que los editores

somos como sus sirvientes a los que le debemos rendir pleitesía solo porque escriben obras increíbles— ¿De dónde había salido eso? Siempre se había guardado ese comentario para sí mismo ¿Por qué lo había dicho con ella?

—Sí... te entiendo, algunos pueden ser muy cabezas duras si se lo proponen.

— ¿Conoces a un escritor?

—Conocí al intento de uno hace mucho tiempo, de pequeña mi tío estaba escribiendo un libro pero no sé si lo terminó o no—se encogió de hombros. —Hace veinte años que no lo veo.

—Tienes una familia de artistas entonces.

Melinda mostro una sonrisa sarcástica.

—Yo no diría eso exactamente. Pero si tanto odias ser editor ¿Por qué decidiste dedicarte a eso?

—No es que no me guste ser editor, la mayor satisfacción que puede haber es ver un libro publicado, además mi tía me hizo elegir la carrera.

— ¿Tu tía?

Si, su tía Melinda, al igual que ella. Era la hermana del medio de las tres, era poeta, publicó unos cuantos escritos que era hermosos además de inculcarle a Julio y a él, ese hermoso camino que era la literatura.

“Aunque no lo crean, las palabras mueven muchas cosas incluso su propio destino.”

Él adoraba a su tía Melinda, aunque no más que Julio. El sueño de él fue publicar un libro con palabras tan bellas como los que tenía su tía y Tore supone que de ahí salió su don con las palabras, su primo era quien mantenía su esencia.

Y Tore se lo agradecía mucho.

Pero eso no se lo iba a contar a Melinda, no era necesario contarle toda su vida a una mujer que solo iba a estar una noche.

Solo una.

—Sí, ella escribía cosas bonitas.

—Hubiera querido que mi tío escribiera cosas bonitas, el solo escribía tonterías eróticas.

Los dos rieron como si eso fuera lo más divertido.

— ¿Sabes? A pesar de todo lo malo en el trabajo, no me quejo de ser editor.

Sin ninguna otra explicación, Tore se puso a reflexionar; si, algunas veces odiaba su trabajo y quería renunciar y no volver saber más nunca de la literatura pero no todo en su vida laboral había sido malo.

Nunca había sentido tanta emoción cuando había publicado por primera vez su libro, el título, los personajes, la trama, la portada, si era tapa dura o blanda, de qué color seria. Había sido una experiencia increíble podía decirse que junto con el escritor él había puesto su grano de arena para que la obra fuera tan magnífica y si tenía que volver a estudiar la carrera para ese momento estaba preparado para hacerlo.

—Sé que algunas veces la gente se pierde en el camino, yo misma lo he vivido—La voz de Melinda lo sacó de trance, en ella desprendía un aire de tranquilidad que lo había envuelto por completo y no quería apartarse, por lo menos no en ese momento. —Pero todos los caminos te van a llevar a casa.

—A casa...—Tore miró el cielo azul que aún se cernía encima de él y pensó si en realidad estaba yendo directo casa o su camino se estaba desviando.—Supongo que todavía no la he encontrado.

Jamás se sintió tan perdido cuando se dio cuenta que ni siquiera sabía hacia donde se dirigía, ¿Qué pensaba hacer si siempre vagaba sin rumbo en su vida?

—Creo que tengo irme Mel... Tengo que seguir trabajando.

Melinda solo sonrió, no supo si fue porque dijo que se iba a trabajar o porque la llamó Mel, solo supo que ella entendió su ida repentina, ese empujoncito que necesitaba para seguir adelante y decirse a sí mismo ¡Vamos, todo este trabajo vale la pena! Ya lo tenía y no lo iba a desperdiciar.

Se levantó con rapidez preparado mentalmente para trabajar con avidez, estaba en su mejor momento de la vida y lo único que hacía era quejarse, le dijo un lejano hasta luego a Melinda y esta solo vio como la silueta de Tore desaparecía en el parque.

Ya estado sola volvió a mirar la roca que estaba al frente de ella, salía del trabajo así que cargaba con ella su cámara, la saco y empezó a acomodar su lente y cuando estaba a punto de tomar una fotografía se dijo a sí misma.

—Nunca dijimos cuando iba a ser nuestra cita.

Pero no lo iba a llamar ni tampoco escribir; primero tenía que decidir que quería con su vida, el amor llegaría después. Tomo fotos desde distintos ángulos, esa roca le parecía curiosa nunca había ido pero desde que había llegado sus compañeros de trabajo le recomendaron mucho ese lugar, se calculó en su mente como diez minutos tomando varias fotografías del parque hasta que la voz de una mujer la quito de su trabajo.

— ¿Melinda?

Un poco confundida por haberla llamado, bajó la cámara para ver quién era la autora de su llamado y aunque al principio no la reconoció si pudo recordar esos fogosos ojos azules que conocía de su juventud.

— ¿Nadia?

14 años antes

Melinda estaba sentada en el rincón de espera de una peluquería cerca del anexo donde le habían ofrecido hospedaje, cuando llegó a Francia todo fue muy loco y repentino, tenía dinero suficiente para vivir en un motel hasta encontrar un lugar donde vivir, no iba a estudiar por los momentos solo quería disfrutar su vida ; cuando encontró un anuncio donde necesitaban a jóvenes para atender una cafetería no lo pensó dos veces y fue, hasta que la señora muy amable del anuncio le dijo que ella le daba hospedaje y comida si la ayudaba con su pequeño café.

Y así fue como ya estaba bien hospedada en Francia en menos de una semana, pensó que sería más difícil pero no se quejaría de la rapidez.

Ya lo único que faltaba en su lista era el corte, el gran corte para que así fuera oficial en cambio en su vida, al principio tenía sus dudas no sabía si su cabello rizado fuera a quedar bien corto pero ya en este punto no tenía vuelta atrás.

Es el cambio que querías Mel, este es el gran paso de ser alguien diferente a lo que la gente pensaba de ti.

Estaba nerviosa las manos le temblaban, necesitaba distraerse, agarro una revista y empezó a leer aunque en realidad no leía nada solo pasaba la página para despejar su mente.

Por estar perdida en su mundo no vio a un pequeño entrar a la peluquería y saludar como todos fueran amigos de él, acercándose lentamente hacia donde estaba Melinda.

—Bonjour Mademoiselle—dijo el pequeño sacándola de su mente.

—Bonjour...

— ¿Corte de pelo Mademoiselle?—Su francés era apurado y hablaba tan rápido que si Mel fuera nueva en el idioma no lo hubiera entendido.

—No creo que sea de tu incumbencia, pulga.

El niño se mostró ofendido por el adjetivo.

— ¿Pulga? ¡Acabo de cumplir ocho!

Mel empezó a reírse, el niño tenía su carisma y se le notaba a simple vista, le vio en su antebrazo izquierdo una canasta llena de lazos y rosas.

— ¿Los vendes?—le pregunto señalándolos.

El asintió entusiasmado.

—Lazos y rosas tan bellas como usted, Mademoiselle. —Con gracia sacó una rosa de la canasta y se la dio a Melinda.

—Me halagas pequeño.

—Mi trabajo no es halagar, mi trabajo es decir la verdad.

Le encantaba ese niño, cuando sonreía se le veían que se le habían caído unos dientes delanteros pero igual tenía su gracia, como un pequeño y adorable príncipe.

—Te compro un lazo y una rosa, ¿Qué te parece?

—Que nada de lo que tenga aquí se compara con su belleza.

Esta vez Mel se echó a reír con ganas ese niño le estaba hablando como alguien de su edad, incluso más ¿De dónde había salido?

— ¿Dijiste que tienes ocho?

—Recién cumplidos Mademoiselle.

—Si tuviera diez años más, te hubiera hecho caso con todos esos piropos.

—La de edad es lo de menos Mademoiselle pero...—se acercó más ella y le susurró como si fuera a decirle un secreto— ¿Le puedo decir algo?

—Claro...

—Cuando llegué la vi preocupada, no sé si sea por el corte de cabello pero si es así no se preocupe, es solo cabello Mademoiselle.

Mel se quedó callada, un niño de ocho años había tirado a la basura todas las metáforas de su corte de cabello en menos de cinco minutos pero eso no le molesto ni le ofendió, le dio ánimo.

—Supongo que tu trabajo es decir la verdad, es solo cabello...

—Además, su cabello es bonito ¿Nunca lo probó liso?

Mel le sonrió, empezaba a adorar al chico.

—Alguna vez lo intentaré, mejor dame otra rosa esta vez tu encanto funcionó a la perfección.

Mel le terminó comprando cuatro rosas y seis lazos al pequeño, lo bueno es que había salido con mucho dinero ese día.

— ¿Cómo te llamas pequeño? —le pregunto Mel.

— Louis, Mademoiselle—le dijo dándole una reverencia. —Estoy a la orden para que lo que usted desea.

— Louis... Me gusta, cuando quieras ve a un pequeño café en la 34 Rue Léonce Grau, ahí trabajo yo.

— ¿Con Madame Fantin?

Mel quedó confundida ante el comentario del pequeño.

— ¿La conoces?

— ¡Claro! Es mi amiga.

A Melinda no le parecía raro, esa señora era un completo amor con cualquiera y con el carisma que tenía ese niño hacían un dúo perfecto.

—Ve cuando quieras Louis, te invitare un chocolate.

—Con gusto iré, ¡Au revoir!

El pequeño salió alegre por su venta y sin razón Melinda también quedó alegre. Se miró el pelo y se quedó pensando lo que le había dicho su nuevo amigo.

—Es solo pelo...

Lo que Mel no pensó ese día fue que el gran paso metafórico que se habían planteado desde que llegó a Francia no fue el corte si no su decisión en cortárselo, al fin y al cabo solo era pelo.

Mientras tanto en un lugar no tan lejano Julio se encontraba en las orillas de la playa de Pourville, en su búsqueda inalcanzable de la inspiración, uno de sus lugares favoritos según él. Ahí los artistas sacaban la inspiración que necesitaban Claude Monet fue uno de ellos.

Vagaba sin rumbo por las orillas de la playa, hoy era su día libre y como en todos sus días libres no sabía qué hacer para tener inspiración, leía, paseaba, hablaba con las demás personas pero nada de eso lo llenaba, eso de escribir un libro era más difícil de lo que él pensaba, se preguntaba como su tía Melinda ponía las palabras donde deberían estar.

La extrañaba demasiado.

Miro hacia el mar y se preguntaba como algo tan calmado podía ser tan salvaje cuando se lo proponía, algunas cosas se mandaban solas sin importar todo a su alrededor.

Como su inspiración por ejemplo.

Maldita inspiración.

A lo mejor desistía con su sueño de escribir un libro, ya tenía dos años en Francia y no llevaba ni un borrador de la gran historia que quería hacer, todo eso apestaba. Agarró un roca y lo tiro con rabia hacia el mar.

— ¿Mal día Monsieur?

La voz de un niño pequeño lo sorprendió un poco ¿Cuándo había llegado?

— ¿Hace cuánto llegaste?

—El tiempo suficiente para ver que pagaba toda su rabia con esa pobre roca.

—No creo que la roca tenga sentimientos para sentirse mal si pago toda mi rabia con ella.—le dijo mientras agarro otra roca y la tiraba al mar, dentro de unas horas se reprendería por el acto de niñez que estaba haciendo.

—El punto no es pagar su rabia Monsieur el punto es drenarla de manera productiva—el niño estaba muy divertido viéndole lanzar rocas.

Julio se le quedo viendo interesado en ese pequeño.

—Hablas muy bien para ser un niño ¿Cuántos años tienes?

—Ocho, recién cumplidos. —dijo orgulloso.

—Has vivido mucho para tener ocho años.

—Por supuesto que no Monsieur, solo vengo a ofrecerle lazos y rosas, lo que pasa es que justo llegue al momento en que usted tenía un ataque de rabia con la roca.

—Por favor dejemos de lado el tema de la roca.

— ¿Quiere comprarme lazos y rosas?

El pequeño dejó a Julio más confundido de lo que estaba.

— ¿Qué?

—Esa era mi intención, la primera vez que lo vi Monsieur.

El mayor se tanteo los bolsillos en busca de dinero, le había agradado el pequeño, tenía ocho años pero hablaba como alguien de cincuenta. Al final le terminó comprando cinco rosas y siete lazos.

— ¿Por qué estaba molesto Monsieur?—le preguntó el niño.

—Cosas de grandes.

—Los grandes se molestan por cosas raras, mi madre por ejemplo se molesta cuando no consigo vender lo suficiente.

Julio se sintió mal por lo que le había dicho el pequeño, él se quejaba por no escribir un libro y el niño que estaba al frente de él trabajaba todos los días para vender rosas y lazos, de verdad

que era un malagradecido con la vida.

— ¿Sabes pequeño? Trabajo en un café cerca de aquí, en la 34 Rue Léonce Grau cuando quieras ir te invito un chocolate.

— ¿Con Madame Fantin?

— ¿La conoces?

El personaje solo se encogió de hombros como si la pregunta fuera habitual.

—Esta parte de la provincia es tan pequeña que uno puede hacer amigos de todos lados.

Cada vez más el niño se ganaba la atención de Julio.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Louis, Monsieur.

—Bueno Louis, ve cuando quieras.

El pequeño se despidió y le dio las gracias por comprarle, le agradaba ese chiquillo y cuando se devolvía a casa le dio la razón de lo que dijo.

Los grandes se molestan por cosas raras.

Cuando llego vio a su nueva vecina parada al frente de su puerta leyendo el mismo libro del día anterior tenía el cabello corto hasta los hombros, no la había visto mucho con el cabello largo pero le gustaba el nuevo corte; se veía diferente, pero no le pudo decir que se le veía bonito el corte porque entró rápidamente a su anexo, él solo suspiro cansado, en algún momento ella lo iba a notar, esperaba que sí.

Al día siguiente le tocaba trabajar en la mañana y en la tarde ir a la universidad que le quedaba a una hora de allá, algo tedioso desde su punto de vista pero no le quedaba de otra, la nueva vecina estaba comenzando con su trabajo en el café y cuando llegó lo primero que vio fue a Madame Fantin dándole las indicaciones de lo que debía hacer.

Esa señora era un completo amor, tanto que mientras hablaba con ella le sonreía y le daba ánimos para que pudiera trabajar bien, ella solo asentía con seriedad y captaba todo lo que tenía que hacer.

En el café Fantin Roses no se hacía mucho, no es que no fuera muy popular pero igual solía estar solitario en las hora de las mañana, solo estaban personas que pedían café para llevar o ancianos que la verdad no tenían nada que hacer y hablaban de su vida tomándose algo.

Lo más seguro es por eso que antes de que llegara Julio solo estaba la señora atendiendo todo el local, ella hacía los pedidos, hacía el café, incluso le cobraba a los clientes, era increíble como trabajaba esa señora.

Lo que ninguno de los dos se esperó, es que el invitado especial llegara tan pronto. Louis estaba en toda la entrada con una sonrisa de oreja a oreja esperando poder ver a sus nuevos amigos.

— ¡Louis!—exclamaron los dos al mismo tiempo y se miraron dudosos al verse que habían pronunciado el mismo nombre.

— ¿Lo conoces?—se dijeron otra vez.

—Sí, ustedes conocen a Louis—respondió el pequeño por ellos.

— ¿Cómo se conocen?—se dijeron por tercera vez, hasta el mismo Louis volteo los ojos al ver que la acción era repetitiva.

—Aquí se puede hacer amigos de cualquier lado, ¡Bienvenue! por cierto.

Los dos mayores intercambiaron miradas.

— ¿Qué le ofreciste tú?—le dijo Julio.

—Un chocolate ¿Y tú?

—También.

Intercambiaron miradas por un momento pero eso les bastó a los dos para entender la situación, Julio se volteó a mirar a Louis y se agachó para estar a su altura.

—Bien pequeño, al parecer dos personas te ofrecieron lo mismo ¿Qué te parece si te la damos de parte de los dos?

— ¡Perfecto! ¿Les dije que amo el chocolate?

Los tres rieron y mientras que el invitado especial esperaba pacientemente en una mesa los dos preparaban el famoso chocolate.

—Es increíble que invitáramos un chocolate al mismo niño—le dijo la chica mientras buscaba una taza.

—Pues la verdad yo no, ¿Has visto el carisma que tiene ese muchacho? Parece que habláramos con un hombre mayor.

—Debe vender muchas rosas y lazos.

—Debe de hacerlo, su madre se enoja si no lo hace.

Melinda suspiró molesta por lo que había dicho.

—Ese tipo de madres... no deberían existir.

—De malas madres salen grandes hijos.

—No creo que eso aplique todo el tiempo—decía mientras servía el chocolate. — Pero por lo menos de una madre como esa salió un niño así.

Entre los dos le entregaron el chocolate y el invitado especial se lo tomó muy gustoso, cuando terminó se despidió de los dos con un cálido abrazo a cada uno.

—Tengo que seguir vagando a ver quién más me quiere comprar rosas y lazos—le dijo mientras se despedía.

— ¿No temes perderte?—le dijo la pelirroja asustada.

—Esta provincia es tan pequeña que aunque si me pierdo... ¡Todos los caminos me van a llevar a casa!

Y así la pequeña estrella se fue del campo de visión de los dos, siguieron trabajando como si nada hubiera pasado, no había nada de divertido cuando en un café tan pequeño solo trabajan dos jóvenes y una señora.

Cada vez que Julio se acercaba a hablar con la chica esta se alejaba exitosamente y cuando ya fue su tiempo de irse a la universidad, está por fin se dignó en hablarle.

—Quizás me interese en hablar contigo cuando me digas porque me espiabas cuando me mudé —le dijo justo cuando Julio salía para irse.

— ¿Por lo menos puedes decirme tu nombre? —De algo tenía que salir victorioso ese día.

La pelirroja se lo pensó por un rato, debatiendo si en verdad se lo tenía que decir.

—Melinda... Mi nombre es Melinda.

Oh, se llamaba igual que su tía Mel y algo despertó muy dentro de él, Julio quería decirle algo pero el tiempo no le dio una segunda oportunidad y resignado se tuvo que ir apurado del lugar, pero pronto volvería a hablar con ella.

Porque el pequeño Louis tenía razón, esa provincia era demasiado pequeña para que cualquier camino lo llevara a casa.

Todos los gatos tienen la culpa

Julio había quedado muy encantado con esa pelirroja que se llamaba igual que su tía, pero ¿Cómo no hacerlo? El sentía que ella era una caja llena de sorpresas, un enigma total, no sabía cuánto tiempo había pasado desde que llegó y le había ofrecido al mismo niño un chocolate caliente.

No estaba ansioso por verla al día siguiente pero si estaba un poco emocionado por volver a hablarle, ese sentimiento era muy raro en él, incluso había hecho una conversación imaginaria en su cabeza para poder ordenar todo lo que pensaba decirle aunque bueno, eso sonaba más patético en su mente.

Ese día se levantó radiante, pareciera que el mismo sol se hubiera levantado de buen humor y le diera un ánimo antes de ir al trabajo porque parecía radiante y acogedor, las flores que estaban cerca de su casa se conseguían en su máximo esplendor, también el cantar de las aves que, aunque para él era algo molesto ese día lo consideró melifluo.

Pero no todo podía estar bien, y su bello día se fue en tan solo cuatro palabras.

—Ella no vino hoy—le dijo Madame Fantin mientras acomodaba las sillas de la manera tan delicada que podía tener esa señora.

— ¿Cómo sabes eso? —le preguntó confundido puesto a que el día apenas estaba empezando y ni siquiera habían abierto el local.

—Ayer me pidió el día libre, dijo que tenía algunas cosas que hacer.

Eso lo decepcionó, no le arruinó el día pero si lo dejó un poco triste debido a que el propósito de su día fue hablar con Melinda, solo suspiró y dijo “Ni modo, sigue trabajando” Mañana sería un día nuevo y tendría su oportunidad para poder hablar con ella, no se lo iba a dejar tan fácil y no se iba a rendir tan rápido.

El resto de su día fue normal, los señores hablando, las personas pidiendo café para irse a trabajar y ese calor hijo de puta que le estaba empezando a estresar, algo que no se iba a acostumbrar era del calor de toda la zona, si fuera por el viviría pegado al ventilador para no tener que sudar más nunca.

Hasta que un visitante inesperado le volvió a alegrar el día, era Louis que venía con esa sonrisa de oreja a oreja que lo caracterizaba aunque le faltaran los dos colmillos, su pelo café estaba desordenado, pensando seriamente que el pequeño se peinaba muy pocas veces el pelo. Su aspecto no era descuidado pero se notaba que no era muy amante del aseo personal.

— ¡Monsieur!—exclamó el pequeño al verlo.

— ¡Louis!—dijo en el mismo tono.

El menor fue a darle un cálido abrazo y Julio se lo correspondió con todo el cariño posible aunque el último no era muy bueno dando afecto hacia las demás personas.

—Llegaste demasiado pronto ¿No crees eso pequeño?

Louis solo le dedicó una sonrisa al respecto como si el no rompiera ni un solo plato.

—No tengo mucho que hacer además de vender lazos y rosas Monsieur.

En ese momento se percató de algo importante, y las cosas que tenía en mente lo desagradó demasiado

—Por favor, dime Julio me harás sentir viejo. —Julio trató de bromear un poco antes de hacer la pregunta sería que estaba a punto de tirarle.

—Oh, lo siento me dijeron que decirle monsieur a alguien es de buena educación.

Julio solo se rio y lo invitó a sentarse en una de las mesas para poder seguir hablando con él.

— ¿Acaso no vas al colegio? —le preguntó tratando de no lucir tan serio y no asustarlo.

Aunque su misión no se logró debido a que ya el menor había puesto cara de terror y empezó a mirar a todos lados tratando de huir de esa mirada.

—Que sol tan bonito tenemos el día de hoy.

Julio lo miró detenidamente entrecerrando los ojos, meditando lo que iba a decirle así que decidió seguirle el juego.

—Tienes razón... Es un buen día para que un adulto vaya a trabajar y un niño vaya a clase.

La cara de Louis explotó en tonalidades rojas ante el comentario.

— ¿Por qué no vas al colegio pequeño?

El niño bajó la mirada y empezó a jugar con sus dedos un poco nervioso.

—Es que... a mi mamá no le gusta que deje de vender, dice que el estudiar no llevara dinero.

Julio tuvo que respirar hondo para no soltar una maldición al frente del pequeño, ya no quería asustarlo y acorralarlo como lo estaba haciendo en ese momento, tenía que apoyarlo para que no se sintiera mal.

—Pues en eso tu madre se equivoca, estoy seguro que eso si te puede ayudar en un futuro.

Antes de decir la frase que estaba a punto de salir de su boca, se tomó un gran tiempo pensando en decirlo debido a que si se ponía a ver no es que fuera tan bueno ayudando a la gente y mucho menos explicando.

—Yo puedo ser tu maestro, o bueno, enseñarte algo de lo que he aprendido con el tiempo.

A Louis se le iluminaron los ojos como si de un gran regalo se tratase.

— ¿De verdad?—dijo con cierta esperanza en su voz.

—Sí, pero me tienes que prometer que serás constantes con tus clases.

Con solo ese ofrecimiento, a Louis se le reflejó una gran emoción en el rostro como si le hubieran dado la mejor noticia en el mundo.

— ¡Por supuesto!

El pequeño se dispuso a abrazarlo con un amor tan grande que pudo embargar a Julio de una manera indescriptible.

Después de la escena conmovedora Louis hace un gesto dando a entender que se le había olvidado algo muy importante.

— ¡Demonios! Monsieur ¿De casualidad no ha visto a la dama pelirroja que trabaja por aquí?

Julio se le quedó mirando un poco confundido por el gesto y la pregunta.

—Hoy no vino a trabajar.

—Oh... con razón la vi salir sin uniforme hace un rato ¿Sabe por qué faltó?

—Louis—le reprendió. —No te metas en cosas que no son de tu incumbencia, es de mala educación.

El pequeño se sonrojó un poco y asintió con vergüenza ante el regaño.

—Es que... quería decirle sobre el gato.

— ¿Gato, cual gato?

—Bueno, ella me dijo que le encantaban los gatos y justamente un amigo está adoptando unos lindos gatitos.

Un escalofrío le recorrió a Julio por toda la espalda, en serio odiaba a los gatos.

— ¿Te gustan los gatos Monsieur Julio?

Oh no, definitivamente no le gustaban esos demonios peludos, menos con la traumas que tenía gracias a eso.

—Entonces ¿Solo tengo que tirar la piedra pedir un deseo y se me hace realidad?—Le

había dicho su primo Tore un poco confuso ante la situación.

Julio y Salvatore tenían 8 y 7 años respectivamente y todavía en esa edad les encantaba escuchar historias de su tía Mel, en una de sus historias les decía que en un riachuelo que quedaba cerca de la casa existía un gran señor del agua que le encantaba comer rocas y si le tirabas una te iba a conceder el deseo que tu querías, siempre y cuando estuvieras diez pasos atrás.

—No seas estúpido Tore, la tía Mel nos ha contado ese cuento unas diez veces.

En realidad, Julio utilizaba a Salvatore como su experimento, si todo salía bien entonces también lo intentaría, aunque lamentablemente Salvatore no tenía buena puntería y terminó dándole a un gato que pasaba cerca, y este no fue un gato normal si no que al darle se fue a perseguirlos para arañarlos y morderlos, terminaron llegando a la casa sucios y llorando por lo sucedido.

—No me gustan los gatos—le respondió Julio recordando su experiencia. —No me llevaba muy bien con ellos desde pequeño.

Louis se mostró un poco decepcionado al respecto.

—Bueno, al menos entrégale la dirección de mi parte.

Cuando el pequeño termina de hacer su cometido se despide de Julio dejándolo en el café todavía con el papel en la mano.

—Maldita sea...

Lo que estaba pensando era muy loco, y se estaba odiando mucho por hacer lo que fuera para llamar la atención de Melinda.

Esa misma mañana.

Melinda se había levantado muy temprano ese día, incluso todavía seguía un poco oscuro por la hora pero eso no le importaba, había agradecido levantarse a esa hora para poder ver el amanecer que se avecinaba,

El amanecer, algo que nunca en su vida fue capaz de admirar en persona y a solas con ella misma.

Pensaba en todo lo que había dejado atrás solo para poder escapar de su propia vida, tenía entre sus manos el libro de Clementine, un libro que había sido un resorte para ella y así poder dar el paso definitivo a lo que sería su nueva vida. Y eso sería a partir de ahora, porque solo faltaba la parte más esencial para empezar construir su vida desde cero.

Comprarse una cámara fotográfica.

Ya le había pedido el día de Madame Fantin y ella le dijo que no tenía problema y que si quería podía tomarse todo el día, Melinda se dijo a si misma que tenía que pagarle con creces todos los favores que le había hecho esa señora, era demasiado amable que algunas veces no se lo creía tanto.

Salió temprano para así pasear un poco y observar bien el lugar pues, tenía poco tiempo ahí y no había visitado muchos lugares excepto la peluquería. El día iba estar normal iba a pasear, comprarse una cámara y finalmente llegar a su anexo.

Aunque sus planes se vieron un poco alterados con la llegada de un pequeño que le resultaba familiar.

—Buenos días bella dama. —El pequeño la saludaba con la calidez que lo estaba caracterizando, ese niño parecía como un rayo de sol que había enternecido la vida de Melinda.

—Buenos días Louis ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Pues iba justo a su café—este le sonrió mostrándole que le faltaban unos cuantos dientes en la parte delantera.

Melinda lo miró divertida.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— Quería hablar con Julio, sobre el gato.

— ¿Gato dices?

El pequeño sonrió de la manera más inocente que pudo, aunque ella no notara su segunda intención.

—El adora los gatos, y justamente un amigo está poniendo en adopción a unos lindos gatitos, pero...—El pequeño se agarró los pelos de la cabeza con exasperación. —Tengo que salir muy temprano para vender mis rosas y no creo que pueda esperarlo.

Melinda no lo supo, pero cayó justamente en la trampa del muchacho, pensó por un momento que quizá si solo quizá hacia lo que estaba pensando sería como un gesto de paz después de tratarlo tan mal en lo largo de los días. Para que volviera en si el menor le hizo una pregunta.

— ¿Le gustan los gatos?

Ella arrugó la cara con desagrado.

—Oh no, definitivamente no, soy alérgica.

El pequeño suspiró un poco estresado.

— ¿Puedes entregarle la dirección por mi parte?

No sabía por qué, pero sentía que Louis escuchaba sus pensamientos y eso la aterraba.

—Si por supuesto.

No dijo nada más, no le dio tiempo, Louis dijo un lejano adiós y salió corriendo del lugar dejándola sola con el papel en la mano a mitad de la calle, Melinda respiró hondo y dio un largo suspiro. Parecía que Louis le había dado una idea muy alocada.

De alguna u otra manera a los dos se les ocurrió una idea muy alocada ese día.

Esa misma tarde.

Julio se lo pensó un poco antes de ir, había llegado de la universidad y era ya de noche, pero nada perdía con intentarlo. El plan era fácil, llegar al anexo decirle “¡Hola! Sé que esto parece muy de acosador pero ¡Mira! Te traje un gato y sé que te encantan” Oh no, eso sonó mejor en la mañana.

Melinda iba a la misma dirección y con un plan más o menos igual aunque se había tardado casi todo un día en hacerlo y cuando tuvo el valor ya se estaba oscureciendo. Pero ya había salido de su casa así que la intención todavía seguía allí.

Los dos no lo sabían pero iban al mismo lugar con la misma intención y el mis sentimiento, el odio hacia los gatos. Y mientras pensaban en la pésima idea que estaban llevando a cabo en ese momento se vieron mutuamente y quedaron sorprendidos al verse.

— ¿Melinda?

— ¿Julio?

Ya ninguno sabía qué hacer, se reprochaban en sus mentes de que todo había sido muy mala idea y que no sabían cómo habían llegado a ese punto, el silencio ya se volvía palpable e incómodo así que tenían que actuar rápido y quien fue el primero en dar el paso fue Julio.

— ¿Cómo te fue en tu día libre?

Eso, tenía que disimular el hecho de que iban al mismo sitio.

—Bien yo... Bueno ya sabes, pasee y conocí un poco el lugar.

Y ahí estaba otra vez el silencio incomodo que ninguno de los dos trataba de romper, hasta que Melinda tuvo el valor de hacer la temible pregunta.

— ¿A dónde vas?

Agradecía que todo estuviera oscuro porque sintió cierto calor en sus mejillas demasiado

vergonzoso y poco maduro de su parte.

—Yo... Iba a adoptar un gato...

Melinda se pegó en la frente mentalmente, era una estúpida al pensar que se lo iba a dar como símbolo de paz, eso no era una historia de amor ni ese tipo de estupideces así que no podía esperar que todo le saliera de la manera cursi que ella esperaba.

—Oh... Que bien.

Julio se repitió estúpido unas mil veces ¿Por qué le había dicho eso? Se supone que le iba a llegar como sorpresa y todo sería bonito pero no, tuvo que arruinarla diciendo que iba a adoptar un gato, ahora no sabía si de verdad se lo iba a quedar porque ya no podía decirle que el maldito gato era para ella.

—Si quieres te acompaño—le sonrió Melinda para alivianar un poco la tensión.

—Por supuesto—Maldita sea, lo de quedarse con el gato si era en serio.

Y así los dos fueron a un lugar donde ninguno quería ir pero no se daban cuenta de ello, caminaban a ese rumbo pensando que así no iban a quedar tan mal frente al otro.

—Por cierto—Julio en ese momento se acordó de lo que le había hecho pasar Melinda el día anterior. —Sobre lo que me dijiste ayer, te vi porque pensé que sería una nueva aventura el conocerte.

¿Qué mierda había sido eso, por qué se lo había dicho?

— ¿Qué tratas de decir?—le dijo Mel inclinando la cabeza.

— ¿Sabes? —Dijo suspirando ya exasperado. —Ni yo mismo se lo que trato de decir, necesito experimentar algo nuevo, una nueva aventura.

— ¿Para volver a construir tu vida?

Julio la miró directamente a la cara y nunca pensó que dijera la frase cercana a todo ese limbo de pensamientos que era desde que había llegado a Francia, quería una nueva aventura, plasmarla en un libro, conocer a alguien, enamorarse con locura, ese tipo de aventuras que le daba envidia verlo hacer a su tía Melinda y luego sentirse vacío debido a que pensaba que la vida era como una flor que se marchitaba al atardecer.

En vida pudiste hacer mil cosas Julio, pero recuerda que en el momento de tu muerte pensaras que pudiste haber hecho mil y un cosas.

Oh su tía Mel, eso era lo que venía a su mente cuando le decían de reconstruir su vida.

—Yo no diría volver a construir mi vida, supongo que soy muy joven para hacerlo pero si quiero crearla desde cero, vivir al máximo es lo que le dicen los jóvenes rebeldes de ahora.

Melinda se quedó mirando al vacío por un rato mientras iban caminando hacia el lugar menos esperado.

— ¿No crees que es un poco paradójico? Piensan que vivir la vida al máximo es cuando hacen un montón de locuras que al crecer terminan arrepintiéndose.

— ¿Qué crees tú que es la vida en plenitud entonces?

—No lo sé, siento que nadie vive esa experiencia exactamente, es nuestra naturaleza el querer avanzar todos los días, somos seres humanos, los humanos nunca estamos satisfechos.

Julio alzó la vista y al ver el oscuro cielo lo encontró vacío, sin una estrella, solo con luna que hasta donde él reconocía era menguante y se dio cuenta que Melinda tenía razón, ningún ser humano estaba satisfecho, siempre iba a querer estar en busca de algo, de estar en constantes cambios a lo largo de su vida y al ver la luna se reflejó a el mismo en el cielo, algunas veces estando lleno por completo y otras veces estando vacío.

Iba seguir con sus pensamientos hasta que se dio cuenta que estaba caminando sin rumbo alguno y Melinda le estaba siguiendo los pasos.

—Perdón creo que nos desviamos de tema—le dijo Julio apenado.

—Oh no te preocupes, yo me salgo del tema todo el tiempo. —le admitió riéndose. —
Entonces te encanta la aventura.

—No me mires así, se nota que tú también eres ese tipo de personas.

—¿Por qué lo dices?

—Vienes a Francia, vienes a un lugar desconocido, te sientes rebelde y te cortas el pelo, incluso adoptas un gato.

Ante el comentario Melinda puso una expresión de desaprobación que hizo callar a Julio.

—No quiero adoptar un gato, soy alérgica a ellos.

En ese momento todo en la mente de Julio se quemó.

—A mi... Tampoco me gustan los gatos.

Julio y Melinda se miraron confusos hasta que llegaron a la misma conclusión.

—Louis—dijeron los dos.

Ese niño definitivamente no era de ese planeta, de algún modo pudo lograr que la mente de los dos pensaran justamente lo mismo y se encontraran para poder hablar y así acercarse un poco más, o tal vez el solo había hecho el comentario y lo demás fue gracias a ellos, nunca la sabrían porque no podían esperar nada ese niño.

Ninguno de los dos preguntó el hecho de que, si no le gustaban los gatos porque estaban allí de manera indirecta lo entendieron e hicieron un pacto mental de silencio al respecto para guardarse la pena para sí mismos y se devolvieron a sus anexos para poder finalizar bien el día.

El viaje fue silencioso pero para ambos fue completamente satisfactorio, pensaron que a pesar de tener diferentes ideas los dos tenían el mismo propósito, el sentimiento insaciable de la búsqueda de algo sin saber bien que era.

Ese día Melinda se había levantado pensando en todo lo que había dejado atrás para buscar algo inexistente, mientras Julio pensaba en las cosas que lo dejaron atrás para que él quisiera buscar algo inexistente.

Quizás ese pequeño diablo si había hecho bien las cosas, pero ninguno de los dos iba a poder admitirlo.

—Louis es un gran niño—dijo Melinda de repente.

—A pesar de todos los problemas en su casa tiene un gran futuro por delante.

—Es tan brillante, me imagino que en la escuela es el mejor de su clase.

—Él no va a la escuela. —le dijo Julio con pesar.

—Déjame adivinar, su madre. —En la voz de Melinda se notaba cierta molestia.

—Lamentablemente sí.

Melinda hizo un gran gesto de desaprobación al respecto, definitivamente la madre de ese niño no podía admirar que tenía mucho más potencial de triunfar y solo lo mandaba a vender lazos y flores a su antojo.

Los dos llegaron a sus respectivos anexos pensando que así tenía que acabarse el momento aventurero y reflexivo del día, pero Julio no se iba a dar por vencido tan fácilmente.

—¿Qué tal si nos conocemos mejor otro día que sea fuera del trabajo?

Melinda se dedicó a mirarlo con diversión antes de responder.

—¿A dónde sugieres tú?

Julio sin darse cuenta esbozó una cálida sonrisa, tenía el lugar indicado.

—Al lugar donde todos los artistas reciben inspiración, a la playa de Pourville.

Melinda sonrió con él por lo menos pensaba lo mismo que ella sobre esa playa.

—De acuerdo.

Luego se despidieron y terminaron de entrar a sus respectivos anexos, ambos hicieron la misma acción, suspiraron, sonrieron y de manera mental le agradecieron al pequeño diablo la acción que había hecho para poder juntarlos.

La primera cita

Los minutos para Nadia pasaron como si fueran eternas horas, como si estas se hubieran puesto de acuerdo para pasar lento y fastidiarla un poco ya que bueno, siempre es divertido fastidiar a Nadia, era como un juguete andante que incluso el tiempo le encantaba jugar con ella.

Incluso para mí era divertido jugar con Nadia un poco, era algo inevitable.

Miraba desde su oficina como todo pasaba con lentitud, nada podía ayudarla en esos momentos, ni siquiera podía pensar de trabajo en el mismo trabajo por esa sonrisa que la tenía loca desde hace mucho tiempo y que ahora ya podía admirar mucho más de cerca, porque si, todo su mundo se derrumbó desde que le había dicho:

“¿Quieres ir por un café el sábado?”

¿Acaso un hombre podría ser tan hermoso solo pidiéndole que fueran a tomar un café? No necesitaba uno si tan solo pensar en él la dejaba sin ganas de dormir, todo eso era una locura y tan irreal, parecía un sueño, un gran sueño que ni siquiera yo podía imaginarme para ella.

Pero todo sueño tenía su pesadilla y el de Nadia fue ver a su jefe con mala cara justo al frente de ella ¿Había hecho algo malo? Aunque en realidad para su jefe el respirar era algo malo.

— ¿Durmiendo tan temprano Nadia?

Nadia se sintió ofendida por el comentario ignorando que su jefe decía la verdad.

— ¡Por supuesto que no!

—Su cara me dice perfectamente lo contrario.

Nadia se acomodó en su asiento (Porque de hecho estaba tirada en el espaldar con la cabeza boca arriba, si, parecía que estuviera durmiendo) roja de la vergüenza comenzó a escribir cosas sin sentido en su computadora para que se fuera y para más nervios de ella su jefe no le quitaba la mirada de encima.

— ¿Qué escribes Nadia?

—Cosas para el señor Carrizal.

El señor gruñón miro en la computadora de Nadia y solo echó a reír.

— ¿Libros, Carrizal, bla bla bla?

Maldición no tenía nada en su computadora.

— ¿Esto es lo que escribe una profesional sobre un escritor de renombre en una famosa editorial?—le recriminó su jefe.

Nadia no sabía dónde esconderse, si le pagaran cada vez que su jefe la humillaba ya tendría una pequeña fortuna, pero esa vez no la miraba de manera sarcástica si no, un poco más preocupada y como ella no podía quedarse atrás también se preocupó.

—Nadia necesito hablar contigo en mi oficina.

Todas su señales de alerta se intensificaron esto iba a ir de mal en peor.

Se fue con todo el temor del mundo hacia la oficina inventando en su mente de manera automática maneras de escapar de lo que le iba a suceder, todavía no sabía si su jefe tenía pensado el matarla y no quería averiguarlo por sus propios medios, su espacio se veía mucho más sombrío ese día o es que ella ya estaba tocando el borde de la paranoia.

—Siéntate Nadia, no voy a asesinarte. —Mierda ¿Acaso leía su mente o ella era muy obvia? Tenía que relajarse y terminar esto de una vez por todas.

— ¿Qué necesita señor?

—Necesito que te concentres.

¿Qué, Para eso la había mandado a llamar? Nadia pensaba que de verdad la estaba tratando

como una niña de cinco años.

—No pongas esa cara, estoy hablando en serio.—En esos momentos quería decirle que en realidad no estaba poniendo esa cara pensando que se lo estaba diciendo en modo de broma si no en modo de burla, pero sería mucho peor para ella si le dijera a su jefe todo lo malo que piensa acerca de él.

—No lo entiendo señor.

—Ese es el problema, vives en las nubes, nunca sabes que hacer, pero de alguna manera estas aquí encargada de uno de los libros más importantes para salvar esta compañía ¡Y en tu computadora pones libros, Carrizal, bla bla bla!—su jefe al notar que estaba subiendo la voz paró inmediatamente para ver la reacción de Nadia.

Ella estaba sentada con la mirada gacha y los puños cerrados sobre sus piernas, quería escapar de ahí, de su trabajo, de su vida, de todo, había visto el proyecto con el señor Carrizal como una meta de vida para estar bien consigo misma, ahora estaba envuelta en algo más para salvar la editorial y eso ella no lo podía aceptar, no se sentía segura de poder hacer tal hazaña.

Lamentablemente la pobre Nadia no había tenido una buena racha últimamente, ni con mi propia ayuda podía salvarse del mar de inseguridades que era.

Salvatore la miró compadecido, se había sobrepasado un poco con Nadia pero al igual que ella también sentía que no podía soportar tal peso que era salvar toda una compañía con un solo libro, era ahora o nunca y si los dos querían conservar su trabajo para final de año tenían que unirse para hacerlo mejor que nunca.

Como me encanta darle giros inesperados a las historias, Salvatore se le acercó a Nadia lentamente, ella no lo notó porque estaba muy ocupada vagando en sus oscuros pensamientos e hizo algo que ni en los sueños más lúcidos de Nadia se había tratado de imaginar, algo que le hizo poner los pelos de punta.

La abrazó.

—Lo siento.

Bum, debería ser escritor algún día.

Nadia todavía no reaccionaba ante el abrazo pues todavía no se lo creía, algo raro tenía que estar pasando, pero antes de que ella dijera algo su jefe continuó hablando.

—Una gran carga esta sobre los dos, y si nos quedamos quejándonos por todo lo que no hemos hecho nada nos va a servir. —Sus cabellos marrones caían por sus ojos y tapaban un poco su vista pero igual seguían siendo tan intensos como ella recordaba. —Ví un gran potencial en ese análisis, no estoy loco, necesitas un poco más de practica y enseñanza.

— ¿A qué se refiere?

—A que en este momento te vas a volver mi aprendiz, te voy a dar las herramientas para que hagas brillar ese maldito libro en nombre de la editorial, no lo echas a perder Nadia—le dijo por fin derrotado.—Aunque no lo creas también tengo sueños y metas, entre todas esas está el no perder esta compañía.

Nadia sin saber porque exactamente le sonrió al igual que Salvatore, eso había sido un pacto silencioso, cero peleas por un bien común, donde todos tenían que luchar por lo que más quería, desde ese día Nadia iba a su oficina para que le enseñara más y más sobre ese mundo tan loco que era la literatura, un mundo más loco del que ella pensaba.

Y sin saber tal razón, Nadia vio reflejado a Julio en la figura de Salvatore, y no porque tendría un café con él el sábado si no porque su manera de ver las palabras y explicarlas era tan dulce como un gran tarro de miel que la llenaba por completo, una experiencia realmente excitante.

Cuando Nadia se fue de la oficina de Tore y aprovechó estar solo para suspirar con el

cansancio del día, había luchado tanto consigo mismo para no convertirse en profesor de literatura ya que ese era el futuro que le ponían todas las personas que estudiaban la carrera para que al final le terminara dando clases a su empleada.

Pero no estaba molesto por eso todo lo contrario, se sentía completamente satisfecho poder darle conocimientos a Nadia, ella no lo sabía pero tenía un gran potencial, solo tenía que esmerarse más y dejar de vivir en la nube, lo último definitivamente sería la clave de su éxito, ¿Cómo esa muchacha se la pasaba todo el rato soñando despierta? Si él lo intentara por un segundo su mente colapsaría tan tantas cosas que tiene que hacer.

¿Se imaginan que mi mente este en las nubes? Todos enloquecen.

Salvatore miró su teléfono para revisar la hora, la bella durmiente le había arrebatado más tiempo del que pensaba gastarse ese día pero al quedarse mirando la pantalla se preguntó si podía cumplirse ese capricho solo por un momento, después de todos tenía que relajar todo su estrés semanal de alguna manera. Pensó en Melinda, en lo poco que había hablado con ella en esos días, y en lo bueno que le haría poder hablar con ella por lo menos unos momentos, unos pequeños segundos para poder desestresarse, la buscó en sus contactos.

Pelirroja sensual.

En algún momento tenía que cambiarle el nombre de su teléfono, en un descuido podría terminar solo y sin su pelirroja, y para desgracia de él, yo no pasaba esos detalles.

¿Qué podía escribirle, comenzaba con un hola? La mayoría del tiempo era a el quien le escribían pero en vista de la situación Salvatore tenía que esforzarse un poco más.

Solo un poco más.

¿Hola? ¡Como estas!

Maldición, se había equivocado de signos, ¿En serio se había graduado de letras? Repentinamente lo respuesta fue rápida.

¡Hey! Pensé que no me ibas a escribir por un largo rato.

Sinceramente él pensaba lo mismo, hasta yo lo pensé.

Pues sí, pero todavía tenemos cosas de que hablar.

¿Ah sí? ¿Cómo cuáles?

Como nuestra próxima cita por ejemplo.

Bingo, rápido, directo, poco charlatán, por ese tipo de cosas merecía tener un premio.

Al premio de mayor idiota, por supuesto.

Pues esperé que te desocuparas un poco, ya sabes, tu trabajo en más importante, si quieres cuando andes más liviano de trabajo concretamos nuestra próxima cita.

¿Piensas que no puedo hacer dos cosas al mismo tiempo? Ese mito de los hombres es completamente falso déjame decirte.

Perdón eso fue lo que supuse jajajaja.

Mi siento completamente ofendido por tu suposiciones, ahora para poder disculparte la ofensa que me acabas de hacer, me tienes que dejar escoger donde va a hacer.

En ese mensaje tardo un poco más en responder, Tore pensó que en realidad se estaba arrepintiendo de hablarle pues hasta para él era demasiado obvio hasta donde la iba a terminar llevando.

Está bien, solo con la condición de que yo elija la próxima cita.

Al ver el mensaje Salvatore no pudo evitar reírse, lo iba a aceptar de todas maneras no sabía si en verdad iba a haber una segunda cita, pensaba que todo se terminaría esa noche, porque así terminaban sus mejores historias de amor, en una noche nada más.

Pero él no era quien lo decidía, y me iba a encargar que no se olvidara de esa noche.

*De acuerdo me parece justo, el sábado a las 10 te espero en el parque de mierda ese.
¿Te refieres al parque luna menguante?*

Si, ese parque.

Todo iba a la perfección nada le podía quitar su sonrisa de la cara.

El sábado.

Julio se había levantado más de lo normal ese día, cosa un poco rara ya que le gustaba dormir más en sus días de descanso pero era difícil no hacerlo, menos cuando había acordado ir a tomar un café con su especial vecina Nadia.

Porque todo lo que le había ocurrido con ella había sido muy especial, la primera vez que la vio la pilló observándolo pero quitó la vista rápidamente y se fue corriendo, la primera vez que intercambiaron palabras ella había caído encima de él y de alguna manera terminaron en esa especie de cita/salida casual/hablemos un poco de nosotros, ni el mismo sabía explicar que era eso.

Su mejor disco de jazz estaba tocándose en la reproductora de música mientras se afeitaba, pasarían los años y su única pasión serían las letras y el jazz ni siquiera las mujeres podían llenar todo lo que desbordaba sus dos razones de seguir adelante, los amaba con locura.

¿Estaría bien salir un poco más temprano para poder agarrar más tiempo? Ya daba igual, estaba saliendo de su apartamento en ese mismo momento directo hacia la cafetería, y lo impensable sucedió.

Aunque planeado por mi suena mejor.

— ¿Nadia?—Casualmente, salía de su apartamento a donde él estaba seguro que iba a ir también.

— ¿Julio?

— ¿Vas a salir tan temprano?

—Solo quería aprovechar un poco más el tiempo... Hace un buen día para caminar.

Julio se puso a mirar la pequeña ventana que tenían en el pasillo, no se equivocaba, el sol estaba despejado, increíblemente no tenía tanto calor como él odiaba e incluso el día en si se pintaba a si mismo con unos cálidos colores pastel.

—Tienes razón, hace un buen día para caminar ¿Quieres que caminemos juntos hasta la cafetería?

Ella solo le sonrió en respuesta y para él fue un claro sí.

Aunque el día estaba perfecto para salir e incluso tenía ese aire romántico para mejorar la situación Nadia no lo aprovechaba.

La odiaba demasiado por no aceptar mi ayuda.

Había anhelado tanto el momento que cuando por fin le sucedía no sabía qué hacer, no sabía cómo hablarle, ni cómo actuar ante todo, esto estaba de mal en peor. No sabía si era muy obvia o es que el tipo de no era de ese planeta, pero Julio ya había leído completamente la situación.

— ¿Cómo estas Nadia?

Si le decía la verdad podía marearlo, sentía tantas cosas que para ella le era difícil explicarlas una por una, era como un mar de sentimientos en esos momentos que podía ahogarse a sí misma por todo.

—Pues bien...

Podía sacar tantas respuestas de esa pregunta, y ella solo decía la más cortante para arruinar el intento de conversación que Julio trataba de sacar, bravo.

— ¿Cómo estás tú?—Perfecto, así podía liberar un poco la tensión entre los dos.

—La verdad es que estoy bien, hago lo mismo de siempre y me estreso como siempre.

Nadia se rio ante el comentario, ella pensaba que era normal con todas la personas que poseían el mismo trabajo de ella.

—Yo también estoy igual, quisiera preguntarme quien me dijo que ser editora era fácil.

—Cuando lo recuerdes preséntamelo, necesito darle un puñetazo en la cara.

La carcajada de Nadia fue más sonora.

— ¿Desde cuándo hacer que todas unas palabras se vean bonitas en conjunto era difícil?

—Cuando nos dimos cuenta el peso que estas tenían sobre las personas.

—Y el peso que ejerce sobre nosotros...

Porque lo que había dicho Julio era completamente cierto, las palabras, aunque ninguno se atreviera a admitirlo tenían un gran poder, mucho más grande que el mismo dinero.

—Deberían de considerarnos héroes o algo así, no es fácil buscar las palabras correctas.

Nadia lo miro sin poder creerse lo que le estaba diciendo, no había persona que ella conociera que pusiera las palabras tan bien en su lugar como lo hacía ese hombre.

—Pues tú lo haces perfectamente—le recriminó a Julio. — ¿Qué me dices de “La rosa es el símbolo sobre la poca concordancia que puede haber entre la vanidad y el egoísmo”?—citándolo cuando la había ayudado a hacer el análisis del señor Carrizal.

—Eso no fue la gran cosa Nadia, solo fue un simple análisis.

—Pues si tienes palabras tan bellas para un simple análisis no me imagino como serian si escribieras un libro.

Julio se detuvo un momento para estirarse un poco y siguió caminando junto con Nadia.

—Un libro es mucho más difícil que un análisis.

—Igual harías un trabajo espectacular.

—No lo creo, es fácil escribir la vida de alguien más, no la de uno mismo.

— ¿Se te hace difícil escribir tu vida?

— ¿A ti no?

Nadia se quedó pensando sobre lo que le habían preguntado, no estaba segura de poder escribir sobre su propia vida, no tenía personajes interesantes, una trama creíble para los lectores, incluso podía decirse que su historia estaba un poco repetida a lo que veía en el mercado últimamente.

—No creo que ese fuera el punto Julio, el punto era es que serias un buen escritor.

—No creo que sea yo quien diga que tan buen escritor puedo llegar a ser, pero de todas maneras no creo que pueda llegar a serlo necesito mucho más.

— ¿Qué es lo necesitas para llegar a serlo entonces?

—Inspiración, esa pequeña musa que te hace levantarte abrir tu computadora y escribir de una maldita vez.

Justo cuando estaban caminando Nadia se encontró con un gato, uno muy bello de blanco pelaje, de pequeña estaba muy encantada con los gatos, de hecho tuvo tres pero todos murieron de viejos, y aquí muchachos venia la mejor parte.

Ella iba a acercarse a acariciarlo pero Julio la miro con cara de desaprobación.

— ¿No te gustan los gatos?

Julio le puso mala cara tan solo pensar en ellos.

—Los detesto.

Ahora Nadia lo estaba mirando mal por detestar a los gatos, eran las cosas más tiernas en el mundo.

— ¿Cuál es tu motivo de odio hacia ellos?

—Traumas de la niñez.

Nadia levantó la ceja más confundida todavía.

— ¿Un gato te miró mal de niño?

Admito que me reí un poco, solo un poco.

Julio la miró con cara de pocos amigos.

—Me persiguió hasta mi casa solo para arañarme y morderme para ser exactos.

Y así fue como Nadia empezó a reírse como si de un buen chiste le hubieran contado, le era imposible no reírse con la imagen de un Julio pequeño llorando y gritando mientras un lindo gatito estaba detrás de él.

—Sigue burlándote, me pasó de verdad—Julio trató de portarse serio pero la risa de Nadia fue tan contagiosa que el también terminó riéndose de su propia desdicha cuando era apenas un niño.

—Lo siento pero no le veo coherencia a tu relato—Nadia se estaba limpiando una pequeña lagrima que le había salido gracias a reírse lo suficiente.

—No le veo coherencia a muchas cosas en la vida y todavía siguen pasando.

—Por favor dime que no te orinaste del miedo.

—La verdad es que no, intentaba salvar mi vida no orinarme.

Los dos siguieron riéndose por casi tres minutos gracias al relato de Julio.

— ¿Nunca tuviste traumas de joven?

Nadia se puso a pensar en cosas que en verdad la habían dejado traumada de pequeña pero no pensó en nada, si en realidad la tuvo nunca se acordó de eso, ¿Qué tan aburrida era su vida?

—No... Nunca tuve ese tipo de traumas.

— ¿En serio, ni un monstruo que te asustara por las noches?

El único monstruo que la asustaba por las noches se llamaba soledad, pero ella pensaba que no era un trauma de la niñez y que no era necesario contárselo a Julio ¿Por qué querría saber sobre sus estúpidos malos pensamientos en un día tan bello como ese?

—Supongo que no.

Los dos quedaron en silencio de nuevo, genial ella había arruinado todo el ambiente otra vez, no podía ser alegre por un momento y disfrutar que por lo menos habían avanzado y le estaba contando sobre su vida.

— ¿Cuál es tu comida favorita?—Algo fuera de contexto y estúpido, cosas que solo Nadia podía hacer.

—La pasta.

— ¿Si?

—Son duros pero cuando los calientas se vuelven sabrosos y blandos, la mejor metáfora para decir que nadie puede llegar a ser frío toda su vida—era gracioso ver a Julio explicando todo a través de sus manos, parecía que hiciera conjuros con ellas. — ¿Cuál es la tuya?

—No tengo comida favorita, pero cuando tengo mucha hambre solo pienso en las hamburguesas.

Nadia le agradecía todas las deidades divinas que Julio fuera alguien que estaba dispuesto a hablar ya que si fuera por ella, esa conversación solo hubiera durado unos pocos segundos, necesitaba tomar clases de interacción con personas, finalmente llegaron al café pero seguían haciéndose preguntas triviales, película favorita, música favorita, algo que mucho le llamó la atención a Nadia, era que él amaba el jazz, probablemente con locura pero no se le notaba tanto.

— ¿Qué te impulsó a estudiar literatura?—le pregunto Nadia con cierta inocencia.

—Una persona muy especial para mi... Que llegue en un momento de tenerle envidia por escribir tan glorioso—Julio se quedó meditando un poco por lo que dijo, hasta que reacciono y le preguntó a Nadia. — ¿Qué te impulsó a ti?

Lo mierda que era mi vida Pensó para sí misma.

—Esa es... Una triste y larga historia.

Julio no dijo más nada, entendió que ese tema era muy delicado para ella, se terminaron su café y pagaron la cuenta, cuando salieron del lugar Julio volvió a hablarle

— ¿Cómo te va con el señor Carrizal?

Nadia después de escuchar su pregunta, suspiró profundo.

— ¿Te soy sincera? Estoy asustada.

— ¿Asustada?

—Sí, el futuro de la compañía está en mis manos.

Le explicó lo que había sucedido con su jefe ese día.

—Oh...—Fue lo único que le pudo decir Julio cuando terminó de escuchar.

—Sí y estoy asustada debido a que lo único que se hacer en echarlo a perder, y ahora muchas cosas están en juego para echarlo a perder de esa manera.

Julio se quedó mirando hacia al frente y de pronto empezó a estirarse de nuevo.

— ¿Qué estás haciendo?—le pregunto Nadia.

—Pensando.

— ¿Estirándote?

—Es una manía—dijo encogiéndose de hombros.— ¿Sabes que manía tengo cuando pienso que voy a echarlo a perder?

— ¿Cuál?

—Digo muchas groserías.

— ¿En serio?

—Sí, pienso “Si lo voy a cagar por lo menos me daré el lujo de cagarla en grande diciendo muchas palabras que me salgan de repente”

Nadia volvió a mirarlo raro, últimamente no lo estaba entendiendo ¿Acaso los príncipes bellos decían cosas sin sentido?

—Somos seres humanos Nadia, en algún momento lo vamos a echar a perder, el punto llega cuando qué tan dispuesto estas de enfrentarlo—volteo a mirarla a los ojos para que entendiera bien lo que le estaba diciendo. —Puedes decir groserías para liberar toda tu rabia e impotencia para seguir con tu camino o quedártelas calladas y seguir torturándote lo que resta de tu vida.

—Estaría bien si lo hiciera un par de veces pero...últimamente lo hago muy a menudo.

—Y está bien hacerlo, nadie llega a la cima sin dar tropiezos, tú puedes con eso Nadia, confía en mí.

—Yo no confié en mi misma.

—Pues yo sí, y espero que sea suficiente para seguir adelante porque tienes más potencial del que crees tener, todo va salir solo.

Los dos siguieron caminando hacia su edificio, donde sus actividades diarias los iban a esperar y todo lo que seguía de día iba a terminar siendo completamente rutinario, pero estaban felices y satisfechos, los dos tenían esa pequeña lucecita que los inspiraba seguir adelante.

Aunque ninguno fuera consciente de eso.

Ese sábado por la noche.

— ¿En serio me trajiste a tu apartamento?

Mel se veía venir que la llevarían a ese lugar desde que el propuso elegir el lugar de encuentro.

—Es el lugar perfecto, todo está callado, es gratis, comemos y bebemos lo que queremos, es el paraíso para mí.

—Claro...

El apartamento estaba un poco oscuro, olía un poco a canela y en el fondo había música romántica sonando a bajo volumen.

— ¿Quieres un poco de vino?—Esa era la gota que había colmado el vaso, si de verdad creía que ella iba caer tan fácilmente entonces tendría que pensarlo dos veces.

—Por supuesto. —Su sonrisa no había sido muy real pero fue lo suficiente para convencerlo y buscar las dos copas.

Salvatore llegó con las dos copas llenas y le dio un pequeño toque junto con la copa de Melinda.

—Brindo para que la noche sea espectacular.

Melinda trato de no voltear los ojos ante el comentario.

—Yo también brindo por eso.

Voy volver a dar mis clases de karma por un momento.

Ella solo probó unos cuantos tragos de ese vino, lo demás se fue disimuladamente hacia la planta que estaba justo detrás de ella, Salvatore le servía más vino mientras le hablaba lo bien que le estaba yendo en el trabajo y cómo iba a terminar salvando la compañía mientras ella seguía tirando el vino de manera disimulada en la planta.

— ¡Vaya! Te bebes muy rápido el vino.

—Si... Tengo mucha sed.

Increíblemente se la creyó, Melinda pensaba que si le decía que era una homofóbica racista a favor del aborto el estaría de acuerdo con tan solo llevarla a la cama. El siguió hablando y bebiendo, ella siguió hablando y tirando el vino en la planta, aunque en realidad pudo escuchar muchas cosas acerca de él.

—Estudiar literatura es... otro universo, los milagros que hacemos juntando palabras es maravilloso.

—Claro por supuesto.

Esa fue en la cuarta copa.

—Quisiera matarme por elegir esa carrera, ¿Quién dijo que estudiar eso era maravilloso?

—Si claro, por supuesto.

Esa fue la séptima copa.

—Siento que me iría mejor siendo ingeniero.

—Y a mí de detective.

Esa fue la décima copa, ya en las copas después de esa, Salvatore empezó a decir muchas verdades.

—La primera vez que te vi fue... ¡Espectacular!—Salvatore balbuceaba más en vez de hablar pero Melinda lo estaba entendiendo a la perfección. —Pensé “Wow que pelirroja tan sensual, he estado con morenas, rubias incluso con una que tenía el cabello verde pero ninguna de pelo rojo”

— ¿Era alguien más de tu lista?

—Ibas a ser el premio especial de mi lista.

—Interesante.

Melinda no estaba molesta por lo que estaba escuchando, al contrario se estaba riendo de toda la situación, nunca pensó en estar en algo así toda su vida.

—Incluso te tengo como pelirroja sensual en mi teléfono.

Admito que aquí me reí, y mucho.

Salvatore empezó a tantearse por todos lados buscando su teléfono y cuando lo encontró le mostro a Melinda como estaba guardada.

—Vaya... ¿De verdad pensaste que iba a ser tan fácil?

—Bueno, todas caen ante mí—dijo con un aire de confianza que había dejado impactada a

Melinda.

—Te equivocaste conmigo, y te hare pagar por lo de pelirroja sensual. —Eso lo había dicho muy bajito para que no la escuchara pero de todas maneras él estaba más concentrado en su borrachera que en otra cosa.

—La verdad es que eres muy bonita Melinda.

—Lo sé, me lo dejaste en claro como unas once veces.

—Eso no se lo digo a todas.

—Claro... creo que mientes incluso estando borracho.

— ¡Por supuesto que no! He visto muchas flores en mi vida y había una que en serio era fea— puso un gesto de asco como si en serio fuera vomitar.—Pero tu Mel... has sido la más bonita entre todas mis flores.

Melinda en serio trataba de no reírse ante el comentario que él estaba haciendo ¿La estaba comparando con una flor?

— ¿A si?

—Si Mel, pensé en mandar todo a la mierda en el trabajo, y llegaste tú con tus palabras de sabiduría que me impulsaron en seguir trabajando, ninguna flor hace eso Mel.

¿Palabras de sabiduría dijo?

—No creo que una flor si quiera hable Salvatore...

— ¡Imagínate lo especial que eres al ser una flor que habla para darme buenos consejos!

Melinda planeaba irse y no volver a hablarle después de lo que había sucedido ese día pero al ver que incluso borracho le había dicho era especial... aunque la estuviera comparando con una flor, le hacía sentir bien, ella sabía que no podía hacerse mucha ilusión con alguien que la había puesto en su teléfono como *Pelirroja sensual* pero al menos le alegraba saber que sus palabras ese día fueron escuchadas, lamentablemente Tore iba a tener que esforzarse más para tener una tercera base con ella.

Aunque eso lamentablemente no se lo pudo decir, ya se había quedado completamente dormido en el sofá, Melinda aprovecho para reírse desde lo más profundo de su ser ya que no lo había hecho en toda la velada, fue a buscarle una manta en su cuarto y le deseó unos dulces sueños.

Al día siguiente la cabeza de Salvatore estaba dándole vueltas, sentía un gran mareo y había despertado en el sofá ¿Qué había pasado? No se acordaba de nada, solo que estaba hablando con Melinda en ese sofá la noche anterior.

—Hola bello durmiente, ¿Quieres huevos para el desayuno?—La voz de Melinda sonaba melodiosa incluso en una mañana de resaca.

—Mel... ¿Qué paso anoche?

Melinda soltó una carcajada al acordarse de lo sucedido.

—Nada de lo que quisiste que pasara, te emborrachaste con vino y te acostaste a dormir.

Salvatore de tapo la cara por dos razones, la primera por vergüenza y la segunda porque tenía mucha resaca ese día.

—Lo siento mucho.

—Si claro, lo que tú digas. —Por lo menos no había hablado de más si ella seguía allí dándole el desayuno. — ¿Quieres que te prepare algo para la resaca?

—Si por favor...

Genial ahora no solo tenía la dignidad por el piso con Melinda, ahora tenía que aguantarse una segunda cita y por si no fuera poco seguir esforzándose para que Melinda fuera a la cama con él. Por lo menos tenía que esforzarse solo un poco.

Solo un poco.

Ese maldito viejo

A Nadia le temblaban las manos (Aunque si se ponía a pensar, siempre tenía las manos temblorosas) había repasado en su mente diez maneras de saludar al señor Carrizal y ninguna de las diez le habían gustado, o todas eran muy informales o eran lo suficientemente formal para hablar con la reina de Inglaterra y trataba de no entrar en pánico, le había prometido a Julio que no se iba a esforzar e iba a dar todo de sí.

Julio...

Tú puedes con todo eso Nadia, confía en mí.

Irónicamente ese pequeño rayito de sol era lo único que la hacía mantenerse ahí y luchar para hacerlo todo bien y sin ningún error, ese hombre le había cambiado la vida y al parecer no estaba muy consciente de eso, pero Nadia de manera involuntaria rogó para que no lo supiera todavía, primero se iba a levantar del desastre que era ahorita y su primer paso era hablar con el señor Carrizal, respiró profundo y se sacudió todos sus temores.

Estaba lista, ese era su momento.

Se acordó de lo que le había dicho su jefe en la mañana.

Recuerda que el futuro de esta editorial está en tus manos.

No iba a pensar en las maneras de que con su torpeza podía arruinarlo, se iba a enfocar en hacerlo bien, por su bien y por el bien de su carrera.

Buscó el número de teléfono entre sus contactos, su jefe se lo había dado, marcó la primera vez, Nadia solo escuchó su respiración, marcó la segunda vez, de seguro no había visto el teléfono, tercera marcada, ¿Estará muy ocupado? Cuarta marcada, de seguro llamó en mal momento.

Pero Nadia no sabía que llamar al señor Carrizal significaba siempre llamar en un mal momento, incluso Julio cometió ese error de novato.

Después no se volvió a escuchar más y decidió intentarlo de nuevo, no le contestó, y aunque tuvo un gran debate consigo misma pudo volverle a llamar y esta vez ya había respondido.

— ¿Sí? —dijo una voz masculina con un tono brusco al otro lado del teléfono.

—Buenos días... ¿Usted es el señor Carrizal?

—Si tienes mi número y tuviste el atrevimiento de marcarme más de una vez debes saber quién soy.

Había personas hijas de puta y luego estaba ese señor, Nadia respiró profundo, se notaba que no tenía un muy buen humor.

—Bueno señor Carrizal yo soy...

—Ahórrate tus halagos. —La interrumpió. —No es la primera vez que lidio con fans locas, si vuelves a hacerlo llamare a la policía.

Lo siguiente que se escuchó fue un pitido, el señor Carrizal, la gran esperanza de la empresa le había colgado, bueno eso era comenzar con el pie izquierdo.

Ya todos los comentarios positivos que había tenido se fueron por la borda, de seguro había dicho algo que no le gustaba y él se había molestado, pero ¿Cómo? Ni siquiera se había podido presentar bien no le había dicho su nombre y ya le iba a llamar a la policía en la próxima llamada.

Nadia estaba asustada, no sabía qué hacer pensó en llamar a Julio y pedirle ayuda pero se auto regañó mentalmente, no podía depender de él todo el tiempo tenía que recurrir a su jefe y le rogó a todos los santos que no se molestara con ella por lo que acababa de pasar.

Lo bueno es que yo escuché sus ruegos.

— ¿Qué él que? —le preguntó su jefe de manera curiosa viéndola por encima de sus lentes mientras revisaba manuscritos en su escritorio.

—El... me colgó señor.

— ¿Le dijiste que eras su editora?

—No me dio tiempo, me dijo que iba a llamar a la policía la próxima vez que llamara.

La cara de su jefe no tenía explicación, sabía por la lengua de muchos (Incluso de su primo) que el gran escritor era alguien difícil de llevar, pero no sabía que llegaría a ese extremo no quería perder las esperanzas con Nadia, pero sería un problema si ella lo dejaba ir tan fácilmente.

—Está bien—dijo su jefe suspirando y dejando su trabajo. — ¿Qué te parece si lo llamo yo y le doy una explicación?

—Me parece lo mejor.

Su jefe buscó de su saco el celular y buscó entre sus contactos el número del señor Carrizal, cuando lo marcó miró a Nadia por unos momentos y en ese tiempo Nadia juró haber visto a Julio en esa mirada de escepticismo ante una persona arrogante, creyendo que sus palabras arrogantes no iban a poder con él.

—Hola Señor Carrizal, soy Salvatore el editor en jefe de la editorial—hizo una pausa por unos momentos. —No me sorprende que no me tenga guardado, le vengo a notificar que la chica que usted colgó hace momentos era su editora encargada para la publicación de su libro.

Salvatore se volvió a quedar en silencio mientras escuchaba las palabras que tenía el escritor para él.

—No se preocupe señor Carrizal los accidentes ocurren, pero si querría que llegáramos a un acuerdo para el punto de encuentro.

Su jefe esperó por el teléfono unos segundos, anotó lo que era una dirección en un papel más cercano y se despidió cortésmente del escritor.

—Muchas gracias señor—le dijo aliviada Nadia. —No sabía que hacer...

—Tienes que tener mucho cuidado Nadia, el señor Carrizal tiene fama por su mal carácter, tienes que poner orden recuerda que es el pez gordo y si él sabe que lo es será una mierda. —Su jefe no se lo había dicho en modo de regaño ni nada por el estilo, era más bien como un consejo que se da de editor a editor.

—Lo tomaré en cuenta señor, muchas gracias.

Su jefe le dio el papel y la fecha de encuentro y le dijo que tenía que ser fuerte ante tal personaje que no se podía dejar vencer, aunque para sus adentros Nadia ya había perdido completamente la guerra, solo quería huir y no volver a trabajar. Y como si de un milagro se tratase escuchó una voz que pudieron despejar sus malos pensamientos en un solo momento.

Esta chica estaba empezando a creer en los ángeles, y su motivo estaba justo al frente de ella.

Era Julio y no se había reparado en la presencia de Nadia porque estaba ocupado por el teléfono, aunque esos momentos de invisibilidad Nadia aprovechó para admirarlo un poco más (Más de lo que siempre lo hacía) y cada vez que lo detallaba más no le veía ni una sola imperfección, se notaba que estaba peleando con la persona al otro lado del teléfono porque tenía el ceño fruncido, pero se seguía viendo igual de bello a como siempre lo imaginaba Nadia.

Sinceramente no quería molestarlo había aprendido a mantenerse al margen cuando alguien estaba molesto y no quería causarle más estrés a Julio del que al parecer ya tenía, pero él contra

todo pronóstico se percató que ella estaba ahí y le sonrió, tan angelicalmente como él lo podía hacer.

Le hizo un gesto con la mano indicando que le diera un momento para poder terminar de hablar con la persona al otro lado del teléfono, ella no quería interrumpirlo así que estaba decidida a solamente saludarlo y entrar a su apartamento rápidamente, pero en el instante que ella se disponía a entrar Julio la sujetó del brazo para que no se fuera.

—Dame un momento, seré breve.

Oh no, ¿Por qué hacía eso? Gracias a eso Nadia estaba parada en todo el umbral de su puerta roja como un tomate sin poder decir ni una sola palabra rogando que Julio no notara como estaba gracias a él.

Y gracias a mí nunca lo hizo.

Mientras más escuchaba la conversación con Julio se daba cuenta que estaba hablando con una escritora, características de los personajes, momentos cruciales de la trama. Pero lo gracioso era que Julio era quien le estaba haciendo su esquema de la historia.

Nadia nunca había trabajado de ese modo, si escuchaba las ideas de los escritores, pero no participaba de una manera activa en la historia, siempre pensaba que los escritores tenían la última palabra en toda la historia. Cuando Julio terminó de hablar se sentía más feliz que cuando Nadia lo había encontrado, ella suponía que era porque al final la persona encargada de escribir término haciendo lo que Julio dijo.

— ¿Mucho trabajo eh? —le dijo Nadia en tono de broma, Julio se rió ante el comentario.

—Escritora primeriza, ya sabes, tiene muchas dudas con respecto a su historia.

—Entiendo ¿Cómo haces para que te hagan tanto caso? Es como si tú tuvieras el control.

Julio la miró un poco confundido ante su pregunta.

— ¿Tu no lo haces?

— ¿Se tiene que hacer? Pensaba que los escritores tenían la última palabra.

Julio soltó una risa sonora ante el comentario.

— ¿En serio llevas años ejerciendo esta profesión?

Nadia se sonrojó un poco ante el comentario, su jefe tenía razón, debía aprender más.

—Te explico—le dijo Julio. —Mira la historia como un hijo que apenas está creciendo y necesita el apoyo de los dos para poder crecer y ser bueno en la vida, contando que tú también te desvelas corrigiendo y ayudando en la redacción para que su "Hijo" surja te da cierto derecho en la historia.

—Vaya...—Nadia estaba asombrada con las palabras.

—El trabajo no solo es del escritor, uno como editor también le da su aporte a esa historia, trabajamos casi a la par con ellos así que nosotros también tenemos derecho a tener la última palabra. Si entre los dos trabajamos podemos crear grandes cosas, tu como editora deberías darte un poco más de crédito Nadia.

—Pues no lo sé...

—Date tu puesto Nadia, nosotros los editores somos igual de importantes que los escritores nunca lo olvidas.

Seguido a esto Julio solo le sonrió a Nadia junto con un guiño para luego entrar a su departamento dejándola sola en el pasillo. Incluso sin saber cuál era su problema le había dado consejos para seguir adelante y delirantemente dio en el clavo. ¿Acaso era posible que exista una persona así?

Pues gracias a mi sí, necesito un agradecimiento por eso.

Al día siguiente.

Nadia estaba decidida a poner carácter, se había repasado varios monólogos en su mente las cosas que le diría al señor Carrizal para poder tener una buena relación de negocios y poder tener una historia que impacte a todos para que ella salve a la editorial y todo ser felices, aunque no todo era tan bonito. Había llegado con antelación al lugar donde habían acordado encontrarse. Era un café pequeño y un poco alejado del pueblo con un lindo estilo bohemio, pero ya había pasado más de media hora del tiempo que se dijeron que iban a verse y Nadia ya se estaba empezando a poner nerviosa.

Pero tenía que mantener la compostura, él solo la quería intimidar y después de haber lidiado con su jefe nada la asustaba (Bueno, su jefe le seguía dando miedo) Ya casi llegada las dos horas de retraso el famoso señor Carrizal llegó ante todo pronóstico.

Era un señor de unos sesenta años con una mirada dura que no pegaba con su peinado despreocupado pelirrojo, llevaba una ¿Pijama? Y toda su aura desprendía fastidio. Nadia suspiró al verlo, el día para ella iba a ser largo.

—Así que tú eres Nadia—le dijo el escritor ahorrándose el saludo, las buenas tardes y sentándose de una vez justo al frente de Nadia.

—Si señor...—Pero Nadia no pudo decir más de dos palabras, el señor Carrizal ya la había interrumpido.

— ¿Cuántos años se supone que tienes? Déjame decirte que la vida te lleva mal...

—Perdón señor, pero...

—Apuesto que aun yo estando en ropa para dormir me veo mejor que tú.

Nadia ya estaba comenzando a desesperarse.

—Señor, vinimos a hablar de su historia no de mi vida.

—Tienes razón, mi historia es más interesante. —La sonrisa que le mostró el señor Carrizal fue de malicia, esperando que a ella le dolieran sus palabras, pero no iba a ceder tan fácil.

— ¿Ya tiene una idea para lo que quiere escribir en su historia?

—No, pero estaba pensando una historia con muchas putas, ya sabes, es algo necesario en esta vida, una historia llena de burdeles y putas.

— ¿Qué?

—Lo que escuchaste niña, las historias necesitan un sentido erótico y vulgar.

Nadia estaba sorprendida de haberse esforzado tanto para trabajar con un viejo maldito, la sangre le estaba hirviendo porque era consciente que solo estaba jugando con ella, solo quería fastidiarla para que ella se fuera y se rindiera.

Nadia no dijo ni una sola palabra, el señor Carrizal tampoco, se quedaron viéndose y analizándose mutuamente para ver la reacción del otro, hasta que el escritor rompió el silencio.

—Eres muy aburrida niña, ya no te quiero como editora.

Nadia quedó aturdida.

— ¿Perdón?

—Lo que escuchaste, no me diviertes y sinceramente no quiero trabajar con alguien así.

—Disculpe señor Carrizal, pero me encargaron para editar su historia.

El escritor se acercó a ella de manera amenazante con la misma sonrisa de malicia que se le había quedado desde hace rato en su rostro, acercándose lentamente diciendo silenciosamente "Yo mando aquí"

—Su asquerosa editorial está en las ruinas, estoy consciente que yo soy la única salvación que tienen ¿Estás segura de que si pido otra editora no me la van a dar?

A Nadia se le fue el mundo en ese momento, él había ganado, no podía hacer nada cuando era su palabra contra la de ella, un gran escritor contra una simple editora como ella...

Una editora.

Nosotros también tenemos derecho a tener la última palabra...

Se acordó todo lo que tuvo que pasar para llegar a trabajar con él, todas las humillaciones, todos los desvelos y horas perdidas leyendo sus historias para poder entenderlo y tener un mejor trabajo con él, todo ese tiempo junto con Julio haciendo reseña sobre sus libros para tener un mejor conocimiento del escritor. Todo ese esfuerzo no iba a ser vano.

Se lo había prometido a Julio.

—Está bien señor Carrizal déjeme decirle que es un maldito viejo.

Tanto como el escritor como Nadia estaban sorprendidos por lo que ella acababa de decir, pero no se iba a detener.

—Usted no trabaja solo en esa obra, detrás de eso hay un editor con días sin dormir para pulir detalles y corregir errores para que luzca perfecta. —Nadia se levantó de su asiento. —Un editor también tiene la última palabra.

—Pero...

—Cállese, no he terminado de hablar, sé que yo me esfuerzo en lo que hago y por eso le va tocar trabajar conmigo primero antes de sacar conclusiones en mi porque le digo que conmigo va a hacer el mejor libro que ha publicado en toda su maldita vida ¿Entendido?

Nadia volvió a sentarse en su puesto sin decir otra palabra y el señor Carrizal estaba estupefacto ante lo que acababa de escuchar.

—Ese es el tipo de editor que yo quería escuchar ¿Sabes? Algunas veces es aburrido trabajar con alguien que solo te dice si a todo y no pone nada de pelea.

Aunque Nadia todavía estaba un poco pensante por el arrebato que acababa de tener todavía tenía las fuerzas para responderle.

—Gracias señor...

—Me recuerdas a un editor que tuve hace años, su carácter era increíble y fue el único en decirme que era un maldito viejo... Justo como tú lo hiciste.

Nadia no tuvo que tener otra referencia para saber de quién estaba hablando, sonrió con tan solo recordarlo.

—Lo sé, el me dio ánimos para trabajar con usted.

Y después de tal acto comenzaron a hablar debidamente de lo que tenían que hacer desde un principio, el próximo libro del señor Carrizal y Nadia no lo supo, pero a partir de ese día su vida y sus decisiones iban a cambiar drásticamente ya lo había escrito.

A las orillas del mar

14 años antes

El día en que Melinda y Julio se habían organizado para encontrarse había llegado, aunque ninguno lo hacía notar estaban un poco nerviosos por lo que pudieran decir ese día, habían llegado a la silenciosa conclusión de que con ellos terminaban contando cosas que solamente tenían lugar en su mente, y para ellos eso era malo muy malo.

“Va a ser un día casual” pensaron los dos cuando se levantaron en la mañana, aunque muy en el fondo sabían que se quería conocer más mutuamente.

Para que ese encuentro resultara más “Casual” invitaron al pequeño Louis prometiéndole que ellos le iban a reponer ese día perdido de trabajo, al fin y al cabo, la mente maestra detrás de toda esa salida fue el.

Llegando el tiempo para encontrarse, se vieron en el lugar indicado, la playa de Pourville, un lugar plasmado en el lienzo de Claude Monet reflejando tal cual como era ese lugar.

Mágico.

Curiosamente viviendo tan cerca ninguno decidió acompañarse para ir al lugar, cada uno se encontró por su cuenta en el momento de verse, y eso era algo que los dos adultos agradecían, así tenían tiempo para poder acomodar sus ideas y no decir barbaridades cuando fueran a hablar.

— ¡Qué lugar tan espectacular!—exclamó el pequeño. — ¿No les parece?

—Claro que sí...—murmuro Melinda fascinada por el paisaje.

Ese lugar era justamente como se había imaginado, por suerte la playa estaba algo vacía así que no tenía que lidiar con mucha gente ese día. Era como si todo el universo le hubiera dicho que ese era el momento indicado para ella, que ella pertenecía a ese lugar.

—Mel...—la llamó Julio sacándola de sus pensamientos. — ¿Te parece si caminamos?

Melinda le sonrió, definitivamente el universo quería que ella estuviera en ese lugar junto con Julio.

—Por supuesto.

Julio la agarró del brazo para empezar a caminar, pero antes de irse Louis se detuvo a decirles algo.

—Aunque me gustaría acompañarlos señores, me temo que yo iré por mi cuenta.

Los dos lo miraron confundidos.

— ¿A qué te refieres? —dijeron al mismo tiempo.

—Pues mi madre me dice que los niños no pueden estar cuando dos personas hacen cosas de grandes.

Melinda se puso extremadamente roja, ni siquiera se le podía comparar un tomate a su cara.

—Eso solo lo hacen las parejas pulga, nosotros somos amigos—trató de explicarle Melinda sin morir de la vergüenza primero.

Pero Louis ya se estaba alejando, e hizo un ademán despreocupado.

—Pronto serán una ¡Confíen en mí! —les dijo mientras se alejaba.

Melinda y Julio solo le limitaron a observarlo mientras corría lejos de ellos y aunque ninguno se lo iba a decir, se lo agradecieron mentalmente, tal vez si era lo mejor estar solos en ese momento.

—Ese niño es único—le dijo Julio.

—Lo es, cada día me sorprende más.

Los dos rieron y siguieron con su caminata, aunque ya les faltara un integrante, Melinda no

sabía si hablar o admirar el paisaje, todo de ese lugar era tan bello que no tenía palabras para explicar su emoción de estar ahí. Julio también lo estaba, desde pequeño había soñado con ese lugar y poder estar tan cerca de él era tan maravilloso.

—Entonces—le dijo Melinda. — ¿Qué te hizo venir para acá?

Julio le sonrió y empezó a mirar el cielo azul.

—Cuando era pequeño, vi en una revista de mi tía un retrato de Claude Monet y era... hermoso, sus colores cálidos, sus trazos finos, todo en ese retrato me causaba inspiración de seguir mis sueños.

Julio hizo una pausa, recordando que tan bello fue ese momento y que ahora solo le quedaba en su memoria.

—Si ese retrato te causaba tantas emociones no me imaginaba poder verlo en la vida real, sería como un sueño hecho realidad, estar en una playa mágica que les ha dado gran inspiración a los artistas.

—Supongo que tienes razón... esta playa te da algo de inspiración—Melinda estuvo callada durante la explicación de Julio, porque no podía entender como alguien podía denotar tanta pasión y devoción en su mirada, estaba fascinada de ver como Julio le describía ese paisaje con tanta admiración.

Y eso fue lo que le empezó a gustar de él, su pasión por las cosas.

— ¿Y qué te hizo venir a ti?

Esa era la pregunta que Melinda no estaba esperando, se puso roja con solo pensar que le tenía que decir porque estaba ahí.

—Es más absurda de lo que crees...

—No más que la mía.

— ¡Por supuesto que no! La tuya es increíble.

Julio se paró al frente de ella para que se detuviera y lo mirara a los ojos.

—Te prometo que no te voy a juzgar, el hecho de dejar todo para venir aquí siempre será importante.

Melinda tuvo tiempo de detallar sus ojos, eran como un fuego verde que parecían que la iban a abrumar si lo seguía viendo.

—Me sentía... abrumada—le respondió Melinda todavía mirándolo a los ojos.

Julio volvió a su lugar junto a ella y siguieron caminando.

— ¿Abrumada?

—Si... Donde vivía, no era muy bonito.

— ¿A qué te refieres?

Melinda tuvo que respirar hondo para poder responder, ese tema nunca le había gustado tocar.

—Me sentía miserable, como si fuera una pequeña mancha en un gran lienzo blanco—Melinda cerró los ojos para no recordar todo lo que había pasado antes de venir para ese lugar.

—Me sentí de lo peor, en el colegio todos me trataban horrible me decían que era una basura, y en casa pues...—Melinda tuvo que volver a respirar hondo. —Mi madre pensaba que no tendría un buen futuro si era fotógrafa y que no pensara en eso mientras viviera en su casa.

— ¿Quieres ser fotógrafa?

—Si ¿Algo loco no? Pero las imágenes pueden guardar tantas cosas... sentimientos, recuerdos, anécdotas. Que pensé que quien se dedicaba a eso estaba haciendo un verdadero arte.

—Entiendo el sentimiento, los libros también te pueden hacer sentir así.

— Pues, un minuto de silencio por los artistas frustrados en busca de inspiración.

Los dos volvieron a reírse.

— ¿Y cómo pudiste llegar hasta este lugar?

Melinda le sonrió nostálgicamente ante la pregunta.

—Yo... tenía una vecina, que graciosamente tenía un café igual que Madame Fantin cerca de donde vivía, era francesa y ya era un poco mayor pero igual me encantaba ir a su café después de clase, ella fue mi confidente y más grande amiga mientras estaba ahí.

La brisa de la playa rozaba tan delicadamente en el rostro de Melinda que se detuvo un momento para poder disfrutar las caricias que la naturaleza le estaba regalando.

—Ella murió hace poco...—continuó. — Y sus últimas palabras fueron que escapara de ese lugar y de mi madre, cuando me di cuenta, había dejado todos sus fondos a mi nombre y un boleto de avión que me llevaba a este lugar.

Julio estaba encantado con esa historia, era tan irreal lo que le había sucedido que estaba tan impresionado que pasara por todo eso ella sola, era como una princesa que se había hartado de esperar a su propio príncipe y ella misma había escapado del castillo embrujado.

—Eres muy valiente por hacer eso—le apremió Julio. — ¿Sabes? Si no fuera por mi madre y su insistencia de salir a conocer el mundo nunca me habría ido del lugar.

En ese momento agarró una piedra cerca y la tiro al mar, viendo como esta se alejaba de él lentamente.

—Sé que piensas que es un acto cobarde lo que hiciste, pero yo lo veo como un acto heroico—Julio se quedó viendo al mar mientras que esta reposaba tan pacíficamente, con los colores del cielo reflejados en ella. — No muchas personas toman esa decisión de escapar de su miserable vida para poder comenzar otro en un lugar que desconoces.

El semblante de Julio era tan pacifico, con tan solo verlo Melinda también se relajó y empezó a mirar con él al hermoso mar.

—Yo admiro mucho tu manera de ver las cosas—Le dijo Melinda.

— ¿En serio?

—Claro que sí, la primera vez que te vi parecías tan... relajado—Melinda desde hace rato se había quitado los zapatos y sus pies descalzos estaban tocando la arena. —Tan seguro de sí mismo como si vieras el futuro y supieras que nada malo te iba a pasar.

A Julio le dio gracia el comentario, aunque él disimuladamente sabía que así era su personalidad, nadie se lo había dicho de manera tan directa, y no pensaba que alguien tan tierna como ella se lo dijera en su cara.

— ¿Eso crees?

—Por supuesto que lo creo, deberías regalarme de esa tranquilidad tuya.

Julio estaba un poco halagado con ese comentario.

—Bueno una persona muy importante para mí me dijo que no me podía dejar llevar por el sufrimiento.—Su tía Mel estaba invadiendo sus pensamientos de nuevo y una increíble nostalgia lo volvió a llenar, estaba en una playa soñada hablando sobre las metas que tenía planteada con una persona que también buscaba lo mismo, ser feliz.

Y en ese momento no supo cuando agarro las añoranzas de su tía y las convirtió en las suyas, el recuerdo de su familia lo estaba matando.

—Si llego a perderme con el sufrimiento—empezó a decir para sí mismo. —Perdería quien realmente soy.

Melinda estuvo callada mientras Julio tenía una guerra en su mente, había peleas internas que uno siempre iba a librar, eso lo entendió ella cuando vio flaquear a la persona más segura de sí misma en un solo instante.

Se volvieron a parar y a mirarse a los ojos sin decirse nada, examinando los dos universos

que se asomaban por las dos ventanas del alma que eran los ojos, esperando cuál de los dos se rendía primero y dejaba ver cuál era el pensamiento que rodaba en su cabeza por ese momento.

Pero ninguna tenía que hablar para notar la fuerte atracción que había entre ellos.

Un fuego verde salvaje peleaba con una gran calma marrón para acercarse a unos suaves y carnosos labios, ninguno decía nada pero se acercaban cautelosamente para la gran espera de un beso, ellos pensaban que nadie lo estaba viendo, ellos pensaban que estaban los dos solos en su pequeño universo, hasta que...

— ¡Señores!—Era el pequeño Louis el único que podía crear una gran escena y al mismo tiempo arruinarla.

Los dos solo suspiraron, hoy no era el día, tendrían que esperar un poco más y conocerse.

— ¡Vengan rápido! Encontré algo increíble. —El pequeño estaba extasiado por lo que acababa de ver que los jóvenes lo siguieron rápidamente.

Cuando llegaron vieron que Louis se había encontrado con una pequeña estrella de mar, tan chiquita que entraba fácilmente en las manos del pequeño y antes de que el pudiera agarrarla Melinda lo atrapó.

— ¡Tranquilo muchacho! Las estrellas de mar no se pueden agarrar—Melinda agarró las manos del pequeño para que la soltara. —Se pueden morir, lo mejor es que las dejes fluir, ellas solas pueden agarrar su camino.

Louis le hizo caso y sonriente le dejó el paso para que la estrella de mar siguiera su curso.

—Ya es tiempo de que nos vayamos, se está haciendo tarde—les interrumpió Julio al ver que se estaba poniendo el sol temiendo que la madre del pequeño lo regañara si llegaba tarde.

Los tres decidieron irse del lugar prometiendo su regreso en un momento no muy lejano, acompañaron al pequeño a su destino y se quedaron solos caminando juntos hasta donde estaban sus residencias, ninguno había hablado, pensaban que ya todo se había dicho ese día, no necesitaban hablar de otra cosa, en el justo momento que decidieron ver hacia el cielo buscando al menos una estrella, el cielo rugió fuerte y varias gotas empezaron a caer en sus caras.

No tuvieron de otra de salir corriendo para que al menos no llegaran tan empapados a su destino, aunque no lo logaron solo les quedo reírse por la suerte que tenían, el pacto de silencio no se rompió incluso despidiéndose, una sonrisa solo bastó para decir lo bien que se lo habían pasado ese día, hasta que antes de entrar Melinda rompió el pacto.

—Hey...

Al escuchar su voz Julio paro en seco y se volteó a verla.

—Dime.

—No sé si las casualidades existen y tampoco sé si nuestro encuentro fue uno—le sonrió. — Pero espero que se vuelva a repetir.

Julio también le sonrió.

—Yo también lo espero.

Y así los dos entraron a su anexo sin decir otra cosa, pero sabiendo que se habían dicho todo.

Las aventuras de Madame Fantin

14 años antes.

En el pequeño anexo donde vivía Julio todo estaba tranquilo, los rayos del sol reposaban delicadamente sobre la ventana mientras que este leía cómodamente en el único mueble que el lugar tenía, lo suficientemente pequeño para que pasara por la puerta fácilmente pero lo suficientemente cómoda para que Julio se acostara sobre él mientras leía, ese día Julio había declarado que no iba a ser nada productivo puesto a que no tenía nada que hacer, era fin de semana, Madame Fantin se había ido de compras y no había abierto el café así que se iba a quedar en su anexo lo que quedaba del día.

Sus planes fueron frustrados por un inesperado toque en su puerta, cosa que él no estaba esperando para nada pero ya tenía la impresión de saber quién era la persona que le estaba tocando la puerta.

Una joven muchacha de espirales pelirrojos en la cabeza estaba reposando en el umbral de la puerta con una sonrisa que a Julio ya le estaba pareciendo familiar.

Ya habían pasado los meses, Melinda y Julio se habían empezado a acercar. Siempre tenían un tema de conversación y podían durar horas hablando sobre ello, Julio se hizo un lado para que ella pasara y una sonrisa mutua fue lo que les bastó a ambos para saludarse, Melinda ya acostumbrada al lugar se había sentado deliberadamente en el suelo y Julio no tenía ninguna objeción de que lo hiciera.

– ¿Preparado para escuchar un maratón de Wagner?–le dijo Melinda mientras le mostraba un disco que tenía en sus manos.

Julio le había puesto mala cara.

–Con la única condición de que la próxima vez el maratón sea de Armstrong. –Esta vez fue Melinda la de la mala cara.

–Música que solo me hace dormir, para eso pongo canciones de cuna.

Julio no podía creer lo que estaba escuchando.

– ¿Lo dice quien escucha música pasada de moda?

Melinda se había levantado de donde estaba y se había ido directo donde estaba el radio de Julio para poner el disco que ella había traído.

–El arte nunca pasa de moda–le decía mientras ponía ante todas las quejas de Julio su música.

–Pues para que sepas el Jazz también es un arte–Julio se acercó al lugar donde estaba Melinda ya resignado al ver como ella ponía felizmente música clásica. –Personas como Billie Holiday y Ella Fitzgerald marcaron historia en la música.

–Te aseguro que Beethoven y Mozart marcaron más historia que ellos dos.

– ¿En serio vas a dejar tus gustos musicales a alguien que era sordo?

– ¿Al maestro que orquesto ciento de sinfonías que hoy en día son tocadas? Sí, creo que sí.

Melinda logró encender el radio y disfrutar El Ocaso de los Dioses mientras Julio negaba con la cabeza al escuchar la música clásica.

–La gente antes no tenía sentido del ritmo. –se quejaba Julio mientras sacaba una botella de vino de la nevera. –La llegada del Blues fue lo mejor que le pudo haber pasado a la humanidad.

–Di lo que quieras Julio pero tienes que aceptar que esto es verdadero arte.

Julio sacó dos vasos del estante y sirvió vino en cada uno de ellos, le extendió un vaso a Melinda y esta aceptó gustosa.

–Brindo por la música que aunque sea distinta todas tienen el mismo propósito, expresar un sentimiento.

Melinda al escucharlo sonrió y alzó su vaso.

–Salud.

Los dos se quedaron hablando por un largo rato debatiendo si la música clásica era mucho mejor que el jazz hasta que la noche les había caído y los dos ya estaban lo suficientemente cansados para debatir, Melinda le decía que ya era momento de volver a su respectivo anexo y le decía a Julio que la próxima vez que fuera la iba a traer más música para que se llenara de buenos gustos a lo que este le decía que estaba mal si pensaba que eso era buenos gustos.

Eso era una rutina casi diaria.

Los dos ya se habían acostumbrado uno al otro, al igual que la compañía del pequeño que se las ingenió para unirlos.

A los días siguientes, Louis fue para el café para que le regalaran su chocolate caliente, ya los muchachos estaban acostumbrados a que él fuera a pedirle la bebida.

– ¡Buenos días muchachos!–les dijo el pequeño con su habitual alegría.

–Buenos días Louis–le respondieron al unísono Melinda y Julio.

– ¿Lo mismo de siempre?–Le preguntó Melinda mientras el pequeño se sentaba en su lugar correspondiente de la cafetería.

–Por supuesto señorita.

Melinda asintió con risas y fue a prepararle su merecido chocolate.

Madame Fantin al ver que la estrella del café había aparecido se acercó a él para saludarlo.

–Hola pequeño, veo que vienes por aquí por tu dosis diaria de chocolate.

–Por supuesto Madame, no hay que negar que su chocolate es el mejor de la provincia.

La señora se soltó a reír con el comentario, a ella también le gustaba la presencia del pequeño.

–Aunque te ganes a la dueña igual vas a tener chocolate gratis pulga–Julio se había acercado a la conversación debido a que no había mucha gente para atender ese día.

–No te creas Julio, ese pequeño lo ha intentado innumerables veces.

– ¿Se conocen desde antes?–Melinda le traía su taza humeante al chico para que reposara sobre la mesa.

–La provincia es muy pequeña–les respondió Louis encogiéndose de hombros.

–La primera vez que lo conocí me dijo que era parecida a una hermosa flor y tan deliciosa como una taza de chocolate caliente, que tenían que darle un poco para ver qué tan buena era.

Todos los presentes se rieron con lo que la señora les estaba comentando.

–Su comentario me dio tanta gracia que antes de que ustedes llegaran a trabajar yo misma le regalaba algo a este pequeño diablillo.

–Este niño tuvo el perspicacia para que todos los que trabajaban aquí le dieran un chocolate–dijo Julio impresionado por lo inteligente que era el muchacho.

–Sabemos que de todas maneras disfrutan que este aquí–les dijo con una sonrisa el pequeño.

Melinda se acercó a él y le revolvió el pelo.

–Claro que si pulga, nos agrada tu compañía aquí.

Melinda con el pasar del tiempo se había encariñado más con Louis, hasta el punto de ser ella quien lo mimara y se preocupara por él como toda una madre.

–Aunque eso no quita que eres un pequeño travieso–le dijo Madame Fantin.

– ¿Usted nunca fue traviesa en su juventud Madame?

Julio lo iba a regañar por tener tanta confianza con la dueña del local pero se quedó callado

porque tenía la curiosidad de cómo fue la juventud de esa amable y adorable señora incluso Melinda se había quedado callada esperando una respuesta.

Madame Fantin al ver que muchas miradas expectantes soltó una ligera risa.

–Veo que están curiosos por saber cómo era mi pasado.

–Con todo respeto Madame pero no conocemos mucho sobre usted–le dijo Julio curioso.

– ¿De verdad quieren saber?

– ¡Sí!–dijeron los tres interesados.

–Pues no se diga más, hoy Madame Fantin les contara sus aventuras de la juventud. – Seguidamente la señora se acercó como si les estuviera contando un secreto a los tres y susurró. – Pero no aquí, esperen a que cierre el café.

Los tres asintieron obedientemente y cada uno fue a hacer sus tareas diarias esperando con ansias la llegada de la última hora del día para poder escuchar atentamente lo que la adorable señora tenía que contarles, Melinda fue la única que se quedó en local dado a que Julio se fue a la universidad y Louis se dedicaba a vender sus rosas.

Melinda estaba en la parte de afuera del café cerrando todo cuando de pronto Julio se acercó para darle un susto, esta dio un pequeño grito y saltó para después reírse en conjunto con Julio por la broma.

– ¿Acaso quieres matarme de un susto?–le decía entre risas.

–Solo vi el momento perfecto y lo hice.

–Solo querías darme un infarto–le regañó.

–Además de eso, no pensé que te ibas a asustar tanto.

–Yo no pensé que ibas a llegar tan temprano de la universidad.

–Vine porque Madame Fantin nos prometió una buena historia el día de hoy.

Melinda por un momento se había olvidado de que Madame Fantin le había prometido contarles sus aventuras de joven cuando cerraran el café, así que con ayuda de Julio cerró con mayor rapidez para escucharla, al rato Louis se apareció también con el mismo propósito y los tres se quedaron en las afueras del café esperando la aparición de la dueña.

No tardaron más de cinco minutos cuando la protagonista de todo se estaba acercando al café.

–Veo que están muy interesados en escuchar mi historia–les dijo burlonamente.

–Pero Madame, una persona como usted debe tener muy buenas historias–le respondió el pequeño.

–En eso tienes, razón la historia es extrañamente interesante, pero no se los voy a contar aquí, vengan.

Madame Fantin guió a los chicos hasta un Volkswagen amarillo, aunque era pequeño fue lo justamente espacioso para que todos entraran en él y los llevó a un lugar que ninguno pensó que iban a ir.

La playa de Pourville.

Melinda y Julio estaban confundidos por estar en ese lugar mientras Louis estaba completamente encantado de volver allá, cuando se bajaron del carro el primero en preguntar fue Julio.

– ¿Qué hacemos aquí?

Madame Fantin lo miró con una sonrisa.

–Tú fuiste quien dijo que esta playa era mágica–lo agarró de la mano para guiarlo en un lugar en específico. – Y tienes toda la razón, esta playa tiene su toque mágico.

Melinda y Louis los siguieron sin decir una sola palabra curiosos por saber a donde los iban a llevar, hasta que la magia sucedió por si sola.

Luciérnagas.

Cientos de ellas se habían aparecido como pequeñas estrellas resplandeciendo alrededor de los cuatro, mientras que los jóvenes se quedaban mirando con total fascinación el espectáculo Madame Fantin sacaba de su bolso un enorme mantel para que todos se pudieran sentar.

–En la época de la guerra. –comenzó a relatar. – A mi hermana y a mí nos encantaba salir a escondidas del toque de queda para poder admirar las luciérnagas de este lugar.

La señora veía el cielo lleno de estrellas con una mirada que solo se podía denominar como añoranza. Ninguno había traído algo de luz así que su única luz era la del resplandor de la luna y las luciérnagas que estaban a su alrededor.

–Mi niñez fue algo dura, viví en la época de guerra y de una Francia que tuvo que levantarse de las cenizas cuando todo había acabado, mi familia nunca fue de la alta sociedad pero nunca nos faltó comida, hasta que mi padre se tuvo que ir a la guerra y nunca regresó.

Todos estaban callados escuchando con atención las palabras de la señora.

–No las vimos difícil cuando mi madre fue el único sostén de la familia, pero cuando tuvimos la mayoría de edad mi hermana y yo también empezamos a trabajar puliendo zapatos aunque ganáramos muy poco con eso, si bien mi madre siempre fue una mujer luchadora, la falta de comida y lo poco de trabajo que podía recibir en la calle la desgastaron rápido, la ausencia de mi padre la afectó más de lo que nos imaginó, muriendo ella también.–La luciérnagas seguían ahí, acercándose más de ellas al lugar donde ellos estaban sentados.

–Teníamos 18 años cuando nos quedamos completamente huérfanas, sin más ningún familiar en el mundo y mi hermana decidió irse y viajar por todo el país, ella sabía que habían más historias como la de nosotras afuera, personas que fueron afectadas por la guerra llevándose no solo un buen momento en su vida si no su vida entera, yo no podía negarme mucho por acompañarla, era lo único que me quedaba en este mundo.

Melinda de manera involuntaria apoyó su cabeza en el hombro de Julio, estaba muy atenta a lo que Madame Fantin decía que no era consciente de lo que estaba haciendo, de igual manera Julio al notar un ligero peso en su hombro apoyo su cabeza con la de Melinda.

–Nos fuimos sin un solo centavo, en todas las partes en las que íbamos éramos simples camareras pero mi hermana había cumplido con su misión, escuchar la historia de las otras personas, en cada lugar en que íbamos ella se encargaba de contactar con todos los familiares de los soldados, sinceramente no sabía de donde podía sacar la información pero lo hacía y nos dimos cuenta que no fuimos las únicas víctimas inocentes que sus vidas fueron arruinadas por la guerra.

Melinda sintió un gran pesar por lo que estaba escuchando, pensando que aunque ella se estaba ahogando con sus batallas internas otras personas tenían que batallar por algo mucho peor, el mundo exterior.

–Hicimos grandes amigos en cada lugar en que íbamos, incluso con su ayuda mi hermana y yo pudimos publicar nuestro libro hablando sobre las historias que habíamos escuchado en nuestros viajes. Pero mi hermana no estaba satisfecha, ella quería recorrer más y buscar más historias. Ella quería seguir pero yo ya estaba cansada de viajar, quería quedarme en un solo lugar y decidimos separarnos y seguir nuestro propio camino, volví a la provincia que me había visto nacer y con lo que había reunido con la publicación del libro pude abrir mi café mientras que mi hermana se dedicó a viajar por todo el mundo.

– ¿Cómo se llamaba tu hermana?–le preguntó Melinda.

–Amelia, ella se llamaba Amelia.

Melinda quedó sorprendida con la respuesta de Madame Fantin.

–Así se llamó la señora que me hizo llegar hasta acá.

Madame Fantin soltó una sonora risa.

–Lo se cariño, Amelia era mi hermana.

Melinda ni pudo decir otra palabra por la sorpresa, incluso Julio y Louis no pudieron articular algo por el asombro

–Aunque nos separamos mi hermana y yo nunca perdimos contacto, siempre nos enviábamos cartas y en una de ellas me hablaba sobre una pequeña pelirroja que iba a su café todos los días contándole sobre las desgracias que pasaba en su vida–Madame Fantin acunó en sus manos el rostro de Melinda. –Y me dijo que se había visto a sí misma en esa pequeña, a pesar de ser una situación completamente diferente vio esa mirada de querer ser algo más en vida, justo como era ella de joven.

Melinda luchó fuertemente para no llorar en esos momentos, no podía creer que todo eso estaba sucediendo.

–Incluso me enviaba fotos de ti, diciéndome que serías una gran mujer algún día... Y yo le creí–Madame Fantin le quitó las manos de la cara para sonreír. –Porque cuando te vi llegar a mi café en busca de trabajo vi la misma esencia de sed de aventura que tenía mi hermana, por eso te ofrecí techo y comida, sé que mi hermana hubiera hecho exactamente lo mismo.

–Vaya...–Interrumpió Julio. –Esto es una buena historia para un libro ¿No crees pulga?

–Por supuesto que sí–asintió Louis.

Todos rieron ignorando por completo que Julio había arruinado el momento.

–Aunque no lo creas Julio también se sobre ti.

Esta vez Julio había quedado atónito.

–Hace mucho tiempo una mujer rubia con unos fogosos ojos verdes llegó a mi café.

–No puede ser...– Julio era perfectamente consciente de quien estaba diciendo.

–Era poeta, había venido de muy lejos buscando su mayor frustración pero su gran fortuna, la inspiración, me dijo que para ella buscar información era como buscar un tesoro perdido y como a mí me encantaba ayudar a los artistas le alquilé uno de mis anexos.

Julio estaba pensando cuando fue la vez que su tía le había dicho que se quedó en este lugar.

–Dos semanas, dos semanas exactas fueron los que se quedó esa poeta y me contó un poco de su vida, de cómo sus sobrinos eran su luz y como su sobrino mayor Julio quería convertirse en un gran escritor como ella, cosa que la llenaba de un orgullo inmenso. Curiosamente dejo la foto de tu primo y de ti cuando se marchó y en el momento en el que te vi te reconocí al instante.

Tanto Julio como Melinda estaban fascinados por la repentina conexión que tenían con Madame Fantin y eso les respondía porque ella había sido tan amable con ellos en el momento que los vio, cosa que estarían eternamente agradecidos con ella.

Terminada la noche de cuentos Melinda y Julio decidieron estirar un poco las piernas dando un pequeño paseo antes de irse, Madame Fantin se quedó con Louis mientras ellos caminaban otra vez por las orillas del mar pero esta vez siendo de noche.

–Increíble...–Había dicho Melinda para sí misma.

– ¿Qué es increíble?

–Como tu pasado te puede definir como persona.

Julio se quedó pensado lo que le había dicho.

–No creo que sea el pasado–le respondió un poco pensativo. –Si no las acciones que haces y las consecuencias que estas trae a lo largo de tu vida.

–Tienes razón. –le apremió Melinda. – Al menos sé que no estaba tan equivocada con mis decisiones y que estas me llevaron hasta aquí, por eso me siento feliz.

–Pues...–Julio no sabía si se iba a arrepentir de lo que iba a decir pero tenía que hacerlo, antes de que se quemara la garganta por no decirlo. – A mí me hace feliz que todas mis decisiones me trajeran hasta ti.

Después de eso ninguno dijo alguna palabra, Melinda era consciente que la atracción era desde el momento en que tuvieron esa conversación bajo las estrellas pero ella lo ignoró, ignoró a su corazón, ignoró ese sentimiento de felicidad que tenía al verlo en el café cada mañana y se preguntaba si él también lo había ignorado o solo lo había pasado de largo para que ella no se sintiera incomoda.

Nunca supo esa respuesta.

Lo que sí supo fue que cuando los dos empezaron a acercarse ya no hubo vuelta atrás, que a partir de que ella perdiera todas sus dudas y quiso acercarse a los labios de Julio su vida iba a cambiar por completo de nuevo.

Ya no había vuelta atrás, su destino estaba escrito.

Los dos se acercaron lentamente, rezando para que esa vez no hubiera interrupción, ansiosos se buscaban con la mirada esperando la aprobación del otro para acercarse, hasta que por fin sus labios tocaron, y miles de fuegos artificiales explotaron en sus mentes.

Las luciérnagas aparecieron de manera mágica, como si hubiesen sido atraídas por el romanticismo del lugar y se sintieran celosas por no ser el centro de atracción, la luna estaba brillante y el cielo estrellado mientras que las luciérnagas danzaban en el aire celebrando también ellas por ese esperado beso.

Y así fue su primer beso, un momento que no se les borró a ninguno, incluso pasando los años y el tiempo siendo su mayor verdugo.

Su primer beso nunca se les iba a olvidar.

Otra vez el parque de mierda.

Salvatore siempre había tenido el nombre de “Gran Imbécil” cuando de damas se trataba pero aun así le llovían de manera curiosa sin yo tener que intervenir, así que no sabía si había perdido el toque conquistando a las mujeres o si ella de verdad era una persona difícil de conquistar, pero todavía el seguía ahí detrás de esa chica esperando a que por lo menos le diera una señal de que estaba interesada en él.

Todo lo que había hecho en el pasado lo tenía que pagar, yo no tenía duda de eso.

Apeataba, nunca había durado más de una semana hablando con una mujer y Melinda ya se estaba haciendo un verdadero reto. Y ahí estaba él, parado como un imbécil detrás del celular esperando que le respondieran un mensaje que había enviado hace diez minutos.

¿En serio creía que la iba a estar esperando toda la vida?

Pues no, sabía que podía buscarse otra mujer mucho más bella que ella y si no quería nada con él pues se lo iba a perder porque no iba a estar mendigando algo que otras personas le podían dar fácilmente en cuestión de minutos...

Tienes un nuevo mensaje

Aunque yo obviamente no iba a dejar que eso pasara.

Esa notificación en la pantalla lo hizo olvidarse de todo su berrinche para ver de quien se trataba el mensaje, y bingo era su pelirroja favorita.

¡Hola! Perdón por tardar pero estaba haciendo algunas cosas importantes.

¿Cosas importantes? ¿Qué cosas más importantes habría que contestarle su mensaje? Pero tuvo que tragarse todo lo que tenía que decirle para ganársela.

No te preocupes, sé que el trabajo es primordial.

Tenía que mostrarse comprensivo, eso les encantaba a las chicas, todas caían con el mismo cuento.

Claro, tú mismo lo dijiste, el trabajo duro es primordial.

Algo dentro del él sintió ese comentario como una especie de broma, pero sabía que Melinda era lo suficientemente inocente para no darse de cuenta de eso. Melinda era especial, no era como las otras mujeres que habían pasado por su vida ella tenían su propio encanto, por eso es que se estaba esforzando un poco más por obtenerla, pero solamente era un poco.

Porque sabía que al final todas terminaban cayendo a sus pies... O eso pensaba él.

Antes de que Salvatore le respondiera su mensaje Melinda ya le había escrito de nuevo.

Creo que es mi turno de elegir el lugar de nuestra próxima cita ¿Verdad?

Salvatore no esperaba que Melinda fuera la primera en hablar sobre una próxima cita, pero él estaba completamente encantado.

¿Quieres volver a tener otra cita?

Melinda no tardó ni dos segundos en responderle.

Por supuesto que sí, eres muy divertido.

Listo, Melinda ya estaba babeando por él, solo necesitaba un ligero esfuerzo y ya era completamente suya, sabía que ella no se iba a resistir por mucho.

Entonces iré a donde me lledes hermosa, te acompañare hasta el fin del mundo.

Hubiera sido mejor que no dijera eso, porque pronto se iba a arrepentir de sus palabras.

Está bien, nos vemos en el parque luna menguante dentro de dos días.

Oh no.

Maldita sea ¿Qué carajos le paso por la cabeza al aceptar la salida con esa chica? Pero no había vuelta atrás.

Está bien, nos vemos ahí.

De ese encuentro podían salir dos cosas, un gran arrepentimiento o una noche fantástica, esperaba que fuera la segunda porque cada vez le estaba poniendo un poco más de esfuerzo a eso, pero como les dije.

Todo es cuestión de perspectiva.

Dos días después.

Salvatore y Melinda acordaron verse a unas cuadras antes del parque, eso a Tore le daba un poco de esperanza de irse a otro lugar que fuera más privado y oscuro e incluso ya se había planteado unas cuantas estrategias para llevársela a otro lugar.

Y la aparente causa de todas sus desgracias apareció con una cálida sonrisa en su rostro, con un adorable vestido de flores (Que al parecer le encantaba coleccionar) y los mechones de su cabello pasándose delicadamente por la cara mientras que el sol pegaba en sus divinos ojos marrones.

Definitivamente esa mujer no era de este mundo, y por eso sería un gran trofeo tenerla.

– ¡Hola!–le saludó la alegre mujer.

–Buenos días señorita–le respondió Tore contagiado por su alegría.

– ¿Listo para tener un día relajante?

–Me relaja tenerte cerca linda.

Melinda se quedó observándolo, como si estuviera detallándolo y examinando cada cosa que hiciera con una sonrisa en el rostro.

–Entonces, ¿Qué estamos esperando? Vámonos.

– ¿Estas segura de que quieres ir? Podemos ir a un lugar más... Privado–Esta era su última oportunidad.

Melinda se echó a reír y negó con la cabeza, ya era momento de bajarle un poco de su pedestal.

–Por los momentos no quisiera ir a ningún espacio cerrado contigo.

Salvatore se quedó quieto en su sitio.

Mierda y más mierda, sabía que se había emborrachado la última vez que se vieron pero no sabía que tanto le había dicho a Melinda, ya todo tenía sentido. Melinda ya sabía cuáles eran las intenciones de Tore y solo estaba jugando con él.

Esa mujer lo iba a volver loco. Pero ya no podía retractarse, tenía que tragarse sus palabras y seguir, no tenía otra opción.

–Pero antes de irnos–le dijo Melinda antes de avanzar. –Quisiera hacer una parada antes.

Salvatore solo asintió y siguió, ya no podía hacer más nada su suerte no podía ser peor ese día, pero estaba equivocado. Melinda lo había llevado a una heladería, una puta heladería ¿Acaso tenían quince años para estar con esas estupideces?

–Una amiga del trabajo me dijo que los helados aquí son maravillosos.

–Aja.

Tore ya ni estaba dispuesto a hablar de lo molesto y frustrado que estaba, tanto esfuerzo no había servido para nada ya que ella solo se estaba burlando (Justamente en sus narices) de él y si él decía y reclamaba algo perdía.

Todo estaba jodido.

Salvatore sabía que había perdido la batalla, no podía hacer más nada con Melinda y era una completa lastima. Pero no iba a estar detrás de ella para siempre y no iba a soportar estar en ese asqueroso parque de nuevo, se iba a inventar una excusa para salir disimuladamente de ahí y no volver a llamar a Melinda nunca más. Esta parte de su vida iba a ser olvidada por él por completo.

La vez que una mujer lo rechazó en toda su vida.

Habían llegado al parque luna menguante con su respectivo helado cada uno y Melinda se había sentado deliberadamente en el suelo.

–Sigo viendo absurdo que este lugar no tenga donde sentarse–pensó en voz alta Salvatore y Melinda lo escuchó.

–Algunas veces es mejor conectarse directamente con la naturaleza.

–También no tuvieron presupuesto para hacer unas bancas y comprar una figura decente.

–Salvatore la piedra es así, nadie la hizo solo la misma naturaleza.

–Eso es peor todavía, habla del mal presupuesto de este lugar.

– ¿Puedes dejar de pensar en cosas materiales por un momento y cerrar los ojos?

Salvatore la miró escéptico.

– ¿Para que cerraría mis ojos?

–Para meditar Salvatore.

Y una mierda, él no iba a meditar se iba a largar de ese lugar.

–Meditar es una buena manera para desestresarse del trabajo–continuó ella.

–Pues sería una completa pérdida de tiempo, siempre hay un nuevo estrés.

– ¿Lo dices por los escritores?

–Oh si, esos bastardos hijos de puta que piensan que son los más intelectuales de este universo.

Melinda jamás había escuchado a Salvatore decir tantas malas palabras, ni siquiera estando borracho.

–No pensé que te disgustaba tanto tu trabajo.

–No me disgusta, todo lo contrario me encanta.

Melinda estaba confundida, se quejaba constantemente de su trabajo pero igual le agradaba estar en él, era mucho más complicado que un artista.

–No creo que me haya explicado bien–aclaró Tore. –Sí, los escritores pueden ser los más grandes imbéciles, pero a la hora de hacer su trabajo son unos profesionales.

–Increíble.

–Ellos agarran la filosofía de el fin justifica los medios, pueden ser unas basuras de personas pero cuando escriben... Hacen cosas increíbles, por eso es que me gusta mi trabajo, por los resultados y las grandes obras que pueden sacar de simples palabras.

– ¿Nunca has querido escribir?

Salvatore se rio sonoramente.

–Un requisito para ser escritor es tener esa chispa de imaginación y ganas de inventar algo nuevo, yo no soy alguien que le guste inventar, solo prefiero modificar, además todos ellos siempre terminan soltándose un tornillo en la carrera.

Salvatore se había percatado que la conversación se había vuelto agradable y que sus ganas de irse ya no eran tan importantes como al principio y decidió quedarse un rato más, empezaron a charlar de una manera en el que Tore sintió una verdadera calidez hablando con ella.

– ¿Cómo te ves dentro de diez años?–le preguntó Melinda terminando su helado.

Ya había pasado un buen rato desde que empezaron a hablar.

–En un yate tomando un vino caro mientras tomo el sol en cualquier isla de Europa.

–Que humildes eres Salvatore–le dijo sarcásticamente.

–Todo lo contrario, soy optimista.

– ¿No piensas tener alguna familia?

Salvatore arrugó la cara.

–Oh no, claro que no mucha responsabilidad para alguien que solo quiere divertirse.

Melinda solo se reía con todo lo que le estaba diciendo Salvatore, ya la gracia y el encanto del príncipe azul se le había esfumado mostrando su verdadera personalidad... Sin una gota de alcohol.

–No me digas que si te dijeran que pudieras viajar por el mundo en vez de conformar una familia lo aceptarías–le señaló Tore.

–Pues en eso te daría la razón, pero en algún momento tienes que crear tu propio nido.

– ¿Para qué? La tasa de divorcios es más alta que la de matrimonios.

Melinda suspiró profundamente antes de explicarle a Tore.

–Salvatore, el punto no es casarse con cualquier persona si no la que te hace que tu mundo se ponga de cabeza y decidas darlo todo por ella... El amor no es como antes, ahora la gente se casa por cualquier tontería o solo no busca casarse perdiéndose tantas oportunidades de ser feliz junto con alguien más.

–Vaya...–Salvatore estaba admirado de cómo se expresaba Melinda.

–Soy algo cursi, lo sé pero el amor es un tema tan extenso y complicado que cuando aprendes a amar, ya sea otra persona o a ti mismo mereces un premio, porque aunque no lo entiendas y te haga hoyos en la cabeza aun así te aferras a él y crees en él.

–Esas palabras suenan a alguien que ya ha estado enamorado.

Melinda lo miró a los ojos y Salvatore vio en ellos unos ojos tan expresivos que le podían decir unas mil palabras que, él, leyendo miles cada día no podría descifrar lo que le estaban diciendo, sus ojos eran dulces color chocolate.

Su nuevo color favorito.

–Si me preguntas a mí, no tengo a alguien en mi vida todavía–se alejó de él de manera drástica que lo dejó aturdido.

–Pero lo tuviste, solo alguien que tuvo la dicha de pelear una batalla con el amor puede hablar de él gustosamente. –Tore se acercó a Melinda buscando volver a ver sus bellos ojos por un momento otra vez. –Vamos, al menos debes tener un primer amor.

Pero la acción que tuvo a continuación nunca se lo esperó.

Melinda se apartó de él mirando al vacío pérdida en sus pensamientos, como si estuviera desempolvando un viejo libro de recuerdos que aunque nunca los abriera siempre estaban ahí presentes.

–Fue hace tanto...–le dijo Melinda aun perdida. –Pero aun lo recuerdo muy bien.

Melinda había cerrado sus ojos, tratando de imaginar su cara rezando que a pesar de los años no se olvidara de su apariencia.

–Era un hombre testarudo pero apasionado que conocí cuando me escapé de mi familia–Melinda había bajado la mirada, frotándose las manos buscando algo de calor en eso. –Aun en algunas noches donde me siento completamente sola me pregunto que habrá pasado con él y que será de su vida.

– ¿Fue alguien muy importante?

–Fue el que creí que sería el amor de mi vida.

Salvatore no sabía cómo sentirse ante tal confesión pero ya los dos se habían abierto de una manera que cada uno se estaba abriendo con sus deseos más profundo.

– ¿Por qué te separaste de él si era tan importante?

Los ojos de Melinda fueron tan expresivos que en cuestión de segundos habían pasado de una bella nostalgia a una gran tristeza que hasta el mismo Salvatore se deprimió con ella.

–Salvatore... Con los años he aprendido que el dolor puede ser más fuerte que el amor.

Salvatore se había quedado sumamente callado, esa frase lo sacó de todas sus zonas de confort que ya no sabía que podía decirle a Melinda, aunque él quisiera preguntarle mucho más sobre ella, esa chica guardaba tanto que no se había dado cuenta que era una completa caja de sorpresas, el instinto pudo más con Salvatore que siguió preguntándole.

– ¿Escapaste de casa?

Melinda volvió a poner los pies en la tierra y volvió a mirar a Salvatore a los ojos, Tore volvía a estar feliz por seguir disfrutando de sus maravillosos ojos hasta que los volvió a apartar para responderle.

–Sí, lo hice cuando cumplí dieciocho años y desde ese momento no los he vuelto a ver.

– ¿Y a donde te fuiste?

–Me quedé en Francia por unos cuatros años, en la deriva esperando saber que quería hacer con mi vida hasta que por fin di el paso y viaje por el mundo solamente con mi cámara.

Francia, sabía que su primo Julio había estado en Francia por esos tiempos y en esta época se preguntaba que tantas aventuras había tenido en su estancia en ese lugar.

– ¿Viajaste por muchos lugares?

–Demasiados... Y conocí a tanta gente que no podía ni contarlas.

– ¿Y qué te hace llegar para acá cuando podías estar en cualquier parte del mundo menos aquí?–Melinda era un completo enigma, teniéndolo todo y conformarse con solo tan poco.

– Cuando me di cuenta que lo conocía todo caí en la realidad que estaba completamente perdida, que después de ir por tantos caminos no había encontrado mi propio camino.

Aunque hablara de estar perdida y no conocerse a sí misma sus palabras demostraban tanta seguridad y fuerza que a cualquier persona le hubiera asustado, Melinda era un claro ejemplo que el tiempo te hacia más fuerte.

–Cuando me ofrecieron trabajo aquí no dudé en aceptarlo, capaz este es mi lugar para formar mi nido.

Salvatore estaba pensando cada palabra que Melinda le había dicho, pensando que si él también era alguien que necesitaba formar su nido y quedarse en un solo lugar de una vez por todas.

–Te entiendo. –Le respondió Salvatore. –He buscado tantas cosas por tanto tiempo que hasta olvidé que estaba buscando esperando acordarme y dejar de dar tantas vueltas. ¿Sabes? Mi madre me dice mucho eso pero cuando me siento listo algo dentro de mí se echa para atrás y se arrepiente.

Increíblemente Tore le estaba contando por segunda vez cosas que nunca se lo había contado a alguien más excepto Melinda.

–Supongo que por eso no he pensado en una familia a mi edad, pero sé que el tiempo pasa rápido, y en algún momento me va a dejar atrás a mí...

Tore no lo podía creer, su más grande incertidumbre en la vida se lo había contado a una mujer que solo planeaba estar con ella solo una noche.

¿Qué carajos le había hecho?

–Supongo que tenemos eso en común–le dijo Melinda. –Damos vueltas diciendo que no

buscamos nada en específico como excusa para buscarlo todo.

–Al menos pudimos sacar buenas experiencias de todas nuestras vueltas.

–Tienes razón.

–Hablando de eso, ¿Cuál de todos los lugares que visitaste te han gustado?

Melinda le sonrió no pensó en la respuesta, estaba todo el tiempo presente en su mente.

–El lugar que le da inspiración a los artistas. –Le dijo mirándolo a los ojos. –La playa de Pourville.

Ese lugar, lugar de inspiración de Claude Monet y su mayor héroe en la infancia de Tore gracias a los cuentos de su tía Mel, su gran musa.

Estaba oscureciendo así que decidieron volver a sus apartamentos, Salvatore no se había percatado que ya era completamente de noche en el lugar.

–Salvatore...–lo llamó Melinda antes de despedirse.

–Dime.

– ¿Qué es lo que no has hecho durante mucho tiempo y quieres volver a hacer?

Melinda llevó a Salvatore a lo más profundo de sus recuerdos a una memoria que seguía intacta en su cabeza y esperaba que aunque pasara el tiempo nunca se le fuera a olvidar.

Las noches que se sentaba con su tía Melinda y Julio a admirar las estrellas mientras ella les hablaba sobre todas las constelaciones y las historias de cada una de ellas, y así con una sonrisa nostálgica le respondió mirando hacia el cielo.

–Mirar las estrellas.

Melinda le siguió el acto y empezaron a mirar los dos el cielo, para suerte de ellos estaba completamente estrellado, a Melinda también le embargó la nostalgia y sonrió junto con él.

–Yo también.

Sus estrellas estaban más cerca de lo que ellos lo esperaban, solo necesitaban un pequeño empujón para alcanzarlas.

Opiniones impopulares

Los días de Julio no eran nada del otro mundo, además de trabajar y gritarle a sus escritores Julio se quedaba en su apartamento a leer y tratar de conseguir inspiración para escribir un libro de una buena vez por todas, algo que había pasado tantos años buscando y que al parecer no encontraba,

Estaba sentado en el cómodo sofá de su apartamento leyendo un libro más viejo que su propia madre sin nada planeado ese día, hasta que un timbre lo sacó de sus pensamientos.

Cuando abrió la puerta vio a Nadia parada en el umbral y con una gran sonrisa en el rostro.

Esa escena la habían visto antes ¿No es así? No me pueden culpar, me encantan las ironías.

–Buenos días vecino–le dijo Nadia.

–Muy buenos días vecina.

Las semanas habían pasado y Nadia había logrado algo que ni en sus propios sueños podía hacer realidad, acercarse a Julio y tener una buena amistad con él.

– ¿No piensa hacer algo divertido el día de hoy vecino?

–Si piensas que ver películas y comer pizza es divertido entonces sí.

Los dos se echaron a reír.

– ¿Me quieres acompañar en mi aventura?–le dijo Julio en un tono más grave.

–Por supuesto–le respondió Nadia del mismo modo.

Julio era más perfecto de lo que Nadia se lo había imaginado, era sencillo y a la vez elegante, culto pero no engreído, tenía un carácter fuerte pero era sensible. Todo de él era maravilloso, la vida para Nadia no podía ser mejor.

Ojala le fuera igual en el trabajo.

–Señor Carrizal ya hemos hablado de esto. –Le decía Nadia exasperada hablando por teléfono. –No puede atrasarse con la fecha de entrega del manuscrito porque nos dificulta el trabajo a todos.

–No te preocupes querida. –Le respondía el escritor al otro lado del teléfono. –No le puedes exigir tanto a un artista, la inspiración no es tan fácil de obtener.

Seguidamente Nadia escuchaba un pitido cuando estaba a punto de reclamarle.

Le había colgado.

Ese hombre era insoportable, a esas alturas ni siquiera tenía un título para su obra, no tenía casi nada y los manuscritos los entregaba asquerosamente tarde. Nadia volvía a la misma desesperación de no saber qué hacer así que le tocó tragarse sus palabras por segunda vez y volver a pedirle ayuda a su jefe.

–Jefe, el señor Carrizal me lo está poniendo muy difícil. –El señor gruñón la estaba viendo por enésima vez por encima de sus lentes como todo padre a punto de regañar a su hija.

– ¿Por qué lo dices?

–Está muy reacio a trabajar y no quiere trabajar conmigo.

Su jefe se quitó los lentes para pasarse las manos por la cara y luego por sus cabellos marrones.

Algunas veces Nadia le veía cierto parecido con Julio, tenían los mismos ojos verdes y el mismo semblante de una peligrosa tranquilidad, además de que de vez en cuando hacían los mismos ademanes cuando estaban estresados, su única diferencia es que su jefe tenía el pelo castaño y Julio tenía el pelo azabache.

O solo ya estaba delirando y estaba comparando a todo el mundo con Julio.

La ironía es parte de mi esencia.

Por otro lado mientras Nadia soñaba despierta con Julio, Salvatore de manera satírica y graciosa también pensaba en Julio, pero no de la manera en que Nadia lo hacía. Pensaba en todas las veces que su primo le advirtió el carácter del señor Carrizal, pero supo que con el carácter tan fuerte que tenía Julio pudo sacar lo mejor de ese escritor y hacer una de las mejores obras que él hizo en toda su carrera.

–Tienes que ponerle mano dura Nadia–le respondió Salvatore. –El tipo solo quiere jugar contigo, pero no te dejes caer.

En esos momentos Nadia se acordó la primera vez que conoció al escritor.

Porque le digo que conmigo va a hacer el mejor libro que ha publicado en toda su maldita vida ¿Entendido?

¿Qué le había pasado? ¿A dónde se había esa chica que pudo decirle en la cara a un gran escritor que era un maldito? Nadia estaba un poco decepcionada, pensaba que había cambiado por lo menos un poco pero ya veía que no, seguía siendo la misma inútil e insegura de antes. Salvatore vio su cara de desilusión y le dio un poco de lastima con ella, él vio potencial en ella (Aunque no se lo admitiera) Y quería ver sacar su potencial.

–Vamos Nadia, tu puedes. –Le animó Salvatore. –Antes no te tenía nada de confianza, pero al ver ese análisis puedo decir que tienes todas las herramientas para ser la mejor.

Nadia levantó los ojos mirando a su jefe de frente con un poco de desconcierto.

– ¿Está seguro de eso señor?

–Si no lo estuviera no estarías trabajando con la única salvación de la editorial. –Salvatore le guiñó un ojo y sonrió, era la primera vez que lo veía sonreír. –Aunque toda la editorial no tenga confianza en ti, yo si lo hago.

Nadia le sonrió, era la primera vez que él era tan amable con ella y le agradeció profundamente desde el fondo de su corazón, eso era lo que ella necesitaba para seguir adelante. Nadia lo agradeció y se iba a despedir de su jefe para seguir con su trabajo.

–Antes de que te vayas Nadia–la detuvo su jefe. –El señor Carrizal me dijo que lo acompañaras a una fiesta que le están organizando.

Nadia estaba confundida.

–Pensé que él no me quería...

–Si no te quisiera no estarías siendo su editora, créeme. –Ella sabía que en parte él tenía razón, pero no pensaba que la quisiera para invitarla a una fiesta. –Ten más confianza en ti Nadia, pronto te enviaré su dirección por mensaje y cuando será la fiesta.

Nadia asintió todavía aturdida y se marchó de la oficina de su jefe con la misma duda.

Cuando llegó por fin a su apartamento después de su jornada de trabajo se encontró con Julio esperándola en las puertas de su apartamento con una sonrisa que a Nadia le encantaba verle en el rostro.

–Buenas noches vecina.

–Muy buenas noches vecino.

– ¿Tienes planes para hoy en la noche?

Nadia le sonrió y le negó con la cabeza.

–Pues supongo que no ¿Quieres que te invite a cenar?

–Me encantaría vecina.

Nadia abrió las puertas de su apartamento y los dos pasaron, Julio ya estaba acostumbrado al apartamento de Nadia así que entró con toda la confianza del mundo sentándose en el sofá

mientras que esperaba que Nadia terminara de llegar y guardar sus cosas para ayudarla a hacer la cena. Ya Nadia lista para cocinar junto con Julio empezaron a cocinar lo que ellos llamaban una pizza casera.

– ¿Y cómo te fue en el trabajo?–le dijo Julio mientras preparaba la masa de la pizza.

–Pues... creo que bien.

– ¿Crees?

–Sí–Nadia no sabía cómo explicarle. –Es algo confuso.

–Cuéntame.

– ¿Te acuerdas del señor Carrizal?

– ¿Sigues trabajando con él?–le preguntó Julio mientras sacaba salsa de tomate de la nevera.

–Sí y es todo un desorden–le dijo Nadia exasperada. –Es muy reacio para trabajar.

–No me sorprende, el viejo es muy terco.

–Lo sé y justamente cuando pensé que no me quería como editora tengo la sorpresa de enterarme de que me invitó a una fiesta.

– ¿En serio?–incluso Julio estaba turbado.

–Sí, eso algo raro.

–Bueno–dijo Julio suspirando. –De ese maldito viejo me esperaría cualquier cosa, gracias a él viene el mito de que a los escritores les falta un tornillo.

Los dos se echaron a reír.

– ¿Cómo fue tu experiencia trabajando con él?–le preguntó Nadia mientras le terminaba de poner el queso a la pizza.

–Pues...–Julio se quedó un momento en silencio recordando su experiencia. –Fue la cosa más loca que viví en mi vida.

Nadia empezó a reírse por el comentario.

– ¿En serio?

–Sí, no era tan nuevo en la editorial donde estaba trabajando pero si era el primer escritor de grandes ligas que me asignaban y estaba emocionado, hasta que conocí su carácter y me emoción se fue. –Julio empezó a reírse. –Aunque admito que soy testarudo y terco con el señor Carrizal fui mucho peor y no entiendo como nunca nos dimos una paliza mientras trabajamos juntos...pero admito que aprendí mucho con él.

Nadia estaba pasmada con lo que le había dicho.

– ¿A qué te refieres?

–Que aunque fuera un maldito viejo y definitivamente una persona insoportable...Para mí fue un gran maestro por hacerme abrir los ojos hacia mi persona.

– ¿Por qué?–ya habían puesto la pizza en el horno y se habían sentado en una pequeña mesa que Nadia tenía en la sala de estar.

–Cuando era joven, era un chico que no le importaba nada, cuando no podía soportar algo solo me alejaba y ya–le dijo Julio un poco apenado por su forma de ser antes.– Pero con el señor Carrizal fue diferente... Me dio una razón para quedarme y esforzarme en terminar algo, algo me decía que no le diera la satisfacción a ese maldito viejo para que las cosas no se quedaran por la mitad. Y de esa manera terminamos publicando un excelente libro y yo aprendiendo más cosas de la literatura gracias a él.

–Es increíble.

–Lo sé. –le dijo Julio orgulloso. –Fue la primera vez que había terminado algo en mi vida.

– ¿Qué tantas cosas hiciste de joven para que tuvieras esa mala imagen de ti mismo?

Julio bajó la mirada, como si le hubieran abierto una herida que muchas veces había intentado

ocultar.

—Hace mucho tiempo yo... Abandoné a alguien muy importante para mí cuando más me necesitó y todavía en estos momentos me lamento de eso.

Esos ojos verdes tan escandalantes que a Nadia la hipnotizaban se habían apagado de una manera que no supo describir y eso la llenó de una gran tristeza.

— ¿Fue algún familiar tuyo?—le preguntó Nadia con cautela.

—No, para nada... Ella fue mi primer amor.

La mirada de Julio había vuelto a cambiar, a pasar a ser una mirada nostálgica.

— ¿Tu primer amor?—le pregunto Nadia más divertida.

Pero lo que vio no se lo esperó, Julio se quedó viendo el vacío con un sentimiento que Nadia solo podía describir como la añoranza, y sonriendo un poco le dijo algo que de alguna manera le hizo sentir mal.

—Fue... La mujer más hermosa que yo conocí en la vida, tan dulce y tan amable como ella sola.

Julio sonrió, pero no para ella si no por la chica que estaba invadiendo en su corazón en esos momentos y eso la hizo sentir un poco desplazada. La manera en que Julio se refirió a ella no fue normal, como si ella era la verdadera dueña del corazón de Julio y no habría nadie más que pudiera tenerlo.

Nadia no quiso seguir hablando de eso, porque le iba a doler en lo más profundo saber que no tenía esperanza de tener algo con Julio, por suerte el timbre del horno había sonado para que los dos fueran a ver la pizza olvidándose de la conversación. Algo que le hizo bien a Nadia antes de que ella saliera con el corazón roto ese día.

Pero no la podía culpar, ella no sabía que esa chica era muy difícil de olvidar.

Los días pasan y el día de la supuesta fiesta había llegado, Salvatore le dijo que primero tenía que llegar a la casa del señor Carrizal y que él después la iba a llevar al lugar de la fiesta. Le dijeron que era una fiesta más o menos elegante y se decidió llevarse un lindo vestido que era un poco suelto para tapar los kilos de más que ella cargaba encima.

Cuando por fin llegó a la casa del señor Carrizal la vio menos extravagante de lo que pensaba, pues era un escritor muy famoso y con un ego más grande que él; desde afuera se veía que la casa era pequeña, aunque tenía que admitir que el jardín era espectacularmente hermoso. Tocó en el timbre y pasaron pocos segundos antes de que el escritor le abriera.

—Oh, hola Nadia—el señor Carrizal andaba en medio vestir. —Entra un momento, estoy terminando de vestirme.

Nadia pasó con un poco de pena a la casa y vio un lugar acogedor, aunque solo estuviera él solo se veía que su casa estaba muy bien cuidada y aseada.

—Siéntate con confianza Nadia, vuelvo dentro de un rato.

Nadia se sentó obediente mientras que el señor Carrizal subía por las escaleras hasta subir por lo que suponía ella era su habitación, aprovechó para detallar un poco más la casa del escritor, tenía unos cuadros pegados a la pared donde el aparecía en diferentes lugares y recibiendo varios premios, nada del otro mundo. Pero una foto en especial la desconcertó.

Era el señor Carrizal pero mucho más joven, lo reconocía por esa melena roja que ocupaba pero andaba con una mujer algo familiar. Era pelirroja al igual que él pero tenía el pelo rizado, no podía detallarla mucho porque aparecían cuerpo completo en una aparente playa pero en la foto se veía de la misma edad que el señor Carrizal.

Pero esa mujer se le parecía extrañamente conocida.

Nadia se estaba acercando lentamente a ese recuadro para poder ver bien la foto, pero el

señor Carrizal había llegado para interrumpirla.

–Ya estoy listo ¿Nos vamos?–el Señor Carrizal estaba vestido de un traje negro que lo hacía ver más elegante que la primera vez que lo había conocido.

–Vámonos–le dijo Nadia sonriendo.

Los dos se montaron en el carro del señor Carrizal para ir a la fiesta.

– ¿Y de qué trata la fiesta?–le decía Nadia en el asiento de copiloto.

–Vamos a la celebración del primer libro que publique en mi carrera–le dijo este mirando hacia la carretera. –Clementine.

–Clementine...–repitió Nadia. – ¡Ya se cual es! El de la chica que se enfrenta con su familia para ser fotógrafa.

Julio le había dicho una vez que ese era su libro favorito, que alguien en especial le recordaba a ese libro.

–Ese mismo–le dijo el escritor. –Son solo personas ricas y aficionadas que no saben cómo desperdiciar su dinero así que lo malgastan en mí.

–Pues ese es un muy bonito gesto, ese libro es muy conmovedor ¿En que se inspiró?

El silencio se hizo demasiado, Nadia pensó que había hecho una pregunta muy personal y se regañó mentalmente por meterse en asuntos que no eran problema de ella, quería cambiarle el tema porque si lo hacía molestar en esos momentos la velada iba a ser muy larga para ella, pero antes de que hablara el señor Carrizal la interrumpió.

– ¡Mira! ya llegamos.

Era en una casa muy lujosa, había personas vestidas tan elegantemente que ella quedaba vestida informalmente al lado de ellas, Nadia había empezado a incomodarse debido a que este no era un lugar para ella, tuvo que haber rechazado eso la primera vez que tuvo la oportunidad.

Cuando se bajaron del auto al verse abrumada por tantas cosas se aferró al señor Carrizal y este al verla entendió silenciosamente y le ofreció su brazo para que se apoyara en él. Al entrar a la casa, un señor alto y barrigón los atendió.

–El famoso Alberto Carrizal en persona. –El señor levantó una copa de champaña para brindar. –Todo esto es para celebrar esa magnífica obra de arte que nos regalaste.

–Aja.

Esas fueron todas las palabras que el escritor le dio al señor para luego continuar con la fiesta, Nadia no pudo decirle nada debido a que fue arrastrada por el mismo señor Carrizal (Aunque ella no quería despegarse mucho de él tampoco) Aunque Alberto Carrizal fuera la estrella de toda la fiesta, el personaje solo decidía huir de todas sus obligaciones. Nadia solo se limitaba a asentir y a saludar, a simple vista ella parecía un adorno cualquiera del señor Carrizal, pero estaba satisfecha pasando desapercibida.

Se fueron a la parte de afuera de la casa donde había una enorme piscina, al parecer el señor Carrizal estaba huyendo de todas las personas que lo estaban felicitando por haber cumplido un año más de la publicación de su libro.

– ¡El gran Alberto Carrizal!–el señor gordito que se había aparecido cuando llegaron se estaba volviendo a acercar con una señora que aparentemente era su esposa.

El señor Carrizal al ver que se acercaba puso una cara de fastidio.

–Sé que lo he dicho muchas veces–se burló el señor. –Pero es un gran honor tenerte aquí.

El escritor solo había asentido.

– ¿Sabe señor Carrizal?–le dijo la señora. –Cuando estoy sola en mi casa o mi habitación me gusta imaginarme a mí misma como Clementine.

A Nadia el comentario le dio un poco de asco, aunque sabía que ella no era una gran súper

modelo esa señora no era tan bella como ella se hacía notar y más con esa majestuosa... Nariz de tucán, no era por ofender pero ese señor teniendo tanto dinero ¿No le podía pagar una operación a su esposa?

Pero al señor Carrizal algo le encendió la mirada y lo llenó de una completa furia.

–Tú nunca serás Clementine. –le dijo en un tono muy serio y espelúznate, aunque a los segundos volvió a su sarcasmo natural. –Comenzando porque nunca has tocado una cámara en tú vida y terminando porque las únicas fotos que te has tomado son las fotos desnuda que me envías a escondidas de tu esposo.

Graciosamente Nadia se había esperado un comentario así durante toda la noche, todos se quedaron en silencio que por un momento Nadia disfrutó hasta que el señor calvo había visto con furia al señor Carrizal.

–Oh...–eso fue lo único que pudo decir Nadia cuando un golpe había sido plantado en el rostro del escritor.

Nadia había intentado detenerlos hasta que la misma señora la había bañado en champaña.

–Tú debes ser una de sus perras–le dijo la señora con furia.

Los humanos definitivamente son personas chistosas.

–En realidad soy su editora–le respondió Nadia tratándose de quitar la champaña de los ojos.

Eso no podía estar sucediendo, necesitaba sacar al señor Carrizal lo más rápido posible, y cuando trato de alejarlos por una vez más, no estaba segura si se habían resbalado o los habían empujado pero si supo que los dos cayeron a la piscina.

Eso le digo yo, una espléndida noche.

Los dos decidieron llegar primero a la casa del escritor, Nadia no tenía ganas de explicarle a Julio lo que paso si lo llegaba a ver, los dos llegaron empapados y un poco cansados, el señor Carrizal tenía unos cuantos hematomas en la cara que ya se estaban empezando a formar, Nadia quería ayudarlo a ponerse hielo pero este se negó así que lo dejo quieto.

–Lo siento–le dijo el escritor.

Un lo siento del escritor era lo equivalente a un por favor y gracias de su jefe, cosas que no pasaban mucho y dejaban asombrada a la pobre de Nadia.

– ¿Qué?

–Dije que lo siento, por mi culpa terminaste cayendo en una piscina y bañada en champaña.

–Bueno, debo admitir que pasé una noche diferente...

Los dos se echaron a reír.

–Igual perdóname, no tuve que invitarte a un evento que no quería ir.

– ¿Por qué no quería ir al evento?

–Es que... Clementine es mi libro menos favorito.

Nadia no sabía que el señor Carrizal siendo un escritor de renombre también tuviera sus inseguridades con sus escritos.

–Es normal señor Carrizal–lo animó Nadia. –La primera obra siempre es extraña para un escritor, es su paso a abrirse en el mundo de la literatura así que no saben si está bien o no...

–No Nadia no es por eso–la interrumpió. –No me gusta ese libro porque no se cuál es el final de esa historia.

–No lo entiendo... Usted escribió ese libro.

–Si pero no es mi historia. –el señor Carrizal le sonrió. –Responderé a la duda que tenías temprano, ese libro fue inspirado en mi sobrina.

– ¿Su sobrina?

El señor Carrizal bajó la mirada con tristeza.

–Sí, nunca tuve hijos así que ella fue la luz de mis ojos aunque mi hermana no me quisiera mucho por ser la oveja negra de la familia. –Se burló. –Ella quería ser una gran fotógrafa algún día sin embargo mi hermana quería que fuera una abogada como ella pero era muy joven en ese entonces ¿Cómo podía decidir una pequeña de diez años su futuro?

– ¿Y qué le pasó?

–La niña crecía y su pensamiento no cambiaba, mi hermana me culpó por todo diciéndome que mi mala vida había envenenado la mente de su hija, que prefería que me alejara de ella antes de que siguiera mis malos pasos.

– ¿Y usted se alejó así sin más?

–Tuve que hacerlo, aunque en ese tiempo ya había publicado Clementine y estaba teniendo éxito y reconocimiento... Traté de volver ocho años después para decirle a mi hermana que si había logrado triunfar siendo solo un simple escritor pero algo horrible había sucedido.

– ¿Qué?

–Mi sobrina había escapado... y nunca le perdoné a mi hermana que orillara a mi sobrina escaparse de casa así que yo fui el que se alejó de manera voluntaria y más nunca supe de ninguno de ellos.

Nadia sentía un poco de lastima por el señor Carrizal, no sabía cómo era el sentimiento de no saber cómo estaba la persona que más te importaba en el mundo pero sentía empatía , no era el gran imbécil que todo el mundo decía de él.

– ¿Sabe señor Carrizal? Mucha gente habla muy mal de usted, y creo que eso lo sabe muy bien. –El escritor solo se rio. –Pero lo entiendo... alejarse de todos para no sufrir más es algo que me pasaba muy seguido.

Nadia sonrió al acodarse de las palabras de Julio.

–Pero usted me hizo quedarme y luchar por lo que quería con todo y su carácter, así que a mi si me cae bien y ahora no creo que usted sea un maldito viejo.

– ¿En serio lo crees Nadia?

–Por supuesto señor Carrizal.

Los dos se rieron.

–La razón por la cual te invité Nadia–le dijo aclarándole el escritor. –Era para redimirme de no ver crecer a mi sobrina, quería creer que eras ella.

– ¿Me parezco mucho a ella?

–Además de que tienes su misma edad tienen personalidades iguales, niñas que aunque están asustadas miran al frente y continúan esperando que el dolor no sea tanto.

A Nadia la habían descrito muchas veces, pero no de la manera en que el señor Carrizal lo había hecho y estaba agradecida con él por eso.

–Gracias señor Carrizal.

–Claudio, llámame Claudio ese es mi verdadero nombre.

Los dos sonrieron, esa noche sin ninguno saberlo habían forjado una gran amistad que iba a perdurar, incluso con las adversidades que se iban a presentar después.

Reencuentro familiar

Salvatore estaba pendiente del teléfono mientras se preparaba su típica taza de café mañanero, el mensaje que estaba esperando era de Melinda.

Cuando las semanas pasaron ellos empezaron a hablar más seguido de las cosas más absurdas y cotidianas que le podían pasar en el día. El timbre del teléfono sonó y Tore dejó por completo lo que estaba haciendo para revisar el mensaje

¡Que coincidencia! A mí también me encanta la música clásica.

Salvatore sonrió al ver el mensaje, en realidad a él no le gustaba la música clásica o la música en sí, eso se lo dejaba a su primo Julio pero cuando miraba a Melinda escuchar una composición de Mozart veía como sus ojos brillaban por la emoción, y a pesar de todo tenía que seguir sumando puntos para ganarse a la chica ¿O ganarse su corazón? Eso era algo que ni yo era capaz de saber.

Esa música es un verdadero arte.

Algo totalmente hipócrita de su parte pero nadie se iba a enterar de su pequeña mentira piadosa, además le tenía que sacar tema de conversación porque le gustaba hablar con ella diariamente, leer sus palabras de ánimo para que pueda seguir trabajando lo hacía un poco feliz antes de salir a trabajar, otra pequeña mentira piadosa el cual nadie se iba a enterar nunca.

Pero no tenía que cantar victoria, porque no se lo iba a dejar tan fácil.

Salvatore estaba pendiente de su teléfono hasta que un timbre lo sacó de sus pensamientos para ir a abrir la puerta, un poco dudoso de abrir porque absolutamente nadie sabía que vivía ahí Salvatore se dirigió a la puerta para poder descubrir quién le estaba tocando.

Lo que vio no se lo esperó, su primo estaba lo estaba esperando en la puerta con una gran sonrisa en la cara.

– ¡Lucas!–exclamó Tore.

Un joven de cabellos rubios lo abrazó con la misma emoción que Salvatore había gritado su nombre.

–Cuanto tiempo sin verte–le dijo Lucas.

–Créeme que no espere verte justo aquí.

–Era tiempo de visitar a mi primo favorito–le guiñó el ojo Lucas.

–No me digas ¿Ya visitaste a Julio?

Los dos se echaron a reír.

– ¿Tienes edad para viajar solo?–le preguntó Salvatore mientras levantaba una ceja.

Tanto Julio como Salvatore siempre vieron a Lucas como un hijo más, también ayudaron con la crianza del joven y él mismo los veía a los dos como una figura paterna.

–Tore tengo dieciocho, estoy muy seguro de que puedo viajar solo.

–Igual, sabes que es peligroso además ¿Mamá y la tía Margarita saben que estas aquí?

Lucas sonrió.

–Por supuesto que si primito.

–Eres imposible–se rió. –Como sea, después las voy a llamar para que sepan que estas a salvo.

Salvatore le ofreció café y este aceptó gustoso.

–Por cierto ¿Cómo supiste mi dirección?–le preguntó Tore.

–La tía Elena me lo dio–le dijo encogiéndose de hombros.

Claro, nadie en el mundo se sabía su dirección... excepto su madre, a ella nunca le podía

ocultar cosas.

–Dile a mi madre que ella también puede visitarme.

–Sabes que nunca va a salir de esa casa.

Salvatore suspiró.

La gran casa, esa casa tenía tantos recuerdos e historias, la casa que lo había visto nacer a él, a Julio y a Lucas, además de ser también el lugar donde se criaron sus tías y su madre, ésa casa lo tenía todo.

–Tienes razón–le dijo Tore.

–Entonces–prosiguió Lucas tomándose su café. – ¿Cómo te va en el trabajo súper gran editor en jefe?

–Excelente, más de lo que creía.

– ¿No que esa editorial estaba en ruinas y a punto de cerrar?

–Pronto la voy a salvar, tu tranquilo–Salvatore le sonrió con un gran ego. –Todo lo tengo bajo control.

– ¿Por qué no le pides ayuda a Julio?

–Sabes que Julio vive en su propio mundo, además ni se dónde vive.

– ¿En serio?

–Sí, lo irónico es que debe vivir cerca una vez lo vi en un parque que queda por aquí pero ya sabes, el trabajo no dejó a ninguno seguir en contacto.

Cuando Lucas iba a decir una palabra fue interrumpido por el teléfono de Tore, le había llegado un mensaje y Lucas intentó ver quien le había escrito a su primo, al ver el nombre silbó.

–Pelirroja sensual ¿Eh?

Definitivamente Salvatore iba a cambiar su nombre de contacto, y eso que no sabía en todos los problemas que lo había metido.

–Tus costumbres nunca cambian Tore.

Pero en ese momento Salvatore de manera involuntaria se puso a reflexionar que de hecho sus costumbres si se habían cambiado gracias a esa pelirroja, ¿Qué carajos le había sucedido? Ni siquiera salía a los bares los fines de semana para encontrarse con lindas chicas, se la pasaba hablando todos los días con ella.

–Tierra llamando a Tore–Lucas le chasqueó los dedos en la cara.

– ¿Qué pasa?

–Al parecer te quedaste dormido con los ojos abiertos.

–Eso parece...–Esa chica lo tenía muy mal. –En fin, tengo que ir a ganarme mi salario.

– ¿Ya te vas?

–Si Lucas, eso es lo que hace la gente grande trabajar.

Los dos se echaron a reír.

–Pórtate bien, no rompas nada y quédate todo el tiempo que quieras, vuelvo en un rato las llaves están detrás de la puerta por si quieres salir a tomar sol o no sé, después ubicamos a Julio para salir con él–le guiñó el ojo. –Nos vemos enano.

Salvatore se dirigió a la puerta y se fue sin decir más, ni siquiera para esperar a que Lucas le pudiera decir algo, sus primos nunca iban a cambiar, siempre entregados a sus trabajos sin poder ver alrededor.

Pero si creía que se iba a quedar encerrado en su apartamento todo el día estaba equivocado, por lo menos iba a salir a conocer un poco el lugar.

Dejó su pequeña maleta en el apartamento y se aventuró a conocer un poco el lugar donde vivía su primo, no era un lugar del otro mundo o una gran capital pero si era agradable, mientras

caminaba por la calle se encontró con un pequeño pero agradable café, se adentró para conocerlo más, pidió un café y se perdió en sus pensamientos.

Sus primos eran unos completos profesionales y decididos mientras él... era solo él tratando de vivir su historia pero sabiendo que nunca iba a ser como ellos, por supuesto que nunca iba a ser como ellos. Julio era la persona más talentosa que pudo haber conocido y Salvatore no lo dejaba atrás, los dos con una gran visión del mundo que Lucas ni en sus mejores sueños puede igualarles.

¿Estaba mal decir que sentía un poco de envidia por ellos?

Mientras pensaba en su mala suerte no se percató que una persona igual de distraída que él se había atravesado, regando todo su café sobre ella.

–Oh...–dijo Lucas apenado.

–Oh...–repetió la persona.

Cuando visualizó bien a quien le había echado sin querer el café se percató que era una chica, Lucas se avergonzó mucho más, eso no le podía estar sucediendo.

–No sabes cuánto lo siento, no era mi intención en serio...

La chica lo calló.

–No te preocupes, los accidentes pasan–le sonrió, era una pelirroja de unos treinta años y algo en su sonrisa le hizo estar tranquilo.

La vida daba muchas vueltas, y estas eran las mejores partes de la historia ¿No creen?

–Lo siento.

–Tranquilo, al parecer es algo que me pasa muy seguido–le dijo la chica en tono de broma.

– ¿Te puedo invitar un café para sentirme bien conmigo mismo?

La chica se le había quedado mirando con una linda sonrisa en el rostro.

–Por supuesto.

Lucas le compró el café pensando que de verdad era una chica muy bonita, pero se notaba a larga distancia que ella lo estaba tratando como un chico, como todo el mundo lo hacía.

–Me gusta tu color de ojos...–le dijo la chica.

Verdes, una característica de toda su familia, todos tenían los ojos verdes aunque unos más intensos que otros.

–Gracias–le recibió el cumplido.

– ¿Sabes? Ese va a ser mi color favorito.

Los dos se echaron a reír

–Me llamo Melinda–la pelirroja le extendió la mano.

–Yo me llamo Lucas.

Lucas extendió también la mano y se dieron un juguetón apretón, aunque Melinda después de decirle su nombre se le había quedado viendo de una manera extraña.

– ¿Pasó algo?–le preguntó Lucas.

–No nada solo, que te me parece muy familiar.

Melinda lo miraba examinándolo tratando de recordar de donde lo había visto, pero no podía, no tenía ni idea de donde le sonaba familiar su nombre.

–Bueno Lucas, gracias por el café–le dijo Melinda dándose por vencido. –Nos vemos luego.

Y por segunda vez en el día, se habían ido sin poder dejar que Lucas pudiera responderle, pero esa chica era de verdad agradable.

Melinda había huido del lugar porque ese chico de verdad le resultaba conocido, pero podía acordarse de dónde.

Fue a su trabajo aun con su camisa manchada, se había puesto un suéter encima para poder

disimular y esperando que no hiciera tanto calor ese día. Su trabajo era muy agradable, era una pequeña revista naturista y se sentía muy cómoda donde estaba, no le exigían del todo pero ella siempre estaba dispuesta a entregar un trabajo bien hecho, siempre había sido así.

Cuando entró a su pequeña oficina lo primero que hizo fue agarrar las dos fotos que tenía en el escritorio, tenía unas cuantas dudas con respecto a eso, colores resaltantes y cuales eran más llamativos a la vista, esa duda la invadía desde hace una semana y su entrega era para el día siguiente, aunque le había preguntado a muchas personas al respecto no muchas sabían de ese tema, Melinda nunca se había estresado por un trabajo de ella pero estaba indecisa por ese.

Pensó en alguien que se preocupara en los colores para que resaltar y vendiera más hasta que un bombillo se prendió en su cabeza.

Los editores son los maestros de marketing

Pensó un poco en llamar a Salvatore, ella sabía perfectamente que él solo quería llevarla a la cama, pero también sabía era todo un profesional en su trabajo. Se prometió solo llamarlo una vez y si no respondía no lo iba a molestar más, cuando le repicó para suerte de ella respondió de inmediato.

– ¿Melinda?–le dijo un confundido Salvatore al otro lado del teléfono.

–Si Salvatore, perdón por llamarte en horas de trabajo pero es una emergencia.

– ¿Qué pasó?

–No es nada grave, es solo que tengo unas cuantas dudas con algo y quería que me ayudaras con eso.

Salvatore se quedó unos segundos en silencio, como si lo estuviera pensando.

–Si llegas rápido puede que te ayude, dentro de unas horas tengo una reunión.

–Claro, voy en camino.

Melinda terminó la conversación y agarró sus cosas rápidamente, Salvatore le envió su dirección por teléfono y se fue directo para allá.

Justamente ese día Nadia había salido apurada de su apartamento que al salir no se percató que se había manchado de labial la cara, y cuando se fue al baño a limpiarse la cara Melinda llegó directo a la oficina de Salvatore.

Lo sé, lo sé, pude inventarme una mejor jugada.

–Hola hola–le dijo Melinda entrando.

–No pensé que fuera una gran urgencia–le dijo Tore desde su asiento.

–Es que es algo que solo los editores saben.

–Me siento un poco halagado por ese comentario–le sonrió. –Cierra la puerta, no quiero interrupciones.

Mel obediente lo hizo y se encargó de mostrarles las fotos junto con todas la dudas que ella tenía, Salvatore miraba todo con una mirada seria y le respondía de manera profesional, eso le gustaba a Melinda (Aunque ella no se lo dijera) lo dedicado que era a su trabajo. Cuando por fin termino Melinda le agradeció.

–Me fuiste de mucha ayuda Tore, en serio.

–Estoy para lo que necesites.

Melinda le guiñó el ojo.

–No te quito más tiempo, pronto vas a tener la reunión y yo sigo aquí...

Pero no pudo seguir hablando porque alguien había abierto la puerta, y los dos se quedaron viendo quien había sido el mal educado.

–Oh, perdón–les dijo a los dos. –Puedo dar un paseo mientras hacen cosas cochinas.

El señor Carrizal se había quedado en la puerta con una cara de burla propia de él, Salvatore

había volteado los ojos, ese tipo era de lo peor, pero Melinda se le había quedado mirando. Parada en su sitio sin decir una sola palabra Melinda había detallado cada parte de ese hombre, hasta que Salvatore vio que se había completamente pálida, como si hubiera visto un fantasma.

– ¿Claudio?–le dijo Melinda.

El escritor miró a Melinda desconcertado por saber su verdadero nombre.

– ¿Y quién se supone que eres tú?–le dijo despectivamente.

–Soy Melinda tío Claudio... Soy tu sobrina.

Claudio la miró un poco confuso al principio, hasta que la reconoció.

– ¿Mel?–le dijo.

Melinda cerró los ojos esperando que todo eso no hubiera sido un sueño y suspiró fuerte.

–Si... soy yo y disculpen que les quite el tiempo, me retiro.

Agarró sus cosas con rapidez y se fue corriendo del lugar, Salvatore se fue detrás de ella dejando al escritor en la oficina. Nadia había salido a tomar agua y vio cómo su jefe iba disparado hacia la puerta de salida.

– ¿Le pasó algo?–le pregunto a Nadia a un compañero pero no supo responderle así que le restó importancia y siguió con su trabajo.

Salvatore al no encontrarla tuvo que regresar a su oficina donde el escritor estaba con una mirada perdida en el vacío.

–Ni se te ocurra hacer cochinas con mi sobrina–fue lo único que pudo decirle el escritor después de salir de conmoción.

Salvatore ignoró por completo el comentario y le dijo.

– ¿Comenzamos la reunión?

Aunque claro ninguno pudo hablar claramente porque cada uno estaba metido en sus propios asuntos.

–Tienes que darme su número. –le soltó Claudio por fin a Salvatore.

–No sé de qué me habla señor.

El escritor bufó.

–No tengo diez años niño bonito, se perfectamente que estas en una especie de ligue con mi sobrina, necesito su número.

–Discúlpeme señor Carrizal pero aunque no me quiero meter en asuntos familiares prefiero que ella me autorice que le dé su número.

Melinda hasta donde le había dicho no tenía una muy buena conexión con su familia.

–Claro príncipe azul, déjame decirte que con eso no ganas puntos.

–No creo que sea de su incumbencia señor Carrizal...

–Como sea, solo has que recapacite y hable conmigo... por favor.

El escritor se fue de la oficina sin decir otra palabra y dejó a Salvatore solo, Nadia al ver como se había marchado el escritor se acercó lentamente a la oficina de su jefe.

– ¿Qué ocurrió?–le preguntó.

–Nada importante Nadia–le respondió restándole importancia. –Sigue con tu trabajo.

Al salir del trabajo lo primero que hizo fue llamar a Melinda, estaba muy preocupado por saber cómo estaba.

– ¿Si?–Le dijo Melinda con una voz rota, como si estuviera llorando.

– ¿Te sientes bien?–Salvatore se había preocupado el doble.

–Sí, tranquilo–Escuchó perfecto en el momento que se había soplado la nariz, definitivamente estaba llorando.

–Dime donde estas, te voy a pasar buscando para que te relajés un poco.

–*No es necesario Tore, necesito pasar por esto sola*–

– ¿Estas segura?

–*Completamente.*

Salvatore suspiró.

–Está bien, pero antes de colgar quiero que sepas que el señor Carrizal pidió tu número de teléfono.

Melinda se quedó en silencio por unos segundos.

–*Dame su número Tore, yo lo voy a llamar.*

–Por supuesto, yo te lo voy a enviar y oye... Cuidate ¿Si?

–*Lo sé, gracias Salvatore.*

Y después de eso Melinda colgó, y Salvatore no supo más de ella.

Cuando llegó a su casa se encontró a su primo Lucas cocinando para él.

–Huele delicioso–le dijo Tore al abrir la puerta.

–Espero que te guste, la receta la saqué de internet.

Salvatore rió.

–Al menos sacaste algo bueno, a tu edad ni Julio ni yo sabíamos calentar agua.

–No me sorprende.

Los dos se rieron y se quedaron callados, Tore miró a su primo y pensó que aunque no tuviera mucha comunicación con su familia por su trabajo nunca se iba a alejar de ellos, la familia siempre era importante. Se acercó lentamente a Lucas y lo abrazó.

– ¿Qué pasa?–le preguntó confundido Lucas.

–Nada... solo quería que supieras que te quiero mucho primito.

Aunque Lucas estaba un poco confundido le aceptó el abrazo, y así se quedaron por unos minutos.

Después de que Melinda terminara de hablar con Salvatore siguió llorando unas dos horas más, el corazón no le había dolido tanto desde hace años, no pensó que iba a volver a sufrir ese dolor de nuevo pero nunca se esperó que el pasado volviera de esa manera, aunque ella tanto que había escapado de todo eso.

No podía pensar en otra cosa que no fuera en su tío, en su infancia y en como él fue su mayor inspiración hasta que se fue... la había abandonado como ella había abandonado su casa años después. Había cometido el mismo pecado, ella lo sabía pero no podía dejar de pensar cuanto fue el dolor cuando su tío Claudio le había dicho que no iba a volver jamás.

Pero a pesar de todo lo extrañaba y mucho, el único que creyó en ella cuando había encontrado su pasión fue él incluso siendo ella apenas una niña, él la apoyó.

¿De verdad iba a seguir huyendo de su pasado? Ya llevaba diez años así, no teniendo un lugar en específico porque cada vez que algo la hacía a recordar a lo que ella era se iba. Escapaba como la cobarde que era, al menos a él le tenía que dar una explicación antes de irse, se lo merecía. Se secó las lágrimas y ubicó el número de su tío en los mensajes de Salvatore.

Era momento de al menos enfrentarse a esa parte de su pasado.

Las manos le temblaban como si le advirtieran de que si en serio estaba dispuesta a seguir con eso, pero no se iba a detener, por un momento dejó de correr para que el ayer no la alcanzara y darle frente, abrazarla como una vieja amiga. Llamó a su tío pero no le dijo mucho, solo que quería verlo en el parque Luna menguante ese día, todo lo que le quería decir tenía que hacerlo en persona.

Cuando se vieron en el parque, Melinda empezó a detallar a su tío, estaba mucho más viejo de que lo recordaba, aunque su mirada se había endurecido tenía los ojos rojos, él también estaba

llorando.

–Hola tío Claudio...–la primera en hablar fue Melinda.

–Hola Mel... Tanto tiempo.

–Sí, lo sé.

Era de noche, el parque estaba completamente solo, se sentaron en el césped y empezaron a mirar el cielo.

– ¿Cómo te fue todos estos años tío Claudio?

Claudio se había quedado callado, contemplado el cielo.

–Ya sabes, tuve una vida loca, escribí muchos libros y me pagaron muy bien por escribir estupideces y ponerlos en un papel.

–Ya veo...

–Pero nunca me olvidé de ti Mel, mi primer libro Clementine está dedicado a ti, está dedicado a la mujer que soñaba que fueras.

Melinda se rió, algo que su tío no se esperó.

–Yo leí ese libro cuando me escape de casa... me dio mucho apoyo cuando me sentí lejos de casa y curiosamente una persona especial me había dicho que me parecía mucho a ella.

Mis acciones nunca son casualidades.

–Me alegra saber que te apoyé de manera indirecta en tus momentos difíciles.

–La verdad es que si, ese libro me cambió la vida completamente.

–Y...–su tío no sabía cómo plantear la pregunta que le iba a hacer. – ¿Cómo fue tu vida...?

– ¿Cuándo me escapé?–le terminó la frase Melinda. –No fue tan mal como me lo esperaba.

Melinda se rió de un chiste que aparentemente solo sabía ella.

– ¿A dónde fuiste?

–Mi primera parada fue en Francia, en una pequeña provincia llamada Hautot Sur Mer lugar de la playa de Pourville, donde los artistas recibían una mágica inspiración. En fin, me quede ahí por unos cuatro años hasta que decidí ir más allá y conocer el mundo.

–Increíble–no podía creer que su sobrina tuviera el valor de hacer todo eso. – ¿Y seguiste en contacto con tu familia?

–No, nunca lo hice.

– ¿Y si supiste...?

– ¿Qué papá murió hace dos años?–le dijo Melinda volviéndole a completar la frase. –Sí, lo supe, pero cuando intente llamar a mamá me dijo con rabia que desde el día que me fui deje de ser su hija.

Melinda bajó la cabeza con tristeza.

–Por eso no pude asistir a su funeral.

El escritor nunca pensó que su familia se fuera a desmoronar de la manera en que lo hizo, como un castillo de arena cuando tenía acercamiento con el agua.

–Mel, de verdad lo siento como terminaron las cosas.

–No fue culpa de nadie tío Claudio, los dos sabemos cómo es el carácter de mamá.

Los dos se quedaron en silencio por unos minutos, el pasado era tan pesado que había sido muy doloroso recordarlo.

–Pero Mel–le dijo Claudio. –Al mirarte aquí y ver la mujer en la que te convertiste me hace sentir orgulloso de ti.

Melinda giro su cabeza para ver a su tío a los ojos, ¿Desde cuándo no sentía ese calor familiar? Ya ni lo recordaba de tanto tiempo que había vagado sola por el mundo.

–Sé que he abandonado muchas cosas tío Claudio y me arrepiento de eso–le dijo Mel

sintiéndose mal consigo misma por huir de todo. –Pero de algo que nunca me voy a arrepentir va serirme de la casa, si no lo hubiera hecho nunca habría hecho las aventuras que tuve en mi juventud y eso es lo que me hace seguir adelante sin mirar hacia atrás.

Melinda le sonrió.

–Los dos tomamos decisiones egoístas en nuestros momentos pero de alguna manera esas decisiones nos hicieron reencontrarnos como las personas que siempre soñamos ser.

Claudio al escucharla le dio un fuerte abrazo, esa era la sobrina que siempre añoró ver, esa era su Clementine, pero el sentimentalismo lo estaba desbordando así que una lagrimas salieron de sus ojos, no lo podía evitar de verdad extrañaba a su sobrina.

–No llores tío Claudio–le consoló Mel. –Yo también estoy orgullosa de ver el gran escritor en el que te convertiste.

–Todo gracias a ti Mel... El libro de Clementine me dio las fuerzas para seguir escribiendo.

Los dos se volvieron a abrazar, ellos eran las ovejas negras de la familia pero a pesar de todo eran felices porque ya sabían que no estaban tan completamente solos y poco entendidos, miraron hacia el cielo para agradecerle a la luna su brillo que en tiempos difíciles les dio calma para seguir luchando por sus sueños pero lo que vieron fue mucho mejor.

Un cielo completamente lleno de estrellas.

Al día siguiente.

– ¿Estas segura de que estas bien?–le dijo Salvatore al otro lado del teléfono preocupado.

–*Completamente segura Tore, no te preocupes.*

Al ver que Salvatore seguía preocupado por ella Melinda tuvo que explicarle lo que había pasado la noche anterior para que estuviera tranquilo.

–Llámame si necesitas algo.

–*No creo que lo necesite pero gracias, hablamos luego.*

–Claro...

Melinda había terminado la conversación y Salvatore se había quedado mirando el teléfono por un tiempo.

La familia siempre es importante.

Aunque no se hablen por más de veinte años y cada uno hubiera agarrado su camino, el amor de la familia no se cambia por nada, la relación que Melinda tenía con el señor Carrizal era el vivo ejemplo, aunque solamente fueran tío y sobrina. Lucas seguía durmiendo pero Salvatore era un buen madrugador así que tuvo un tiempo a solas para pensar.

Y cuando se hablaba de familia nunca iba a dejar de pensar en su tía Melinda.

¿Quieren pasar para leer la historia más triste que hayan leído?

La bella poeta que escribía bellas palabras

13 años antes.

Julio estaba durmiendo plácidamente en su habitación, el día era perfecto para poder seguir durmiendo el resto del día, pero Melinda como siempre, había interferido en sus planes.

– ¡Feliz aniversario!–le dijo Melinda a Julio despertándolo de su placido sueño.

– ¿Qué?–le respondió Julio un poco adormecido.

–Feliz aniversario cariño–le volvió a decir sonriente Melinda.

Por supuesto, se le había olvidado de eso completamente, ese día estaban cumpliendo un año de pareja, no podía creer que el tiempo pasara tan rápido.

Abrió un poco más los ojos para ver bien a su musa mientras ella estaba sentada justo al lado de él en la cama, cargaba una de sus camisas (Ya se había apoderado por completo de ellas) tenía el pelo un poco más largo a como estaba hace un año y los pocos rayos de sol que se colaban en su habitación caían sobre esos hermosos ojos café que tanto le encantaba.

Su cara también estaba somnolienta como si ella también se estuviera levantando, que cosa tan agradable especular que lo primero en lo que ella pensó al levantarse fue en su aniversario.

Tan tierna como ella podía ser.

–Feliz aniversario Mel–le respondió también sonriente Julio.

Los dos se dieron un tierno y corto beso, sin importarles el aliento mañanero que tenían, cosas que solamente el amor podía llegar a eso.

– ¿Qué quieres de desayuno?–le preguntó Mel.

Julio levantó una ceja escéptico por el comentario.

– ¿Desde cuándo cocinas?

Cuando Melinda se quedaba en el anexo de Julio siempre cocinaba él, era algo que hacía desde pequeño porque le gustaba jugar con la cocina, algo completamente diferente a Melinda, a ella no le gustaba cocinar para nada.

–No te dije que iba a cocinar, solo te pregunté que querías de desayuno.

Los dos se rieron.

–Bueno, hoy quiero ser un buen francés así que creo que voy a hacer un delicioso Omelette.

Melinda rodó los ojos al escucharlo.

–El viaje a París te tiene mal.

Habían planeado viajar a París en su aniversario de relación, Julio quería salir un poco de la rutina diaria que tenían y Melinda estaba encantada por conocer la ciudad, y le parecía perfecto conocer a la ciudad del amor en su año de relación con Julio, era muy romántico.

–Tanto tiempo viviendo aquí tenía que tener un poco de sentido patriótico.

–Me alegra que tengas sentido patriótico pero sigues siendo extranjero–Melinda se iba a levantar de la cama hasta que Julio la agarró con sus brazos y la volvió a acostar en la cama.

– ¡Deja que me levante!–le decía Melinda riéndose.

–Es un excelente día para quedarse en cama, además si te levantas...

– ¿Qué me vas a hacer?–le dijo retándole.

–Te voy a hacer cosquillas.

Julio atacó de cosquillas a Melinda mientras que esta trataba de pelear vagamente, hasta que por fin logró lo que quiso quedarse un rato más en la cama, pero no iba a hacer tan fácil, ese era el día que tenían que viajar a París y Melinda era una persona muy puntual, tuvo la habilidad de

persuadir a Julio para que se levantara y empezaran a arreglarse.

Cuando estaban arreglando todo para poder irse al terminal de buses, se escuchó el toque de la puerta, los dos se miraron confundidos porque no esperaban visitas, Madame Fantin había ido a despedirse el día anterior, les dijo que no se preocuparan y que se agarraran toda la semana, además de ella no sabían que alguien más quería despedirse. Melinda fue a abrir la puerta y se encontró con la pequeña pulga que junto con Julio le alegraba los días.

– ¡Louis!–le dijo sorprendida. – ¿Qué haces aquí?

Julio se puso al lado de Melinda para ver también al pequeño.

–No quería que se fueran sin despedirse de mí–les dijo el niño sonriéndoles, a este le faltaba los dientes de abajo.

–Nos sorprende que no te hayas aparecido ayer–le dijo Julio invitándolo a pasar.

Louis solo se encogió de hombros.

–Mamá estaba algo molesta.

Melinda se puso tensa, ese tema no le gustaba para nada en lo absoluto.

–Van a regresar ¿Verdad?

Melinda le acarició los cabellos al muchacho.

–Si tanto te asusta que nos vayamos ¿Por qué no te vienes con nosotros?–le dijo Mel mientras lo mimaba.

Pero el pequeño negó la cabeza con horror.

–Si mi madre se entera que fui a Paris sin ella probablemente me mate...

Melinda negó con la cabeza lo que acababa de escuchar.

–No te preocupes, te vamos a traer un recuerdo de allá.

–Mel ya tenemos que irnos–Julio había visto el reloj y se dio cuenta que estaba sobre la hora.

Louis se despidió de los dos y luego se alejó para hacer su trabajo diario, Melinda y Julio llegaron a tiempo para tomar el bus hacia Paris y tener aventuras en la ciudad del amor.

Fueron dos horas y treinta y ocho minutos de viaje, tiempo suficiente para que Julio ya viera como iba a ser el plan de viaje para ellos dos.

– ¿Acaso eres guía turístico?–le dijo Mel en broma.

–No, pero conocí a alguien que ya había hecho este viaje antes.

– ¿Quién?

Julio cambió la mirada de repente, para volverse un poco triste y melancólica.

–Mí tía Melinda...

Mel se había quedado confundida por el nombre.

–Compartimos el mismo nombre...–le dijo fascinada.

Julio la miró con una bella sonrisa, acariciándole el rostro delicadamente y poniendo uno de sus mechones detrás de su oreja.

–No es lo único que comparten.

Pero Melinda no se atrevió a seguir preguntando, la mirada que vio en Julio no la quería ver más en sus ojos, llegaron a Paris y a Melinda le pareció mágica, no era tranquilo y pequeño como Hautot Sur Mer pero tenía su toque, con tanta belleza que ver y visitar, llegaron al hotel donde se iban a quedar para guardar todas sus cosas ahí y poder irse de aventura.

–Bueno señor Julio ¿Cuál va a hacer nuestra primera parada?

Julio la miró como un niño a punto de hacer una travesura.

–El metro de Paris.

Melinda esperó por unos momentos pensando que sería una broma, pero Julio no decía nada.

– ¿Qué?

–Como lo escuchaste Mel, nos vamos a ir en metro.

A Melinda no le parecía una buena idea.

– ¿Estás seguro? Es una red gigantesca donde te puedes, perder, ser robado, secuestrado y muchas cosas más de manera fácil.

–Creo que estas siendo un poco dramática cariño...

–No lo digo yo, lo dicen los periódicos.

–Vamos Mel, tenemos que ser unos buenos franceses.

–Oh la la–dijo con sarcasmo.

Pero no pudo replicar más porque de todas formas lo iba a seguir, estando en la estación Melinda no se quería alejar ni un poco de Julio por toda la gente que había, todos metidos en sus mundos y yendo con mucha prisa a no sabría donde, si se descuidaba por un momento podía ser arrastrada por todo ese mar de gente.

– ¿Y sabes a donde vamos primero?–le dijo Melinda entre gritos.

–Por supuesto que sí, todo está anotado en un libreta.

– ¿Libreta?

Pero no le respondió solamente fue arrastrada a donde Julio le indicaba, a lo que Julio vagamente le decía es que estaban en la línea 1 en la estación Louvre Rivoli y para llegar a la estación que querían llegar tenían que hacer conexión, Melinda no entendía nada de lo que le decían pero ella estaba solo siguiendo a Julio.

Cuando salieron del vagón Julio le había comentado que estaban en la estación Châtelet y Melinda lo vio mucho más lleno que la estación anterior.

–Es normal que esté lleno–le dijo Julio entre la multitud de gente. –Esta estación hace conexión con muchas líneas.

– ¿Y vamos a pasar a alguna línea desde aquí?

–No, aquí nos quedamos.

Poder salir del metro fue un completo desastre, y Melinda sabía perfectamente que solo era el comienzo.

–Nunca me sentí tan claustrofóbica hasta que visité ese lugar–Melinda seguía sofocada por toda la gente que tuvo que empujar para salir.

–Es cuestión de acostumbrarse Mel–le dio apoyo Julio. –Vas a ver que vale la pena.

Caminaron unas cuantas cuadras para admirar su primer punto de turismo, la catedral de Notre Dame.

–Wow...–Melinda estaba fascinada.

–El arte gótico en su máxima expresión–le dijo Julio mientras miraba junto con Melinda la catedral. – Un intento de la burguesía para poder demostrar los avances que tenía el clero urbanizando la sociedad.

Melinda miró interesada a Julio.

– ¿De dónde sabes eso?

Julio hizo un ademán con la mano restándole importancia.

–A la tía Mel le gustaba leer sobre la historia y a mí me encantaba sentarme a leer con ella.

Los dos entraron a poder admirar un poco más el lugar, viendo cómo era la catedral en su máximo esplendor.

– ¿Dices que tu tía visitó este lugar antes?

Julio había sacado una pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta.

–Ella viajó por Paris buscando inspiración–le mostró la libreta. –Y todo lo anotó aquí, incluso poemas que escribía estando en este lugar.

– ¿En serio?

–Por supuesto, algo que le llamaba la atención de este lugar era la historia que estaba con ella.

– ¿Cuál historia?

–Se llama Nuestra Señora de Paris, trata de como un jorobado escondido en esta catedral y visto como un monstruo se enamora de una bella gitana pero también el archidiácono se había enamorado de ella y no iba a descansar hasta que fuera suya.

–Increíble...

–Una historia es un tanto trágica–le dijo Julio haciendo una mueca al recordarla. –Pero describe perfectamente este lugar y ayudó de que no lo demolieran por su antigüedad.

– ¿Y tu tía escribió un poema justamente aquí?

–Sí, decía que esto le daba una completa inspiración.

Julio abrió la libreta y empezó a buscar entre las páginas uno de los poemas de su tía, hasta que lo encontró y lo empezó a recitar en voz alta.

*Por las calles de Paris se encuentra una catedral
Con un arte y estilo sin igual
Aunque esta guarda un secreto sepulcral
Donde dicen que u monstruo reside allá.*

*El dicho monstruo solo era un jorobado
Que su amor y cariño solo desplazaron
Bajo un hombre a cruel a su cuidado
Que ni comprensión ni afecto le había otorgado*

*Pero para él las estrellas existían
Porque una muy bella posó en su vida
Pero sabía que no le pertenecía
Pues esa estrella con otro se desvanecía.*

*Pero la amo hasta en su último aliento
Aunque el sentimiento no era de los dos
Aunque ella otro hombre amó
De ella era su corazón.*

Melinda estaba encantada de que Julio le mostrara esa parte de él.

–Solo eran poemas que recitaba para mí y para mi primo antes de dormir pero... para nosotros lo era todo.

–Tuvo que ser lo mejor para ustedes.

–Escuchar sobre sus viajes siempre era lo mejor–Julio le agarró la mano a Melinda. –Y no puede estar mejor que visitarlo con la persona que más amo.

Melinda le hizo un apretón a la mano diciendo de esa manera que ella también sentía lo mismo.

–Todavía queda viaje Mel, tenemos que seguir.

Y así los dos se levantaron y siguieron con su pequeña aventura, continuando por las otras estaciones que le podía brindar el metro, pasando por la Franklin D Roosevelt hasta llegar al Saint-Lazare, siguiendo todas las anotaciones que la tía de Julio había dejado en su libreta.

–Esto es increíble Julio.

Estaban en el pie de la Torre Eiffel, era de noche y Melinda estaba disfrutando de la hermosa

vista que tenía al frente de ella.

–Lo es Mel, Francia es el único lugar que nos puede brindar momentos así.

– ¿Tu tía también decía eso?

–La verdad es que no, solo decía que los lugares mágicos los creabas tú con tu corazón.

Melinda se quedó analizando lo que le había dicho.

–Supongo que tiene razón.

Julio se río.

–Ella siempre tenía la razón.

Melinda se acercó más a Julio, y este aceptó gustoso envolviéndola en sus brazos y dándole y cálido beso en la frente.

–Cuéntame más sobre tu tía.

– ¿Sobre la tía Mel? Bueno, ella era...–Julio se quedó un momento pensando. –Un alma libre, un poeta que seguía solo sus propias reglas y que siempre miró hacia adelante.

– ¿Era?

–Si...–Julio bajó la mirada. –El destino algunas veces es injusto con sus decisiones.

Melinda no dijo otra palabra, otra vez la tristeza profunda se había apoderado de Julio y ella no quería ser la causante de su melancolía en su primer aniversario.

Los dos callaron por un momento mientras veía la Torre Eiffel, un recuerdo que a Melinda nunca se le olvidó ni tampoco ese viaje, aunque este hubiera sido el comienzo de muchas cosas en el futuro.

Los dos volvieron a Hautot Sur Mer pero ninguno dijo ni una sola palabra del viaje, aunque Melinda sabía que no había pasado ninguna discusión notó a Julio más distante y cerrado después del viaje, él no quería decir nada y ella no lo podía obligar a hablar, sabía que con Julio era una pérdida de tiempo

Pensó que con el tiempo se le pasaría pero fue todo lo contrario, Melinda ya no sentía la calidez de este y ahora estaba más callado que nunca,

No fue la única en notar lo dado a que Louis y Madame Fantin les daba miedo a acercarse a él por esa misma razón.

– ¿Crees que le pase algo?–le preguntó el pequeño a Melinda mientras se bebía su chocolate en el cafetín.

–No tengo idea pulga.

– ¿Y no te preocupa?

–Me preocupa demasiado.

Los dos se quedaron callados por un momento, a Melinda ya le estaba afectando el comportamiento de Julio.

–No te des por vencido Mel–le dijo Louis. –Tú sabes calmarlo.

–No creo que pueda hacer algo en estos momentos...

–Claro que sí, están destinados a estar toda la vida juntos.

Dicho esto el pequeño se levantó y se fue dejándola con las palabras en la boca, ni siquiera le dio tiempo para replicar lo que le habían dicho pero fue suficiente para dejarla en su sitio mientras miraba a Julio disimuladamente, apenas llevaban un año pero no se había imaginado una vida junto a él.

¿De verdad eso iba a suceder?

Cuando terminó su turno Melinda decidió que iba a investigar por su cuenta la razón del comportamiento de Julio, él debía estar en clase así que llegaría en la noche, eso le daba tiempo para ir a su anexo y revisar lo que le estaba sucediendo, de todas maneras no sería difícil porque

Julio le había dado una copia a ella.

Melinda entró cuidadosamente, el anexo estaba limpio como siempre, Julio siempre había sido muy ordenado, buscó en su cuarto allí debía de estar algo y se encontró con una buena pista, la libreta de la tía de Julio, era de cuero rojo con una letra marcada en la portada.

M

Julio la tenía muy bien cuidada porque la tenía guardada muy delicadamente en uno de sus cajones, la abrió lentamente, no quería que ninguna hoja se rompiera o algo por el estilo, tocó suavemente las hojas, y pudo leer lo que decía en la primera página.

Si algún día llego a morir, que no tiren ni quemem esta libreta, quiero que se la den a mi sobrino Julio, él se merece crear su propia historia.

Ahora tenía sentido para ella saber cómo él había obtenido esa libreta y porque la guardaba con su vida, pasaba las páginas y se encontraba con varios poemas.

*¿Qué pasaría si las estrellas de cristal fueran?
Con un pasado que tú solo puedes ver
Mientras que la vida sus cartas dejan caer
Y el miedo del mañana te espera afuera*

*¿Qué pasaría si el mundo mañana acaba?
¿Me besarás y me dirás que fue un sueño?
¿O te asustarás y te iras lejos?
Mientras mi sueño se desvanece en la noche helada*

*Si aprietas las estrellas, fácil se romperán
Pero si corres tras de ellas solo se van a fugar
Ellas solo te eligen, hasta que el mundo termine
Son caprichosas es, su forma de divertirse*

*Grita al cielo sin parar
Con gotas de lluvia y lágrimas de sal
Que tus penurias sean ahogadas en el mar
Y solo así tendrás estrellas de cristal.*

Poemas como ese habían muchos en esa libreta, a su tía al parecer le encantaba escribir a mano y con bolígrafos, se le veía los tachones con este y las palabras escritas arriba del tachón, a diferencia de Julio pudo notar mucho más desorden en ella, todos sus poemas eran bellos y optimistas pero mientras pasaban las páginas algo cambiaba en esos poemas.

*Me quedo parada en el umbral del dolor
Donde mi débil alma inerte
Se va desvaneciendo, sin color
Esperando con ansias la muerte*

*No sé cuándo perdí mi propósito
La voz de los que amo suena en mi mente
Pero ya no tengo retorno
Mi decisión fue tomada firmemente*

*Mi vida esta bañada en una promesa rota
Que ni el cruel mar de la demencia puede quitar
Porque estoy llena de dolor y discordia
Y no sé si pueda avanzar*

*Lo tomo como mi castigo divino
Porque piensan que estoy perdida
Pero no entrare al paraíso
Porque en el sufrimiento estoy sumergida*

A Melinda no le gustaba a donde estaba yendo todos esos poemas, pero no pudo leer más, Julio estaba parado en la puerta viéndola con desconcierto.

– ¿Mel, que haces aquí?

–Pues... quería visitarte, pero no pensé que llegaras temprano hoy–Melinda puso la libreta en su espalda disimuladamente escondiéndola.

–No tenía clase ¿Qué tienes allí atrás?

Melinda había quedado pálida.

–No es nada importante.

–Muéstramelo.

Julio se había acercado a ella pero se alejó, aunque eso no lo detuvo para agarrar la libreta de sus manos.

–Melinda, ¿Estabas revisando mis cosas?–el tono de Julio era frío y eso la asustó.

–Yo...

– ¡Respóndeme!–le gritó fuertemente. – ¿Estabas revisando mis cosas?

–Si...–Melinda bajó la cabeza. –Pero no me puedes culpar, has estado frío y distante todo este tiempo que ni el mismo Louis sabía lo que te estaba pasando.

Julio se quedó viendo a la nada por unos minutos.

–Vete–le dijo en un tono bajo a Melinda.

– ¿Qué dijiste?

– ¡Que te vayas!

Melinda se quedó viéndolo unos segundos sin saber que decirle pero no pudo hacer más nada y solo se fue.

Cuando entró a su anexo solo se sentó en el piso a llorar, no sabía lo que le estaba pasando a Julio y lamentaba demasiado haber hecho esa estupidez pero una duda todavía rondaba en su cabeza.

¿Qué le había pasado a la tía de Julio?

La bella poeta que perdió sus bellas palabras.

13 años antes.

Una semana, Melinda contó una semana entera desde que Julio le había dejado de hablar. La ignoraba en el trabajo y ni siquiera le abría cuando esta lo llamaba en la puerta de su anexo.

Melinda ya no sabía qué hacer, Julio estaba muy decidido a no hablarle y no estaba segura de que eso se le fuera a pasar pronto, todo el tiempo que lo conocía sabía a la perfección de que él tenía un carácter lo bastante fuerte para que se guardara las cosas por un tiempo muy largo.

– ¿Qué puedo hacer Madame Fantin? Julio no quiere hablarme. –Ya Melinda estaba completamente desesperada, no sabía a quién acudir.

–Tienes que darle su espacio–le dijo la señora mientras arreglaba una mesa, apenas estaban abriendo y solamente estaban ellas dos.

–Ya le di suficiente espacio, sabe cómo es Julio, no olvida tan fácil.

Madame Fantin se detuvo para mirarle la cara y acariciarla.

–Mi niña, tienes que ser paciente.

Melinda suspiró.

–Es lo único que me queda ¿No?–le dijo ya resignada. – ¿Sabe que le pasó a su tía? Tuvo que haberle pasado algo muy grave para que Julio se pusiera así.

Madame Fantin se quedó pensando por unos segundos.

–La verdad es que no lo sé, cuando ella se fue de mi anexo no la volví a ver.

Melinda volvió a suspirar.

–Supongo que tendré que esperar hasta que el mismo me diga.

–No te desalientes, sabes que Julio de verdad te ama.

Melinda la miró con tristeza,

– ¿Eso cree Madame Fantin?

La señora le sonrió.

–Por supuesto que sí, están destinados el uno para el otro.

Con una promesa al aire las mujeres siguieron con su trabajo, Melinda tendría que soportar que Julio la ignorara hasta que se le pasara el capricho.

Si es que en algún momento se le iba a acabar, llevaba más de una semana de esa manera y Melinda no veía mejora en la actitud de Julio, eso la estaba poniendo mal.

Las cosas no podían terminar así por una simple tontería, si alguien tenía que dar la mano a torcer para que las cosas se arreglaran pues Melinda tendría que perder su orgullo para que todo se solucionara.

Ese día no lo vio camino al trabajo, eso le sorprendía porque Julio no era alguien de llegar tarde a algún lugar pero eso no la iba a detener, estaba decidida de hablarle ese día de una vez por todas, cuando llegó al café tampoco lo vio ahí, solo Madame Fantin estaba trabajando en el local pero no preguntó, en algún momento Julio tenía que llegar.

Pero nunca se apareció.

–Madame Fantin...–la llamó Melinda. – ¿Sabe a dónde se fue Julio?

–Oh querida ¿No te conté?–le dijo confundida la señora. – Julio se pidió el día.

Melinda suspiró, eso tenía que ser una broma, el día que ella quería arreglar las cosas él había decidido no ir a trabajar. Conociéndolo era capaz de hacer eso y de muchas cosas más; solo le tocaba resignarse y seguir con su trabajo ya sería el día siguiente que hablaría con él.

Las dos mujeres siguieron trabajando normalmente hasta que el pequeño protagonista había llegado al local con su habitual carisma.

–Hola pulga–le saludó Melinda despeinándolo delicadamente.

–Buen día señorita–le respondió caballerosamente el pequeño.

– ¿Lo mismo de siempre?

–Por supuesto.

Cuando se fue directo a prepararle al pequeño su dosis de chocolate en el día el pequeño le habló para que ella no se alejara.

–Pensé que estaría con Julio el día de hoy.

Melinda también lo pensaba, pero las cosas no fueron como ella quería.

–Pues, las cosas con Julio no está del todo bien que digamos–le dijo con sinceridad.

–Si pero...–El niño se quedó pensando lo que iba a decir. –Hoy era un día importante.

Melinda lo miró confundida.

– ¿A qué te refieres?

– ¿Acaso no lo sabe?

Melinda se desesperó.

– ¿Qué cosa?

–Hoy la tía de Julio cumple años de muerta.

–Maldición...–exclamó por lo bajo Melinda, aunque Louis igual la había escuchado.

Ahora tenía sentido porque Julio se había puesto tan delicado todos estos días, Melinda había metido la pata de una manera muy grave y eso lo tenía que reparar.

– ¿Tu como sabes eso pulga?–le preguntó Melinda.

El pequeño le restó importancia.

–Hace unos cuatro meses Julio me había contado sobre la tía que se llamaba igual que usted, y

que murió por perder su esencia o algo así. Y hoy justamente era su aniversario de muerte.

Melinda se sentía completamente mal por lo que estaba pasando, ni siquiera pudo acompañarlo en su dolor porque pensó que lo mejor era que tuviera su espacio pero tonta de ella, Julio nunca le iba a contar su dolor por la terquedad que era mucho más grande que él.

El orgullo de Julio algún día lo iba a terminar matando.

– ¡Madame Fantin!–llamó rápidamente Melinda.

–Dime querida. –La señora se asustó al ver la manera en como la joven la había llamado.

–Necesito buscar a Julio.

– ¿Paso algo malo?–La señora se alarmó más.

–No tengo la menor idea, tengo que averiguarlo–Melinda se volteó a ver al pequeño. – ¿Viste a Julio hoy?

–Estaba en la playa cuando lo vi–le respondió rápidamente.

–Me tengo que ir Madame.

Melinda salió corriendo rápidamente del lugar y solo escuchó a lo lejos como la señora le gritaba “Ven con cuidado querida” mientras que ella avanzaba al lugar donde se encontraba Julio.

La playa de Pourville.

Julio estaba en las orillas de la playa, completamente descalzo mientras que la arena y el agua de la playa se colaban en sus pies mientras que él sentía la cálida brisa que le llegaba a su cara. De pequeño siempre se imaginó en ese lugar junto con su primo Salvatore y su tía Melinda.

Cuanto la extrañaba.

Una rebelde sin causa que solo quería la libertad de poder escribir cosas que cambiaran al mundo, que sus palabras le llegaran a alguien y que su mundo diera un vuelco por las cosas que ella ponía en un papel y aunque ella se fue pensando que nunca cumplió su sueño estaba completamente equivocada, porque la primera vez que Julio escuchó una historia de su tía su mundo cambió por completo.

Todavía la recordaba, se dijo a si mismo que el día que olvidara el rostro de su tía se iba a olvidar a él mismo porque ella permanece y sigue con ellos en su recuerdo.

La recordaba radiante como siempre, con sus cabellos rubios y los ojos verdes, muchos más intensos que sus ojos que eran como ver a dos esmeraldas resplandecientes. Parecía una majestuosa leona debido a que también tenía el carácter de una pero sabía que era algo de familia.

Nunca se le iba a olvidar como de pequeños a su primo Salvatore y a él les contaba historias de su propia autoría antes de dormir, poniéndolos como unos gallardos príncipes que iban en busca de un tesoro perdido y mataban al feroz dragón para salvar a su amada princesa. Historias que les encantaba escuchar todas las noches por la boca de su tía, su manera de narrar era tan exquisita que hacía que los pequeños tuvieran dulces sueños todas las noches.

Cuando ella se iba de su cuarto escuchaba a su tía Elena preguntarle si no quería publicar esos cuentos a lo que Melinda les respondía que esos cuentos solo sería de la exclusividad de sus principitos.

Eso lo hacía feliz de algún modo, compartiendo solo esas historias y esos recuerdos con su tía; una cosa algo egoísta pero nunca lo admitió.

Cuando Julio cumplió diez años le empezó a interesar la poesía que su tía escribía, palabras sutiles pero poderosas que solamente ella podía combinar a la perfección, Julio la empezó a admirar más y también admiró el mundo de las palabras.

Cuando él cumplió los catorce años había decidido junto con su primo Salvatore estudiar literatura cuando fueran grandes, querían ser como su tía Melinda.

Toda una maestra con las palabras.

Después de que los jóvenes les dijeran a su tía sobre su decisión en lo que iban a estudiar ella se alegró, y nunca va a olvidar su rostro de orgullo cuando le dijo que quería ser un gran escritor como ella lo era, su única respuesta por parte de ella fue que iba a ser mucho mejor cada día para que ellos tuvieran un buen ejemplo a seguir y ser mucho más grandes que ella.

Así que decidió viajar para buscar inspiración, buscar lo que ella decía que era “Una musa muy hija de puta” a escondidas de su madre y su tía Elena. Decidió irse a Francia, les había dicho que el amor era lo que movía a la gente para actuar y que más inspiración en toda su capital.

Ella duró en Francia tres meses, Julio y Salvatore contaban los días para volverla a ver hasta que regresó mejor que nunca, estaba mucho más radiante y más sonriente de lo que era, eso hizo que los dos la admiraran mucho más, toda su alegría era tan contagiosa que la casa irradiaba tanta buena vibra y felicidad con la sola presencia de su tía Melinda.

Pero las cosas no fueron bellas para toda su vida.

Era como si el mundo le diera envidia la alegría de su tía que decidió arrebatársela de un solo golpe, un año después de su viaje la desgracia fue a la casa, como una enorme tela negra que tapaba toda la luz dejándola en completa oscuridad llena de miedos y malos sentimientos. Su tía había ido a ver una obra de teatro, a ella le encantaba y había salido muy tarde del lugar pero no importaba eso quedaba a unas calles de su casa. Cuatro hombres, su tía solamente había visto cuatro hombres en la calle completamente solitaria, ella intento correr y pedir ayuda pero fue muy tarde.

Fue muy tarde para ella.

Lo único que supo después fue que estaba en la cama de un hospital completamente golpeada y con algo mucho más importante perdido.

El amor hacia el mundo.

Todo se nubló para ella, ella era una persona fuerte capaz de soportar cualquier cosa, pero de eso no se pudo reponer, no veía salida en ese callejón oscuro que era el dolor así que decidió quedarse ahí sin tratar de salir, ya no había salvación para ella.

Lo duro comenzó cuando se enteró de que estaba embarazada.

Había caído en un hueco sin fondo que nadie fue capaz de salvarla, Julio y Salvatore la vieron llorar todas las noches, gritando y suplicando que la despertaran de ese mal sueño, quería despertar de esa pesadilla y quería volver a su vida de antes.

Tanto como su madre y su tía Elena le dieron todo el amor que tenían, también se estaban desgastando, todos y cada uno de los que estaban en la casa perdieron una parte de ellos en ese momento tan trágico, pero seguían mirando hacia adelante, en algún momento Melinda iba a ser el rayo de luz que iluminaba la casa con su hermoso carisma y su bella personalidad.

Todas sus esperanzas estaban en ella.

Ella había decidido tener ese bebé, sabía que no tenía la culpa en existir pero no podía parar de pensar que hubiera querido que las cosas fueran tan diferentes, con un esposo a su lado amándola y apoyándola en ese duro de trabajo de ser madre.

El bebé nació completamente sano y para milagro de todos ellos igual a su madre, con cabellos dorados y la marca de la familia, unos preciosos ojos verdes. Se llamaba Lucas y esa fue la esperanza que todos habían esperado después de la desgracia.

Pero para su tía no fue suficiente, la llegada de Lucas la animó por un corto tiempo pero no la llenó por completo, dejó de comer, dejó de dormir, ya ni se molestaba en escribir algo que a ella siempre le apasionaba, ella ya no podía más.

Hasta que se dejó ir.

El bebé tenía un año cuando ella se suicidó teniéndolo en sus brazos y Julio fue la primera en

verla, acostada sobre un charco de sangre mientras que el pequeño solo lloraba desconsoladamente en los brazos sangrantes de su madre, Julio agarró al bebé en sus brazos mientras que le suplicaba a su tía que resistiera pero ya era muy tarde. Julio la había encontrado muerta.

Ni Julio ni Salvatore se pudieron reponer de ese golpe, ninguno podía entrar a su cuarto y ni siquiera leer su libreta donde guardaba todo lo que escribía, simplemente no podían aceptar de que se fueran de esa manera.

Su decisión seguía en pie, iban a estudiar literatura para que el recuerdo de su tía no se perdiera en el dolor que había sido su partida pero Julio estaba acabado emocionalmente, no había un día en el que no llorara por el final tan espantoso que su tía había elegido.

Julio había pensado que la vida de verdad era una mierda.

Pero su madre logró sacarlo del agujero donde no había podido salvar a su hermana antes. Le dijo que la vida no era tan cruel, que aunque Melinda se había ido un pequeño había ocupado su lugar, ese día le dijo que prefería que fuera a buscar el gran escritor en el que se iba a convertir a que se quedara en esa casa para que también perdiera su esencia.

Su madre le recomendó irse a Francia, como su hermana lo había hecho una vez para que escribiera bellas palabras algo que ella no pudo volver a hacer.

Julio se puso a llorar en las orillas del mar, había pasado unos cuantos años pero todavía le dolía como si fuera una cosa reciente pero no podía evitarlo porque su tía Melinda fue parte de su vida y aun sentía que una parte de él se había ido con ella. Eso no lo podía soportar, no podía soportar pensar que ella ya no estaba para contarle las grandes historias que hacían que su imaginación volara.

Mientras que Julio se hundía en su depresión unas manos cálidas quitaron cuidadosamente sus lágrimas para luego darle un beso en los labios.

Su Melinda había llegado al rescate.

Los dos se miraron por un largo rato, y cuando Melinda entendió toda la escena lo abrazó con fuerza.

–Lo siento tanto...–le dijo Melinda mientras seguía abrazándolo.

–No fue tu culpa.

–Sé que lo que hice estuvo mal, pero necesitas confiar en mí, puedes apoyarte en mi hombro sin ningún problema sabes que estaré para ti.

Julio la miró a los ojos y le acarició suavemente la cara.

–No, yo siento por enojarme así contigo, solamente te preocupabas por mí.

Los dos volvieron a besarse, Melinda era muy diferente a su tía, era más callada y más indecisa que ella pero lo hacía sentir igual, una calidez que solamente le podía traer calma a su alma. Los dos se habían calmado y habían empezado a caminar por la playa.

–Mi tía era...–le contaba Julio. –Una persona especial, con un brillo único... Pero lo perdió todo cuando fue violada.

Melinda se había tapado la boca con las manos.

–Que horroroso.

–Lo fue, lo peor es que había salido embarazada de esa violación y no pudo soportarlo así que se quitó la vida.

Melinda lo volvió a abrazar.

–Es muy triste lo que le pasó a tu tía de verdad lo siento mucho.

Julio le respondió el abrazo, estar en los brazos de Melinda lo hacían sentir en paz.

– ¿Y qué le pasó al pequeño?

–Al pequeño Lucas lo están cuidando mi madre y mi tía en estos momentos, a pesar de todo se parece demasiado a la tía Mel.

Siguieron caminando calladamente por un momento.

–Julio–lo detuvo Melinda. –Lo que le paso a tu tía fue muy trágico, pero tú sigues con su recuerdo plasmando su esencia en la búsqueda de crear bellas palabras, sé que donde este está muy orgullosa de ti.

Julio no lo había soportado y había empezado a llorar, Melinda había sido esa calidez y esperanza que había estado buscando desde hace tiempo y no había podido encontrar. No iba a dejarla ir, algo dentro de él sabía que ella era la indicada.

Y también sabía que a pesar de todo, él siempre iba a volver a sus brazos.

Poemas incompletos

¡Hey Salvatore! Perdón si no te he contestado después de todos tus mensajes pero he estado un poco ocupada con la cuestión de mi tío ¿Te parece si nos damos un espacio por un tiempo?

Salvatore miraba atónito su teléfono mientras pensaba que era la primera vez en toda su vida que una mujer le había dicho eso, normalmente siempre era él quien decía que tenían que darse un espacio.

Pero para todo siempre hay una primera vez, y tengo que admitir que Salvatore lo tenía bien merecido.

Se había levantado muy temprano y al parecer Melinda no le iba a escribir por un largo rato, el tema de la familia lo había dejado muy pensativo el día anterior así que no se aguantó de llamar a su mamá y decirle que aunque no la llamara todos los días y no la veía tan seguido la adoraba y la amaba mucho, en cambio esta solo había preguntado si se había metido en problemas legales y que si Lucas estaba con él en ese momento.

Dos mujeres lo habían cortado ese día, y una de ellas fue su propia mamá.

Pero no podía culparla, Lucas era el más consentido de esa casa y su mamá lo quería más que a él... Aunque si se ponía a pensar bien, también quería más a Julio que a él. Todo eso apeataba debido a que su madre quería más a sus sobrinos que a su propio hijo.

Tore, ¿Lucas está contigo?

–Ya te dije que si mamá. –Salvatore rodó los ojos. –No le pasará nada malo conmigo, no soy tan irresponsable.

¿Acaso no te dijo?

– ¿Que no me dijo?– Tore se puso curioso, el tono que había puesto su madre era de completa preocupación.

Lucas escapó de casa.

Maldito mocoso, con razón lo fue a visitar.

– ¿Escapó?

Si, tuvo un problema con tu tía Margarita y se fue.

Era increíble que alguien pudiera tener problemas con la tía Margarita, ella nunca decía que no.

– ¿Por qué?

Que te lo diga él, pero por favor tráelo a casa Tore.

–Tranquila, hablaré con Julio para ver qué podemos hacer.

Luego de eso se despidieron y Salvatore colgó la llamada se pasó una mano por la cara exasperado y dio un largo suspiro, no sabía que podía decirle a Lucas para que le contara lo que había pasado podía llamar a Julio para que lo ayudara pero después sería mucho peor, Salvatore solamente era odioso y brusco a la hora de hablar que algunas veces hería a la gente sin querer pero Julio, Julio era muy explosivo, terco y mandón; él fácilmente podía comerse vivo a Lucas con solo tres palabras/gritos de su parte y eso haría que Lucas se cerrara más haciendo que no volviera a la casa mientras que su madre se moría de la preocupación.

Tenía que pensar bien lo que tenía que hacer.

El protagonista de todo ese drama se había levantado y con una cara de sueño intento abrir a duras penas la nevera, Salvatore lo veía con absoluto silencio dado a que al aparecer Lucas no

había notado la presencia de este.

–Buenos días–le dijo Salvatore haciendo que el joven saltara del susto.

– ¡Salvatore! ¿Qué haces aquí?

–Es mi departamento inteligente, vivo aquí.

Lucas tardó en reaccionar, aún seguía dormido.

–No, que haces despierto tan temprano.

–Tengo que levantarme a trabajar, así me gano la vida–Salvatore veía divertido como Lucas intentaba abrir bien los ojos para hablar con él aunque estaba todavía despertándose.

– ¿Te vas a trabajar tan temprano?

–Necesito hacerlo, tengo muchas cosas que hacer en la oficina.

Lucas asintió y se quedó un rato callado, todavía no estaba en sus cinco sentidos.

– ¿Sabes? No sé si era mi sueño pero creo que te escuche hablar por teléfono...

Mierda, no le podía decir que estaba hablando con su madre porque entonces sabría que ya sabía que se escapó de casa.

–Estaba hablando con una chica–le mintió.

Lucas silbó interesándole el tema.

– ¿Cómo se llama la afortunada?

Salvatore le iba a decir su nombre, pero su tía Mel le invadió los pensamientos y Lucas no estaba listo de ese tema.

Todavía no estaba listo para el tema de su madre.

–Es... una pelirroja muy sensual.

Lucas se ríe por su respuesta.

–Creo que las pelirrojas tienen algo en especial, Julio una vez tuvo una novia así... Creo que se llamaba Matilda o algo parecido.

– ¿En serio?

–Sí, fue cuando vivía en Francia.

Qué curioso, eso no lo recordaba pero cuando estaban hablando sobre Julio se acordó de algo más importante.

– ¿Tienes el número de Julio?–le preguntó a su primo menor.

–Por supuesto, ¿Tu no?

–Niño, estoy muy ocupado para intentar rastrear a un ermitaño.

Lucas negó y buscó su teléfono para buscar el contacto de Julio, mientras que Lucas buscaba Salvatore preparaba café. Cuando Lucas encontró el teléfono puso su teléfono en altavoz para que Salvatore también escuchara y este le tendió una taza de café al joven.

El teléfono marco dos veces antes de que Julio contestara.

– ¿Lucas?–le contestó Julio al otro lado del teléfono, aunque Tore temía que la tía Margarita lo pusiera al tanto de la situación y matara a Lucas en ese momento.

–Hola primo–le dijo Lucas sonriente.

– ¿Qué haces llamándome, acaso necesitas dinero?–le dijo Julio en broma y Salvatore pudo volver a respirar.

–No solo quería llamarte y saludarte, también para decirte que estoy con Tore.

– ¿Sabes Julio? Tu voz suena muy ridícula por teléfono–le dijo Salvatore para bromear con él.

– ¿Acaso una niña me acaba de hablar?

Los tres se echaron a reír.

–Después de tanto por fin estamos juntos los tres ¿No es increíble?–Lucas estaba emocionado por su encuentro. –Esto tiene que tener una salida.

Julio se quedó en silencio por unos momentos.

–No creo que puedan contar conmigo para eso.

– ¿Es una broma?–le dijo Lucas ofendido. – ¿Por qué?

–Esta semana tengo una publicación... Pero si salgo temprano los voy a llamar.

En parte Salvatore pensó que fue lo mejor, así podría hablar bien con Julio a solas.

–No te preocupes primo–le dijo Salvatore. –Te dejare mi dirección para cuando nos quieras visitar.

–Me parece perfecto, les hablo después.

Julio colgó la llamada sin decir otra palabra, y aunque Lucas estaba molesto Salvatore lo entendía a la perfección él también tenía cosas que hacer.

–Ustedes se toman el trabajo muy a pecho–le dijo Lucas resignado por no ver a Julio en su visita.

–Amamos nuestro trabajo, por eso no los tomamos muy en serio.

Lucas se quedó en silencio por unos minutos intentando entender.

–Pero no te preocupes, en tu próxima visita lo podrás ver.

–Claro...

–Porque me vas a visitar seguido ¿Cierto?

–Hablando de eso...–Lucas intentaba decirle algo pero Tore veía como intentaba acomodar sus palabras. – ¿Crees que pueda quedarme aquí por un tiempo?

Salvatore levantó una ceja con interrogación.

–Sabes que mis puertas están abiertas para lo que sea pero...–Lucas le había dejado el momento perfecto a Salvatore para preguntar. – ¿Sucedió algo en la casa?

Lucas se quedó callado por unos momentos sin decir una palabra, Salvatore intentaba verse calmado ante la situación porque tenía miedo de que su primo no le dijera ni una sola palabra por lo que había pasado.

–Es que tuve un problema...–le dijo el menor sin mirarle a la cara.

– ¿Cuál problema Lucas?

–Peleé con la tía Margarita.

Salvatore se mostró sorprendido aunque no lo estaba en lo absoluto.

– ¿Por qué hiciste eso? La tía Margarita ha sido la que te ha malcriado todo este tiempo.

–Es que tuvimos una discusión y decidí irme.

– ¿Qué discusión tuviste para que te fueras de la casa?

Lucas se volvió a quedar callado por un instante, hasta que por fin volvió a hablar mirando a Salvatore a la cara.

–Hablamos sobre mi madre.

Salvatore se había quedado frío en el lugar donde se encontraba, las palabras no le salían y tampoco tenía algo para responderle.

– ¿Cómo salió la conversación?–Eso fue lo único que Salvatore pudo decirle después de salir de la conmoción.

Lucas volvió a mirar al suelo pensando lo que iba a decir.

–El tema salió cuando empezamos hablar sobre mi futuro... Tía Margarita me dijo que tenía un don con la literatura igual que ustedes y mi madre–Lucas se calló, recordando todo lo que había sucedido. – Pero le dije que no me quería parecer a ella.

–Lucas...

–No soy idiota. –Le interrumpió el menor. –Todos estos años preguntándome que había pasado con mis padres y que ninguno me diera respuesta me hicieron pensar lo peor, así que orille a mi tía

para que me dijera la verdad de su propia boca.

– ¿Por eso escapaste?

–No puedes culparme, no es fácil enterarse de que eres producto de una violación y el causante del suicidio de tu propia madre...

–Tampoco puedes culpar a la tía Margarita de protegerte de todo ese dolor.

– ¡Pero tenía derecho a saberlo!–le gritó con dolor Lucas. – ¡Al menos saber lo que le había sucedido! Estuvieron dieciocho años de mi vida ocultándomelo ¿Cuándo me lo iban a decir?

–Cuando estuvieras listo.

– ¿Cuándo iba a ser eso? ¿Cuándo tuviera tu edad?

– ¡Basta ya Lucas!–Salvatore también había llegado a su límite, y su grito fue tan fuerte que el mismo joven se había quedado quieto por el asombro. –El dolor que todos pasamos cuando la tía Melinda murió fue gigantesco no hubo nadie en esa casa que su corazón no se le haya partido en ese proceso. Y si te ocultamos todo eso fue para protegerte, porque no queríamos que pasaras el mismo dolor que pasamos nosotros.

–No puedes decidir que será menos doloroso para mí–le dijo Lucas con rencor. –Era mi madre la que se quitó la vida por mi culpa además de que crecí preguntándome porque no tenía un padre como los demás chicos normales.

La discusión llegó hasta ahí porque Lucas se fue al cuarto rápidamente, Salvatore intentó seguirlo pero le había cerrado la puerta en la cara, se fue a la sala y se sentó en el sofá para pasarse las manos por la cara, no sabía hasta qué punto habían protegido a Lucas para llegar a dañarlo de esa manera, no quería llorar, tenía que ser el fuerte entre los dos pero se arrepentía tanto no haberle dicho a Julio primero, lo más seguro es que él si sabría qué hacer.

Mientras se quedaba pensando en todas las cosas que pudo haber hecho para evitarse eso escuchó la puerta del cuarto abrirse seguidamente de unos pasos, Salvatore se levantó de inmediato pero ni haciendo eso pudo detener a Lucas de la puerta de salida.

– ¡Lucas espera!

Pero era muy tarde su primo ya había salido, salió rápidamente para buscarlo pero se había ido corriendo hacia el ascensor. Ya era muy tarde, había perdido a su primo, solo esperaba no perderlo al igual que su tía Mel.

Lucas no sabía a donde ir, no conocía mucho el lugar y en realidad no había salido a pasear mucho en la ausencia de Salvatore así que decidió solo vagar sin rumbo esperando encontrar un lugar al menos donde podía sentarse y consiguió el lugar perfecto.

El parque Luna Menguante.

Bueno, si se ponía a ver no era tan perfecto, no había ni un lugar donde sentarse pero había más tranquilidad en ese lugar que en lugar de donde acababa de salir. El parque estaba vacío y pudo sentarse en el césped por un momento y poder llorar como un niño pequeño, porque si, toda su vida lo trataron como uno que al parecer no era capaz de soportar el dolor por si solo ni poder levantarse de eso, pues ahora que tenía que actuar como un adulto no podía, solamente quería llorar.

En esos momentos no odiaba a su familia, pero le molestaba que lo intentaran proteger de algo que iba a terminar conociendo en algún momento de su vida, tenía que crecer y lidiar con el dolor él solo, quería ser fuerte como lo eran sus primos, quería salir adelante como ellos pero era imposible si todavía lo veían como un niño que todavía tenían que cuidar.

Y su madre... Le tenía rencor por dejarlo de esa manera, por dejarle todo ese caos a él, porque ni siquiera lo dejó elegir poder vivir sin ella, ni siquiera lo dejó pensar como su acto egoísta se iba a llevar un pedacito de alegría en todos en la familia y como él tenía que cargar con

todo eso en representación de ella, eso no se lo perdonaba.

Entonces volvió a llorar porque ni siquiera podía reclamarle algo a alguien que ya no estaba y que nunca tuvo la oportunidad de conocer, aunque fuera parte de ella y de la familia siempre la vio como una extraña, una desconocida que se hacía pasar por su madre.

Mientras que había una tormenta de pensamientos en su cabeza, pudo sentir que alguien se sentaba a su lado, lo más seguro es que era Salvatore, lo había seguido hasta ese lugar para darle una charla pero al levantar la mirada y ver quien era quedó sorprendido.

Era la pelirroja que le había arrojado el café el día anterior.

— ¡Hola!—le dijo radiante la pelirroja, con una sonrisa que iluminaba el lugar.

Lucas se sonrojó al verla, y apartó su cara para no verla.

—No es necesario que me acompañes... Yo puedo con esto solo.

Melinda no había dicho más nada y se quedó un rato en silencio mientras observaba el parque buscando las palabras correctas para lo que iba a decir.

— Pues esto es solo un camino hacia el trabajo y me gusta quedarme un tiempo aquí antes de trabajar—Melinda no lo miraba, solo veía al vacío esperando decirle las palabras correctas a alguien que al parecer tenía un gran dolor en el corazón.— ¿Sabes? Me gusta mucho este parque... Me hace meditar un poco las cosas y plantearme que quiero hacer después en un futuro.

Lucas ríó amargamente.

—Es difícil pensar en un buen futuro cuando tu pasado en una porquería.

—Bueno, si hablamos de un pasado de mierda puedo quedarme hablando todo el día sobre el mío.

Los dos se echaron a reír.

—Solo quisiera...—dijo Lucas pensando en sus palabras.— Borrar todo mi pasado con un lápiz y poder escribir otro nuevo.

—No estoy de acuerdo con lo que dices—le respondió Melinda.— Si, mi pasado fue asqueroso pero eso me motivó a seguir adelante sin mirar atrás, y todo lo que me pasó antes me hicieron definirme a lo que soy yo ahora.

Melinda le dio una palmada en el hombro y continuó hablando.

—No dejes que tu pasado te defina, haz que tus acciones sobre ella definan quien eres en realidad.

Lucas la vio como un ángel caído del cielo en esos momentos, ¿De dónde había salido esa musa? No aguantó y volvió a llorar de nuevo, porque quería salir de eso solo como todo un adulto pero igual quería a su familia a su lado, porque siempre estuvieron con él.

Melinda al verlo llorar lo abrazó y lo acunó en sus brazos como toda madre, porque volvió a sentir ese sentimiento de protección y cuidado que tuvo con cierto amigo hace muchos años en Francia.

—Tranquilo...—lo consolaba.— Aunque todo parezca malo no siempre va a estar así, las heridas cicatrizan depende de cómo te las cuides.

Lucas se apartó para secarse las lágrimas y decirle de todo corazón unas verdaderas gracias.

—No fue por nada—le sonrió la pelirroja.— Por cierto ¿Cuántos años tienes?

—Lo suficiente para cortejarla señorita—le dijo picaron a lo que Melinda solo ríó.

—Si no me gustara alguien en este momento, capaz y si te hubiera aceptado.

La cara de Lucas se iluminó.

— ¿En serio?

—La verdad es que no—Melinda se burló.— Solo que tendrías más o menos la edad de un viejo amigo mío.

Lucas bajó la mirada avergonzado.

—Me tengo que ir, tengo que ganarme la vida—le dijo Melinda despidiéndose.— Pero no te des por vencido, mi amigo estando en tu lugar hubiera luchado el doble para salir adelante.

Y así Melinda se levantó del lugar yéndose, dejando el joven pensando en todo lo que le había dicho y reflexionando como su pasado no había sido tan malo después de todo.

Si, él había sido producto de una violación y su madre se había quitado la vida cumpliendo un año de haber nacido pero nunca lo sintió así. Sus tías y sus primos se encargaron de darle todo el amor que a él le faltaba guardándose su dolor, aunque el sufriera ellos también lo hicieron. Habían perdido a una tía y a una hermana.

No todas las dolencias eran iguales, pero todas siempre afectaban al corazón, y eso es algo que Lucas entendió tarde. La familia siempre iba a estar ahí para él, y él siempre iba a estar ahí para la familia.

Decidió regresar a casa, ya había dado suficientes dolores de cabeza.

Fue al apartamento de Tore, su primo debía de estar muy preocupado por él, y cuando entró lo que primero pensó fue en un regaño o un grito de parte de su primo pero lo único que recibió fue un fuerte abrazo de su parte.

—Lo siento tanto Tore... perdón si actué de manera inmadura, solo me sentía mal por no tener a mamá cerca.

Salvatore apretó el abrazo.

—No Lucas perdóname tú a mí, es tu madre y estabas en tu derecho de saber sobre ella. Solo que no queríamos que sufieras como todos en la casa sufrimos por eso... Pero cuando tú llegaste fue ese rayito de luz que necesitamos para salir adelante.

—Sé que las cosas hubieran sido diferentes si yo no hubiera nacido.

Salvatore se separó de él para poder mirarlo a la cara y decirle algo que probablemente hubiera dicho Julio en esa situación.

—No te lo voy a negar Lucas, probablemente sí, pero eso no cambia el hecho de que ya no me imagino un mundo donde tú no estés con nosotros, la familia siempre estará ahí para ti.

Los dos se volvieron a abrazar fuertemente por un rato largo y tuvieron ese momento familiar que normalmente Julio y Salvatore se lo dejaban a las mujeres de la casa.

—Por cierto.—le dijo Salvatore separándose.— ¿A dónde fuiste?

—Fui al parque Luna Menguante, ahí conocí a una pelirroja bastante peculiar.

Salvatore se echó a reír y lo abrazó.

—Tienes razón, las pelirrojas tienen su encanto.

El crudo pasado

Nadia estaba durmiendo muy cómodamente en su cama, el día había sido agotador y lo único que de verdad quería era caer ante los brazos de Morfeo, pero claramente a Nadia nada le podía salir como ella quería.

Su teléfono empezó a sonar de manera brusca reclamando su atención y Nadia de mala gana tuvo que contestar.

—Diga—dijo molesta, ni siquiera vio que número la estaba llamando.

—Hola bella durmiente, al parecer le interrumpí el sueño a alguien.

Al principio Nadia no había reconocido la voz pero después de ver el número con quien estaba hablando se percató que era el señor Claudio, esa si era una gran sorpresa.

—Señor Claudio no es por nada pero se me hace un poco extraño que me llame a esta hora—le dijo todavía confundida y algo somnolienta al ser despertada de su sueño.

—Es que es un tema de vida o muerte.

— ¿De vida o muerte señor?

—Si Nadia, el destino de todos depende de eso.

—Señor Claudio me está asustando...

—Un mínimo error Nadia, uno solo, y todo se va a la mierda.

— ¿De qué está hablando?

—Necesito ponerle título a mi historia.

Nadia se quedó callada por unos momentos, se sentía timada por el escritor pensando que de verdad era algo mucho más importante y serio pero ya no podía luchar contra el señor Claudio, había aprendido a decirle que si a todo lo que él dijera y la relación entre ambos iba a ser mucho mejor.

—Mañana nos encargamos de eso señor Claudio.

Lo sé, solo quería fastidiarte a estas horas de la noche.

Ese hombre era imposible e irremediable, pero de alguna extraña manera así lo quería, todo ese tiempo que se la paso editando el libro del señor Claudio pudo tenerle un buen aprecio en el nivel de amistad, pero si le llegaba a decir eso sería blanco de sus burlas y de sus malos comentarios, de eso estaba segura.

—Hablamos mañana entonces señor Claudio.

No dejó que el otro contestara y colgó de inmediato además de poner su teléfono en silencio, no necesitaba más llamadas de broma por parte del escritor hasta el día siguiente.

Cuando Nadia despertó al día siguiente sorprendentemente no vio otra llamada por parte del escritor ni ningún mensaje tampoco, eso en parte no la dejaba muy tranquila ya que si estaba tan callado algo tenía planeado, o solamente el hecho de no tener título en verdad lo había estresado.

Nadia fue directo a la casa del señor Claudio, no le dio tiempo ni de desayunar ni de desearle un buen día a Julio pero después haría las dos cosas, tocó la puerta del escritor dos veces como estaba acostumbrada a hacerlo y quien le abrió la puerta era una especie de bulto con cabeza roja que necesitaba urgentemente el sol. Ese no era el señor Claudio.

—Vaya...—dijo atónita Nadia.

—No tienes derecho de burlarte.—El señor Claudio le dio permiso para entrar y se encontró con un gran desastre en la casa del escritor.—Si crees que editar un libro no es fácil, escribirlo tampoco lo es.

—Pero ya estamos que terminamos el libro señor Claudio.

El escritor se agarró la frente de manera estresada tratando de decir “Ya lo sé”

—Pero falta lo más importante—le dijo de manera amarga a Nadia.

— ¿Qué cosa?

— ¡El título Nadia, el título!

Nadia algunas veces pensaba que para ser un buen artista te debía faltar un tornillo, y al ver estado de uno de los mejores escritores de la época por unas simples palabras le hacían pensar que ella tenía razón.

—Señor Claudio...—le dijo Nadia indecisa de decirle lo que pensaba.—No es por nada pero un autor de su talla no debería preocuparse por algo tan simple como el título de su novela.

—No es lo más simple mi querida y elemental Nadia, es lo más importante de la novela porque es lo que la define.

En parte lo que decía el escritor no era una locura, ella como editora sabía el peso que podía tener el título en una novela, podía ser como su ascenso al éxito como su gran perdición, pero seguía con su idea de que el señor Carrizal lo estaba dramatizando mucho.

—Bueno si es así—le dijo Nadia ya dejándose llevar por la corriente.—Entonces manos a la obra.

Nadia nunca se había sentado en el sofá de un escritor a mirar el techo para pensar en un buen título de la novela. Pero como yo siempre decía, siempre hay una primera vez.

—Tengo una idea—le dijo Nadia.— ¿Qué le parece la idea de una metáfora?

El escritor levantó una ceja escéptico.

— ¿Crees que sea buena idea una metáfora?

—Por supuesto que sí, su libro en si es metafórico—Nadia pensaba bien que cosa podía comparar al libro del escritor.— ¡Ya se! Puede ser como una brisa, algo suave y cálido pero no tan salvaje y efímero como la relación de los protagonistas.

El señor Carrizal negó con desaprobación.

— ¡Oiga!—se quejó Nadia.—Al menos yo tuve una idea.

—No es por eso mi querida y elemental Nadia, la relación de mis protagonistas no es suave y cálida, es frágil debido a que se puede romper fácilmente como... ¡Los cristales!

Después de decir esa palabra el escritor empezó a saltar como loco y abrazar a Nadia como si no la hubiera visto en años, pero entre toda su locura Nadia lo había entendido. El título del libro se había iluminado en la mente del señor Carrizal como Julio había iluminado la vida a Nadia.

Espera ¿Qué? Lo que había pensado estaba muy fuera de contexto.

—Ya tengo el título—El escritor la había sacado otra vez de su delirio con Julio.—Estrellas de cristal, la historia se llamará estrellas de cristal.

A Nadia le había parecido curioso el título.

— ¿Y por qué estrellas señor?

—Pues las estrellas definen tu destino, gracias a ellas existen los horóscopos ¿No? Además de que te pueden guiar a casa cuando te sientas perdido... Eso me lo dijo alguien hace mucho tiempo.

Nadia sonrió para sí misma, aunque el escritor no recordara bien quien le había dicho eso ella sí, y lo recordaba bien porque veía su cara todos los días, pero ese comentario se lo iba a guardar para ella misma, quería ser egoísta y no compartir su buen momento con nadie incluso con quien ahorita parecía un muy buen amigo.

—Bueno, ahora solo falta el ultimo capítulo, algunas correcciones y este libro estará listo para ser publicado.

—Me alegro por eso señor Carrizal, le dije que iba a ser el mejor libro que haya escrito en su

carrera y así va a hacer.

—Tengo muchas cosas que agradecerle Nadia—le dijo el señor Carrizal dándole un abrazo.— Aunque no lo creas todo el tiempo pasamos juntos me hiciste crecer como persona y dejar de huir de mi pasado y enfrentarlo, espero que tú puedas superar tus miedos y alcanzar todas las metas que te propongas Nadia, tú lo mereces.

Nadia también estaba agradecida con el señor Carrizal, a pesar de su carácter asqueroso y todo el estrés que la hizo pasar al principio la hizo creer en ella cada día que tenía que enfrentarlo con la frente en alto.

—Gracias señor Claudio—le correspondió el abrazo.—Usted también se merece eso, y aunque nunca pudo volver a ver a su sobrina sé que con el tío que tiene, ahora debe ser una gran mujer.

—Oh, Nadia—le dijo el escritor separándose.—Se me había olvidado por completo, es que con todo este problema con el libro se me había olvidado decirte lo de mi sobrina.

— ¿Qué pasó con ella?—le dijo inclinando la cabeza confundida.

—La encontré Nadia, encontré a mi sobrina.

A Nadia se le escapó un pequeño grito de emoción.

— ¿En serio?

—Si... ni yo me puedo creer lo que sucedió, fue algo tan loco que pareciera que todo estuviera conectado.

—No es por meterme señor pero quisiera saber todo lo que tuvo que pasar su sobrina antes de volverlo a ver—a Nadia le sorprendía que ella estuviera más emocionada con la noticia que el mismo escritor.

—Pues su vida fue un tanto agrí dulce—le dijo el escritor un poco triste por la historia de su sobrina.—Se fue de la casa al no ver apoyo familiar con lo que quería ser y al sentirse pequeña y despreciada en donde estudiaba porque la hacían sentir menos.

—Oh Dios... Pobrecita.

—Sí, pero eso le dio impulso para recorrer el mundo y ser una buena fotógrafa, lo que siempre quiso ser.

Nadia quería felicitar al escritor por poder ver a su sobrina de nuevo pero algo de esa historia no le gustaba, y era el hecho de que ya le parecía muy conocida. No solamente en el libro del señor Carrizal si no en la boca de otra persona y tenía mucho temor de hacer la siguiente pregunta.

— ¿Y cómo se llama su sobrina?—le dijo cautelosamente.

—Melinda, se llama Melinda.

Algo que nunca voy a aceptar es que la gente olvide de donde vienen las cosas, y eso es algo que a Nadia se lo recuerdo bien todos los días. Su pesadilla se había vuelto realidad, la Melinda del señor Claudio, su Clementine y la luz para las inspiraciones del escritor era la misma Melinda que ella había molestado catorce años atrás.

Eso no le podía estar pasando a ella.

Quería que alguien le diera un leve pellizco o un fuerte puñetazo por todo lo que le estaba sucediendo, justamente cuando todo en su vida se estaba arreglando el pasado estaba detrás de ella acechándola, siempre estando ahí para recordarle a Nadia lo basura que era como persona. Ella quería cambiar, claro que quería pero estaba muy segura de que con eso no iba a cambiar las cosas que había hecho en el pasado.

Aunque si fuera por ella lo hubiera dado todo para hacerlo.

—Oh... Es un bonito nombre.

No sabía que más podía decir, su mente estaba vuelta un caos y el escritor no estaba muy al

tanto de sus pensamientos.

—El nombre viene de mi madre, mi hermana lo puso en honor a ella—El escritor le seguía hablando sobre ella pero Nadia estaba ausente, tan ausente que el señor Claudio tuvo que chasquear los dedos para que Nadia volviera a tierra.

— ¿Te sientes bien Nadia?

Nadia solo pudo asentir, tuvo una fuerte pelea para retener las lágrimas y no llorar al frente del escritor, no quería arruinarle su buen momento.

—Sí señor, solo que pensé que era una historia muy conmovedora.

— ¿Tú crees? Con eso puedo hacer una segunda parte de Clementine.

El señor Claudio se rio de su aparente chiste pero Nadia no podía seguirle el juego, estaba muy afectada por lo que le estaba pasando.

— ¿Sabe señor Claudio? Como ya tiene el título de la historia lo mejor sería que me fuera.

— ¿Estas segura? Todavía hay cosas que no te he contado sobre Melinda, como por ejemplo su aventura en Francia.

—Me lo tendrá que contar otro día señor... Tengo cosas que hacer.

El escritor no estaba muy de acuerdo con la respuesta de Nadia pero no la iba a obligar a otra cosa.

—Está bien... supongo que será otro día.

Nadia se despidió estrepitosamente y se fue rápidamente de la casa del señor Claudio, al escritor lo admiraba mucho, era un excelente mentor pero no estaba muy segura de que él sintiera lo mismo cuando se diera cuenta que ella había sido la pesadilla de su sobrina hace ya mucho tiempo.

Se sentía horrible al pensar que ella fue uno de los pilares de la huida de Melinda, Nadia no merecía perdón al hacer sentir a una persona tan amable e inocente como una verdadera escoria.

Porque era ella la verdadera escoria. Y no podía hacer algo para hacerle pensar lo contrario

Ni siquiera había llamado un taxi para irse a su casa, ella solamente se puso a caminar para que todos sus malos pensamientos drenaran y pudiera pensar con calma ya que todo ese tema del pasado la había dejado muy mal en esos días, pero la suerte no estaba de su parte, de repente todo se nubló y se escucharon unos truenos de fondo.

Había empezado a llover fuertemente y Nadia se estaba mojando completamente.

No se había llevado un paraguas porque según la predicción del clima en su teléfono iba a hacer mucho sol ese día. Pero ya sabía que nada estaba de su parte y nada quería ayudarla en ese momento, le tocó seguir caminando y esperar no agarrar un resfriado por las gotas frías que estaban cayendo de manera violenta en su cara.

Quería pensar que las gotas de lluvia eran como la cura que ella necesitaba para limpiarse de todo lo que había hecho en el pasado y así poder una persona nueva sin ningún error. No siendo perfecta pero tampoco siendo un completo desastre. Si Melinda tan solo supiera que una de las amigas de su tío había sido quien la maltrataba de joven eso no le iba a poner muy feliz.

Era imposible no pensar en Melinda, ella solo fue víctima de sus idioteces de joven, cuando pensaba que podía contra el mundo porque era invencible, pero eso no era cierto, con el tiempo el mundo demostró ser más que ella y que solo era una ilusa que le gustaba pensar en cosas absurdas.

Se acordaba perfectamente de su juventud, ese recuerdo nunca se le iba a quitar de su cabeza porque había sido el comienzo de una larga lista de malas decisiones, algunas veces se ponía a pensar como ella había llegado a ese punto, tenía una buena familia y sacaba buenas notas cuando estudiaba, incluso se había graduado con honores pero se dejó llevar por lo que decían sus “amigas” en esos tiempos de que era lo suficientemente bella para que todos la idolatrasen y

velaran por ella.

Así fue que su perdición comenzó, se alejó de todo el mundo y se fue a vivir con su novio en esos tiempos. Era de una familia con gran poder e iba a tomar la empresa de la familia cuando tuviera la edad suficiente, pensó que su vida se había arreglado dado a que iba a vivir como una completa reina.

Como ella pensaba que lo era.

Incluso ese chico había sido el amor platónico de Melinda cuando estudiaban en el colegio, Nadia cuando se enteró se encargó de hacerle la vida imposible, aunque ya en la actualidad Nadia pensaba que su acto había sido de envidia, Melinda tenía algo que Nadia nunca iba a poder tener, la pureza.

Pero en realidad había salvado a Melinda, porque él no era el príncipe azul que Nadia quería creer que era. Se casaron a los diecinueve años, lo suficientemente jóvenes para ni siquiera saber que querían hacer con sus vidas en esos momentos y fue ahí cuando él mostró su verdadera personalidad.

El príncipe se volvió un ogro, que la maltrataba tanto física como psicológicamente, Nadia estaba mal, no tenía el apoyo de nadie, la familia de él no la quería y apoyaba que su esposo la maltratara y la familia de ella estaba lo suficientemente lejos para poder ayudarla.

Un año, Nadia vivió con él un año y fue el peor momento que ella pasó en su vida, la hizo vivir el infierno en la misma tierra, todos los días era un golpe y una agresión mas ya por las mismas cosas sin sentido. No podía salir de su casa y ya no hablaba con nadie, sus amigas desaparecieron con el tiempo y su familia no sabía nada de ella.

Estaba completamente sola.

Y ahí vio quien era ella realmente, una chica débil y asustada por el mundo que se ponía un escudo para protegerse, pero su escudo se había desvanecido hasta quedar expuesta por todo lo que ella ocultó por años, la feroz joven reina del colegio había desaparecido en esa relación, ese hombre se había llevado todo de ella... Incluso su autoestima.

Pero algo de fuerza había quedado en ella, porque pudo escaparse entre tanta miseria y sufrimiento, regresó con su familia como una niña pequeña que se había lastimado jugando y estaba llorando desconsoladamente del dolor, se volvió a sentir amada y apoyada gracias a ellos.

Su familia le brindó tanto apoyo que pudo divorciarse de ese hombre y dejarlo completamente en el pasado, regresó a los estudios porque quería valerle por sí misma y no depender de nadie más para salir adelante.

Así fue como el mundo de la literatura había abierto las puertas para ella.

Pero no todo fue como ella esperaba, porque en realidad era muy pésima en lo que hacía. Era como si el mundo le tratara de explicar que todo lo que ella construía lo construía en sal y arena y por eso se desmoronaba porque nada le salía bien. Cuando empezó a trabajar todos sus libros se fueron en descenso, todos los autores que trabajaban con ella caían en la desgracia.

Ahí su autoestima terminó de caer.

No quería pensar que todo de ella estaba perdido, pero cada vez que hacía algo bien siempre aparecía como una pequeña señal divina diciéndole que todo lo que ella armaba estaba mal.

Sin darse cuenta ya estaba en la entrada de su edificio, la lluvia ya la había empapado por completo pero no sabía si las gotas en su cara en las gotas de lluvia o sus propias lágrimas, subía las escaleras muy desanimadamente queriendo que el mundo se la llevara de una buena vez para dejar de meter la pata todo tiempo.

Y aunque las cosas a su alrededor últimamente hacían acciones que Nadia nunca se esperaba, en esos momentos ella no esperaba tener a Julio en frente de su apartamento esperándola, pero ahí

estaba.

Era como si el tuviera un detector para saber cuándo Nadia se encontraba mal para siempre encontrarse con ella, en momentos donde se creía la peor basura del mundo, quería enterrarse en sus brazos a llorar pero no sabía si Julio iba a seguir aguantando todos sus berrinches, ya iba a estar cansado de todo eso.

— ¿Qué te sucedió?—le dijo Julio preocupado al ver su estado.

Quería contarle todo, todo lo que le había hecho llegar a ser la persona que era hoy en día pero tenía miedo de ser juzgada, como todo el mundo lo hizo en cada momento de su vida temía que la única persona que estaba con ella se alejara también y volverse a quedar sola. Pero tenía que calmarse.

Ella respiró hondo, porque sabía que Julio no era como los demás porque a pesar de todo él la había apoyado en todas las cosas que había pasado, incluso teniendo un encuentro tan desastroso como fue la primera vez que hablaron pero que ahora lo tenía frente a frente apoyándola incluso en la adversidad.

Incluso siendo su inseguridad la adversidad.

Nadia lo invitó a un café en su apartamento y Julio se ofreció en prepararle un chocolate caliente, decía que era su especialidad y Nadia lo aceptó muy gustosa. Eso le dio tiempo para poder secarse y cambiarse para poder hablar de manera más tranquila con Julio, con el chocolate ya preparado y Nadia ya seca podía empezar a desahogarse.

—Yo...—Nadia sentía que tenía un nudo en la garganta pero eso no la detuvo.—Cuando era joven dañe mucho a una muchacha, la hice sentir miserable y como un poco cosa.

Nadia quería enterrar su cara en algún lugar para no ver la reacción de Julio, pero tenía que contarle todo sobre ella.

—La traté muy mal... a tal punto de que ella escapó de su propia casa al sentirse tan mal con ella misma.

Julio se le quedó viendo como si intentara recordar de donde había escuchado esa historia antes, pero Nadia había empezado a llorar otra vez.

—Sé que fui una mala persona e hice cosas que no tienen nada de perdón pero yo sé que pagué muy bien el error que cometí—Nadia volvía a llorar como una niña pequeña que a Julio le tocó abrazarla fuertemente para que no se cayera a pedazos.

— ¿Por qué te afecta todo eso ahorita?

—Porque es la sobrina de Alberto Carrizal, y el señor Carrizal se ha vuelto un gran amigo mío para que yo arruinara toda nuestra amistad al hacerle daño a su sobrina en el pasado.

Julio la calló por un momento pero Nadia había empezado a hipear por estar llorando.

— ¿Hace cuánto pasó eso?

—Hace dieciséis años...

— ¿No crees que seas tú la que no quiere dejar ir el pasado?

Nadia lo miró confundida por todo lo que le estaba diciendo.

—Yo lo quiero dejar ir, pero cada vez que trato de olvidarme de eso siempre vuelve.

—Nadia, el pasado siempre está ahí y dejarlo ir no significa olvidarlo, significa superarlo y seguir adelante.

— ¿Qué tratas de decir?

—De que si vuelve es para que le hagas cara de una vez para que lo puedas superar, deja de lamentarte por lo que hiciste en el pasado y aprende de eso para construir un futuro mejor.

No sabía cuántas veces lo había dicho pero Julio no era una persona normal, él tenía que ser un ente divino para poder calmar a Nadia en toda su calamidad.

—Nadia, hay cosas que jamás se van a borrar como tú quieres que se borre pero puedes aprender de ellas y tomarlas como un impulso para seguir adelante.—Su sonrisa de ángel había vuelto a aparecer para seguir apoyándola.— ¿Sabes? Hice muchas cosas de mi pasado de las cuales me arrepiento pero eso me motivó a no volverlo a hacer.

— ¿Hablas de la chica que abandonaste?—Nadia sabía quién era, era la usurpadora.

—Si... de ella misma.

Nadia no quería sentir celos en ese momento que Julio le estaba brindando todo su apoyo pero no podía evitarlo, esa chica podía ser la persona destinada a estar con Julio mientras ella era desplazada sin poder hacer nada, porque no sabía exactamente que sentía Julio por ella, si solo era una gran amistad incondicional o si sentía algo más.

—Esa chica... ocupa un lugar importante en tu corazón—le dijo Nadia intentando de que no se notara su tristeza.

—Fue hace diez años... Quisiera creer que no pero la recuerdo muy bien—Nadia temía lo que estuviera a punto de decir.—Pero supongo que no se puede guardar algo por tanto tiempo, hay que seguir adelante y dejarle la oportunidad a otra persona.

Nadia lo miró confundida.

— ¿Qué tratas de decir?

—Que tu ocupas un lugar importante en mi corazón Nadia.—La cara de Nadia se iluminó.— Incluso si eres la peor persona en este universo eres muy importante para mí.

Los dos sonrieron al mismo tiempo pero Julio continuó.

—No pensé decírtelo de esta manera ni en este momento, pero quiero ayudarte a superar tu pasado y todos los demonios que tienes dentro de tu mente porque quisiera que los dos saliéramos adelante, no tengas miedo de avanzar porque te prometo que voy a estar ahí para ti.

Nadia no pudo evitar volver a llorar y abrazarlo, pero esta vez algo dentro de ella cambió, porque supo que a partir de ese momento todo iba a estar bien, debido a que Julio estaba con ella y quería un futuro junto a él.

Iba a mirar al mañana sin pensar en el ayer, era una promesa que se hacía a sí misma.

La dura verdad

La fecha de publicación del libro del señor Carrizal estaba ya cada día más cerca, y en la editorial se podía un aire muy intenso de tensión que muchos preferían no hablar sobre eso para no entrar en colapso, el trabajo de muchas personas dependía de eso y no estaban muy seguros de que Nadia hubiera podido lograr su objetivo, pero Salvatore estaba muy confiado en ese trabajo así que eso les calmaba un poco.

Solamente un poco.

Salvatore estaba como un loco, paseaba por todas partes de la editorial para asegurarse de que ese libro saliera perfecto, Nadia no tenía descanso y se la pasaba todo el día corrigiendo unos últimos arreglos al libro, esperando que todo saliera perfecto justo como su jefe quería.

—Cambia esta palabra Nadia—Su jefe estaba muy concentrado en todo error que podía ver en el manuscrito.—Repite esta palabra dos veces en el mismo párrafo, ponle un sinónimo.

—Por supuesto señor—Nadia todo error que la vista de ella no podía ver su jefe se la arreglaba y lo resaltaba—Señor...

—Dime Nadia.

— ¿Cree que todo salga bien?

Salvatore le sonrió llenándole de la confianza y apoyo que ella necesitaba en esos momentos.

—Confía más en tu trabajo Nadia.

Nadia le sonrió de vuelta y se devolvió a su puesto para seguir con su trabajo, se estaba esforzando mucho en que todo saliera bien y Salvatore se daba cuenta de todo eso, no podía estar más orgulloso de ella.

Salvatore en sus cinco minutos de descanso aprovechó para revisar por un momento su teléfono y ver si no tenía un mensaje nuevo, o mejor dicho, para ver si Melinda no le había escrito en ese momento, pero no vio ningún mensaje nuevo, su celular estaba extrañamente en calma.

Pero no le sorprendía a decir verdad.

Y no era porque le había dejado de hablar con Melinda, todo lo contrario, su relación con Melinda había llegado a tal punto de que ella misma le daba su propio espacio cuando veía que estaba muy estresado con su trabajo y no le escribía por dos semanas .

Amaba lo comprensible que ella podía llegar a ser para poner de primero el trabajo de Salvatore antes que otra cita con él.

Esa chica definitivamente era maravillosa.

Algunas veces Melinda escribía mensajes motivadores para seguir trabajando y él solo le podía responder que lo agradecía de corazón, aunque en realidad quisiera decirle que sus mensajes lo motivaban todos los días para seguir luchando por sus objetivos con todo el ánimo del mundo.

Ya tenía que admitir que esa chica de verdad lo había cambiado, pues solo tenía ojos para ella y estaba dispuesto a bajarle el cielo y las estrellas solo para que le sonriera una vez más.

Pero en esos momentos tenía que salvar a un editorial, cuando ya todo terminara tendría mucho tiempo para decirle todo lo que él sentía. Claro, que yo mismo sabía que el tiempo podía ser el mejor aliado... O el peor villano.

Faltando solo una semana para la publicación del libro del señor Carrizal, todo estaba listo, portada, tipo de letra, descripción de la historia, ya todo estaba listo y corregido. Nadia estaba parada al frente del escritorio de Salvatore mientras que este revisaba el manuscrito que iba a ser publicado.

Él no decía ni una sola palabra y eso a Nadia la estaba desesperando.

—Bueno Nadia—le dijo su jefe viéndola a los ojos y levantando sus lentes para verla bien.—Hiciste una verdadera obra de arte aquí.

Nadia le regaló una sonrisa que podía abarcar su cara completamente.

—¿De verdad señor?

—Estoy muy seguro de eso, felicidades.

Salvatore no pudo distinguirla muy bien pero creía que Nadia estaba llorando en ese momento.

—Le agradezco mucho esta oportunidad señor.

—Te di la oportunidad porque de verdad hiciste un buen trabajo.

Salvatore se levantó para darle un abrazo a Nadia y esta le correspondió de una manera afectuosa.

—Esto va a ser un best-seller—le dijo Salvatore.

—Estoy de acuerdo con eso señor.

—Espero que sigas trabajando mucho tiempo con nosotros Nadia—Salvatore le dio una sonrisa de colega a colega.

Nadia se limpió las lágrimas rápidamente de la cara y se fue a su puesto para terminar de trabajar, Salvatore lo había logrado, había logrado salvar la editorial. Aunque el libro todavía no estuviera en el mercado tuvo un visto bueno en el momento de hacerle publicidad y al ver la obra de arte que era ese libro las ventas se iban a disparar.

Todo el esfuerzo y su trabajo habían valido la pena, y ya era momento de disfrutar el triunfo y no podía celebrarlo sin su pelirroja favorita.

Cuando ya estaba solo en la oficina se dispuso a buscar a Melinda en el teléfono y llamarla, porque si, ya la había cambiado en su teléfono para ponerla como Melinda.

¿Tore?

—Hola Mel, veo que estas desocupada—Salvatore no podía evitar sonreír cada vez que hablaba con ella.

Si supongo, tengo un rato libre.

—Entonces no estaría mal pedir que nos viéramos por un momento.

Salvatore escuchó la melodiosa risa de Melinda al otro lado del teléfono como signo de aprobación.

Está bien, vamos a vernos en un café cerca de tu trabajo, tengo algo importante que decirte.

Salvatore aceptó muy gustoso y agarró todas sus cosas de inmediato para ir a ver a Melinda, al encontrarse con ella le vio tan hermosa y tan radiante como era ella y aunque tenía cierta cara de preocupación Salvatore no le dio mucha importancia al respecto.

—Hola hola—le dijo feliz Salvatore.

—Vaya, veo que has tenido un buen día—le respondió bromista Melinda sonriéndole también.

—¿Cómo no estarlo? Tu tío escribe puras obras de arte.

—Me imagino...

—Este libro va a hacer que la editorial se dispare y vuelva otra vez al prestigio.

—Me alegro mucho por eso, de verdad, pero hay algo que tengo que contarte...

Aunque Salvatore le hizo caso omiso a sus palabras.

—Los escritores de renombre volverán de nuevo a la editorial.

—Tore...

—Las grandes editoriales ya no serán rivales para nosotros.

—Salvatore...

—Esta editorial volverá a ser la gran editorial que era antes.

Melinda ya cansada de que este no le hiciera caso tuvo que hacer algo que no pensó nunca que le iba a hacer, gritarle.

— ¡Salvatore ya basta! Déjame hablar.

Tore estaba muy sorprendido por su actitud y algo curioso de que le fuera a decir para que fuera tan urgente.

— ¿Qué pasó Mel?

Melinda suspiró porque al parecer lo que tenía que decir era muy duro, veía para todas partes tratando de decir las cosas correctas pero de igual manera no decía nada y eso a Salvatore le estaba asustando.

—Me voy de viaje Tore.

Salvatore se quedó en silencio por unos momentos pensando que no era tan grave de que Melinda se tomara algunas vacaciones.

— ¡Qué bien! ¿Por cuánto tiempo?

—Por un tiempo indefinido, no pienso volver.

¿Qué? No, eso no podía estar pasando.

—Pero si todo te estaba yendo tan bien Mel, incluso volviste a hablar con tu tío y llevan una muy buena relación.

Melinda, una persona que siempre lo vio a los ojos y en esos momentos no podía verlo a la cara, miraba a todas partes, a la mesa, a la silla, incluso miraba a las personas que pasaban al lado de ella pero en ningún momento lo veía a la cara, Salvatore intentaba buscarla con sus ojos pero Melinda estaba reacia a verlo.

—Lo sé Salvatore, pero hay emociones que me hacen recordar cosas de mi pasado y no quiero volver a experimentar eso.

— ¿Cuáles son esos sentimientos?

Melinda volvía a huírle la mirada y no le respondía, se sentía incomoda con toda esa conversación pero Salvatore no podía dejarla así sin más.

—Sentimientos que me hacen recordar lo mucho que sufrí antes, por eso prefiero irme.

—No puedes dejarte todo así a la deriva por cosas sin sentido Mel—Salvatore ya desesperado le buscaba la mirada a Melinda para ver qué cosa le decía sus bellos ojos marrones pero no logró ver nada.

—Para mí tienen mucho sentido porque me afectaron mucho, y ya tomé mi decisión y no vas a poder cambiarla, me iré dentro de unos días.

Melinda no le dijo más nada y se fue rápidamente del lugar, Salvatore quería ir detrás de ella pero ella caminaba muy rápido que la perdió de vista en cuestión de segundos. Pasaron los días y la publicación del señor Carrizal fue un completo éxito, la preventa estuvo completamente agotada y tuvo muy buenas críticas en internet, Nadia estaba llena de felicidad pero Salvatore no podía compartir esa emoción dado a que Melinda se rehusaba a responderle los mensajes que él le mandaba.

Estaba muy molesto con ella, no solo tuvo la osadía de volverlo loco y jugar con su mente todo el tiempo que había pasado con ella si no también tuvo el descaro de irse así sin más y dejarlo con el corazón roto.

El corazón roto...

Pensaba que su tía Melinda era la única mujer capaz de romperle el corazón en mil pedazos pero al parecer otra Melinda también podía hacerlo.

Maldita sea.

Debido al rotundo éxito del libro la editorial decidió hacer una fiesta para celebrar la

salvación de la empresa y mientras todos celebraban y bebían por la publicación Salvatore estaba en un esquina bebiendo mientras odiaba a todo el mundo por ser feliz y con una pareja menos él. Era completamente absurdo.

El señor Carrizal al ver como estaba caído en desgracia decidió ir a acompañarlo.

—Supongo que Melinda te rompió el corazón—Salvatore había tomado tanto que no sabía si lo decía en tono de burla, ironía o como apoyo emocional.

— ¿Sabes que se va a ir?

—Sí, yo fui el de la idea.

Salvatore se volteo a mirarlo molesto.

— ¿Le diste la idea de huir?

El escritor lo miró con cara de partirle un plato en la cara.

—Salvatore Melinda no es una persona fuerte, cualquier cosa así sea algo mínimo la afecta y la destruye, prefiero que se vaya de todo ese dolor antes de que se quede aquí sufriendo.

—Que gran tío eres—Salvatore ya empezaba a arrastrar las palabras, estaba completamente borracho—Melinda es la persona más maravillosa que he conocido en mi vida, tan amable y tan servicial que no puedo creer que la hayan lastimado tanto.

—Ese siempre fue su gran defecto... Ayudar a los demás antes de ayudarse a ella misma y por eso sin darse cuenta entró en un profundo hueco del cual después se le hizo muy difícil salir, yo no quiero que le vuelva a pasar lo mismo.

—Pero no puede pensar de qué todo el tiempo le van a estar haciendo daño...

— ¿Por qué te preocupas tanto por ella? Hasta donde ella me dijo tu solo la quería para una noche así que ella supuso que no te iba a afectar tanto su partida.

Salvatore miró al señor Carrizal como un padre que no iba a dejar que se acercara a su hija de ninguna manera, y en parte no lo culpaba debido a que era como el chico malo de las películas. Estaba un poco indignado con lo que le acababa de decir pero no lo podía culpar, al principio esas fueron sus intenciones pero poco a poco todo fue creciendo y ya no quería a Melinda para solamente una noche, si no para todas las noches de su vida.

Pero ella ya no estaba ahí para decirle todo eso así que siguió ahogando sus penas en alcohol ya llegando al punto de caminar en zigzag por el nivel de alcohol que había en su organismo, el señor Carrizal se apiadó de él así que lo llevó al exterior para que pudiera tomar un poco de aire fresco, mientras que el escritor se iba a buscarle algo de agua Salvatore aprovechó para sentarse en una de las bancas que estaban ahí.

Salvatore no se había dado cuenta pero Nadia estaba también sentada en una de esas bancas, quería un poco de aire fresco porque todo el mundo estaba encima de ella felicitándola por su buen trabajo, aunque Nadia tampoco quería hacer mucho hincapié de que estaba ahí para tener un momento tranquilo en esa banca.

Nadia se puso mirar el cielo, estaba completamente lleno de estrellas y eso le causaba cierta emoción, todo en su vida se estaba acomodando y aunque sabía que había algunas cosas que tenía que seguir trabajando por un momento estaba segura de que iba en buen camino, y eso se lo tenía que agradecer a Julio por ser su estrella que la estaba guiando a casa.

—Porque todos los caminos te llevan a casa—Nadia lo había dicho sin pensarlo en voz alta, pero no podía evitarlo. Porque lo que le había dicho Julio nunca se lo iba a quitar de su cabeza.

Pero Salvatore la estaba viendo de manera extraña, Nadia pensaba que era porque él se imaginaba que ella estaba loca, pero en realidad le veía así porque Melinda también se lo dijo en algún momento.

—Te odio—le dijo borracho Salvatore.

— ¿Perdón?

—Te odio, te odio por hacer un caos en mi corazón y después abandonarme.

Nadia estaba completamente confundida.

— ¿Se encuentra bien señor?

—Nada está bien, nada puede estar bien si me dejas con la mente hecha un desastre y un corazón en trizas.

Nadia quería aclararle las cosas para ver qué era lo que estaba pasando pero Salvatore no la dejaba hablar.

— ¿Sabes? El tema del amor en mi familia siempre fue algo pésimo—Salvatore seguía hablando a pesar de las quejas de Nadia.— Pero siempre fui escéptico a la hora de enamorarme, no soy como mi primo que ama con locura... Pero tú, te metiste de en mi cabeza de una manera estresante que ya ni puedo pensar en otra mujer.

Salvatore echó la cabeza para atrás, exasperado por las cosas que estaba diciendo.

—Y tengo miedo... Mucho miedo porque creo que estoy enamorado de ti y tu no lo notas, ni siquiera me dejaste decírtelo porque te fuiste, eso es cruel, incluso viniendo de un ser tan bello como tú.

Y todavía en su delirio Salvatore besó a Nadia rápidamente que Nadia no tuvo tiempo de apartarlo, los dos escucharon el ruido de una cámara pero ninguno le dio importancia, Nadia alejó a Salvatore y lo miró completamente aturdida.

— ¡Señor!

Salvatore parpadeo rápidamente.

— ¿Nadia?

El silencio que fue después fue muy incómodo para los dos, pero ninguno sabía que decir.

—Lo siento...supongo que bebí mucho.

—Sí, bebiste mucho—El señor Carrizal estaba parado frente a ellos con un vaso de agua en su mano, lo había visto absolutamente todo.

—Tengo que hacer algo—se dijo Salvatore para sí mismo.—Y tú me vas a acompañar.

Se arrastró al señor Carrizal dejando a Nadia sola y confundida por todo lo que había pasado, pero estaba segura de que le iba a preguntar todo a su jefe cuando no estuviera bebiendo.

Salvatore se llevó al señor Carrizal de la fiesta de manera apresurada.

— ¿Sabes Salvatore? Pues tomar esto como un secuestro.

—Con todo respeto señor Carrizal, cierre la boca.

— ¿Qué piensas hacer?

—Voy a buscar a Melinda y no voy a dejar que se vaya—le dijo entrando al auto y prendiéndolo.

— ¿Con ese olor a alcohol?

Salvatore se quedó pensando por un momento lo que había dicho el escritor.

—Tienes razón.

Se fue rápidamente a su apartamento a darse una pequeña ducha y se había llevado al señor Carrizal con él.

—Tienes un bonito apartamento—le gritaba el escritor desde la sala.

—Cierre la boca señor Carrizal—le respondía Salvatore desde su cuarto.

Cuando Salvatore salía de la habitación mucho más repuesto que antes le exigió al señor Carrizal la ubicación de Melinda.

—No creo que sea buena idea decirte...

Salvatore se agarró el puente de la nariz estresado.

—Entonces considere esto como un secuestro y no lo dejaré ir hasta que me diga la ubicación de Melinda.

El escritor lo miró con mala cara para luego acceder a darle la ubicación, aunque incluso después de eso igual tuvo que acompañarlo hasta donde ella estaba solamente por curiosidad para ver qué pasaba después.

Cuando llegaron al apartamento donde estaba Melinda, esta se sorprendió al verlos a los dos en su puerta a altas horas de la noche.

— ¿Qué hacen aquí?—le dijo mirándolos a los dos.

—No voy a permitir que te vayas—Salvatore había dado un paso adelante, acercándose más a ella para verla a los ojos pero Melinda le volvía a huir.

—Ya tomé una decisión y no vas a cambiarla—Melinda estaba a punto de cerrarle la puerta pero Salvatore la paró.

—Esto es muy egoísta de tu parte Mel... Deja de guardar todo tu dolor y libéralo, pero no te quedes sin decir nada y solo yéndote.

Por fin Melinda ya era capaz de volver a verlo a los ojos.

—No sabes lo que es vivir con algo que todos los días me atormenta y me persigue como una gran sombra negra.

—Claro que si lo sé ¿Pero sabes cómo lo superé? Con el apoyo de las personas que más amaba.

—Esa es la diferencia entre tú y yo Salvatore, yo no tenía a nadie con quien apoyarme, por eso decidía huir incluso si eso era muy cobarde de mi parte.

—Huir no es la solución Mel—Salvatore la agarró de los brazos temiendo de que huyera de él.—La solución es quedarse y enfrentarlo.

—No quiero que me vuelvan a hacer daño...

—No te van a volver a hacer daño Melinda—Esta podía ser la última carta que iba a sacar pero él pensaba que era la más importante para que ella se quedara.—Admito que solo te quería para una sola noche Mel pero tú me hiciste cambiar eso... Porque te quiero para toda mi vida, por eso no te quiero dejar ir tan fácilmente porque deseo que te recargues en mí y podamos salir juntos de esto porque yo también tengo miedo a enamorarme, pero aquí estoy, suplicando que te quedes a mi lado y no me abandones.

Melinda empezó a llorar desconsoladamente y Salvatore la puso en su pecho para consolarle.

—Tengo miedo a enamorarme de ti y que después me hagas daño...—le confesó Melinda mientras lloraba en el pecho de Salvatore.

—Entonces seamos principiantes en el amor y los aprendamos a amar.

Melinda se separó suavemente del pecho de Salvatore para limpiarse las lágrimas y mirarlo a los ojos.

—Está bien—le dijo con la sonrisa que temió no volver a ver jamás.

Y en ese momento Salvatore hizo algo que quiso hacer desde el primer momento que la vio en ese bar.

Besarla

Y en todo ese momento cursi y romántico que ellos habían creado Melinda se había acordado que su tío Claudio estaba acompañando a Salvatore en esos momentos.

— ¿Y mi tío?—le dijo Melinda a Salvatore.

—Aquí estoy—le dijo el señor Carrizal desde adentro del apartamento de Melinda.—Entre todo su drama decidí servirte un trago—El escritor no lo iba a decir al frente de Salvatore pero pensaba que su sobrina había encontrado la felicidad con ese chico, ya era hora después de que el

idiota de Francia le hubiera dejado con el corazón hecho pedazos.

—Aunque me sigue dando asquito que mi compañero de trabajo y mi sobrina hagan cosas sucias—les dijo bromista y los dos se echaron a reír.

—Nunca llegamos a eso—dijeron los dos al mismo tiempo.

Se miraron por un tiempo y sonrieron, ellos de manera involuntaria sabían que habían encontrado un lugar en donde crear su nido, y empezar de cero sin ningún trauma del pasado.

Incluso si el pasado estaba más cerca de lo que ellos creían.

Ese paso adelante

Nadia todavía estaba muy conmocionada por lo que había sucedido el día anterior cuando su jefe había empezado a hablar cosas muy extrañas y hasta le había robado un beso, todavía no había entendido bien para quien era todo lo que le estaba diciendo pero tenía mucho miedo de preguntarle además conociéndolo bien puede fingir demencia y negarle todo lo ocurrido la noche anterior.

Pero ella tampoco iba a hacer mucho hincapié en todo lo sucedido porque también quería olvidarse de esa noche extraña, sentía un poco de culpa por sentir estar engañando a Julio sin ella haber querido hacerlo.

Aunque no sabía muy bien si eso era como engañarlo porque si se ponía a ver ellos no eran nada.

Porque sí, los dos habían declarado su amor de una manera extraña pero no había pasado de ahí, ninguno había dado ese paso para ser pareja así que ella suponía que oficialmente no eran una o si él por lo menos quisiera ser su pareja de una vez o tendrían que conocerse un poco más antes de llegar a serlo.

Eso apestaba completamente.

Estaba como en una especie entre la espada y la pared porque no sabía si seguir avanzando o quedarse en el lugar donde estaba, a decir verdad nunca había estado en una situación así antes y por no eso no sabía cómo debía actuar.

Nadia quería contarle sus inquietudes a alguien, todo ese proceso que tuvo con Julio lo pasó ella sola, nunca le había contado a otra persona sus sentimientos hacia él... Pero tampoco es que tuviera mucha gente para contarle, en realidad no tenía amigos, la única buena compañía eran las llamadas de su mamá cada trimestre y más nada.

Ella no creía que su mamá quisiera escuchar sus problemas amorosos... Otra vez.

Eso la deprimía un poco, de joven tuvo muchas amistades pero ahora de grande estaba completamente sola, pero al menos estaba consciente de que era mejor la calidad que la cantidad. De pronto pensó en el señor Claudio, que a pesar de todo había tenido una conexión especial con él.

¿De verdad iba a perder una muy buena amistad por una estupidez que hizo de joven?

Nadia tenía que seguir adelante, aunque sabía que no iba a poder ver al señor Claudio a la cara cuando se enterara todo el cuento que ella tenía con Melinda tenía que seguir ahí, porque ella de verdad lo apreciaba mucho y no tenía nada en contra con Melinda, todo lo contrario ella agradecía que la perdonara después de tanto tiempo.

Tenía que avanzar.

Aunque claro, iba a fingir demencia con lo de decirle en el momento, ella creía que tenía que esperar un poco antes de que el señor Claudio se enterara de toda la verdad. Buscó el número del señor Claudio en su teléfono y él contestó en el segundo tono.

Hola mi querida y elemental Nadia.

—Hola señor Claudio, ¿Cómo está?

Pues bien supongo

El señor Claudio estaba muy confundido con la llamada de Nadia.

¿Pasa algo?

—Pues si... algo así—Nadia se sentía muy estúpida por haberlo llamado, pero ahora no tenía vuelta atrás.— ¿Estará muy ocupado para hablar?

—*Pues en realidad no, tengo mucho tiempo libre ¿Quieres venir a la casa?*

—Sí señor, ya voy para allá.

Nadia colgó la llamada para ir rápidamente a donde estaba el escritor, no sabía que cosa le iba a responder el señor Claudio pero de verdad necesitaba apoyo con todo el dilema que tenía en ese momento.

Al tocar la puerta de la casa del escritor, el señor Claudio la estaba esperando con Té y galletas como si de manera involuntaria estuviera esperando un buen chisme de su parte.

— ¿Ocurrió algo con la publicación?—le había preguntado el escritor mientras le servía el té.

— ¿Qué? No, por supuesto que no señor Claudio todo con la publicación va perfecto... Es algo más personal.

— ¿Personal?—Le dijo levantando una ceja.

—Si... Lo que pasa es que no tengo muchos amigos y como verá supongo que tengo una conexión especial con usted, pasando la relación de editora-escritor, creo que tenemos una muy buena amistad.

—Eso me parece muy conmovedor Nadia pero debería llegar al grano.

—Verá señor Claudio... Vengo a pedirle un consejo amoroso.

El escritor se echó a reír con muchas ganas, tanto que Nadia se avergonzó de ir hasta su casa solamente por eso.

—Perdón si malinterprete nuestra relación señor Claudio.

—Oh no querida claro que no, yo también siento que tengamos esa conexión—el escritor tuvo que parar de reír y limpiarse las lágrimas para poder responderle.—Pero me da gracia que últimamente eso sea un problema universal.

Nadia muerta de la vergüenza decidió continuar antes de que ella entrara en colapso.

—Siento que mi cabeza va a explotar de la indecisión—le confesó exasperada.

— ¿Quién es el afortunado?

—Es un editor que conocí hace poco... Y bueno, él es una persona maravillosa.

— ¿Hablas de Julio?

Nadia estaba atónita.

— ¿Cómo sabe que es Julio?

—Oye cariño no es por nada pero cada vez que puedes hablas sobre él.—El escritor empezó a imitar su voz poniéndola más aguda.—”Si Julio estuviera aquí haría tal cosa” “Julio cuando trabajó con usted hizo esto”

— ¿En serio hablo tanto sobre él?

—Sí, algunas veces me parecía desesperante pero no te culpo, ese hombre es un verdadero bombón.

Nadia lo miró desconfiada.

—No te preocupes querida soy heterosexual, solo que reconozco a un hombre guapo cuando lo veo.

—Voy a ignorar eso—le dijo un poco traumada.—Somos vecinos desde hace dos años pero recientemente fue que empezamos a hablar y no sé, supongo que ya nos gustamos mutuamente ¿Sabe? Él se confesó, creo que yo le correspondí pero tengo miedo de seguir avanzando... No sé qué somos exactamente y aunque trate de negarlo él sigue amando a otra mujer.

—No creo que él ame a dos personas al mismo tiempo.

— ¿Por qué lo dice señor Claudio?

—Porque Julio ama con intensidad.

Nadia se quedó un poco pensativa con lo que había dicho.

— ¿Cómo está seguro de eso?

— ¿Nunca has notado el comportamiento de Julio? Todo lo que él hace siempre lo hace con una gran intensidad, en el trabajo es así y por eso es tan terco y mandón.

—Pues... en eso tienes razón.

—Me preocupa la perspectiva que tienes de él—le confesó el señor Claudio comiéndose una galleta.—Julio no es el príncipe azul que tu pintas, es una persona muy demandante que va a esperar que des todo de ti porque él va a hacer justamente lo mismo.

— ¿Usted cree que puedo ser arrastrada por el carácter de Julio?

—Querida mira a Julio como una gran ola, que se va a llevar y va arrasar todo a su paso ¿Qué haces cuando una gran ola viene hacia ti?

—Nado contra ella...

—Exactamente, si te dejas llevar por la gran ola que es Julio no lo vas a poder soportar.

—Tiene razón... tengo que nadar fuertemente si me quiero adentrar en ese profundo mar que es Julio.

El señor Claudio le dio una palmada en la espalda de manera de apoyo y ella se lo recibió gratamente, le dio las eternas gracias y se fue rápidamente de la casa del escritor.

Tenía algo muy importante que hacer ese día.

Llegó a su edificio rápidamente, recordando que su ascensor seguía dañado subió las escaleras como si no hubiera un mañana, solo pensaba que si se tardaba por un segundo más se iba a arrepentir de hacerlo, se iba a acobardar y volvería a su apartamento para olvidar el impulso que la estaba arrebatando en ese momento.

Sabía que Julio en su situación no lo hubiera pensado dos veces, por eso quería seguir a su corazón porque por primera vez su corazón le gritaba que estaba haciendo lo correcto, al correr subiendo las escaleras se imaginaba como sus inseguridades y sus miedos la dejaban atrás en esas escaleras, un piso más que subía era un mal pensamiento que dejaba atrás y por eso corría, corría porque no quería que la alcanzaran.

Cuando llegó a su piso llegó cansada pero más decidida que nunca porque no había nada que la pudiera hacer cambiar de opinión en ese momento, incluso si era ella misma la que se echaba para atrás.

Tocó ferozmente la puerta de Julio y este abrió aturrido por la fiereza que Nadia había tocado a su puerta, pero quedó más aturrido cuando de manera rápida y sin pensarlo Nadia le robó un beso. Julio encantado le correspondió pero Nadia se separó de él para decirle unas cuantas cosas.

—Julio... No me importa en absoluto cuanto tiempo tienes conociendo a la mujer que ocupa un lugar importante en tu corazón o que tanto pasaste con ella, yo quiero ser la que abarque todo de ti porque quiero ser la única dueña de tu corazón.

Julio no le dijo nada, solo le sonrió y Nadia pudo ver un brillo especial en sus ojos, como si desde hace mucho tiempo él estaba esperando esas palabras de su parte y esta vez fue él quien la besó, y en su mente Julio prometió besarla una y otra vez mas porque esa mujer de verdad era maravillosa y no la veía más nunca fuera de su vida.

Y Nadia mientras se besaban se juramenta en su mente convertirse ella en la gran ola que pudiera arrasar el corazón de Julio, que nadie más iba a ocupar ese lugar.

Familia

11 años antes.

Melinda y Julio ya tenían tres años de relación, y una manera de formalizar su relación fue alquilando una pequeña casa a las orillas del mar con una vista muy hermosa, Julio ya se había graduado de literatura y ahora trabajaba en el periódico local mientras que Melinda ya tomaba fotos más profesionales y ganaba dinero gracias a sus fotos.

Incluso el pequeño Louis había llegado a ser mucho más cercano a la pareja quedándose a dormir en esa casa la mayoría del tiempo, al principio Melinda estaba muy encantada de la compañía del pequeño porque sus ocurrencias tenían mucho más ingenio y siempre se podía reír estando con él pero Julio todavía estaba algo escéptico con la presencia de Louis.

— ¿Tu madre no se molesta que te quedes con nosotros?—le había preguntado Julio una vez que se había quedado en la casa y él estaba preparando la cena.

—En realidad ella no se preocupa por mí—le respondió con algo de tristeza el menor.—Se la pasa todo el día afuera y cuando llega de noche a la casa solo va a pedirme dinero.

—Pues eso no va a suceder más—le dijo decidida Melinda.—Porque nosotros nos vamos a preocupar por ti.

Julio no estaba muy seguro de encariñarse con ese niño como su hijo porque no quería después problemas con la madre del muchacho pero... Había pasado tantas cosas siendo tan solo un niño que lo único que quería era protegerlo toda su vida para que no sintiera abandono más nunca, porque personas tan bellas y tan inocentes no podían sentirse tan abandonadas.

Y así fue que Julio decidió abrirle las puertas de la casa para el momento que él quisiera ir para allá y también le abrió las puertas de su corazón para darle todo el amor y el cariño que él necesitaba. Incluso había llegado a un acuerdo con Melinda para que el pequeño pudiera estudiar en un colegio y poder tener la vida normal de un niño.

— ¿Cómo haremos eso?—le preguntó Melinda.—No somos sus representantes legales y no tenemos ningún papel del niño.

—Eso se puede resolver Mel, pero tenemos que intentarlo por el niño.

Melinda le sonrió.

— ¿Cómo una familia?—Julio le sonrió y le besó la frente con todo el cariño del mundo.

—Si cariño, como una familia.

Y de esa manera Melinda y Julio persuadieron tanto como a los profesores como al director de la pequeña primaria del pueblo para inscribir al pequeño y lo lograron, Louis había entrado oficialmente a la primaria como un niño normal.

Los tres hacían muchas cosas juntos, iban a pasear en las orillas de la playa, Julio y Louis hacían una pequeña sesión de fotos para el disfrute de Melinda y se quedaban hasta en la noche para poder ver los tres a las luciérnagas, iban de compras juntos y Melinda siempre le compraba ropa y zapatos al pequeño.

Los dos mayores estaban muy contentos de la compañía de Louis, lo consentían y malcriaban cada vez que ellos podían porque pensaban que el niño necesitaba todo el amor del mundo, y ellos muy gustosos le daban ese amor.

Melinda ya se hacía madre del pequeño, ella lo bañaba, lo vestía, cepillaba sus dientes y lo acostaba a dormir, ese amor tan puro e incondicional que solo veía en Julio también lo vio en ese

pequeño, se imaginaba como iba a ser Louis de grande y en que se podía convertir, quería verlo cumplir sus metas y sueños y quería que él volara lejos, justo como ella lo hizo pero de una manera más pacífica, quería que fuera feliz haciendo lo que él le gustara y no lo que le obligaban los demás.

Melinda estaba muy encantada con ese niño y eso nadie se lo podía quitar, ni el mismísimo Julio que era el amor de su vida.

Louis después de clase siempre llegaba a la casa de la pareja, eso era una completa tradición para los tres dado a que Melinda siempre lo ayudaba con la tarea, pero un día Louis se había tardado más de lo normal, había pasado casi dos horas desde la salida del Louis de la primaria y no aparecía. Melinda pensaba lo peor, de que lo habían secuestrado, de que su madre lo había encontrado y lo había encerrado.

Julio le había dicho que sobre exagerado las cosas, como todo niño normal podía quedarse en la primaria jugando con sus compañeros de salón, pero el pequeño al llegar a la casa no tenía una muy buena cara y Melinda al examinarlo bien se dio cuenta de que tenía un moretón en la cara.

— ¿Qué te pasó?—le preguntó preocupada Melinda.

—Me peleé...

—Louis, ¿Por qué hiciste eso?—le dijo severo Julio.

—Porque es lo que los muchachos grandes hacen ¿No?—les respondió el niño.—Si de verdad quieres ser un hombre tienes que pelear.

Melinda negó con gran desaprobación.

—El pelear no te hace más grande ni más fuerte—le regañó.—Hay cosas mejores para crecer sin probarle a los demás.

— ¿Cómo cuáles?

—No hacerles caso los muchachos que te molestan, no te metas en problemas que no tienen necesidad.

—Así que te prohibimos que vuelvas a pelear de esa manera ¿Entendido?—le dijo Julio molesto.

Melinda lo llevó al baño para curarle las heridas y se dio cuenta de que el pequeño tiene más raspones de lo que pensaba que tenía limpiándosela una por una.

— ¡Auch!—reclamó Louis cuando un algodón lleno de alcohol pasó por uno de sus raspones.

—Si quieres ser un niño grande tienes que hacerte responsable de lo que haces.

—Lo siento...

Melinda le sonrió y le dio un fuerte abrazo.

—Sabes que estas perdonado, pero por favor no vuelvas a meterte en una pelea como esa, puedes salir gravemente lastimado la próxima vez.

Louis asintió de manera cabizbaja arrepentido por lo que había hecho y Melinda volvió a envolverlo en un abrazo. Esa noche se había quedado a dormir y Melinda le contó su respectivo cuento antes de dormir y se fue a la cocina a hablar con Julio.

— ¿Crees que sea normal?—le preguntó Melinda llegando a la cocina.

— ¿Qué cosa?

—Ese tipo de peleas.

—Por supuesto que no—le respondió Julio mientras arreglaba los platos en su respectivo lugar.—El acoso escolar no es normal.

—Entonces tenemos que hablar con la maestra.

—Es una opción, iremos mañana para estés más tranquila—Julio se acercó a Melinda para darle un respectivo beso en la frente.— Tranquilo, ese niño es más fuerte de lo que crees.

—Puede que sea fuerte mentalmente Julio, pero físicamente sigue siendo un niño ¿Viste el moretón? Pronto puede pasar a ser algo peor.

—Tienes que calmarte y no sobre pensar las cosas, todo va a estar bien.

Melinda lo miró recelosa.

— ¿Cómo sabes eso?

—Solo lo presiento—le dijo sonriéndole y Melinda muy feliz le correspondió la sonrisa para luego darse un cálido beso de buenas noches.

Al día siguiente Melinda y Julio acompañaron a Louis al colegio antes de ir que cada uno se fuera a trabajar, Melinda veía a la maestra con un poco de resentimiento por no haber estado pendiente por el bienestar de cada uno de los estudiantes.

Julio decidió hablar por Melinda y le explicó lo sucedido y mostrándole la preocupación por ambas partes de que el pequeño tuviera problemas en la escuela.

—Intento hacer todo lo que puedo, pero no puedo estar pendiente de todo lo que hacen los niños en horas que no sean de clase.

— ¿Trata de decir de que no es de su incumbencia la salud de Louis?—le dijo Julio molesto.

—No es eso señor, todo lo contrario me preocupo por él... Ya sabe, con toda su situación.

— ¿Cuál situación?—inquirió Julio.

—Ustedes saben que no son los padres del niño... Y su madre tampoco está muy pendiente de él.

—Y por eso mismo no queremos que también la pase mal en el colegio—le dijo muy serio a la profesora.—Por eso le digo que tenga más cuidado con los niños de su clase.

Después de decir eso Julio se fue del lugar sin decir ni una sola palabra, tanto que Melinda tampoco dijo nada porque se fue justo detrás de él.

—Vaya...—le dijo Melinda.—Pensé que tu iba a hablar pacíficamente.

— ¿Piensa que como no somos los padres de Louis no nos podemos preocupar por él?

—Cariño—Melinda lo detuvo y puso sus manos en la cara para que la pudiera mirar a los ojos.—Lo hiciste perfectamente bien y los dos sabemos lo mucho que queremos a ese niño.

Julio le besó una de las manos a Melinda para luego poner su frente con la de ella.

—Somos una familia Mel.

Melinda le sonrió y le dio un rápido beso.

—Somos una buena familia Julio... Y para serte sincera manejaste muy bien la situación.

— ¿Tú crees?

—Sí—le dijo riéndose.—Tú tienes más posibilidad de explotar con que yo.

— ¡Por supuesto que no!

Melinda le dio una mirada sarcástica.

—Solamente un poco—le confesó Julio.

Melinda lo volvió a mirar sarcásticamente.

—Nunca voy a admitir lo contrario.

Los dos se echaron a reír y continuaron su camino hacia sus trabajos acordándose en ver de nuevo en la primaria para pasar buscando a Louis y así tener una salida los tres, como una buena familia.

Fueron al lugar dónde toda la magia había empezado para ellos y nunca iban a poder olvidar.

El café de Fantin roses.

A pesar de que Melinda y Julio ya no trabajaban en el lugar iban muy seguido con Louis, la amistad que habían forjado con Madame Fantin era algo demasiado fuerte, tanto como Melinda como Julio se quedaban largas horas hablando con ella sobre cualquier cosa que les pudiera haber

pasado en el día.

Un chico de cabellos rubios y una joven de pelo azabache eran los que ocupaban el puesto de Julio y Melinda en esos momentos, también se habían encariñado con la pareja cuando estos los ayudaron a con algunas duda sobre el café antes de ellos retirarse de ahí.

— ¡Hey Julio!—le dijo el muchacho.— ¿Quieres lo mismo?

—Por supuesto que si Francis.

El muchacho asintió y se fue directo a la cocina para prepararle un delicioso chocolate caliente para los tres, era una tradición de ellos tomar chocolate caliente en el café de Madame Fantin.

—Pero mira a quien tenemos aquí—les dijo la señora al verlos llegar y sentarse en respectivo puesto del café.

—Bonjour Madame Fantin—le dijo educadamente Louis.

—Bonjour querido.—La señora le respondió dulcemente mientras le acariciaba suavemente la cabeza.—Y a ustedes dos—le dijo recriminando a la pareja.

—Bonjour Madame Fantin—le saludaron al unísono.

—Es muy malo de su parte no visitar a esta pobre anciana—les recriminó Madame Fantin en un regaño amistoso.

—Solo fue una semana—le dijo ofendido Julio.

—El tiempo pasa rápido cuando eres viejo—respondió de manera dramática y todos se echaron a reír.

—Perdón si nos ausentamos Madame Fantin—se disculpó Melinda.—Pero el trabajo ha sido largo y las tareas de este pequeño también.

La señora solo negaba con la cabeza riendo y se unió a la mesa de esos tres muchachos para seguir hablando de cosas cotidianas que le pasaban a cada uno mientras se tomaban una deliciosa taza de chocolate caliente.

Porque ellos pensaban que aunque el tiempo pasara y cada uno fuera creciendo y tomando su camino no podían separarse ninguno, que las cosas podían cambiar pero nunca cambiarían las personas y los buenos momentos que ellas traían, porque aunque ninguno fuera un pariente de sangre en ese grupo se sentían como un verdadera familia.

—Veo que el pequeño ha crecido mucho...—les decía Madame Fantin a la pareja mientras veía como Louis se disponía a hablar con los trabajadores del café para decirle uno de sus ingenios.—Está más grande y más maduro ¡Como todo un hombrecito!

—Lo sé lo mejor que pudimos haber hecho fue llevarlo con nosotros—dijo orgullosa Melinda.—Ahora yo misma la estoy viendo como mi hijo y... No sabe el orgullo que siento de poder verlo crecer junto conmigo.

Julio le dio un abrazo reconfortante y el pequeño se volvió a sentar en la mesa para que los cuatro terminaran su chocolate caliente, todos agradeciendo que sus vidas se cruzaran de la manera tan espectacular que había sucedido, porque ese era el lugar donde siempre tuvieron que estar.

Al llegar a casa Louis le pide a Melinda y a Julio quedarse en la casa esa noche y los dos aceptan gustosos.

—Sé que ya estoy grande para esto—les dijo Louis apenado.—Pero me gustaría que los dos me contaran un cuento para dormir.

—Nunca se es demasiado grande para un buen cuento muchacho—Julio le acarició la cabeza de manera juguetona mientras con Melinda acompañaban al pequeño al que ya era oficialmente su habitación.

Louis se acomodó en su cama mientras que Melinda y Julio se acostaban a su lado para los tres poder ver el techo de cuarto, Julio se había encargado de arreglar la habitación para el disfrute de Louis y le había pintado unas estrellas en el techo que para cuando apagaran las luces estas se iluminaran por toda la habitación.

— ¿Qué quieres que te contemos?—Melinda estaba pensativa de cómo hacer un cuento, aunque le gustaba leerle cuentos al pequeño el hecho de hacerlos se lo dejaba a Julio.

—Bueno, podemos hablar sobre un dulce princesa que se rescató a si misma de un terrible castillo—le respondió Julio a lo que esta solo pudo reír.

—Bueno también podemos hablar sobre un apuesto príncipe que siempre estaba en busca de una aventura.

— ¿Y si me hablan de cómo se conocieron la princesa y el príncipe?—les pidió el verdadero autor del cuento.

Melinda y Julio sonrieron porque ese cuento nunca se les iba a olvidar, de cómo los dos habían llegado a conocerse.

Y es que todo era gracias a ese pequeño.

—Bueno...—le dijo Melinda.

—Todo comenzó por un gato—terminó de decir Julio.

Y así fue que los dos le contaron de manera fantástica que tanto tuvieron que hacer para llegar a ese momento junto él y sin darse cuenta poco a poco se iban durmiendo hasta quedar los tres dormidos abrazados en la pequeña cama de Louis.

Claramente eso les llevó a un leve dolor de espalda en la mañana para los mayores esa noche se quedó como una de las mejores noches que ellos tuvieron cuando vivieron en Francia.

Días después Louis fue devuelto del colegio por piojos y entre Melinda y Julio tenían que quitárselos. Mientras que Louis estaba en la bañera Melinda y Julio estaban alrededor de él lavándole la cabeza con un shampoo especial y matándole todo piojo que quedara vivo.

— ¿En qué lugar te metiste a jugar para que tuvieras piojos?—le regañó Melinda.

—Un compañero me pegó los piojos...—le dijo Louis con los ojos cerrados por el shampoo.

—Louis solo fuiste el único en el salón con los piojos.

—No regañes al niño—lo defendió Julio.—Esto es normal, yo de pequeño también tuve piojos.

— ¿Ah sí?—le respondió Melinda molesta.—Yo nunca tuve piojos en mi vida.

—Apuesto que nunca saliste de tu casa.

Melinda le pegó a Julio con un paño mojado por lo que había dicho y Louis se había reído por el acto y seguidamente los dos también empezaron a reírse mientras le terminaban de lavar el pelo.

— ¿Les puedo pedir un favor?—Louis ya se había terminado de bañar completamente limpio y sin nada de piojos.

—Claro pequeño ¿Qué necesitas?—Le dijo Melinda mientras le secaba el pelo con una toalla.

—Quiero que ustedes sean mi familia.

Melinda se le quedó mirando confundida.

— ¿A qué te refieres?

—Quiero que ustedes sean mi papá y mi mamá.

—Querido...—le dijo Julio abrazándolo con todo el cariño—Desde hace mucho nosotros te consideramos nuestro hijo.

Melinda siguió con el abrazo y los tres habían vuelto a abrazarse de nuevo, pero algo dentro de los dos se había encendido ese día, y era que querían la custodia completa de Louis.

Pasaron los días y Louis había ido normal al colegio pero Melinda y Julio no se les había quitado de la cabeza tener la custodia, necesitaban apoyo y asesoramiento en ese tipo de cosas así que habían llamado a Madame Fantin para que los pudiera ayudar en todo ese tema.

—Lo que quieren hacer es muy arriesgado.—le dijo la señora mientras Melinda le servía un café, se habían reunido en la casa de la pareja para armar una estrategia—A pesar de todo la madre sigue siendo la tutora legal del pequeño y eso la ley lo ampara.

—Pero no lo quiere—le respondió Melinda molesta—Usted sabe bien que no lo quiere y no podemos permitir que en algún momento encierre al pequeño en contra de su voluntad.

—Sabes que te puedes meter un graves problemas Mel.

—Haremos todo lo que sea necesario... Haré todo lo que esté a mi alcance y más para poder ser su madre.

Julio se había acercado a ella y la había dado un apretón de manos, a lo que Melinda le sonrió y le dio un corto beso en los labios.

—Tenemos que tener algo a nuestro favor—le dijo Julio.—Somos los que lo llevamos a la escuela, le damos de comer y de vestir.

—Si pero legalmente no es su derecho—le volvía a decir Madame Fantin—Tienen que jugar muy bien sus cartas porque es un completo campo minado.

Querían seguir hablando pero el teléfono de la casa había sonado y Julio se había ido a contestar, Melinda estaba dispuesta a lo que fuera por Louis, todo lo iba a hacer por él y estaba dispuesta a librar una batalla con la madre del pequeño para tener la custodia, era lo mínimo que ella podía hacer para tener la felicidad del pequeño, pero lo que ella no sabía es que la tragedia que iba a suceder era mucho peor.

Porque las preguntas de ese día nunca se les iba a borrar de su memoria.

¿Qué era lo que había pasado?

Ellos no sabían que Louis tenía problemas en el colegio, que los niños de su salón siempre lo molestaban con el tema de su madre, que un niño le había dicho que su madre era una puta y el la defendió pensando que se había referido a Melinda.

Y así fue como todo había sucedido.

Julio había entrado a la sala con una cara sombría que eso a Melinda la asustó.

— ¿Qué pasó?—le dijo temiendo lo peor.

—Tenemos que ir al hospital...—dijo tratando de acomodar bien sus palabras—Louis se cayó por las escaleras y tiene una grave contusión en la cabeza.

Y en ese momento a Melinda se fue el mundo, porque la pequeña familia que habían construido se había desmoronado en cuestión de segundos.

Conexión

Nadia se había levantado de muy buen humor ese día y no la culpaba, después de tanto tiempo ella había tomado una muy buena decisión y esa era tomar por fin riendas de su vida, la había tomado con las dos manos la había dirigido al camino que ella quería seguir. Ya no iba a tener miedo nunca más de lo que estaba haciendo porque sabía que estaba haciendo lo correcto.

Y aunque pareciera poco creíble la toma de decisión sobre su vida no fue exactamente gracias a Julio si no por ella, porque ella tomó la decisión de dar ese paso adelante y solamente ella fue quien decidió dar el impulso, eso la ponía completamente feliz.

Podía respirar ese aire de calma que hace mucho tiempo se lo había arrebatado, podía caminar hacia adelante sin llegar a pensar en todo lo que dejó atrás y eso la hacía estar tranquila, todo en su vida se estaba acomodando como debía estar porque ella lo había proclamado así.

Había llegado muy feliz al trabajo porque la seguían felicitando por su trabajo con el señor Carrizal, le decían que había hecho una verdadera joya de la literatura con el escritor y ella solo les decía que solo dio su grano de arena para que todo en ese libro fluyera, que todo eso era solo un trabajo en conjunto.

— ¿Cómo hiciste para trabajar con él?—le preguntó uno de sus compañeros.—Dicen que tiene muy mal carácter.

—Y vaya que lo tiene—le respondió bromista Nadia.—Pero supongo que hicimos una muy buena conexión.

Todos la miraban con entusiasmo pero Nadia también percató que muchos la miraban como se estuvieran burlando de ella, algunos cuando la veían pasar se reían y Nadia no sabía muy bien la razón de eso. Si, estaba muy consciente de que había cometido muchas estupideces en esa editorial pero eso ya era algo muy pasado, no había hecho el ridículo últimamente.

¿O sí?

La gota que colmó el vaso fue cuando una de sus compañeras se había acercado a ella de modo despectivo.

—Al menos ya sabemos cómo conseguiste trabajar con el señor Carrizal.

Y Nadia no pudo preguntarle a que se refería porque ella salió molesta del lugar.

— ¿A qué se refería?—le preguntó confundida a uno de sus compañeros.

—No te preocupes por ella, todo el mundo sabe que tiene una especie de enamoramiento con el jefe.

— ¿El jefe? ¿Y por qué estoy metida ahí?

—Nadia... ¿No viste la foto?

Nadia tenía miedo de que fuera la foto que ella estaba pensando.

—Al parecer no.

El muchacho sacó su teléfono para mostrarle la tan temida foto, donde estaba ella besándose con su jefe Salvatore.

Oh no, eso estaba muy mal.

—Maldición...—Dijo levantándose de su puesto— ¿Crees que puedas pasarme la foto?

—Em... Si por supuesto.

Nadia al llegarle la foto se fue directamente a la oficina de su jefe.

—Buenos días señor—le dijo apresuradamente entrando sin tocar.

—Buenos días Nadia—Salvatore estaba muy pendiente de escribir cosas en su computadora en vez de mirarla.—Supongo que como publicaste un Best-seller piensas que ya puedes entrar a la oficina de tu jefe sin tocar.

—No es por eso señor ¿Vio la foto?

Salvatore la volvió a mirar por encima de sus lentes.

— ¿Cuál foto?

Y Nadia rápidamente le mostró la foto desde su teléfono. Cuando Salvatore pudo ver bien la foto Nadia pudo reconocer que su jefe se había puesto completamente pálido.

— ¿Quién tomó esa foto?

—Créame que yo tengo la misma duda.

Salvatore solo podía pensar en Melinda, en cómo se iba a molestar al verlo besándose con otra mujer y recriminándole de que ella solamente era una más.

—Yo propongo rastrear la dirección IP del que envió la foto primeramente y demandar a la persona que lo envió—dijo de manera muy psicópata Tore.

Aunque Nadia también quería averiguar quién había sido el de la foto sinceramente estaba cansada de preocuparse de lo que dijera la gente.

—No creo que sea necesario señor, de igual manera sabemos que nada sucedió esa noche.

Oh claro que había sucedido pero no con ella exactamente.

—Pero Nadia nuestra reputación.

—Nada va a cambiar de que trabajamos con uno de los más grandes escritores de la época, publicamos un best-seller y salvamos la editorial—Nadia le sonrió y Salvatore le sonrió de vuelta porque ella tenía razón—Si tanto la preocupa yo puedo decir que el desliz fue mío por beber de más.

—No es necesario Nadia, hay que tomar todo esto de una manera más adulta—le apremió su jefe.

Y se fue de la oficina mucho más tranquila de lo que pensaba que estaría, la gente la veía mal pero estaba consciente de que hiciera lo que hiciera la gente siempre iba a buscar de verla mal y por eso no se iba a preocupar, al único que merecía darle una explicación sobre la foto era a Julio y eso porque gracias a ella ya eran oficialmente una pareja.

Mientras iba camino a su puesto recibió una llamada del señor Carrizal.

Hola tigresa

Le saludó irónico el escritor.

—Buenos días señor Carrizal.

Quiero llegar al grano porque me encanta el chisme, ya vi tu foto con Salvatore.

— ¿Puedo preguntar como tuvo la foto?

Cariño, mírame como un ente omnipresente que está pendiente de todo lo que ustedes hacen.

—Sinceramente señor, eso me preocupa.

Acto seguido el escritor se empezó a reír con una risa muy sonora, tan sonora que Nadia tuvo que alejarse un poco del teléfono para no quedar aturdida.

—Deberías preocuparte por lo que la gente diría.

Esta vez fue Nadia la que se ríe.

—Créame que esa es mi menor preocupación—Nadia había vuelto a su puesto viendo unas cuantas correcciones de otros autores que su jefe le había enviado.—Ya no me interesa lo que vaya a decir la gente sobre mí.

— *¡Esa es mi chica! , me sorprende la confianza que tengas sobre ti Nadia, eso me*

enorgullece.

—Gracias señor.

Pero no me hago responsable de cómo se tome todo esto mi sobrina.

¿Cómo? ¿Por qué su sobrina se molestaría con eso?

— ¿Cómo así? —le dijo duda Nadia.

¿Acaso no lo sabías? Melinda está saliendo con Salvatore.

Maldición, eso estaba completamente mal, la chica la cual le hizo bullying de jóvenes no solo es sobrina de uno de sus amigos si no también era pareja de su jefe. Eso apestaba.

Nadia trató de hacer una risa natural y hacer una broma para que el escritor no se diera cuenta de su preocupación.

—Dile a tu sobrina que fue un malentendido... Él no es mi tipo.—En realidad no lo era pero el nerviosismo lo hacía ver como si fuera una broma a lo que el escritor solo pudo reírse y Nadia solo le siguió el juego.

Lo haré querida no te preocupes.

Era algo imposible, eso ya le había dado un ligero aire de preocupación.

Al terminar de hablar con el señor Claudio, Nadia solo pensaba en la fuerte conexión que la hacía tener con Melinda, de que de alguna u otra manera su camino siempre se iba a encontrar con el de ella y siempre se iban a terminar encontrando.

Eso le parecía horripilante.

Y no porque no le agradara Melinda, todo lo contrario, Melinda era la persona más agradable y amable en el mundo pero aun así se notaba que cuando las dos estaban juntas había cierto aire de incomodidad, y no la culpaba, Nadia había sido muy mala con ella y aunque Melinda la hubiera perdonado sabía que nunca se iba a olvidar de todo lo que tuvo que sufrir estando con ella.

Nadia había pensado todo eso estando en el trabajo, hasta que por fin había llegado a su apartamento para pensar en otro problema que tenía en mente.

Contarle a Julio sobre la foto.

Nadia se había armado de valor y de calma para decirle a Julio lo sucedido como una persona madura y racional que era... O bueno eso era lo que pensaba ella, tocó dos veces a la puerta de Julio y este abrió muy sonriente al verla.

— ¡Hola linda! ¿Cómo estás?

Dios ese hombre no podía ser más bello.

—Hola vecino.

— ¿Quieres tomar un café mientras hablamos de la vida en mi casa?—le dijo Julio en un tono grave mientras levantaba una ceja.

—Por supuesto—le respondió con el mismo tono y auto invitándose a pasar.

Melinda se sentó en uno de los sillones que Julio tenía en la sala mientras este le preparaba un café.

—Vi el éxito del libro del señor Carrizal—le dijo Julio mientras le servía café, Nadia siempre le decía que su manera de preparar café era algo exquisita.

—Sí, arrasamos con ese libro.

—Y vaya que lo hicieron, su editorial se volvió nuestro principal enemigo—Julio le dio un pequeño sorbo a su café y vio que este le faltaba algo de azúcar— ¿Quieres azúcar?

—No, lo prefiero así.

Julio se levantó directo a la cocina y Nadia se fue detrás de él.

— ¿Dices que seremos como algo parecido a Romeo y Julieta?—bromeó Nadia.

— ¿Sabes? No lo había pensado así—le dijo riéndose mientras le echaba más azúcar a su

café.—No estoy seguro de eso, pero de algo que si estoy seguro es que mi jefa quiere la cabeza del tuyo.

En ese momento Nadia dio un trago grueso, se le había olvidado por completo la razón por la cual estaba con Julio en ese momento... Su jefe.

—Bueno...—Nadia estaba muy temerosa por su reacción así que trato de ir lo más sutil posible— ¿Qué tanto sabes de mi jefe?

—Nada en realidad—le confesó—Todo lo que se dé él lo sé gracias a ti.

—Bueno... Algo pasó con él el día de la fiesta en la editorial.

Julio se había acercado más a ella para escucharla, aunque Nadia pensaba que en realidad solo la estaba observado y analizando cada una de sus reacciones porque ella estaba consciente de lo nerviosa que estaba en esos momentos.

Pero ya no se podía echar para atrás.

— ¿Qué pasó con él?—le preguntó Julio después de que Nadia pasara un rato sin decir una sola palabra.

—Bueno... Yo me besé con él.

Julio había quedado atónito.

— ¿Qué?

—Bueno, hay que aclarar que yo no fui quien lo besó si no él me besó a mí, pero no pasa nada entre nosotros, él se había pasado de alcohol y me confundió con otra persona y pasó todo eso pero yo lo detuve...

—Pensé que te llevabas mal con él...—le dijo interrumpiéndola.

—Antes si porque me humillaba pero cambió y ahora es una muy buena persona conmigo... ¡Pero ese no es el tema! El tema es que no siento ninguna atracción amorosa por él ni nada por el estilo.

Julio se había quedado viendo el vacío por un momento sorprendido por lo que le había dicho Nadia, y esta estaba completamente asustada de que Julio le fuera echar de la casa o algo así.

Y aunque debo admitir que Julio ya había hecho algo así en el pasado este no era capaz de hacerlo en ese momento.

—Vaya...—Fue lo único que pudo decir.

—No lo malinterpretes, te lo digo porque quiero que tengamos buena confianza... Y hay una foto circulando en la oficina.

— ¿Incluso tomaron fotos?

— ¡Pero nosotros no nos dimos cuenta! Se supone que no había gente en ese lugar.

— ¿Te fuiste con él a un lugar donde no había nadie?

— ¡Pero no con esa intención! Te puedo asegurar que yo fui solamente para tomar aire y él había llegado completamente borracho.

Julio se había quedado pensando, analizando la situación y digiriendo bien lo que le estaban diciendo.

—Bueno...—le dijo a Nadia.—Te creo, si tuviste la confianza para decirme entonces te doy mi voto de confianza.

En ese momento Nadia pudo respirar tranquilamente.

—Gracias—Nadia se fue a abrazarlo y este le correspondió el abrazo.—Gracias por confiar en mí.

—Nadia, pasamos por mucho para que un beso nos llegue a separar.

Nadia estaba aliviada por lo que le había dicho, esperaba que nada en absoluto lo fueran a separar.

—Tienes razón.

—Además te agradezco que me hayas contado, no te tuve que obligar ni nada por el estilo para que me llegaras a decir.

—Lo hice porque publicaron esa foto con la intención de herirme y pues, no tenía que darle explicaciones a nadie sobre lo que había pasado ese día excepto a ti, porque tú eres mi pareja, no los demás.

Julio le dio un cálido beso en la frente y Nadia no pudo evitar sonrojarse como toda adolescente con su primer amor, pero era imposible no pensar que Julio había sido la única persona que la había hecho sentir así, por eso ella suponía que podía ser como su primer amor.

— ¿Y tienes la foto?—le preguntó Julio.

— ¿Para qué quieres saber?

—Bueno... Quiero verla.

— ¿De verdad quieres ver la foto?

—Me da curiosidad ¿No estarías igual en mi lugar?

No lo podía culpar, tenía razón.

Y por eso mismo aun dudosa de si hacerlo o no, Nadia sacó su teléfono y buscó entre las imágenes para mostrarle la foto a Julio, y mientras ella le mostraba la foto apartaba la cara de la vergüenza de ver la reacción de Julio al verla besarse con otro tipo pero lo que le dijo después la desplomó por completo.

— ¿Salvatore?

Espera, ¿Qué?

— ¿Conoces a mi jefe?

—Es mi primo.

¿QUÉ?

Ahora resultaba que su jefe es el primo de su novio y novio de la que había molestado de joven además de ser la sobrina de su amigo. La conexión que tenían con todos ellos apeataba y odiaba al mundo por hacer toda esa maldita conexión. ¿Cuántas veces Nadia había hablado mal de jefe con Julio? ¿Ahora cómo podía mirar a su jefe y decirle que estaba saliendo con su primo?

—El mundo es verdaderamente pequeño—le dijo divertido.

—Por supuesto...

—Aunque la verdad me alegra de que Tore esté detrás de la publicación de Alberto Carrizal, me hace estar orgulloso de él.

—Tu primo es muy bueno en lo que hace... Aunque es un poco gruñón.

—No te preocupes, Tore siempre fue un amargado—le dijo bromeando Julio.—No me sorprende que haya tomado esa actitud contigo la vez que te conoció.

Nadia empezó a reírse un poco más ligera de todo el momento de tensión que había pasado.

—No puedo creer que mi jefe sea tu primo.

—Nosotros no estamos muy comunicados, siempre estamos pendientes del trabajo que muchas veces nos olvidamos de la familia.

— ¿Y crees que se tome bien nuestra relación?

—A Tore no le interesa nuestra relación—le dijo Julio riendo.—Como te dije, siempre fue un amargado, él no se preocupa por esas estupideces que la gente llama amor—dijo imitándolo.

Y los dos empezaron a reírse, cuando Nadia iba seguir hablando sobre su jefe con Julio el señor Carrizal la estaba llamando de nuevo a lo que Nadia se disculpó y contestó la llamada.

— ¿Si?—le dijo Nadia.

Hola rompecorazones.

—Creo que ya nos habíamos saludado antes señor—le bromeó Nadia.

Lo sé querida, lo que pasa es que arreglando mi biblioteca me encontré con una vieja edición Clementine y pensé en regalártela.

— ¿En serio haría eso señor?

Por supuesto, aunque ya encontré a mi sobrina tú me sigues acordando mucho a ella.

—Entonces lo recibiré muy gustosa señor.

Entonces te lo daré cuando nos volvamos a ver.

Nadia se despidió agradeciéndole por el gesto y colgó la llamada muy sonriente, Julio al verla la miró con una ceja levantada.

— ¿Quién era?

—El señor Carrizal.

Julio la miró confundido.

— ¿Qué estabas hablando con ese viejo que te hizo poner tan feliz?

Nadia se reía por los aparentes celos de Julio.

—Me va a regalar una edición que tiene de Clementine, ese libro significa mucho para él y el hecho de que me regale una copia...Le da mucho valor a ese libro.

Julio se había tranquilizado un poco.

—Bueno, Clementine es un muy buen libro, lo leía en la época de la universidad junto a una persona que se parecía mucho a la protagonista, supongo que por eso aprecié mucho ese libro en esa época.

Nadia sabía perfectamente de quien estaba hablando, hablaba sobre la usurpadora y ella quería sacarle más información sobre esa chica.

— ¿Cómo la conociste?—le dijo Nadia intrigada.

Julio se fue a la sala y Nadia lo siguió, este se sentó en el sofá mientras que Nadia se sentó a su lado y Julio le pasó su brazo por encima para abrazarla y quedaran completamente juntos.

—La conocí cuando estuve en Francia, trabajábamos en el mismo local.

— ¿Y ella también estudiaba o algo así?

—No realmente—le dijo Julio mientras la recordaba.—Su vida era como la de Clementine, se había escapado a Francia por no tener el apoyo de su familia y quería cumplir su sueño de ser fotógrafa.

Nadia pensaba que curiosamente muchas mujeres tenían una historia parecida a la Clementine, aunque se quedó un rato pensando en todo y eso ya no le parecía coincidencia, tampoco le parecía coincidencia que toda historia le hiciera pensar en un solo nombre.

— ¿Y cómo se llamaba esa muchacha?—le preguntó Nadia con todo el temor del mundo en esa respuesta.

Julio sonrió al recordar su nombre.

—Se llamaba igual que mi tía, Melinda.

Nadia había quedado quieta en su sitio sin decir una sola palabra, aunque en su mente decía una muy claramente.

Mierda.

En otro lugar pero al mismo tiempo Tore se había acordado con Melinda para verse, él quería aclararle por su cuenta lo que había pasado con Nadia esa noche para que no hubiera malentendidos entre ellos porque él de verdad quería esforzarse en una relación.

Lo que él no se esperaba es que su tío la estuviera acompañando y en vez de saludarla bien lo único que dijo fue.

— ¿En serio tenías que traerlo?

A lo que esta respondió.

—Ya se lo de la foto.

Salvatore suspiró exasperado tocándose la frente con los dedos tratando de que no le diera algo a plena luz del día.

—¿En qué lado estas viejo?—Le dijo Tore sintiéndose traicionado por él.

—Del lado de la verdad—le respondió sarcástico el escritor.—Además salí de la limpieza rutinaria de mi casa solamente para ver el espectáculo de hoy.

—No va a haber ningún espectáculo tío Claudio—le dijo riendo Melinda.—Ya me explicó todo lo que sucedió ese día, no necesitas darme explicaciones.

Dicho esto Melinda le dio un corto pero cálido beso en los labios. Maldita sea, de verdad amaba a esa mujer.

—Aunque solo tengo una petición—le dijo Melinda como una niña pequeña.

—¿Cuál?—Salvatore la había agarrado de la cintura para acercarse más a ella y mirarla a los ojos.

—Quiero ver la foto.

Salvatore se había quedado quieto en su lugar.

—Yo no tengo la foto—se defendió.

Pero el señor Carrizal no se lo había dejado tan fácil, al fin y al cabo ese era una de las consecuencias de tenerlo como una especie de suegro.

—Por suerte yo si—el escritor ya tenía listo el teléfono para mostrarle a Melinda la foto, al parecer se lo iba a mostrar sin que ella se lo pidiera y Melinda se separó de él para poder ver la foto junto a su tío.

Salvatore tuvo que aguantar salvajemente no darle un golpe.

—Vaya...—dijo Melinda examinando la foto—¿Nadia?

Tanto el escritor como Salvatore habían quedado sorprendidos al ver que ella lo reconocía.

—¿La conoces?—le preguntó Tore.

—Si algo así.

—¿De dónde la conoces?

—Es una larga historia... No es necesario que lo sepan.

—Me siento ofendido por eso—interrumpió el señor Carrizal.—Tantas veces que te conté sobre mi editora y no sabía que la conocías.

—No es muy importante esa historia para saberla.

Salvatore y su tío se habían reído por todas las coincidencias que habían pasado pero Melinda estaba algo incomoda por todo lo que había sucedido, no sabía toda la conexión que compartía con Nadia.

Y eso que todavía no sabía la conexión más importante con ella.

Después de que los tres hablaran por unos veinte minutos, el tío de Melinda había decidido irse porque todavía tenía mucha casa que limpiar y así Salvatore invitó a Melinda a su apartamento para poder hablar con ella de manera más privada. Melinda había aceptado porque sabía que Salvatore ya no tenía segundas intenciones con ella y eso la dejaba tranquila.

Cuando habían llegado al apartamento Salvatore este le ofreció una taza de café a lo que ella le dijo que prefería un chocolate, este aunque pareciera raro de que no le gustara el café le hizo obedientemente un chocolate.

—No pensé que te gustara el chocolate caliente—le dijo Salvatore mientras le servía una taza.

—Pues es algo que hacía mucho cuando estuve en Francia.

Esa parte de Melinda nunca la había conocido, la verdad no conocía mucho sobre su vida en

Francia.

— ¿En qué parte de Francia viviste?

Melinda le sonrió al recordarlo.

—En Hautot Sur Mer, donde los artistas reciben inspiración.

Qué curioso, en ese lugar había estado su primo también.

— ¿Y hace cuanto fue eso?—le preguntó Salvatore intrigado por esa coincidencia.

—Hace como... ¿Diez años?

Salvatore estaba sorprendido, Julio también había estado en ese lugar hace diez años ¿No se habrán conocido en algún momento?

— ¿Y dónde trabajaste cuando viviste por allá?

—Bueno, al llegar allá trabajé en un pequeño café, se llamaba Fantin roses.

Julio trabajó en ese café, él se lo había dicho. Muchas cosas estaban conectando en su cabeza en esos momentos, se acordaba lejanamente de cuando hablaba con su primo por teléfono y le hablaba sobre que había conocido a una persona maravillosa por allá y estaba ansioso por que la familia la conociera.

Pero no se acordaba de cómo se llamaba.

Aunque temía un poco saber esa respuesta.

—Tu gran amor... ¿Lo conociste allá en Francia?

El de verdad esperaba que le dijera que no.

—Sí, trabajábamos en ese café y ahí fue donde ocurrió todo.

Melinda se empezó a reír y Salvatore trató de seguirla pero estaba petrificado.

— ¿Y cómo se llamaba?—Esa pregunta definitivamente iba a determinar todo.

Melinda lo miró sonriente sin saber todo lo que le estaba sucediendo en la cabeza a Salvatore en ese momento.

—Julio, el hombre se llamaba Julio.

Salvatore se quedó en silencio por lo que había escuchado, pero en su mente estaba diciendo una palabra muy clara.

Mierda

Corazones rotos y futuros perdidos

11 Años antes.

Melinda, Julio y Madame Fantin habían llegado lo más rápido que pudieron al hospital cuando se habían enterado lo del pequeño, el hospital estaba siniestramente solo, no habían muchos pacientes y eso lo cubría con un silencio sepulcral, en la sala de espera solo estaba la maestra de Louis, quien se suponía que debía estar pendiente de él.

—¿Qué sucedió?—le dijo Melinda desesperada a la profesora.

—Él... tuvo una pelea con unos muchachos—le dijo la profesora atónita.—Y recibió un empujón que lo hizo caer por las escaleras.

Melinda había empezado a llorar, pero no del susto o la desesperación si no de la impotencia que sentía, ella se lo había advertido a la profesora pero no le hizo caso, ahora todos estaban pagando las consecuencias de ese terrible error.

Y Louis fue el que más tuvo que pagar en esa situación.

Melinda quería gritarle sus verdades a la profesora por negligente pero Julio la detuvo, los momentos estaban siendo muy tensos para que ella empezara a gritar y a pelear y debido a eso Melinda se relajó pero trató de estar lo más lejos de profesora antes de insultarla.

—Alguien tiene que avisarle a la madre—les dijo Madame Fantin.

—Ella no tiene ningún derecho de estar aquí con el niño—dijo molesto Julio.

—Lamentablemente si, y son derechos legales, es mejor hacerlo porque iba a ser mucho peor si a ella se le llega a ocultar.

Melinda se tuvo que ir para afuera para tomar un poco de aire y matar a todo el mundo en la sala de espera, todo lo que habían construido se había desaparecido de manera tan rápida que ella no podía creer todo lo que estaba sucediendo, era como si toda la felicidad se alejara de ella y no pudiera ni siquiera alcanzarla.

Esto no era justo, ni siquiera la habían advertido de todo este dolor al principio.

Julio se fue a acompañarla y eso la tranquilizó, él no dijo ni una sola palabra y solo le agarró mientras veían el radiante sol sobre sus caras, esperando que de noche salieran las estrellas como a ellos siempre les gustaba y todo volviera a la normalidad.

De verdad esperaban que todo volviera a la normalidad.

Después de que Melinda se tranquilizara y respirara hondo decidió volver para esperar una respuesta del doctor, que eso era la único que le importaba.

Melinda y Julio se habían sentado a esperar respuesta, Madame Fantin había desaparecido así que ellos suponían que fue a avisarle a la madre del niño lo que había sucedido, pero no se iban a preocupar por eso, su preocupación era de que el doctor estaba tardando más de lo normal en darle una respuesta sobre el pequeño.

—Los niños de ahora... Son muy agresivos.

El comentario de la profesora estaba muy fuera de lugar, Melinda la había visto con una cara no muy común en ella y Julio tuvo que volver a agarrarla para que no se fuera contra la profesora.

—Son agresivos porque no tienen supervisión de un adulto—le dijo Melinda completamente molesta.—Como usted que no estuvo pendiente de él cuando la necesitó.

Pero la profesora se hacía oídos sordos, Julio no sabía si era para fingir demencia o en realidad estaba muy alterada por lo que había sucedido que no escuchaba nada a su alrededor, en

su cara se le veía muy afectada por todo que Julio prefirió dejarla quieta, y trató de calmar a Melinda para que esta también hiciera lo mismo.

Lo peor llegó cuando apareció la madre.

Era la primera vez que la pareja la veía y no se sorprendía de su apariencia, tenía el cabello completamente desordenado, el maquillaje corrido y una ropa muy pequeña y muy expuesta para que fuera una madre la que lo estuviera usando. Tenía los ojos rojos y muchas marcas en los brazos, ella se drogaba y lo más seguro es que también estaba drogada en ese momento.

— ¿Dónde está Louis?—La mujer ni siquiera saludó, o acaso preguntó qué era lo que había pasado.

—Lo siguen revisando, el doctor no ha dado respuesta—Melinda fue la primera en hablar y la madre la vio como un bicho.

— ¿Quién eres tú?—le dijo despectivamente.

—Soy Melinda—ella se paró para ponerse frente a ella mirarla cara a cara.—La persona que mandó al niño a la escuela.

Melinda tenía una mirada de completa furia que a todos en la sala de espera asustó, pero eso no inmutó a la madre de darle una cachetada.

— ¡Mi hijo nunca tuvo que ir a la escuela en primer lugar!—le dijo de manera fría.—La orden era ganar dinero, y esto es una idiotez, una completa pérdida de dinero y tiempo.

Melinda estaba dispuesta a responder el golpe de la misma manera pero Julio la volvió a detener.

—Cariño—Trataba de calmarla pero ella estaba forcejeando entre sus brazos.—Cariño cálmate...

Pero Melinda no lo escuchaba, solo quería darle un puñetazo en la cara a esa señora.

— ¡Melinda!—le reprendió fuertemente hasta que se pudo calmar.—Solamente mírala... Es caso perdido pelear con ella.

Melinda al verla bien le dio la razón, no sabía cuántos años tenía pero esa señora se veía completamente destruida, estaba fuera de sí que pelear con ella o tan siquiera hablar hubiera sido igual que hacerlo con una pared.

¿Cómo una persona tan bella podía tener una madre tan asquerosa?

Melinda solo respiró profundo e ignoró el hecho de que la madre estaba en ese lugar, pero fue lo mismo porque a los minutos la madre volvió a desaparecer, sin saber siquiera como era el estado de su hijo en esos momentos.

La ida de la madre lo había recompensado la llegada de Madame Fantin con algunas cosas para comer y tomar mientras esperaban al doctor, incluso le había llevado algo a la maestra aun teniendo cierto resentimiento con ella por todo lo sucedido. Cuando pensaron que el momento nunca iba a surgir el doctor apareció para dar respuesta.

Su cara no describía buenas noticias, y Melinda no estaba preparada para eso.

— ¿Ustedes son los familiares del pequeño?—le dijo a los presentes a lo que todos asistieron.

— ¿Qué le pasó al niño?—le preguntó Melinda.

—Mire señorita sé que es difícil...

— ¿Qué le pasó?—Melinda quería una respuesta, fuera buena o mala pero quería al menos una respuesta.

El doctor la miró afligido antes de soltar la gran bomba.

—El niño sufrió una severa contusión en la cabeza... El niño cayó en un estado de coma.

Melinda lo único que hizo fue llorar desconsoladamente, su mundo se vino abajo y no lo podía atrapar, estaba completamente perdida y triste en todo lo que le sucedía a su alrededor. Julio lo

único que pudo hacer fue sostenerla en sus brazos para que llorara entre ellos.

Melinda estaba devastada pero eso no la hacía perder la fe.

Por eso todos los días iba a visitarlo junto con Julio y Madame Fantin, siempre le llevaba una rosa esperando que algún día despertara.

—Despierta pronto mi niño...—le decía acariciándole la cabeza a un Louis completamente inconsciente en una cama de hospital.—Despierta pronto para ser la familia que siempre quisiste.

Julio le decoraba la habitación de muchos peluches, esperando que cuando se despertara se encontrara con esa sorpresa y todos los días le llevaba un peluche diferente y más grande que la última vez.

—Ya vas a ver que se va a despertar rápido de ese coma—les decía esperanzada Madame Fantin.—Ese niño es un luchador y va a salir de esta victorioso.

—Esperemos que así sea—le respondía Melinda esperanzada de que todo fuera a salir bien.

Pero nada salió bien después.

Louis cumplió el mes de coma y Melinda lo vio más pálido y pequeño de lo que ella lo recordaba y eso la asustó, temía con su vida de que Louis no volviera a hacer el mismo de antes o que al menos volviera. Temía como todo se estaba desvaneciendo antes sus ojos porque incluso el mismo Julio estaba distanciándose con ella.

—No voy a ir más al hospital Mel—le dijo tajante a Melinda y eso la desconcertó.

—Pero ¿Por qué?—le dijo preocupada.

—Uno de los dos tiene que trabajar, sigue yendo tú por los dos, sabes que desde donde este te estaré apoyando.

Julio le dio un rápido beso en los labios y luego se fue de la casa dejándola sola, ese beso lo había sentido muy diferente a los comunes besos de Julio, lo había sentido muy frío... Muy distante.

Ya en el tercer mes, solamente Melinda y Madame Fantin eran quienes visitaban seguido al pequeño, la piel de Louis había agarrado un tono amarillo y enfermizo incluso estaba más flaco y desnutrido, todo los kilos que había ganado con los años compartiendo con Melinda y Julio habían desaparecido en tan solo tres meses.

En el cuarto mes se había perdido toda la esperanza.

—Una persona en estado de coma normalmente dura máximo cinco semanas en despertar—le decía el doctor mientras le pinchaba ligeramente los dedos para ver si tenía alguna reacción.—Pero Louis ya lleva cuatro meses en este estado.

—Trata de decir...—Melinda luchaba fuertemente para no llorar.— ¿De que no tiene posibilidad de no despertar?

El doctor la miró de manera triste.

—Digo que en este momento las posibilidades son muchas.

Cuando el doctor salió de la habitación Melinda rompió a llorar al pie de la cama del pequeño.

—Por favor cariño... Despierta, mamá y papá te están esperando.

Ese día Madame Fantin faltó a la visita a Louis porque se sentía algo mal en ese momento, la señora había decidido volver a visitarlo cuando se sintiera mejor.

Pero eso nunca sucedió...

A Madame Fantin le dio un infarto ese día.

El día de su funeral Melinda estaba completamente solo en todo su dolor.

“Lo siento Mel, hoy me toca trabajar”

Eso había sido todo lo que le había dicho Julio para volver a dejarla en toda esa avalancha de

tragedias que estaban sucediendo, la señora no tenía familiares pero era muy querida por todos lo que estaban a su alrededor y no se sintió tan sola a como ella pensaba que estaba. Aunque igual sin tener el apoyo de Madame Fantin veía el hospital mucho más sombrío y tenebroso cada vez que tenía que visitar a Louis.

Pero eso no la detenía para visitarlo, cuando ella le contó como Madame Fantin se había ido para siempre no sabía si se lo decía a él o a ella misma porque no se creía que estuviera pasando por toda esa pesadilla.

—Pero todo va a estar bien... Te prometo que todo va a estar bien—Melinda había empezado a llorar de nuevo, no sabía si las personas se podían deshidratar por tanto llorar pero eso estaba a punto de descubrirlo porque ya no pensaba que tuviera lagrimas para llorar.

La distancia con Julio era más latente y eso era lo que más la deprimía, viviendo con él ya no lo veía mucho, llegaban altas horas de la noche y se iba en la madrugada, no había pasado un día donde no hablaran más de dos palabras. La oscuridad y la depresión la estaban arrojando lentamente, como un asesino silencioso que siempre estuvo al acecho pero no atacó hasta el momento.

Melinda sentía que los perdía a todos pero no podía hacer nada al respecto.

En el séptimo mes a Louis lo declararon en estado vegetativo y solamente iba a estar respirando a través de las maquinas.

—Tendremos que hablar con su representante legal para ver si está de acuerdo con desconectarlo o no.

—No... No pueden, ella lo va a dejar morir—le dijo Melinda impotente.

—Lo sentimos... de verdad—Al doctor se le hacía fácil decirle eso mientras solo veía como Melinda se destruía lentamente.—Pero es la ley.

Melinda había regresado a su casa caminando y llorando hasta más no poder, se sentía muy impotente al no ser la madre del niño y no tomar ese tipo de decisiones, ella estaba consciente que esa bruja lo iba a dejar morir y ella no podía hacer nada.

Cuando llegó Julio estaba leyendo el periódico en la cocina mientras se tomaba una taza de café, al ver el estado de Melinda dejó todo para poder abrazarla y Melinda volvió a llorar en sus brazos.

— ¿Qué pasó?—le preguntó preocupado Julio.

—Louis... No va a regresar, él ya no va a regresar—Melinda rompió a llorar y no paró, no iba a parar de llorar hasta que la devolvieran en el tiempo donde todos eran felices y nada había pasado.—No es justo, no puede ser justo que una vida tan inocente se vaya de esa manera.

Melinda siguió en su dolor que terminó de abrazar a la dura depresión, las ojeras ya eran muy latentes y ella pensaba que el aspecto enfermizo de Louis lo había agarrado ella también, al levantarse veía al vacío preguntándose que pudo haber hecho de malo para que le quitaran al niño de esa manera.

Julio al verla de esa manera se puso de rodillas al frente de ella.

— ¿Quieres ir hoy al hospital?—le preguntó agarrándole las dos manos.

— ¿Hoy si estás dispuesto a acompañarme?—le dijo con rabia, el hecho de que ella se sintiera sola en esos momentos era por su culpa.

Pero Julio ignoró el comentario para ayudarla a vestirse y acompañarla al hospital.

—Señorita...—le dijo el doctor sorprendido al verla.

— ¿Qué pasó?—le preguntó Melinda.

—Pensé que ya lo sabía.

— ¿Qué cosa no sabía?

El doctor la volvió a mirar con lastima.

—La madre del niño dio permiso para desconectarlo.

Melinda no había llorado, estaba completamente es shock, no se movía ni emitía al menos una queja, la habían completado de romper, no podía pensar en nada lógico, solo pudo pensar en una frase.

— ¿Ya lo desconectaron?

—Todavía no.

— ¿Puedo verlo?

El doctor al saber toda la historia y al ver que Melinda fue la única que estuvo ahí para el niño aceptó, pero lo dijo que no podía estar mucho tiempo ahí a lo que esta le respondió que solo quería despedirse de él.

Julio no había emitido ni una sola palabra, estaba parado en el umbral de la puerta porque no se atrevía a pasar, no pensaba que volviera a estar cerca de nuevo con el tema de la muerte y eso lo enfermaba, quería irse de ahí porque no quería volver a recordar todo ese trauma que vivió con su tía Melinda pero todo se le estaba saliendo de las manos porque las personas que más amaban se estaban escapando de nuevo de sus manos.

Eso lo hacía sentir inservible.

Melinda se acercó muy lentamente a Louis temiendo que este fuera a romperse con lo frágil que se veía, ya no era el mismo niño alegre que ella conoció en el pasado pero ella tampoco era la valiente mujer que él pequeño conoció así que estaban a mano.

Le acariciaba la cabeza y le besaba la frente como siempre hacia y sin poder evitarlo volvió a llorar, lloraba porque su niño se iba a morir y ella solo estaba viendo como eso sucedía.

—Estuviste conmigo cuatro años de mi vida y esos fueron los mejores para mí—le dijo Melinda mientras le agarraba la pálida mano.—Me hiciste ver cosas en mi misma que nunca pensé ver, me diste apoyo y fuerzas sin tu saberlo porque tu sola presencia me iluminaba la vida.

Las lágrimas de Melinda caían sobre el cuerpo del Louis.

—Fuiste lo mejor en mi vida y siempre lo serás, porque siempre te consideré mi hijo... Y no sabes cuánto lamento en este momento no verte crecer y ver que hubieras podido ser de grande, estoy muy segura que hubieras sido mejor persona que yo.

Melinda volvió a llorar de manera melancólica sobre el cuerpo de Louis, y cuando los doctores habían ido a desconectarlo Julio la tuvo que apartar del pequeño y llevársela lejos para que ella no viera lo que estaba a punto de suceder, Melinda no tenía consuelo cuando vio a todos los doctores salir del cuarto.

Louis había muerto, y ella aparentemente se había muerto con él.

Julio estaba destrozado, pero no quería que Melinda lo viera así, nunca había llorado tanto como lo hizo a solas en las orillas de la playa mientras veía la noche más oscura de lo normal, sin nada de estrellas para iluminarlo, quería reponerse de todo eso y salir adelante con Melinda pero no podía, el dolor estaba aferrado a él que no lo dejaba seguir, sus lágrimas se mezclaban con la arena y él se mezclaba con el dolor.

Porque no sabía a quién más la vida le iba a quitar.

El día del funeral Julio no fue, no pudo aguantarlo verlo en una urna, se iba a desmoronar y eso no se lo iba a permitir, así que Melinda volvió a estar sola en un funeral.

Las lágrimas ya no le salían, no sabía si en ese punto las lágrimas ya no iban a salir más por haberlo malgastado todo ese tiempo, solo sabía que ya no tenía ni quisiera fuerzas para seguir llorando, pero antes de sumergirse en el abismo del sufrimiento la gente del pueblo llevo a rescatarla.

Todos habían ido para despedir al muchacho con rosas y lazos, y eso es algo que Melinda nunca en su vida iba a terminar de agradecer, muchos la abrazaban y le daban el pésame reconociendo que ella fue una mejor madre que la verdadera que el niño le había tocado.

La última despedida de Melinda con Louis fue esa, igual que la de Madame Fantin porque a petición de Melinda los habían enterrado uno al lado del otro, Melinda no lo lloró pero sufrió demasiado al ver su tumba, le dejó una rosa con un lazo alrededor para recordar cómo se habían conocido la primera vez y para nunca olvidarse de ese momento tan mágico.

Melinda se apartó de la tumba de los dos prometiéndose no volver más nunca a ese lugar, porque una parte de ella quería creer que ellos no estaban ahí, además de que si los veía todos los días en las tumbas su corazón no se iba a recuperar de ese golpe.

Ni siquiera sabía si se podía recuperar en ese momento.

El día ya había estado nublado, así que no le sorprendió la fuerte lluvia que se aproximó pero eso no la hizo taparse, querían que las gotas de lluvia se fundieran en su cuerpo para sentir algo de calidez pues su alma ya no lo encontraba, camino a casa mientras caminaba con una fuerte lluvia y ella empapándose solo le rogaba despertar de esa pesadilla la cual implicaba separarse de todos sus queridos y estar completamente sola.

Cuando llegó a las afueras de la casa se la quedó viendo fijamente, Melinda sabía que se había quedado completamente sola, porque su Julio, al que ella amó infinitamente y al que iba a seguir hasta el fin del mundo no iba a regresar a casa ese día... Solo iba a regresar una copia barata de él.

El ocaso del amor verdadero

10 años antes.

Julio y Melinda decidieron mudarse a París después del funeral de Louis, Julio decía que ahí podía tener más oportunidades de trabajo e iba a poder estar en un lugar un poco más céntrico, Melinda sabía que él mentía, que justamente como ella no quería estar más en ese lugar porque el recuerdo de todos esos momentos que ya no iban a volver lo estaban matando lentamente como cuchillos que se pegaban a su espalda para nunca soltarse.

Pero ella se calló eso, porque también se quería ir rápidamente de ese lugar.

Ya no quería saber más sobre esa playa, sobre ese café, sobre esa provincia, sobre esa maldita pintura de Claude Monet, no quería nada de eso porque el dolor que estaba sintiendo podía más que todos los buenos recuerdos que pasó junto a personas que ya no estaban con ella.

Porque incluso el Julio de antes no iba a volver y eso Melinda lo sabía.

Consiguieron un apartamento en el doceavo piso en la Rue de la Tombe Issoire, y desde ese momento toda su relación habían comenzado ya oficialmente su cuenta regresiva, Julio se había mucho más distante con Melinda algo que ella misma ya había predicho. Al comenzar a trabajar en una editorial en París pasaba más horas en la calle que en su mismo hogar.

Y eso a Melinda le dolió... Porque la soledad se apoderó de ella.

La depresión se volvió su más fiel amiga, no podía dormir bien, no podía comer bien, ya no tomaba fotos como antes porque el amor sobre las fotografías ya no le nacía, ni siquiera el amor a vivir todavía lo conservaba. Melinda bajó de peso de manera significativa, los huesos ya eran notorios en su cuerpo y había conseguido bajar más de diez kilos en tan solo tres meses estando en París.

Melinda estaba agonizando y Julio lo notaba.

Veía a Melinda como una flor marchitarse lentamente en la penumbra del dolor pero tenía miedo de acercarse a ella porque también estaba roto, estaba muy roto por dentro que si se lo mostraba a Melinda temía de terminarla de romper, porque ella necesitaba al Julio fuerte y despreocupado que ella siempre conoció no alguien débil que no podía recuperarse de sus desgracias.

Pero no podía salir del sufrimiento que estaba pasando.

Por eso él decidió aislarse, pasar su luto él solo para que cuando se recuperara ayudarla a salir de todo lo que estaban pasando, solo le tenía que dar tiempo para poder rescatarla y ser él el héroe que la rescatara de todo ese castillo de tinieblas donde ella estaba metida.

Pero Melinda no sabía cuánto tiempo iba a tardar su príncipe en rescatarla, y mientras pasaba el tiempo la depresión se hacía más grande y fuerte.

Julio empezó a fumar por el estrés que el trabajo le traía, cada vez se volvía más amargado y molesto que Melinda no volvió a dirigirle la palabra para no aguantar se carácter, ella no quería esa vida, ni tampoco esa pareja y no quería nada de lo que le estaba pasando pero no hacía nada, ya resignada por todo solo se quedaba llorando hasta más no poder maldiciendo el día que decidió escaparse de se casa para llegar a Francia.

Melinda había acompañado a Julio en el mal hábito de fumar que eso era el único rato que ellos compartían juntos, los dos prendían sus cigarrros y empezaban a fumar silenciosamente en la cocina, cuando los dos terminaban Julio se iba de la casa dejando sola a Melinda .

Melinda ya no era la bella doncella que Julio había conocido hace cuatro años, su pelo había crecido y estaba igual de largo como cuando ella había llegado a Francia pero siempre se mantenía recogido, sus ojeras era muy grandes y muy notorias, sus dientes estaban amarillos por el cigarro y los huesos estaba pegados a su piel, con tan solo veintidós años ya parecía una persona de mucha más edad en su última fase de enfermedad.

Julio no se le quedaba atrás, solo que él si había aumentado de peso, estaba muy descuidado con su apariencia tanto que se había dejado un intento de barba de manera muy dispareja que lo hacían ver de un señor de cuarenta años, incluso él sospechaba que se le estaba cayendo el pelo por el mismo estrés que este pasaba en el trabajo.

Los dos se preguntaban a veces como era que habían llegado a ese punto si al principio se habían jurado amor eterno y verdadero pasara lo que pasara, pero en ese momento se dieron cuenta de que el amor es verdadero cuando sale victorioso de la adversidad, y ellos al parecer no habían pasado esa prueba.

La bebida había sido una costumbre que Julio empezó a agarrar los fines de semana para no tener que estar en ese departamento tan frío y oscuro y Melinda no lo detuvo, no quería que su tensa presencia la tensara a ella también, todos los fines de semana salía, se iba el viernes y regresaba el lunes.

Llegó un día en que Melinda lo detuvo antes de irse.

—Julio...—lo llamó antes de que este abriera la puerta para irse.

—Dime—Julio no se volteó para mirarla, no podía mirarla ya.

—Por favor no me abandones...—le confesó empezando a llorar.—No me abandones como los demás.

—Solo será un momento.

—No, no hablo de eso, tu eres consciente lo mucho que te alejaste a partir de todo lo que pasó con Louis.

—Estás exagerando, sabes que he tenido mucho trabajo.

—Por todos los santos Julio te necesito.—Su voz estaba rota, al igual que ella.—No hay día que no me culpe por todo lo que sucedió y no hay día que no piense que fui yo quien la cagó en todo.

—Nada de esto fue tu culpa...

—Algunas veces me haces sentir que si—le dijo con rencor.—Me siento sola, de verdad me siento sola y triste y tú solamente te vas dejándome con todo esto y ya no se sea capaz de soportarlo.

—Mel...

—No Julio, porque nadie debería sentirse tan infeliz junto a alguien cuando necesita a esa persona en un momento tan difícil.

— ¡Si no te gusta puedes irte!—explotó Julio largándose de la casa y azotando la puerta.

Melinda se había quedado pasmada con la reacción de Julio que lo único que hizo fue sentarse a llorar después de salir del asombro por como la había tratado, esa definitivamente había sido la gota que había derramado el vaso pues había tomado una decisión y ya no había vuelta atrás, ya no quería esa vida y estaba dispuesta a huir de ella.

Incluso si eso significaba no mirar atrás y no volver jamás.

Julio descansaba su cuerpo en el parque más cercano que había del bar, no tenía a donde ir, aunque él sabía que realidad si tenía a donde ir pero no quería llegar a ese lugar.

Mel no lo podía ver así como estaba, ese no era el personaje que ella se idealizaba en su mente después de todo el dolor que estaban pasando ahorita no podía romperse como pensaba

hacerlo esa noche, lloró amargamente mientras hipeaba por culpa del alcohol en su organismo pero le era imposible no llorar, estaba solo sin que nadie tuviera que ver que el perfecto Julio se estaba desmoronando entre la tristeza y la amargura que ahora lo invadía.

— ¡Al carajo todo!—gritaba a todo pulmón en ese solitario parque. — ¡Al carajo todo!

Luego calló de golpe, estaba borracho pero todavía seguía en sus cinco sentidos para saber que si hacía mucha bulla la policía vendría a arrestarlo, entonces se acostó en la silla donde antes estaba sentado y miró las estrellas y pensó por un momento en la historia de los tres reyes magos, en como la estrella de la mañana los llevaba hacia el camino donde estaba Jesús.

—Si tan solo estas estrellas me llevaran a casa...

Casa...

Claro que tenía casa, es decir tenía un apartamento donde la mujer de su vida se estaba desmoronando en lágrimas mientras el solo miraba el cielo como un estúpido.

—Oh Dios... ¡Mel!

Su Mel, la chica de sus sueños a la que prometió siempre amar. Se levantó de golpe y trato de correr torpemente, la conmoción lo había dejado un poco mareado, las calles estaban a oscuras pero el cielo estaba completamente estrellado definitivamente esas estrellas si lo guiarían a casa. Se maldijo a sí mismo y se regañó por pensar solo en él y no en Mel, ella fue quien recibió mayor golpe.

Cuando llegó al edificio trató de subir en el ascensor pero este no funcionaba.

—Por favor, dime que es una broma.

No, no era una broma el maldito ascensor no estaba funcionando en ese momento, definitivamente su odio a las escaleras iba a aumentar con el tiempo, salió disparado hacía las malditas escaleras como si estuviera en una maratón, ¿Por qué justamente tenían que vivir en el piso doce? Ya en el cuarto piso Julio no podía con su alma debido a que el alcohol no le daba mucha energía para subir.

Exhausto llegó a su piso, el hipo se le había ido pero respiraba de una manera que pareciera que tuviera asma, malditas escaleras, pero está bien no importaba todo era por Mel, tenía que recordar que todo era por Mel.

Abrió apurado el apartamento pero tenía que mover la cerradura para que abriera, mierda, desde hace tres semanas le había dicho a Mel que arreglaría la cerradura y nunca lo hizo, era un completo idiota. Después de diez minutos intentado abrirlo (Una cerradura mala y alcohol era muy mala combinación) Abrió la puerta con rabia.

— ¡Mel!—dijo entre molesto y entusiasmado. — ¡Mel! Amor estoy aquí.

Pero no hubo respuesta, ni siquiera un sonido para decir que estaba en casa, la llamó un par de veces más pero nunca contesto, Julio se alertó, en ese apartamento solo habían dos habitaciones y en ninguno se encontraba ella hasta que divisó en la mesa de la cocina un pedazo de papel que tenía su nombre escrito en el, era una carta y al parecer Melinda lo había escrito.

Querido Julio:

No sabes el pesar que me da despedirme así de ti, pero supongo que no soy lo suficientemente valiente como pensé que sería que ahora plasmo todos mis sentimientos en un papel en vez de decírtelo a la cara.

Gracias a ti viví los mejores cuatro años en toda mi vida, la poca autoestima que mis años de secundaria me habían arrebatado florecieron estando contigo y de verdad aprecio eso. Pero lamentablemente esto pudo más conmigo que todos los años que vivimos juntos.

No puedo pasar por este apartamento sin pensar en este doloroso recuerdo y cuando fui a buscar tu apoyo tu solo desapareciste...

Lo siento Julio pero hay cosas que no puedo detener y esto es una de las cosas, si algún día nos volvemos a encontrar te daré el abrazo y beso de despedida que te quedé debiendo este día.

Lo gracioso de todo es que mañana es veinte de Junio ¿Recuerdas? Cuando me viste desde tu anexo mientras leía un libro que estos momentos ya ni existe por lo viejo que es.

Nunca voy a olvidarte y espero que nunca me olvides a mí, besos y abrazo.

Melinda.

Oh no... esta vez sí lo había echado a perder y no había manera de poder remediarlo, Mel se había ido para siempre y el solo se quedó bebiendo en un bar.

Ahí Julio entendió que las estrellas nunca lo iban a guiar a casa, porque su casa se había ido desde hace mucho, pero lo que él nunca pudo entender es que las estrellas sí lo habían guiado a casa y el ascensor si estaba funcionando solo que estaba recogiendo a alguien en el piso doce...

Malditas escaleras.

Recuerdos del ayer

Nadia tenía muchas emociones encontradas en esos momentos, después de hablar con Julio ella solamente se despidió y volvió a su apartamento porque estaba muy confundida, no sabía qué hacer ni qué movimiento hacer porque mucho estaba en juego con esa aclaración.

Y la felicidad de todo el mundo estaba metida en eso.

Tantas veces que ella había dicho que Melinda era una especie de princesa y ella era como una bruja malvada hicieron que ese cuento se volviera realidad porque en ella esta decisión de que Melinda fuera feliz, y no solamente ella si no Julio también.

Porque nadie le podía negar que el amor que Julio le sentía a Melinda era tan fuerte aunque tuvieran diez años sin verse él la extrañaba como si se hubiera separado de ella hace meses.

Y algo dentro Nadia quería luchar contra Melinda porque de verdad quería tener el corazón de Julio pero ¿Cuántas veces iba a ser capaz de quitarle la felicidad a Melinda? Hace casi dieciséis años la hizo sufrir a tal punto de que ella tuvo que abandonar su casa, y eso Nadia nunca se lo iba a perdonar.

Pero después de tanto tiempo Nadia estaba siendo feliz con otra persona y no quería que nada en el mundo le quitara esa sensación de paz y tranquilidad que estaba sintiendo cada vez que estaba con Julio y eso la hacía sentir muy mal, porque quería un final donde todo el mundo fuera feliz. Incluso ella que mucho tiempo fue la mala del cuento.

Tenía un gran dilema moral.

Y eso era algo que ya no era capaz de contarle al señor Carrizal porque todo el mundo estaba involucrado en eso, Nadia pensaba que esa ola que arrasaba todo a su paso en realidad nunca fue Julio ni ella misma si no Melinda, todas las acciones que estaban sucediendo era a causa de ella, la nostalgia de Julio, su culpabilidad por el pasado e incluso la borrachera de su jefe Salvatore era gracias a Melinda.

Melinda era una grandiosa mujer, y al parecer no tenía comparación al lado de ella.

Pero era tan difícil dejar a ir a Julio cuando ella se había esforzado tanto para poder tener la relación que tenían ahorita, tuvo que enfrentarse a sus miedos, inseguridades, inquietudes y hasta su mismo pasado para pararse al frente de él y decirle de una buena vez que le gustaba.

Quería creerse a sí misma que Julio tendría ojos para ella como solo ella tenía ojos para él, pero sabía perfectamente que la relación con Melinda lo había marcado mucho, tanto que hasta el día de hoy Julio la recordaba perfectamente, por eso se sentía como una verdadera villana el no ayudarlo a encontrar a Melinda y decirle que ella estaba más cerca de lo que creía.

Incluso estaba saliendo con su primo.

Salvatore... Se había olvidado por completo de él en todo su dilema, si bien se acordaba él también estaba metido en todo este enredo al estar saliendo con Melinda según el señor Claudio.

¿Acaso el sabría que Melinda fue el gran amor de su primo Julio?

De lo que Julio le había contado ellos no eran tan comunicativos por cuestiones del trabajo pero le sorprende que nunca en su vida supiera de la existencia de Melinda en la vida de Julio, algunas veces pensaba que su jefe de verdad no tenía sentimientos.

Pero fue diferente el día de la fiesta, de alguna extraña manera había visto su parte más vulnerable, incluso le había contado cosas que ella nunca en su vida se había imaginado de él y todo gracias a Melinda.

¿Será que él tenía miedo al igual de ella de que Melinda y Julio se entraran?

Solo podía saber eso si le preguntaba directamente a él.

Nadia al día siguiente había llegado muy temprano al trabajo porque estaba dispuesta a tener una seria conversación con Salvatore y le importaba una mierda si la trataba mal porque de igual manera la iba a escuchar, porque el destino de los cuatro estaba metido en esto.

Toda la oficina estaba vacía y no le sorprendía porque ninguno de sus compañeros era capaz de estar muy temprano en la oficina y aguantarse a Salvatore.

Divertidamente después de la publicación muchos de los compañeros de trabajo habían empezado a hablarle de manera amigable, era como si después de la publicación una burbuja se había explotado y Nadia ya podía interactuar con gente y tener más amigos, pero todos al hablar con ella habían llegado a la misma conclusión que Nadia la primera vez que conoció a su jefe.

Salvatore les daba miedo.

Nadia había entrado sin avisar a la oficina de su jefe y se sentó frente a él mirándolo fijamente a los ojos.

—Veo que no se te va a quitar la mala costumbre de entrar sin tocar—le dijo su jefe con su típica mirada de odio.

—Tenemos que hablar Salvatore.

Su jefe había empezado a reírse de manera sarcástica.

—¿Desde cuando tienes permitido tutearme? Sigo siendo tu jefe.—Su jefe la volvía a mirar de nuevo por encima de sus lentes, y eso Nadia lo odiaba.

—Salvatore, estoy saliendo con tu primo Julio—continuó Nadia—Además de que tu pareja en estos momentos que es Melinda fue ex de tu primo Julio hace diez años.

Salvatore se le había quedado viendo estático.

—Mierda—soltó libremente su jefe porque no había nadie en la oficina.—¿Cómo sabes todo eso?

—Pasaron muchas cosas en los últimos días que me hicieron atar muchos cabos.

—Me sorprende que sepas pensar bien.

—Publiqué un Best-seller, tus comentarios ya no me intimidan.

Salvatore se le quedó mirando pensando que había creado un monstruo al haberla enviado con el señor Carrizal.

—Lo de Melinda ya lo sabía—le respondió Salvatore mientras acomodaba los papeles en su escritorio para empezar a trabajar.

Pero Nadia no se tragaba tanta tranquilidad.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Salvatore se quedó mirándola de una manera asesina.

—Desde ayer...

Eso confirmaba más su teoría, Salvatore estaba igual de asustado que ella.

—¿Cómo ve Melinda a Julio?—lo enfrentó Nadia—¿Acaso habla de él con añoranza de verlo algún día aunque haya pasado tanto tiempo?

—¿También ataste cabos para saber eso?—le contestó sarcástico.

—Responde Salvatore.

Su jefe se había callado por unos cinco segundos, él no quería decir la respuesta porque no se lo quería creer.

—Sí, si lo hace.

—¿Sabes cómo lo sé? Porque Julio habla igual sobre Melinda—Nadia estaba muy decidida de sus pensamientos, mas no de sus acciones.—Habla de ella como...Si estuvieran destinados a

encontrarse de nuevo, porque de verdad la ama.

—No puedes hacerle caso a todo eso Nadia—la tranquilizó Salvatore.—Eso paso hace ya mucho tiempo, ni se deben acordar del otro.

—Si se hubieran olvidado no se estarían añorando por encontrarse de esa manera—Nadia después de tanto tiempo había tenido la razón con eso— ¿Crees en las almas gemelas?

—Eso es absurdo.

—Si no fuera absurdo el destino no estaría conspirando para unir sus vidas de la manera en que lo está haciendo.

—Deja de leer tantas novelas Nadia.

— ¿Esta seguro que es un delirio mío? ¿O trata de negárselo a usted mismo porque tiene miedo de perder a la persona que ama?

—No le tengo miedo a nada de eso.

— ¿Ah sí?—Nadia en ese momento era la sarcástica—Entonces me imagino que ya le contó a Melinda que Julio era su primo ¿Verdad?

Salvatore no respondió esa pregunta, su mente era un mar de emociones en ese momento.

—Eso responde todo—concluyó Nadia.

—Si no le dije nada a Melinda...—le respondió Salvatore.—Es porque tengo miedo de que se aleje de mi por todos los traumas que ella sufrió en el pasado por eso decidí callármelo hasta el día que fuera conveniente.

—Te aseguro que no eres el único con miedo de perder a la persona que amas—le aseguró Nadia— Así que puedo confirmar que todos estamos jodidos.

—Pero esto no es problema de ninguno de los dos—Salvatore volvió a concentrarse en su trabajo para despejar un poco la mente.—Esto es un problema de Melinda y Julio, nosotros solo somos un tercero en esto.

—El encuentro de ellos dos nos va a dejar el corazón roto a los cuatro, y cabe la posibilidad de que nosotros seamos los más afectados en esto.

— ¿Acaso a ti te importa que yo quede con el corazón roto?—Le dijo sarcástico Salvatore.

—No importa quien salga afectado de esto, de alguna manera todos vamos a sufrir con todo esto.

Salvatore se había quitado los lentes para pasarse las manos por la cara, estaba muy estresado.

— ¿Qué propones hacer tu entonces?—Salvatore se había echado para atrás en la silla con los brazos cruzados.

Nadia se quedó mirando en el vacío mientras en lo más profundo de su mente buscaba una respuesta, aunque ella sabía claramente que no había una.

—Yo... No le veo solución a nada de esto.

Nadia quería llorar en ese momento porque no quería que Julio se apartara de ella, mientras Salvatore mentalmente se lamentaba porque al volver Julio a la vida de Melinda de nuevo ella iba a volver a huir, y ahí ya no podía detenerla.

Ahora eran dos en un gran dilema.

Pero Nadia estaba decidida a algo, a dejar de ser la bruja mala del cuento porque ella había decidido cambiar y si eso significaba arriesgar su felicidad tendría que pagar esa consecuencia.

—Lo mejor es decirles—comentó Nadia.

Salvatore no había dicho una palabra al respecto, no quería perder a Melinda después de todo lo que habían construido juntos.

—Lo vamos a perder todo...

—Puede que no—Se esperanzó Nadia—El amor es verdadero ante la adversidad.

Salvatore se rió ante el comentario.

—Definitivamente tienes que dejar de leer tantos libros Nadia... Pero te doy la razón—Salvatore se había relajado en su silla.—Prometí no dejar ir a Melinda tan fácilmente y eso es lo que haré, porque estoy muy decidido de pelearme contra Julio para que Melinda no se vaya de mis brazos.

—Nunca lo pensé ver así señor—le dijo Nadia divertida.

—Nunca te pensé ver tan sarcástica—le respondió su jefe—Me asustas.

Los dos se echaron a reír y Nadia se levantó para irse a su puesto para empezar a trabajar mientras acomodaba sus pensamientos para decirle a Julio lo de Melinda.

—Y quizás...—le dijo Nadia estando en la puerta antes de irse— Esto sea bueno para nosotros, así sabremos si ellos están dispuestos a darlo todo por nosotros.

— ¿Tú crees?

—Creo que el corazón de los dos les va a indicar el camino a casa.

Dicho esto Nadia se retiró de la oficina de Salvatore, estando los dos con los corazones confundidos y asustados pero muy claros de la decisión que iban a tomar, porque querían demostrar que el amor que ellos sentían era de verdad, y que esa mierda de las almas gemelas no existía.

Nadia había salido del trabajo y desde el momento de su salida lo único que tenía en mente era sobre como comentarle a Julio toda su conexión con Melinda, las manos le temblaban porque tenía miedo de como fuera a reaccionar, de cómo se iba a comportar y si la iba a dejar de lado para estar con Melinda, pero tenía que ser firme con su decisión porque tenía que demostrarse a si misma que era capaz de soportar los tragos amargos de la vida, incluso si eso le implicaba estar sola.

Melinda era tremendamente bella, tanto como física como emocionalmente y eso era algo que Nadia nunca iba a poder cambiar, aunque ella volviera a ser la joven bella de antes nunca iba a cambiar la gran mujer que era Melinda.

Pensaba en todas las cosas que había pasado en su vida que temía que se fueran a desvanecer de una manera tan rápida y se dejaran en segundo plano, pero no podía darse por vencido, quería creer que Julio si sentía esa conexión y ese amor que ella sentía por él pero nunca iba a estar segura si nunca le ponía esa prueba, si quería que fuera feliz junto a ella tenía que demostrarle que era capaz de dejar al pasado por ella.

Pero esto era mucho más duro para Nadia que para el mismo Julio.

Lo esperó en la puerta de su apartamento porque sabía que no había llegado del trabajo y eso para ella fueron las horas más largas en toda su vida, incluso había pensado que era una señal de destino para que no lo hiciera pero se mantuvo firme y siguió ahí hasta que Julio llegara.

Finalmente Julio llegó y el mundo de Nadia se detuvo.

— ¡Hola amor!—le dijo Julio sonriente mientras le daba un beso en la frente.

—Hola...

— ¿Quieres pasar?

Nadia aceptó silenciosamente y sentó de la misma manera en el mueble de Julio.

— ¿Sabes?—le dijo Julio mientras se quitaba la chaqueta—He pensado en toda esta locura de mi primo Salvatore y tuve la idea de visitarlo contigo, ya sabes, para formalizar nuestra relación y para que él sepa que está trabajando con mi pareja.

Nadia había empezado a sudar frío.

— ¿Y sabes su dirección?

—Antes no—Julio sonrió apenado—Pero hable con mi primo Lucas que lo visitó recientemente y me la dio.

Ese momento era ahora o nunca, se podía arrepentir de decirle pero sabía que se iba a arrepentir más el no decirle.

—Julio... Tengo que contarte una historia.

— ¿Sobre qué?—se había sentado también en el sofá quedando al lado de ella.

—Sobre la muchacha que molesté hace años...

Julio estaba confundido pero no la detuvo en su explicación.

—Hace mucho tiempo le hice bullying a una muchacha y la traté tan mal que eso la obligó a irse de casa.

—Eso ya me lo habías contado...

—Si pero no te conté lo que le pasó a esa muchacha después.

Julio se le quedó viendo por un instante sin decir absolutamente nada.

—La joven muchacha se fue a Francia para ser una gran fotógrafa algún día.

Julio se estaba alejando de Nadia lentamente, y Nadia intentaba acercarse más a él.

—Y luego de tantos años sin saber de ella me la encontré... Para luego ver que le había ido muy bien, que se había vuelto fotógrafa y había viajado por todo el mundo, que se había enamorado perdidamente en Francia y que por circunstancias que todavía desconozco se tuvo que alejar de esa persona, pero ahora volvía a ser muy feliz con otra persona y esa persona era mi jefe.

Julio se había parado del sofá para y Nadia lo imitó hasta quedar uno frente al otro.

— ¿Hablas de...?—Julio no se podía creer todo lo que le estaban diciendo.

—Si Julio, yo conocí a Melinda y Salvatore también la conoce porque está saliendo con ella.

Julio se quedó estático mientras miraba el vacío, en sus fogosos ojos verdes Nadia podía ver el desconcierto que él tenía en ese momento, sabía que había puesto a Julio en un grande apuro porque ni él mismo sabía que hacer a partir de ahí.

—Discúlpame Nadia—Julio había agarrado rápidamente su chaqueta y las llaves—Pero creo que tengo que irme.

— ¿A dónde vas?—Nadia se fue detrás de él.

—Voy a visitar a mi primo.

Nadia se asustó, temió que Julio le reclamara a Salvatore por no decirle lo de Melinda y que este en una locura lo atacara, se sentía algo culpable por haber metido a Salvatore en todo esto pero era inevitable no contarle toda la conexión que los cuatro tenían, y por eso tratando de que no sucediera nada malo entre los dos primos decidió ir tras de Julio.

Pero poco sabía ella de que era una muy mala idea.

Melinda se encontraba en el apartamento de Tore debido a que él le había pedido que le preparara el famoso chocolate que ella hacía y así despejaba un poco de estrés que ambos estaban teniendo en el trabajo.

—Tore ¿Quieres que le eche azúcar a tu chocolate?

—Si... gracias.

Melinda lo había notado raro desde el momento en el que había llegado al apartamento, Tore estaba un poco tenso pero se imaginó que era por su trabajo hasta que llegó un momento en el que empezó a sospechar que tenía que ver algo con ella, por la manera en que la miraba esperando que no se fuera a escapar, cada vez que se alejaba de él le preguntaba nerviosamente

— ¿A dónde vas?

—Tranquilo... iré a tu cuarto a buscar algunas cosas.

Melinda de manera inconsciente ya estaba preparada a lo que Tore le fuera a decir porque sabía que él le estaba ocultando algo pero también sabía que si lo obligaba a decírselo él se iba a encerrar más en su mundo.

—Tore... ¿Quieres salir a pasear?—Melinda pensaba que con eso podía calmarlo un poco.

Él la miró confuso.

— ¿Estás segura? Ya es muy tarde...

— ¿Y qué? El cielo esta estrellado.

Un recuerdo fugaz se fue a la mente de Melinda, las estrellas que te guían a casa... No sabía porque pero estaba sonriendo mirando hacia el cielo, de verdad sentía que las estrellas la habían guiado hasta ese lugar, escuchó a Tore suspirar y se puso su chaleco.

—Está bien... demos una vuelta.

Tore le abrió la puerta como todo caballero que era, incluso la iba a hacer pasar de primero en el ascensor pero Melinda tenía ganas de bajar por las escaleras, quería estirar las piernas.

— ¿No crees que es más rápido bajar por el ascensor?

—Supongo que si...Pero hoy deseo perder mi tiempo en las escaleras.

En el momento justo en el que salieron del edificio empezó a llover a cantaros, a Melinda le pareció extraño debido a que vio el cielo despejado desde donde ella estaba y justo cuando iban a entrar Tore la sujetó del brazo.

—Mel prométeme algo.

— ¿Qué dices? Mejor entremos que nos estamos mojando...

— ¡Mel! Por Dios escúchame primero.

Melinda se asustó en ese momento que se le olvido que se había mojado por completo gracias a la lluvia.

—Prométeme que pase lo que pase nada cambiara entre los dos, que esta relación que cosechamos juntos no se va a perder.

—Salvatore me estas asustando...

—Mel, yo...

Pero Salvatore no pudo terminar de decir de lo tenía que decir debido a que se oyó una voz varonil al fondo.

— ¡Melinda!

Ella conocía esa voz a kilómetro de distancia, se prometió nunca olvidar esa voz aunque sonaba un poco más grave a como ella lo recordaba todavía era capaz de reconocerlo. Todo su mundo se detuvo y se vino abajo. Se quedó mirando a la nada por un largo rato hasta que se volteó.

—Julio...

Si era él, definitivamente era él con esa mirada ardiente que siempre lo caracterizaba, detrás de él pudo visualizar a Nadia ¿Qué hacia ella ahí, estaba llorando? No lo sabía la lluvia los estaba empapando a todos.

Nadia y Salvatore vieron lo que temieron todo ese tiempo, el encuentro de dos grandes amores que siempre estuvieron destinados a encontrarse, pero ¿Todo sería igual? Las cosas cambian de eso estaban seguros pero ¿Qué tanto iban a cambiar?

La lluvia había nublado el cielo y cuatro personas no podían ver las estrellas que los guiarían a casa.

Las estrellas que te llevan a casa

—Julio...—Melinda no pensaba volver a ver a Julio de nuevo... Al menos no en esa vida—
¿Qué haces aquí?

—Veo que conoces a mi primo Salvatore—Julio estaba completamente empapado por la lluvia pero eso no le importaba, ya no podía pensar con claridad después de volver a Melinda.

Melinda se volteó esperando una respuesta por parte de Salvatore.

— ¿Es verdad?— Melinda tampoco le importaba mojarse por la lluvia, estaba hecha un desastre ya.

Salvatore no la miraba y tampoco le respondía.

—Salvatore, dime que está pasando.

El hombre que hace unos días le había jurado amor eterno no le respondía, mientras que él que le había jurado amor eterno hace diez años todavía seguía parado al frente de ella de igual manera buscando una explicación a todo el caos.

—Salvatore por el amor a Dios respóndeme—Melinda se estaba exasperando por la actitud de Salvatore.

—Déjame aclarártelo yo—interrumpió Julio—La persona que es tu pareja en estos momentos es mi primo y aparentemente nunca me habló de que te conocía.

—Salvatore...—Melinda estaba dolida por el comentario de Julio— ¿Ya sabías toda mi historia con Julio?

—No exactamente—Salvatore seguía sin mirarla y eso a Melinda le molestaba más—No sabía que habías salido con Julio hasta el día que me comentaste.

— ¿Y por qué no me dijiste en ese momento?

Y el silencio de Salvatore fue lo que sentenció la acción de Melinda.

— ¿Sabes qué? A la mierda me voy de aquí.

—Mel...—La detuvo Salvatore.

— ¡No Salvatore!—Melinda estaba realmente molesta— ¿Acaso todo lo piensas ver como un juego siempre?

—Claro que no Mel yo...

— ¿Tú que Salvatore?—Salvatore intentaba acercarse a ella y tocarla pero Melinda se alejaba alterada— ¿Era una especie de premio mayor por haber salido con tu primo?

— ¡Tú nunca vas a hacer como las demás! Melinda yo en verdad te amo.

—Pensé que habías cambiado Salvatore...Pero ya veo que nunca fui alguien especial.

Melinda se iba a ir del lugar pero Julio no la iba a dejar ir tan fácilmente.

—Nosotros todavía tenemos cosas pendientes—Julio la había agarrado por el brazo pero Melinda se soltó de manera brusca.

—Cómo puedes ver todavía tengo asuntos pendientes que resolver de mi presente para hablar contigo en estos momentos.

Melinda se iba a alejar de todo esa locura pero Julio le grito de una manera que nunca la hizo en todo el tiempo que se conocieron.

— ¡Anda, huye!—El estruendoso grito de Julio la hizo quedarse quieta—Huye porque huir siempre fue lo tuyo.

Melinda se volteó molesta y le dio una fuerte cachetada.

—Si hui fue porque me abandonaste cuando más te necesité.

—Al menos yo regresé a casa... ¿Tu qué hiciste?—Melinda y Julio habían vuelto a verse

frente a frente, con una batalla de miradas de por medio, cada uno reclamando dolores y penurias que hasta la fecha a los dos los atormentaban en las noches.

—No había casa al cual volver—Nadia estando callada por todo el espectáculo que estaba pasando ahí solo podía ver la actitud de Melinda, una mujer que desde el primer momento que se encontró con la actitud arrasadora de Julio no se había inmutado por un segundo y ahora podía verlo a los flamantes ojos que tenía sin desfallecer y hacerle frente.—Espero que hagas memoria para que te acuerdes el sufrimiento que tuve que pasar cuando dos de las personas más importantes de mi vida murieron y tuve que ir al funeral completamente sola.

— ¡Sabias lo que le había pasado a mi tía Melinda!—La lluvia estaba aumentando convirtiéndose en un poderoso aguacero— ¡No podía soportar volver a vivir un momento así!

— ¿Y por eso yo tenía que aguantarme todo eso sola?—Melinda nunca lo iba a decir, pero todo ese rencor que le guardó a Julio en ese tiempo que la había abandonado la había cegado al principio llenándola de odio—Porque si Julio, estaba completamente sola debido a que tú te sumergiste en tu trabajo y me dejaste de lado pretendiendo que no había pasado nada entre nosotros con la muerte de Louis.

—Nunca pretendí eso Melinda... Solo tenía que reponerme de toda la tristeza que me embargaba antes de ayudarte a ti.

— ¿Y cuándo iba a ser eso? ¿Cuándo ya me hubiera pegado un tiro por la depresión?

Julio y Melinda se callaron por un momento mirándose uno al otro, el dolor que ellos sentían en ese momento pensaron que nunca lo iban a volver a recordar pero no podían olvidar tan fácilmente el daño que se habían hecho mutuamente

Tampoco olvidaban todo el amor que se profesaron al principio de su relación.

Y algo que pensaron que iba a cambiar con el paso del tiempo, pero ya veían que no era así.

Se vieron tan completamente diferentes que sintieron una tremenda curiosidad de saber del otro porque ellos sabían que habían cambiado, habían madurado y habían crecido lo suficiente, como si hubieran cambiado de persona por completo, y al ver esa nueva persona ellos querían conocerla más.

Pero su dolor en el pasado era más fuerte que sus ganas de saber más del otro, y Melinda fue la primera en echarse para atrás.

—Me voy, no soporto esto.

—No lo hagas—la detuvo Julio—Melinda, no pienso volver a perderte de nuevo.

—Es mejor que lo hagas Julio... Tanto tú como yo tenemos muchas cosas que resolver en el presente—Melinda miró a Nadia con una fuerte mirada de interrogación—Y no sé tú, pero mi mente es un lío en estos momentos.

Melinda se apartó de Julio para irse pero quien la detuvo en ese momento fue Nadia.

—Mel yo...

— ¿Qué haces aquí?—Le dijo Melinda con un tono frío.

—Yo soy la novia de Julio.

Melinda levantó una ceja.

— ¿Tú fuiste la que hizo todo este circo?

Nadia se puso roja de la vergüenza.

— ¡Claro que no!—le dijo nerviosa.

— ¿Nunca me vas a dejar ser feliz?—Ahora Melinda le dirigía la mirada dura y las palabras hirientes a Nadia—Aparentemente tu eres la que está al lado de todas mis desgracias, si tanto me odias dímelo.

—Yo nunca te odié Melinda...

— ¿Entonces por qué cada vez que te apareces mi vida es un desastre? Te perdoné por todo lo que me hiciste antes pero nunca te olvidé Nadia, porque tú fuiste la que me hizo más miserable en toda mi vida.

—Yo lo siento mucho...

—Ni siquiera te disculpes, nunca fuimos amigas Nadia y no quiero tu amistad, por favor aléjate de mí.

La persona más cariñosa de ese grupo había dejado completamente destrozado a los tres presentes, cada uno volviendo a sacar demonios que ya habían pensado que se habían esfumado con el tiempo pero el mensaje de Melinda fue muy claro para los tres.

El tiempo perdona pero no olvida.

—Mel...—Salvatore quería ir detrás de ella porque tenía miedo de perderla para siempre pero un fuerte golpe en la cara lo dejó quieto en el piso.

—Todo este tiempo la pelirroja sensual era ella ¿Eh?—Julio lo miraba desde arriba mientras Salvatore intentaba reponerse del golpe pero no pudo porque un segundo golpe volvió a su cara.— ¡Sabias lo que había pasado con Melinda porque te lo conté todo y todavía la usaste como premio!

—Julio te juro que yo nunca supe que era tu Melinda—Salvatore había empezado a sangrar por la nariz—Yo de verdad la amo.

— ¡Mentira!—volvió a golpearlo— ¡Tu solamente quieres a las mujeres para una sola noche!

— ¡Te equivocas!—se levantó Salvatore aturdido.— Yo de verdad quiero a Melinda para toda mi vida.

Mucho había durado Salvatore de pie, cuando Julio le dio un puntapié que lo hizo quedarse nuevamente en el suelo.

— ¡Julio ya basta!—Nadia había salido de su estado de trauma para intentar detener a Julio— ¡Vas a matar a Salvatore!

Julio se había olvidado por completo de la presencia de Nadia en el lugar, Nadia lo veía asustada porque Julio nunca se había comportado así con ella, pero Julio estaba fuera de sí, él no estaba pensando las cosas con claridad. En su momento de descuido con Nadia Salvatore aprovechó para tumbarlo y los dos empezaron a pelear en el piso mientras la lluvia seguía cayendo.

— ¡Eres un muy mal primo!—le gritaba Julio mientras forcejaba con él en el suelo.

—Tú eres el que viene a mi casa a golpearme ¿Y yo soy el mal primo?

— ¡Te metiste con la mujer que amaba imbécil!

Nadia no se esperó ese golpe, y eso fue lo que hizo desmoronarse por completo. Julio notó la gran equivocación que acababa de decir pero ya era muy tarde, el corazón de Nadia estaba completamente roto.

—Nadia...—Julio se había separado de Salvatore y se levantó del suelo para irse tras de ella pero Nadia se alejaba cada vez más de él, no quería voltear a verlo porque sabía que se iba a romper en llanto que quería guardar al menos un poco de dignidad— ¡Nadia!

Pero ella hizo caso omiso y siguió caminando, no quería escuchar nada más, no quería ver nada más y una de sus predicciones se habían vuelto realidad ese día.

Todos terminaron con el corazón roto después de ese encuentro.

Al día siguiente.

Ninguno de los involucrados en el desastre decidió ir a su trabajo, Julio y Salvatore tenían hematomas en la cara y Melinda y Nadia tenían el corazón lo suficientemente destruido para poder hacer algo productivo ese día. Para mala suerte de ellos el clima se puso de acuerdo con sus

sentimientos para amanecer exactamente igual.

Completamente nublado y sin nada de sol.

Eso le dio más razón para quedarse en sus apartamentos y no salir de ahí hasta que fuera absolutamente necesario, pero Melinda y Nadia no querían seguir deprimiéndose en sus apartamentos, estaban muy seguras de que si se quedaban un minuto más en ese lugar sus vidas iban a desaparecer para solo convertirse en cuerpos sin alma que andaban sin rumbo por el mundo.

Y muy en sus adentros guardaban fe de recuperar su felicidad.

Pero antes de salir las dos notaron como unas nubes anunciaban ferozmente una próxima lluvia, aunque solamente Melinda se llevó un paraguas con ella antes de salir. Las dos no sabían a donde ir pero sabían que solo querían caminar y respirar un aire diferente.

De pronto el presagio de una lluvia muy inminente y la única que recibía las gotas de lluvia directamente era Nadia, Melinda ya había sacado su paraguas para no tener que mojarse.

Pero a Nadia no le importaba mojarse, volvía a pensar que las gotas de lluvia le iban a limpiar todas sus inquietudes y sus malos pensamientos para que se apartaran de ella como una mugre.

Nadia se sentó en una banca y se desató a llorar, pensaba que llorar era de débiles que no podían tomar acciones ante todos sus problemas pero era imposible no hacerlo porque de alguna manera la hacía sacar todo el dolor que ella sentía por dentro, todo el dolor al saber que ella nunca iba a tener el amor de Julio porque ella no era la protagonista de esa historia.

En comparación a Melinda, ella solo era un extra más.

Ella seguía metida en su mundo mientras lloraba solitariamente en una banca a mitad de la lluvia porque sinceramente no pensaba que alguien estuviera ahí en ese momento, pero pronto se percató que alguien se había puesto al frente de ella para taparla de la lluvia.

Y ese había sido Melinda con su adorable paraguas amarillo.

—Siento mucho por como terminaron las cosas ayer...—Melinda se estaba mojando un poco al ofrecerle el paraguas a Nadia pero eso al parecer no le importaba—Te dije cosas muy hirientes.

—No te preocupes—Melinda se resignó de que las dos tuvieran el paraguas y lo cerró para sentarse al lado de Nadia y quedar las dos bajo la lluvia—En parte me lo merecía.

—Claro que no Nadia, eso ya paso hace mucho y si te soy sincera hay cosas que ya ni siquiera recuerdo.

Las dos se echaron a reír.

—Pero en parte es verdad... Yo hago que tu vida sea un desastre, digo, estoy interfiriendo en tu gran historia de amor, soy como una tercera rueda.

— ¿Hablas en serio?—Melinda la miró divertida y empezó a reír sonoramente—Definitivamente yo no voy a volver con Julio.

—Pero ustedes se quieren mucho...

—No puedo negar que le guardé un gran aprecio a Julio en mi corazón.—A Melinda las gotas de lluvia le caían delicadamente en su pelo—Pero no voy a devolverme, hay promesas que nunca cumplimos de manera mutua que cambió por completo nuestra manera de vernos, y eso es algo que nunca voy a olvidar.

—Pero ¿Todos esos años extrañándolo no te hacen querer estar con él?

—Nadia, yo en esa relación lo di todo... Tanto que no me quedó nada para mí misma y eso no está bien—Nadia no había visto bien los ojos de Melinda, pero ahora que hablaba con ella frente a frente sus ojos inspiraban demasiada confianza y calidez—Tanto fue así que tuve que huir para encontrarme a mí misma porque me desconocía, no sabía quién era.

—Vaya...

—Y aun así encontré a una persona donde puedo darle todo a ella pero aun quedando algo para mí, y esa persona no fue Julio si no Salvatore.

—Que jodido es esto—le confesó Nadia—La ex de mi actual pareja fue alguien que molesté hace años mientras que la pareja de la ex es mi jefe.

—Yo estoy más jodida que tu—Melinda empezó a reírse—Mi ex es primo de mi pareja, y la persona que me molestaba hace años es la pareja de mi ex.

Las dos volvieron a reírse.

—Tienes razón, tú estás más jodida.

—No te preocupes por Julio—Melinda le dio una palmada en la espalda apoyando a Nadia.—Julio siempre ha sido una persona temperamental y desde que lo conozco el explota fácilmente empezando a decir cosas fácilmente... Pero cuando se calma él siempre regresa a casa.

Nadia y Melinda se abrazaron, ellas sabían que nunca habían sido amigas pero ese abrazo les resultaba tan familiar que las dos quisieron devolverse en el tiempo y tratar de hacer una amistad en sus tiempos de juventud.

Porque pudo haber sido la mejor amistad en su vida.

Melinda volvió a abrir el paraguas tapando a las dos de lluvia y empezaron a reírse porque ya estaban completamente mojadas, ya no era necesario el paraguas.

—Supongo que el mojarnos era algo necesario para tener esta conversación—dijo Melinda riéndose—Al igual mi charla con Julio... Sabes que es algo necesario.

— ¿Crees que Julio de verdad me quiera?—Nadia le expuso su inquietud a Melinda.

—Creo que eso lo tienes que averiguar tu misma y adentrarte es esa aventura—Melinda le agarró la mano sonriéndole—Pero créeme que de esa aventura no hay retorno.

Nadia le sonrió a Melinda.

—Será un riesgo que tendré que tomar.

Las dos se volvieron a abrazar mientras que el paraguas de Melinda las protegía de la lluvia, y forjaba una amistad tardía que mucho iba a perdurar.

En ese mismo momento Salvatore había decidido salir de su apartamento, aunque los hematomas seguían en su cara él de verdad quería arreglar las cosas con su primo, su madre y toda su familia lo habían enseñado de pequeño de que la familia era lo único importante que una persona tenía en la vida y aunque estos tuvieran diferencias siempre se tenían que reconciliar.

Porque la familia siempre estaba de primero.

Con una rápida llamada a su tía Margarita ya tenía la dirección de Julio para poder tener una tranquila conversación con él. Al tocar a su apartamento vio como Julio tenía hematomas en la cara al igual que él.

—Vengo a hacer un tratado de paz—le dijo Salvatore mientras en sus dos manos cargaba una pizza y libros.

Julio se quedó observándolo por un rato.

— ¿Qué traes ahí?

—Traigo a Cortázar, Ricardo de la Fuente y a Neruda.

Julio se quedó mirando a Salvatore por un rato, hasta que decidió dejarlo pasar, él también sabía que una persona nunca podía estar enojada con su familia. Los dos comieron de la pizza muy callados, hasta que Salvatore decidió romper el silencio.

—Siento mucho no contarte lo de Melinda—le dijo mientras agarraba otro trozo de pizza—Al principio no sabía que se trataba de ella, pensé que todo era una loca coincidencia pero cuando vi la conexión que tenía contigo me asuste... La vi tan traumatizada con su pasado que tenía miedo de

que se alejara de mí por todo lo que había pasado contigo.

—Te entiendo... En parte yo soy el principal culpable de todos los traumas que ella tiene ahorita—Julio había bajado la cabeza sintiéndose la peor persona del mundo—Yo la abandoné y eso no tiene perdón, pensé que se había desvanecido como la tía Melinda y si te soy sincero temí de que Melinda se hubiera quitado la vida el día que me dejó.

—Es que ella y la tía Melinda—le confesó Salvatore.—Son tan parecidas y tan diferentes que me confunden, cuando pensé que la tía Melinda iba a salir de todo su desastre, el dolor pudo con ella, en cambio con mi Melinda ella se levantó y resurgió de entre la cenizas ante todo pronóstico... Eso me hace admirarla.

—Tienes razón... Ambas nos dieron tantos sueños e ilusiones e increíblemente solo una pudo escapar del dolor, esa mujer definitivamente es única.

—Si la tía Melinda hubiera estado aquí ya habría sacado un poema con lo que acabas de decir. Los dos empezaron a reírse.

—Nuestra Melinda es increíble—le dijo Salvatore a lo que Julio le sonrió en respuesta.

—Nuestra Melinda es increíble.

—Tu... ¿Todavía la amas?

Julio se quedó mirando su trozo de pizza pensando.

—A decir verdad no lo sé... siempre la recordé con mucha nostalgia y anhelo pero cuando la vi ayer lo único que pude pensar era que en realidad yo no quería volver a tenerla, solo quería despedirme bien de ella porque sé que nuestra historia de amor se acabó hace años, algo que no pude hacer bien porque ella simplemente escapó y no dejó rastro alguno.—Julio dejó de ver su trozo de pizza para ver a Salvatore— ¿Sabes? Vi a una persona completamente diferente el día de ayer, una persona fuerte, decidida de sí misma y con la frente en alto, algo que siempre espere que ella fuera pero nunca vi que ella fuera a reponer todos sus miedos. Todo fue peor cuando el pequeño Louis murió... Eso la hizo tocar fondo.

Julio empezó a sonreír.

—Pero cuando tocas fondo solo te queda nadar hacia la superficie, y eso fue lo que ella hizo.

—Julio...—Salvatore de verdad odiaba los momentos cursis, pero en ese instante lo que iba a decir lo decía desde lo más profundo de su corazón—Yo de verdad amo a Melinda, y quiero tener una linda familia con ella.

Su primo solamente lo abrazó y este correspondió el abrazo.

—Escogiste a la mujer perfecta para eso—Julio apartó el abrazo para volver a mirar a Salvatore a la cara—Te doy todo mi apoyo primo, no me voy a meter en tu camino.

Salvatore le sonrió a Julio, este último no se lo había dicho pero era la primera vez que lo veía tan enamorado de una mujer y no lo podía culpar, Melinda era una mujer increíblemente bella, no solo físicamente si no también emocional, y por eso presentía que los dos harían una bonita pareja.

Incluso más de lo que fueron ellos en sus mejores tiempos.

21 de junio

Ese día era 21 de junio, una fecha donde todo había comenzado y donde todo estaba a punto de terminar, Melinda y Julio pidieron sus respectivos números a sus allegados y cuando se marcaron por teléfono llegaron a la conclusión de hablar de manera pacífica para terminar todo lo que no se pudieron decir hace diez años.

Y darse una merecida despedida como se lo tuvieron que dar antes.

Aunque ellos primero tenían que resolver algunas cosas antes de hablar, por eso decidieron verse de tarde casi llegando a la noche para que los dos tuvieran tiempo de arreglar todo el lío que habían armado días antes.

—Mierda...—decía Claudio mientras se bebía un sorbo de té al escuchar todo lo que le había dicho Melinda, lo que había pasado en su ausencia.

—Una locura ¿Verdad?—Melinda había decidido irse a la casa del escritor para mantenerlo al tanto y que no se sintiera tan perdido al momento de la verdad.

Melinda había pedido permiso en el trabajo, quería descansar su mente por un momento antes de seguir haciendo sus cosas cotidianamente.

—Ni siquiera yo tengo tanta imaginación para crearme toda esa escena—siguió su tío y Melinda empezó a reírse.

—Definitivamente tienes que sacar una segunda parte de Clementine.

—Ganaré un premio Nobel con esa novela.

Claudio le sirvió más té a su sobrina mientras charlaban y Melinda agarró una galletita.

—Y eso fue todo lo que sucedió...En un lapso de tres días.

—Vaya—su tío estaba sorprendido por toda esa cruzada extraña—Nunca me imaginé que mi antiguo editor fuera también tu antigua pareja y actual pareja de mi editora.

—Te puedo asegurar que nadie sabía sobre eso.

—Yo te puedo asegurar de haberme enterado antes habría llamado a Julio inmediatamente.

—No te preocupes tío Claudio—le dijo Melinda riéndose—Ya todo se calmó entre nosotros y lo único que vamos a hacer es hablar y terminar unas cosas que dejamos inconclusas antes.

— ¿Estas segura de que no lo quieres todavía?—Su tío levantó las cejas de manera burlona expectante de su respuesta.

—No, ahora estoy más segura de que realmente quiero a Salvatore.

— ¿Y por qué te ocultó lo de Julio?

—Graciasamente Julio fue quien me explicó todo por teléfono—Melinda le dio un sorbo a su té—Me dijo que Salvatore se asustó de que yo me fuera a ir al ver que él era primo de Julio, de igual manera me explicó que Nadia siempre se sintió mal de cómo me había tratado y por eso pensaba que lo mejor era que me encontrara con la persona que yo al parecer más quería.

— ¿Y él sabe que tú y Nadia ya habían hablado antes?

—Creo que no—Melinda empezó a reírse—Pero lo importante es que todo ya está arreglado y nuestro próximo encuentro va a hacer para aclarar unas cosas de nuestro pasado.

—Estoy muy orgulloso de ti—le confesó su tío sonriendo—En la persona que te convertiste y como saliste de todas las cosas que pasaron a tu alrededor.

—Bueno...—Melinda se había puesto a pensar en todas las cosas que le habían sucedido para que llegara al lugar donde estaba parada en ese momento—Supongo que cuando me empecé a querer a mí misma estuve dispuesta a querer a otra persona.

Claudio dejó su taza de té para acercarse a su sobrina y abrazarla, a lo que esta le correspondió el abrazo y duraron así por un largo rato, aunque Melinda no tenía ganas de llorar en esa situación su tío y empapó todo su hombro en lágrimas, a lo que Melinda solo respondió su gesto con una risa.

Sabía que todo a partir de ahí iba a estar bien.

— ¿Qué autores tenemos para esta temporada Nadia?—le preguntaba su jefe mientras veía con cara de cansancio todos los manuscritos que tenía en su escritorio.

—Fernanda Arellano, Ernesto Roja y... Ricardo De la fuente.

El libro de Alberto Carrizal fue rotundo, muchos escritores volvieron otra vez a la editorial esperando que ellos volvieran a publicar sus libros, tanto escritores nuevos como escritores muy renombrados.

— ¡Que interesante!—exclamó Tore—Dos veteranos en dos temporadas seguidas, vamos a arrasar de nuevo con ese libro, ¿Cómo conseguiste contrato con De la fuente?

—Digamos que Alberto Carrizal me dio en contacto—le respondió Nadia mientras se mecía ligeramente en la silla entando al frente de su jefe.

—Tu ego está creciendo demasiado, eso me preocupa.

—Bueno, usted fue quien creó este monstruo.

—No me lo recuerdes, es algo que me lamento seguido.

Se empezaron a reír, a partir de todo lo que habían pasado los dos con cuestiones de sus actuales parejas su vínculo creció demasiado, y después de tener como un apoyo mutuo por temer ser la tercera rueda en el encuentro de Julio y Melinda se volvieron buenos amigos, tanto laboral como personalmente.

—Aunque a partir de ahora vamos a tener una buena racha—le dijo Salvatore mientras acomodaba los manuscritos—Vamos a tener tiempos muy estresantes y creo que voy a necesitar mucha ayuda.

— ¿Qué trata de decir?

—Trato de decir que quiero que me des apoyo en el trabajo a partir de ese momento—le sonrió Salvatore—Quiero que seas como mi mano derecha, en la parte de gestión de editores para ser más precisos.

— ¿En serio?

—Sí, demostraste tener una gran visión en el mundo de la literatura y además de que obtuviste mucha experiencia con Alberto Carrizal, espero que compartas todos esos conocimientos con tus compañeros.

A Nadia no podía entrarle más felicidad.

— ¿Seguro señor?

—Sí... Por favor no hagas arrepentirme.

Nadia agarró su mano para estrecharla muy efusivamente y Salvatore solamente aceptó de mala gana.

—Le prometo que no le voy a fallar.

—Sí, sí, muy bonito todo pero por favor suéltame.

Nadia lo soltó de inmediato pero todavía estaba muy emocionada y feliz por todo lo que estaba sucediendo.

—Aunque—siguió Tore—Hay un escritor particular que quiero que te encargues.

—Por supuesto, estoy preparada para lo que sea.

—Es un escritor no muy conocido pero es una verdadera joya.

—Lo voy a volver muy famoso.

Salvatore sonrió y buscó de entre las gavetas de su escritorio, ese manuscrito estaba guardado muy minuciosamente y eso a Nadia le daba mucha más curiosidad. Él se lo entregó de manera cuidadosa y Nadia al ver quién era el autor se le iluminó el rostro al instante.

— ¿Julio escribió esto?—Nadia no podía creérselo.

—Sí, es algo sorprendente porque lleva más de diez años tratando de escribir algo—Salvatore miraba el manuscrito igual de fascinado—Pero me dijo que pudo escribir en todo el tiempo que la pasó compartiendo contigo.

Nadia se puso roja de la vergüenza.

—Demasiado cursi para mi gusto pero en verdad es una joya lo que tenemos aquí—bromeó Salvatore.

—Para ser una editora no creo que tenga palabras en estos momentos para describir lo que estoy sintiendo—Nadia se había rehusado a llorar otra vez, pero las emociones surgían de esa manera que no era capaz de controlarlo.

—No es necesario decir algo, solo trabaja bien—le apoyó Salvatore—Pero cabe resaltar que si le llegas a hacer daño a mi primo te puedes sentir alegremente despedida.

Se jefe le sonrió de manera sarcástica pero ella solo pudo reírse en respuesta.

—No celebre mucho su puesto señor, tengo previsto estar en ese cargo.

Algo en la mirada de Salvatore cambió, como si su mirada felina hubiera detectado una amenaza y ahora veía visualizando a su futuro enemigo.

—No me sorprende que empieces a sacar tus garras—le dijo en un tono más grave Salvatore—Pero estoy dispuesto a darte una buena pelea para que te bajes de ese pedestal.

—No creo que sea yo quien baje del pedestal próximamente.

Nadia le sonrió de la misma manera sarcástica y se fue de la oficina de su jefe dejando a Tore con las palabras en la boca, pero eso no le molestaba todo lo contrario, pensaba que tenía una buena excusa para seguir esforzándose y dándolo todo en el trabajo.

Porque definitivamente no le iba a dejar el puesto tan fácil a Nadia.

Después de un largo día de trabajo, Salvatore se fue a su apartamento directamente, no había llamado a Melinda porque suponía que seguía todavía un poco sensible por todo lo sucedido anteriormente así que dejó que hablara tranquilamente con Julio antes de que él se acercara a ella para hablarle, pero estando en el apartamento se encontró a Melinda esperándolo al frente de la puerta.

—Mel... ¿Qué haces aquí?

Pero Melinda solo le respondió tirándose a él dándole y profundo beso.

—Pero...—se separó estrepitosamente Tore— ¿No te tenías que ver con Julio hoy?

—Si tengo que hacerlo—le dijo Melinda juntando su frente con la de él—Pero quería decirte primero que te amo demasiado y la conversación que tenga con Julio no va a cambiar nada entre nosotros y mucho menos el parentesco que tienes con él.

Esta vez fue Salvatore quien la besó.

—Perdón si te oculté todo.

—Tranquilo Tore—lo calló—Sé que con Julio tengo mucha historia que no he contado y que no voy a olvidar pero eso no va a cambiar que te quiero es a ti y nadie más.

Salvatore la volvió a besar desesperadamente.

—Cuando termines de resolver tus cosas del pasado te voy a estar esperando aquí— Salvatore

le agarró la mano de manera suave—Porque de verdad quiero tener un futuro contigo.

Melinda le sonrió y lo abrazó, Salvatore aprovechó para alzarla y dar vueltas con ella, Melinda se quejó bajitamente y empezó a reírse junto a él, hasta que Salvatore por fin la soltó.

—Ya es tiempo de sanar viejas heridas—Melinda estaba muy decidida de hacer lo siguiente—Creo que ya me toca encontrarme con Julio.

Antes de irse Salvatore le dio un beso en la frente con un “Te quiero mucho” acompañado y Melinda se fue con el corazón tranquilo porque sabía que Salvatore la iba a esperar al final del camino.

—Si quieres...—Melinda se había quedado en media salida—Me puedes ir a buscar después de hablar con Julio.

— ¿Esta segura?—Salvatore levantó una ceja dudoso.

—Completamente segura.

—Está bien, ahí voy a estar.

Melinda sonrió y se terminó de ir, tenía que terminar su historia con Julio para empezar una nueva con Salvatore.

Nadia había salido del trabajo completamente cansada, tuvo muchos manuscritos ese día y se había esmerado mucho ese día para demostrarle a su jefe de que ella era digna de su puesto, esa es una meta que se había planteado y estaba dispuesta a dar todo de ella para poder conseguirlo, al llegar a su apartamento se encontró con Julio saliendo del apartamento de él.

Nadia quedó estática sin decirle nada mientras que él estaba igual.

—Julio...

Pero Julio solo se acercó a Nadia de manera rápida para robarle un beso, a lo que Nadia no pudo ni siquiera reaccionar del asombro.

— ¿Qué pasa?—le preguntó esta aturdida.

—Hoy me voy a encontrar con Melinda.

— ¿Y por qué hiciste eso?

—Porque sé que temas que me encuentre con ella.

Nadia apartó la mirada roja de la vergüenza pero Julio se acercó más a ella para que lo viera y le dio un beso en los labios.

—Nadia no tengas miedo, no pienso abandonarte, pienso cerrar la historia de Melinda para abrir una nueva contigo.

Nadia sonrió con su cara iluminada de la felicidad, a lo que seguidamente abrazó a Julio y este solo pudo reír.

—Perdón si creí que te ibas a alejar de mí...

—Tranquila Nadia—le dijo acariciándole la cabeza—No temas de mi pasado porque mi futuro está contigo.

Nadia y Julio se miraron por unos momentos, Nadia quería deleitarse por un momento por esos escandilantes ojos verdes que se prometió ver toda su vida.

—Eso ya lo sabía—bromeó Nadia—Todo mi corazón es solamente tuyo.

Julio le besó la mano mientras la miraba a los ojos.

—Mi corazón también es solamente tuyo también.

Esta vez fue Nadia quien le besó la frente y le deseó suerte con su charla con Melinda.

—Nadia...—le dijo Julio antes de irse— ¿Quieres ir a buscarme después de mi conversación con Melinda?

— ¿En dónde vas a estar?

—En el parque luna menguante.

Nadia le sonrió al recordar lo hermoso que era ese parque, y también todas las cosas que habían sucedido en ese lugar.

—Ahí estaré entonces.

El momento del encuentro había llegado y Melinda y Julio no estaban asustados, solamente querían cerrar esa página de una buena vez para empezar otra con la persona que ellos amaban. Se encontraron en el lugar acordado y se miraron frente a frente pensando al mismo tiempo que siempre tuvo que haber sido así las cosas.

Pero los dos no se vieron cómo eran en el presente, se vieron como aquellos jóvenes hace 10 años que solo pensaban en buscar desesperadamente el propósito de su vida. Ambos rieron al verse así y cuando salieron de su pequeño trance y se volvieron a ver a cómo eran en la actualidad se sorprendieron al ver que las cosas en serio habían cambiado entre los dos dado a que ese propósito ya lo habían encontrado.

Ninguno decía una palabra solo se miraban y sonreían temiendo que ese encuentro en realidad se fuera a terminar si alguno decía una palabra.

—¿Sabes Mel? El destino es un hijo de puta.

Melinda solo pudo reírse, los comentarios de Julio eran algo que nunca la iban a aburrir.

—Pienso que las cosas pasan por una razón—ella miró hacia el cielo encontrándose con el hermoso atardecer que se posaba al frente de ella.

—No me arrepiento de todo lo que vivimos.

—Si te soy sincera yo tampoco, supongo que si no nos hubiéramos conocido ninguno de los dos hubiéramos crecido como personas.

—Salvatore es un buen muchacho.

—Nadia también lo es...

Los dos sabían que lo importante para ellos nunca fue el presente si no el pasado, hablar de eso de una buena vez y cerrar una página que les había costado pasar, pero incluso si nunca pudieron superar en lo que había quedado atrás ya no tenían nada de qué hablar.

Ya había pasado tanto tiempo.

—Julio... Te amé como nunca amé a nadie y sé que nunca voy a olvidarte pero Salvatore... Él es mi nuevo mundo.

Julio no hizo más nada solo se acercó y la abrazo con tanta fuerza que ella temía desmoronarse en ese abrazo, antes ese abrazo significaba un “no te preocupes yo te sostengo”, ahora solo significa “no te preocupes yo te entiendo”.

—Nadia es mi nueva musa...

—De verdad me alegra que seas feliz con ella.

—A mí me alegra que seas feliz...

Y así Melinda le correspondió el abrazo con mucho más cariño y se tomó el atrevimiento de olerlo por una última vez, olía como el árbol de menta que le encantaba oler cuando era pequeña, antes de que siguieran en ese cálido abrazo, Nadia y Salvatore habían llegado.

—Sentimos interrumpir, si quieren podemos regresar más tarde...—a Nadia le avergonzó interrumpir en aquel momento pero si ella no iba a ver que sucedía le podía dar un ataque de pánico justo donde estaba.

Melinda solo se rió.

—No te preocupes, ya no hay nada más que decir.

Y así se fueron despegando poco a poco de su abrazo y se volvieron con sus respectivas parejas, antes de irse se dieron la despedida que se habían debido desde hace diez años. Un beso en la mejilla y un fuerte abrazo.

Eran conscientes que se iban a volver a ver debido a que estaban unidos no solo por el gran amor que tuvieron hace diez años pero ya no iba a ser igual, ese día era veinte de Junio pero la importancia que tenía antes ya se había desvanecido.

Cuando se despidieron y cada pareja tomó su camino ya la noche había caído y el cielo estaba cubierto de estrellas, y esa vez las estrellas si los iban a guiar a casa.

Epílogo: Carta para el niño de la rosas y para la bella poeta

Desde muy pequeño me habían contado que tenía un gran don para las palabras, pero al momento de hacer esta carta para ustedes para plasmar todos mis sentimientos en esta hoja no puedo encontrar absolutamente ninguna.

Pero de alguna manera sentía que no había sacado bien esos sentimientos que tuve cuando ustedes se fueron sin ningún aviso de mí y aquí estoy, desahogando todo lo que me había guardado durante tantos años en un papel porque siento que esta es mi mejor manera de expresarme.

Tía Melinda, cuando estuviste conmigo fuiste mi mayor musa, mi ejemplo a seguir y mi heroína, quería ser como tú de grande porque siempre supe que llegarías lejos, y el hecho de que te fueras de esa manera me hizo odiarme conmigo mismo por tenerte en un altar antes de recordar que tú también eras humana y tenías dolencias como cualquier persona normal, incluso en estos días todavía me pregunto si yo hubiera podido hacer algo al respecto para que nada hubiera sucedido.

Perdón, no me di cuenta que fuera cual fuera el dolor siempre esta afectaba al corazón, y también perdóname por no decirte las cosas que pensé que eran necesarias porque pensaba que tú ya te las sabías.

Todo va a estar a bien.

¿Sabes? Lucas ya es una persona grande en estos momentos, aunque algunas veces él también se lamenta por tu partida sin siquiera saber bien que pasó ese día, pero te puedo asegurar que es el mismo rebelde sin causa que tú fuiste cuando estabas viva, Lucas es como tu versión miniatura y eso me alegra porque sé que no te fuiste del todo.

Nos dejaste a un angelito para conmemorar tu memoria y eso te lo agradezco.

Mi pequeño Louis, mi niño, Melinda fue la única en decírtelo pero yo también te consideré mi hijo, parte de mí, desde el primer momento que hablé contigo siempre me imaginé como hubieras sido de grande, aunque eso lamentablemente nunca lo pude ver.

Tu llegaste con una luz que pensé que se había apagado y tu junto con Melinda hicieron los mejores días en mi vida, cosa que nunca me voy a poder olvidar y eso siempre te lo voy a agradecer, tú eras único y especial.

Era como si tuvieras una pequeña parte de mí y de Melinda, eso nos hacía quererte mucho más porque en los cuatro años que estuviste con nosotros te pudimos enseñar todos nuestros valores y nuestros conocimientos.

Lo tuyo de verdad fue lamentablemente y me pregunto si el destino solamente fue cruel porque quería, porque una persona como tú nunca debió irse de la manera en la que te fuiste.

Pero me prometí nunca olvidarte, ni siquiera me permití olvidar a Melinda porque ustedes fueron los autores de mis días felices y celebrando tu recuerdo me hacía pensar que así nunca te ibas a desaparecer de mi vida.

No quiero que tu recuerdo ni el de la tía Melinda se desaparezcan de mi mente... Ni tampoco de mi corazón.

Los amó a los dos, de una manera gigantesca y lamento mucho que se fueran tan rápido cuando aún podían dar muchas cosas más de ustedes pero su recuerdo nunca se van a

desvanecer, no me voy a permitir de que ustedes de desvanezcan de mi mente porque es lo único que me hace estar más cerca de ustedes aunque se encuentren muy lejos de mí.

Voy a honrar su recuerdo cada vez que pueda porque ustedes fueron los principales motores de mi felicidad, y aun en estas fechas donde me encuentro con alguien que me hace igual de feliz lo único que puedo pensar es en como quiero que ella sepa todo sobre ustedes.

Porque ustedes fueron mi mundo entero y no habrá tiempo que me pueda quitar esos recuerdos junto a ustedes, con todo el amor y el cariño que ustedes se merecen, se despide.

Julio.



Mariangel Blanco

Nacida el 2 de Octubre del año 2001, en Mérida, Venezuela. Con 18 años ha escrito en plataformas como Wattpad e Inkspired siempre aspirando a mas.

La puedes encontrar en:

Facebook:

<https://www.facebook.com/Mary-White-110819370370553/>

Twitter:

<https://twitter.com/MaryWhite1012>